

Territorios del agua

defensa de los ámbitos de comunidad
en la Sierra de Puebla-Hidalgo
y la historia compartida de sus pueblos
(ante el gasoducto Tuxpan-Tula)



Territorios del agua

Defensa de los ámbitos de comunidad
en la Sierra de Puebla-Hidalgo
y la historia compartida de sus pueblos
(ante el gasoducto Tuxpan-Tula)

Este libro es una coedición entre el Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam), la UACMilpa, el Taller por la Defensa de los Territorios y GRAIN.

Sin embargo abreva directamente de los testimonios de las comunidades afectadas por el Gasoducto Tuxpan-Tula y así, termina siendo un libro de dichas comunidades, verdaderas protagonistas de esa lucha.

Agradecemos especialmente a la maestra Ortencia Reyes, a Lourdes Sampayo de Zoyatla, a don Salvador Aparicio de Chila de Juárez, a Santos Vargas de Montellano, y al doctor José Camacho, de Huauchinango Puebla, por todo el trabajo y la visión y el acompañamiento en este proceso. A GRAIN y a Ana de Ita, directora del Ceccam, por apoyar decididamente la investigación de este trabajo, a Andrés Barreda por permitirnos publicar la conferencia que se presentó en Cencos en 2018 en el marco de la lucha jurídica emprendida por las comunidades, a Jaime Quintana por su trabajo de documentación regional y a Raymundo Espinoza por el acompañamiento jurídico que mantuvo entre 2016 y 2018.

Una mención especial merecen los bordados conocidos como Tenangos, que sentimos corresponden profundamente con el sentido comunitario, celebratorio, de reconocimiento de lo sagrado y de la cotidianidad de tareas y cuidados, que la gente de las comunidades de la Sierras de Puebla-Hidalgo nos muestran todo el tiempo. Por eso agradecemos el enorme trabajo mostrado en ***Los Tenangos: Mitos y Ritos Bordados. Arte textil hidalguense***, que publicó la Dirección General de Culturas Populares de Conaculta, en 2008, gracias a la **investigación y fotografía** de Elena Vázquez y de los Santos y todo el **contexto histórico** que afloraron Carmen Lorenzo Monterrubio y Antonio Rimada Oviedo del Conaculta-Hidalgo, al **concepto gráfico y diseño** de Bernardo Recamier Angelini y a las **fotos** de Fernando García Álvarez y Daniel García Hernández. Sepan que este documento que ahora estamos por publicar, sería otra manera de regresarle a las comunidades su imaginaria colectiva, toda vez que intentamos que el libro sirva de herramienta regional, local, comunitaria en su proceso de reconstitución histórica, social, cultural y de resistencia.

Reiteramos que este libro no tiene fines de lucro y sus destinatarios más directos son las comunidades de esas sierras que hoy luchan contra el gasoducto Tuxpan-Tula. Son ellas las creadoras de los Tenangos.

No reclamamos ningún derecho reservado. Pueden citar el material aquí contenido pues pensamos que la recirculación de las ideas es igual a la circulación de los materiales que las contienen, pero mucho agradeceremos que citen la fuente.

La investigación, la sistematización y la edición fueron colectivas y son responsables Eliana Acosta (**Taller por la Defensa de los Territorios**), Leonel Ayala, María de Jesús García, Yuriria Juárez, Itzam Pineda (**UACMilpa**), Daniel Sandoval (**Ceccam**) y Ramón Vera-Herrera (**GRAIN**)

Diseño y formación: Daniel Passarge

México, 2021

Índice

Prólogo	7
Sierra Puebla-Hidalgo El gasoducto busca arrasar un territorio de agua y cuidados	11
Andrés Barreda TC-Energy y sus ductos	27
Daniel Sandoval Vázquez El Sistema de Transporte de Gas Natural Tuxpan-Tula	33
La Sierra Norte o Puebla-Hidalgo Donde confluyen los pueblos	41
Los relatos del agua	67
La ritualidad del territorio	109
[TERRUÑOS]	137
Chila Su historia y los caciques de la región	139
San Pablito El papel amate	146
San Nicolás Tolentino El sabinal donde nacen las nubes	157
Montellano La cumbre de las aguas profundas	167

Aguacatitla	
De lo natural a lo reglamentado, y sigue la incertidumbre	175
Cuautepec	
Acá vivió el señor del tiempo	185
San Antonio el Grande	
Historial ñuhú de montes, tierra y agua	189
San Andrés	
La medicina propia es un modo de permanecer	199
Notas para las conclusiones de un trabajo colectivo	205

Prólogo

¿En dónde imaginamos y pintamos la línea que hoy nos separa y nos hace actuar como indios y no indios en nuestro continente? ¿Quién fabricó la tinta con la que marcamos las “diferencias”? ¿Qué implicaciones tiene continuar pensando, sintiendo y actuando bajo la lógica, las reglas y la configuración de un mundo con un *ellos* externo, ajeno y excluyente? ¿A quién realmente ha beneficiado este estado de las relaciones sociales a lo largo de los últimos cinco siglos?

Hoy, el viejo indigenismo del Estado mexicano se recicla disfrazándose de garantista. Además de la folclorización que simula peticiones de permiso y de exculpaciones donde el protagonista es él mismo, desde el fundamento del poder burocrático se intenta extender certificados de pureza india. Las fechas de caducidad para estos títulos de identidad no excederán el año; así, el catálogo de pueblos indígenas en México será un documento dinámico de consulta en donde la empresa privada podrá decidir si espera a que expiren los sellos expedidos a cada localidad o busca la división para imponer sus proyectos sobre los territorios de los pueblos.

Simultáneamente, centenares de comunidades, en numerosas regiones de la geografía mexicana experimentan la agresión cotidiana contra sus territorios, contra sus modos de existencia, contra los productos de su trabajo y contra su historia y legados culturales. Organizadas bajo otra lógica, lo que buscan no son esos sellos de autenticidad y pureza, que seguramente eternizarán el desprecio y legalizarán el despojo, sino la libertad de decidir colectivamente sobre lo que históricamente les ha dado sentido y perspectiva en el futuro.

Los territorios de vida procurados por generaciones y generaciones, sea que se vistan de desierto o de acahual, de llano o de montaña, de bosque o de selva, son las más de las veces, los últimos reductos de un precario equilibrio ecológico que pelagra no solo en México y nuestro continente, sino en el planeta entero.

Conscientes de la compleja trama de interdependencias socioambientales, los pueblos muchas veces han advertido a los habitantes de las megalópolis, quienes se creen a salvo de las brusquedades naturales y de las consecuencias de la depredación ambiental capitalista: Lo nuestro no nos pertenece, es de todos porque a todos afectará su ruina.

¿En dónde pintamos entonces la línea de las pertenencias cuando se pierde un humedal para imponer un aeropuerto o cuando se destruyen decenas de las cuencas de mayor biodiversidad para hacer llegar hidrocarburos a los centros industriales? ¿Es posible construir nuevos *nosotros* que fracturen las fronteras impuestas y prioricen la solidaridad humana y el trabajo colaborativo en defensa del bien común?

Queremos contribuir a esos nuevos nosotros proponiendo investigar y recuperar la historia y la antropología, el perfil político y social, ecológico o meramente cotidiano sin ponerlo al servicio de intereses de ningún tipo, y sí en cambio al servicio de las luchas y reivindicaciones de los pueblos, comunidades y regiones que emprenden su propia indagación.

Ésta es entonces una investigación fruto de una confluencia entre organismos de la sociedad civil, centros de investigación independiente, entidades de investigación, movimientos y comunidades y personas sueltas que tejimos esfuerzos por configurar un diagnóstico colectivo, histórico y actual de las condiciones que pesan sobre una región particular, y de ser posible, sus implicaciones más integrales, geopolíticas. También tendiendo puentes que conectan y desnudan entretelas, planes e inversiones corporativas y de gobiernos.

Territorios del agua: defensa de los ámbitos de comunidad y la historia compartida de sus pueblos (ante el gasoducto Tuxpan-Tula) es un documento construido participativamente como una investigación de muchos niveles. Hoy apenas comienza a retornar sus hallazgos a las comunidades de donde surgieron estas voces entretejidas, para que sirva de herramienta de transformación. Reunir los fragmentos dispersos del detalle de las circunstancias es un trabajo de reconstitución colectiva del papel jugado por cada una de las personas que vive en ese entrevero de las sierras entre Puebla e Hidalgo en el nordeste mexicano.

El documento se convertirá en un libro electrónico, en un muro dentro del sitio electrónico del Ceccam con ligas al sitio de GRAIN y habrá algunas copias impresas para entregar a las comunidades involucradas en ese proceso de reflexión profunda (jurídica, histórica, antropológica, y de lo que significa vivir en esas estribaciones) más la resistencia siempre presente ante la amenaza que se cierne sobre todo ese enclave: el gasoducto Tuxpan-Tula y la empresa que lo intenta activar ya hace por lo menos seis años, TransCanada, ahora transformada en TC-Energy, con una cauda de irregularidades en México y en Canadá.

Ya desde fines de 2017, las comunidades de la región se habían agrupado en consejos indígenas locales y luego en el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo. Éste es fruto de un tejido muy de abajo de poblados, localidades, comunidades y ejidos que sabiendo que serán afectados por el paso del gasoducto comenzaron a organizar su conciencia de las afectaciones. Eso los llevó a emprender una serie de acciones jurídicas para frenar el paso del gasoducto y las movidas de la compañía.

En esas acciones organizativas —y ante las absurdas dudas jurídicas de que hubiera siquiera indígenas en la zona—, un grupo de investigadoras e investigadores, activistas todos (investigadores-docentes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México UACM acuerpados en la UACMilpa, del Taller por la Defensa de los Territorios, el Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y GRAIN emprendimos un ejercicio de participación y colaboración en que conversamos junto con las comunidades para que recontáramos su historia y sus miradas actuales de lo que significa el gasoducto para la región.

Habría sido muy difícil realizar la investigación con todas las localidades por donde cruzará el gasoducto. Se afectará a 260 mil personas por lo menos, en 459 localidades de 34 municipios de Veracruz, Puebla, Hidalgo y el Estado de México.

El retrato se tejió con las comunidades consideradas como de afectación directa, que innegablemente mantienen una relación activa, viva, con el resto de las localidades que serán afectadas, incluidas las 444 comunidades excluidas de la consideración legal. Aun así, el retrato regional adquiere volumen espacial, configuración geográfica y un fondo histórico de largo y corto plazo, del ámbito panorámico regional y de los detalles locales y de muchos rincones de ese territorio.

Tal investigación, desde abajo, sistematiza y arma los fragmentos aparentemente dispersos de lo que desde Chila, San Pablito Pahuatlán, San Nicolás Tolentino, Montellano, Ahuacatitla, Cuautepec, San Antonio el Grande, San Andrés, pero también Zoyatla, Tlacuilotepec, Honey, Cuauneutla, Cruz Santa, Tlalacruz y otras más lograron expresar: experiencias, testimonios, memoria colectiva, entendimiento organizativo, visión jurídica y política, y algo que se escapa en muchas investigaciones “sociales”: la relación con lo sagrado, las dimensiones de la devoción, de la ritualidad, lo ontológico que nos habla de lo profundo de los vínculos de siglos.

El documento comienza mostrando el horizonte actual y actualiza, hasta donde es posible, la resistencia de los pueblos encarnada por el Consejo Regional, por un lado, la actuación gubernamental y su evasión de responsabilidades, por otro, y lo que para la región implicará el gasoducto con su devastación y despojo. Le sigue el perfil documentado de TC-Energy y su modo de hacer proyectos, no sólo en México. El intento es caracterizar las repercusiones puntuales del gasoducto pero también las redes y corredores industriales a los que se articula, con lo que asoma la relación continental (Norteamérica) con que se vincula, desde las entrañas de Estados Unidos, arribando a México desde Texas a Tuxpan para llegar a Tula y de ahí recorrer al otro extremo del país donde todo apunta a tejer ductos y conexiones con el Occidente y Noroeste mexicano y suroeste de Estados Unidos, donde tal vez regrese hasta Canadá, activando las provisiones integradoras del T-MEC.

Después, abrevando fuerte de los testimonios de la gente en las comunidades, el documento reúne y sistematiza la noción del agua que existe en las cañadas de Puebla-Hidalgo y busca comprender la enorme dimensión que para la gente tiene el universo de manantiales, acuíferos, arroyos, pozos, ríos y torrentes, cascadas y humedales que configuran el grandioso bosque de niebla, el ecosistema que tiene por corazón el agua y su dimensión comunitaria pero también sagrada.

Esto también teje la historia regional, el trasiego de pueblos y comunidades, las invasiones, su ser pasaje entre el centro y el nordeste costero, la configuración agraria a lo largo de la historia y la contundente convivencia de pueblos como los ñuhú (los otomíes del norte), los nahua, los tepehuas y los totonacos, en un ámbito multilingüe que no les estorba para ser y entenderse.

Afloran sus ámbitos rituales, sus particularidades lugareñas, y se configuran las historias y percepciones propias de lo que cada comunidad es y cómo contribuye al tejido de esos territorios del agua.

El retrato resultante constata la centenaria continuidad y multidimensionalidad del despojo, donde se acapara, se expulsa, se deshabilita, se corrompe, se contamina y cunde la devastación.

Cuando los pueblos de la Sierra Norte de Puebla y del estado de Hidalgo se organizaron contra la amenaza representada por el gasoducto Tuxpan-Tula, articulándose en el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio Puebla-Hidalgo no pensaron en trazar una línea de exclusión. Por el contrario, caminaron y preguntaron a los otros afectados por estos y otros megaproyectos en su geografía y en otras regiones del país. Tendieron puentes y compromisos mutuos entre grupos y esfuerzos muy diversos.

Es en uno de esos cruces provocados por el Consejo que el trabajo que aquí se presenta comenzó a pensarse hace algunos años. A invitación del Consejo conocimos a las mujeres y los hombres, jóvenes y mayores que decidieron resistir contra el atentado al bosque de niebla. Ellas y ellos nos indicaron la importancia de lo que está en riesgo con el gasoducto y nos enseñaron el camino de la posible colaboración para defender este territorio.

Las compañeras y compañeros del Consejo volcaron mucha energía colectiva en los recorridos, en los encuentros y en los diálogos en donde nos narraron con entusiasmo su razón. El valor de la palabra que aquí se expone, entendemos, reside en que resguarda la memoria del trabajo de las abuelas y los abuelos en tantos ámbitos de vida. Fue nuestra prioridad respetarla. Si en alguna medida esto se logró fue gracias a la profundidad de las convicciones, a las reflexiones que escuchamos y a una voluntad que nos une y que implica primero, evaluar el riesgo de perder lo que por cientos de años los pueblos han cuidado a pesar de condiciones históricas desventajosas, y luego, estudiar las fuentes y los afluentes de la resistencia para finalmente, pensar juntos un futuro no regido por la lógica de la acumulación.

Eliana Acosta (Taller por la Defensa de los Territorios).

Leonel Ayala, María de Jesús García, Yuriria Juárez,

Itzam Pineda (UACMilpa). Daniel Sandoval (Ceccam) y

Ramón Vera-Herrera (GRAIN)

El gasoducto busca arrasar un territorio de agua y cuidados

¿Diálogo con los pueblos o guerra de socavamiento?

Entrando 2020, el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla-Hidalgo emitió un comunicado ante la visita del presidente López Obrador a San Pablito Pahuatlán, uno de los corazones de su lucha ante TransCanada, hoy TC-Energy (en México, Transportadora de Gas Natural de la Huasteca, TGNH), compañía que busca cruzar por 263 kilómetros del territorio en cuestión con un gasoducto conocido como Tuxpan-Tula (que al momento de su licitación se pensaba entraría en operación en diciembre de 2017).

Uno de los logros iniciales de la resistencia contra el gasoducto fue tejer órganos de consejo comunitario o municipal, de orden tradicional, junto con sus autoridades comunitarias y agrarias (aunque en la zona no haya comunidades o ejidos sino pequeños propietarios en núcleos claramente indígenas). De ahí creció el Consejo Regional con una fuerza surgida del abajo reconstituyendo al sujeto colectivo “pueblo originario” (ñahñú, nahuas, totonacos y tepehua). Desde entonces, su claridad los hizo desconfiar de lo que ya se conocía como Comisión para el Diálogo con los Pueblos Indígenas, que encabezó en ese entonces Jaime Martínez Veloz y ahora promueve el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas con Adelfo Regino a la cabeza junto con el presidente AMLO.

Tal comisión buscaba, como ahora el presidente con su INPI, intervenir en la vida de los pueblos mediante programas asistenciales que fragmentan a las comunidades, aplanan voluntades, rompen la organización y reparten dinero (Sembrando Vida, Adultos Mayores, Sembrando el futuro, y otros) como si con dinero cambiaran las condiciones estructurales que sojuzgan a los pueblos, como los megaproyectos que provocan despojo, devastación, intervención en sus territorios, envenenamiento, intoxicaciones y contaminación, riesgos de explosiones y, sobre todo, enajenación de sus vidas y entornos de subsistencia.

Como es sabido, los consejos autogestionarios conformados en Consejo Regional interpusieron amparos que lograron suspender las actividades de TGNH “en forma definitiva”, por lo menos en San Pablito, aunque ahora en los juzgados salen con que “el asunto ya se archivó”, en los casos de San Nicolás y San Pablito.

El gasoducto transportaría 886 millones de pies cúbicos de gas desde EUA a lo largo de 263 kilómetros, afectando a 459 localidades de 34 municipios en

Veracruz, Puebla, Hidalgo y Edomex, pero en el caso de La Sierra de Puebla-Hidalgo implica estaciones de bombeo para remontar las alturas desde las cañadas regionales a las alturas hidalguenses.



Barda en Zoyatla, Puebla, cerca del panteón. Foto: Daniela Garrido

El posicionamiento del Consejo Regional es contundente al señalar que se niegan a que el presidente apoye “el paso del gasoducto Tuxpan-Tula, por el despojo de nuestro territorio, los desplazamientos de pueblos, el envenenamiento de la tierra, el agua y el aire y con ello, la aparición de nuevas enfermedades como el cáncer, la insuficiencia renal, las malformaciones congénitas, la diabetes, la hipertensión, la violencia, los feminicidios y muchos males más que están presentes hoy y que se agravarán mañana”. E insisten: “nos parecería una gran burla a nuestra dignidad como pueblos indígenas que pretenda hacer una de sus consultas a mano alzada sobre el gasoducto Tuxpan-Tula. No permitiremos una burla así. No queremos ningún tipo de consulta, porque nuestra vida no tiene precio”.

La demanda fue retomada por el presidente auxiliar de la comunidad nahua de Xolotla. AMLO, tras ser recibido con júbilo, sones de flor y corona, y rosario de cempaxúchitl con los que lo enfloraron, y tras ser nombrado en náhuatl Huey Tlahtoani, abundó en varios de sus programas sociales y su implementación en la región, entre ellos el Programa Sembrando Vida y el Banco del Bienestar, y luego anunció un cambio del trazo del gasoducto Tuxpan-Tula. Al respecto, advirtió que había heredado muchas “cosas podridas, pero no es la misma política

de antes” y que en el caso de los gasoductos se había llegado a un acuerdo sin ir a tribunales internacionales.

López Obrador dedicó los últimos minutos de su intervención en su visita de “diálogo” a ofrecerles que cambiaría el curso del gasoducto para que no pase por el cerro sagrado de Pahuatlán.

“Sí les digo aquí en San Pablito, Pahuatlán, aunque tengamos que pagar, pero no va a pasar el gasoducto por los cerros sagrados y no vamos a aceptar esas condiciones, vamos a proponer otros trazos que no afecten las zonas sagradas y no estarles pagando [...] les digo, en el peor de los casos, no va a pasar el gasoducto por este cerro”.

Con el subterfugio de un cambio de trazo en vez de cancelación, hizo referencia a dos temas significativos: fracturación hidráulica y transgénicos. “Nosotros dijimos no al *fracking*, aquí no se usa ese método”, dijo, aun cuando se ha documentado su uso actual en Puebla y en otros estados y se han denunciado sus afectaciones al ambiente y la salud de la población (véase Taller por la Defensa de los Territorios, “Discursos y realidades sobre el Fracking”, 21 de noviembre de 2019).

También manifestó que “se prohibió el uso de la semilla de maíz transgénico [...] vamos a proteger nuestra semilla criolla”, cuando lo que hay es una iniciativa de ley que declara proteger y fomentar el maíz nativo en relación con la alimentación pero no prohíbe la siembra de transgénicos y menos ante la reciente firma del T-MEC (ver comunicados de la Red en Defensa del Maíz, www.reddefensadelmaiz.net).

Con el anuncio del cambio de trazo el gobierno quiere garantizar la concreción y término del gasoducto ante la resistencia.

Es muy grave haber declarado que no pasará por cerros sagrados y “en el peor de los casos” por el cerro de San Pablito. Habría que subrayar que por la lucha legal y el recurso de amparo interpuesto por el Consejo Regional se había logrado justamente la suspensión definitiva en San Pablito y Cuauhtepic a fines de 2017. Que no se construya por “este cerro” no significa que no se construya en “otros cerros” de las 460 localidades afectables en la región, a las que por cierto en tribunales se ha puesto en duda la categoría de “pueblo indígena”, aunque lo son. Más delicado aún es la delimitación de lo sagrado. Entre los pueblos nahuas, otomíes, tepehuas y totonacos, si bien lo sagrado puede localizarse en puntos concretos, donde se identifican lugares que habitan dueños, aires y más existentes extrahumanos, en su complejidad, además de espacios y acciones rituales, lo sagrado implica sobre todo formas de relación.

Destaca la concepción sobre el agua y los manantiales que se hallan entre los cerros de toda la región y que aun con la política de privatización del líquido vital en Puebla, con su lucha la gente mantiene una gestión comunitaria del agua. Como entidad viva y ancestral, le nombran Atlanchane, María Isabel o, en su traducción del otomí, “manto de vida”. Los pueblos cuidan los manantiales y no exentos de contradicciones han procurado desde su tradición y praxis el binomio agua-cerro, especialmente amenazado por el gasoducto y otros megaproyectos.

El presidente parece no entender que lo sagrado son las relaciones, y que todo el territorio de la sierra es sagrado.

Hablamos de un territorio donde los pueblos originarios de la región han cuidado la vitalidad y el flujo del agua, y por ende de los bosques. De todas las relaciones que median y tejen tramados significativos entre los puntos que pueden

identificarse como sagrados. Es la relación de los pueblos originarios con la importancia crucial de los montes lo que termina haciendo de ese territorio algo que debería valorarse y cuidarse.

¿Creerá que nadie se da cuenta de que al anunciar el cambio de trazo está amarrando que el gasoducto se haga, pese a que están suspendidos en definitiva sus trabajos?

Y el hecho de que haya acordado con las empresas no pagarles, es sabido que durante años les pagaron por su mera existencia, sin siquiera transportar el gas por el que les pagaban según los contratos.

Con este “cambio de trazo”, en realidad, se recrudece la situación en la región, mientras los operadores del INPI, Sembrando Vida, los programas para jóvenes, se apresuran a seguir su “diálogo con los pueblos indígenas”, eufemismo descarado para nombrar el socavamiento, la deshabilitación, la fragmentación, la cooptación y el menosprecio hacia los pueblos a los que deberían servir.

El Consejo Regional remata su posicionamiento diciendo: “Nos pronunciamos por ejercer nuestro derecho a la libre determinación y la autonomía...”

“No a los proyectos de muerte, ni hoy ni nunca, ni aquí, ni allá”.

La resistencia al gasoducto: un logro de organización comunitaria

En noviembre de 2017 un núcleo de consejos comunitarios y municipales en la región Puebla-Hidalgo encarnaba la resistencia contra el llamado Gasoducto Tuxpan-Tula, tras dos años de movilización activa, hostigamiento, divisionismo e intimidación al que siguió un proceso de acuerpamiento intercomunitario y cinco demandas legales de amparo buscando la cancelación del megaproyecto.

Con la reforma energética que insiste en subordinar cualquier vocación de los territorios campesinos rurales al servicio de la extracción energética (controlada por capitales privados nacionales y extranjeros), la empresa TransCanada (ahora TC-Energy) obtuvo la licitación de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) para construir y operar el gasoducto que se dice cruzará, según documentos de la propia empresa, 260 kilómetros, conectando (una vez concedidas las licitaciones de otros tramos como el Texas-Tuxpan y el Tula-Villa de Flores) el sur de Texas con el centro del país para ramificarse, con un tramado de ductos, en un megaproyecto de extracción y transportación de petróleo, gasolina y gas por territorio nacional y Estados Unidos.

Los municipios afectados directamente serían, entre otros, Tuxpan y Tihuatlán en Veracruz; Francisco Z. Mena, Venustiano Carranza, Xalpan, Pahuatlán, Tlacuilotepec y Honey en Puebla; Tenango de Doria, Tulancingo, Epazoyucan, Zempoala y Atitalaquia en Hidalgo, más Hueyoxtle y Tula en el Edomex y San Antonio en Huehuetla, Hidalgo, que aunque está fuera del paso del gasoducto se ve afectada en sus manantiales.

Se calcula que el gasoducto tendría una capacidad de 900 millones de pies cúbicos de gas diarios.

Al momento de su licitación, se calculaba que el gasoducto entraría en operación comercial en diciembre de 2017, pero el devenir de la resistencia regional dio al traste con las pretensiones de la empresa, que recibió la noticia de que tiene suspendida definitivamente la operación (por lo menos en San Pablito Pahuatlán) cerca del núcleo central de su trazado, por orden del Juzgado tercero de Distrito en Materia de Amparo Civil, Administrativa y de Trabajo y de Juicios Federales del estado de Puebla, que concedió la suspensión definitiva tras una primera suspensión provisional concedida por el Segundo Tribunal Colegiado en Materia Administrativa del Sexto Circuito [hoy los juzgados dicen que el caso está archivado].

La lucha ha sido larga y en segmentos se ha frenado físicamente la construcción —como en el municipio de Francisco Z. Mena, donde los pobladores cerraron el acceso a su comunidad. El propio Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos en México tuvo noticia de las denuncias de las comunidades, que insisten en que la operación amenaza lugares sagrados otomíes, los mantos freáticos de una vasta región y por consiguiente la recuperación del agua subterránea vía manantiales y fuentes de agua, además de poner en riesgo la biodiversidad y sustentabilidad de la Región Terrestre Prioritaria del Bosque Mesófilo de Montaña, y por ende la de las comunidades de una vasta región.

A fines de noviembre, el llamado Consejo Regional de Pueblos Originarios en defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo (que acuerpa al Consejo Supremo Ñahñú de San Nicolás, al Consejo Autónomo Anciano Indígena del Municipio de Honey, al Consejo Indígena Otomí-Tepehua y de la Sierra Norte de Puebla, al Consejo Intercomunitario Indígena Náhuatl de la Sierra Norte de Puebla, al Consejo de Ancianos de la Comunidad Indígena Otomí “Ñahñú” de San Pablito y al Consejo de Ancianos del Pueblo Totonaco y sus Comunidades) celebró una asamblea regional al obtener la suspensión provisional que días más tarde se afianzó como suspensión definitiva para la demanda de amparo de San Pablito Pahuatlán, Puebla.

Ni TransCanada, ni la constructora Bonatti, pueden realizar trabajos relacionados con la instalación de la tubería o las instalaciones de bombeo en el ducto que moverá gas natural del sur de Texas a la planta termoeléctrica de la CFE ubicada en Tula. Ni la secretaría de Energía (Sener) ni cualquier otra instancia gubernamental tampoco podrán realizar o continuar con la consulta de ese megaproyecto a los habitantes de San Pablito, hasta que se dicte sentencia.

Según las consideraciones del juez que concedió la suspensión definitiva, la consulta “constituye una prerrogativa necesaria para salvaguardar la libre determinación de las comunidades, así como sus derechos culturales y patrimoniales —ancestrales— que la Constitución y los tratados internacionales les reconocen”.

Claro, como otros muchos jueces, el juez en cuestión defiende la discrecionalidad de la autoridad alegando que no siempre se requiere que el Estado consulte a las comunidades, pero señala que sí es necesaria en “aquellos casos en que la actividad del Estado pueda causar impactos significativos en su vida o entorno. Así se ha identificado —de forma enunciativa más no limitativa— una serie de situaciones genéricas consideradas de impacto significativo para los grupos indígenas como 1) pérdidas de territorio o tierra tradicional, 2) el desalojo de sus tierras, 3) el posible reasentamiento, 4) el agotamiento de recursos necesarios

para la subsistencia física y cultural, 5) la destrucción y contaminación del ambiente tradicional, 6) la desorganización social y comunitaria, y 7) los impactos negativos sanitarios y nutricionales, entre otros. Por tanto, las autoridades deben atender el caso concreto y analizar si el acto impugnado puede impactar significativamente en la vida y entorno de los pueblos indígenas”.

Es muy significativo que el juez anote con tanta prolijidad esos efectos, porque todo eso junto ocurriría con la entrada del gasoducto en esta zona. Es también significativo, y servirá mucho, que el juez reconozca, en conformidad con la Constitución, que uno de los aspectos de la libre determinación y autonomía de los pueblos y comunidades indígenas es la “conservación y el mejoramiento de su hábitat, la preservación de la integridad de sus tierras y el derecho al uso y disfrute preferente de los recursos naturales de los lugares que ocupan”, aunque luego aclare que salvo aquellos que correspondan a las áreas estratégicas.

Por todo lo anterior, el juez Alfonso Ortiz concedió la suspensión definitiva, lo que significa la interrupción de toda actividad (tanto la construcción o la consulta) hasta que se resuelva el juicio. La sentencia del juicio podría ser concordante o negativa [que se archive el caso es desecharlo sin razón alguna].

La “suspensión definitiva” sin duda fue un logro del acuerpamiento de Consejos y de la organización autogestionaria que tejió la construcción de órganos de consejo comunitario o municipal, de orden tradicional, pero que agrupan también a sus autoridades comunitarias y agrarias (aunque lo frecuente en la zona es que no haya conformaciones colectivas como ejidos y comunidades; son pequeños propietarios en núcleos claramente indígenas y comunitarios). Por eso es muy esperanzadora la reconstitución del sujeto colectivo “pueblo originario” (sean ñañhú, nahuas, totonacos o tepehuas), incluso más cuando las instancias

de Gobernación con sus “intermediaciones”, como lo fue en su momento la Comisión para el Diálogo con los Pueblos Indígenas de México con Martínez Veloz a la cabeza, intentaron conformar Consejos Supremos como los de los años sesenta para “acercar” a los representantes de las poblaciones, de diversos modos. Esto no les cuajó.

Por el contrario, estos consejos autogestionarios, han tenido claridad en lo que ocurre y entienden bien que el gasoducto no es sólo un tubo que cruza el territorio. Son afectaciones y riesgos que van de la injerencia de la Secretaría de Gobernación pasando por las instalaciones de bombeo (como en Chila de Juárez), con el peligro de explosiones, para redirigir hacia arriba el flujo de gas de las cañadas de la Sierra al altiplano hidalguense. Saben también que

la pretensión es acaparar toda el agua posible y explotar en grande las minas a cielo abierto (como en Tlacuilotepec y Honey) y aunque ahora sacan sólo berilio se rumora que sacarán grandes cantidades de oro de una mina por abrir que afectará a Tanchila, la Colmena e Izatlán.

¿Creerá que nadie se da cuenta de que al anunciar el cambio de trazo está amarrando que el gasoducto se haga, pese a que están suspendidos en definitiva sus trabajos?

El gasoducto Tuxpan-Tula. La reforma energética se concretó en una serie de proyectos extractivos y de infraestructura —entre ellos 13 gasoductos— que

ponen en vilo a los pueblos originarios de diversas regiones del país. Es el caso de los habitantes de la Sierra hidalguense y la Sierra Norte de Puebla, comunidades tepehuas, nahuas, otomíes y totonacas de los municipios de Tenango de Doria y Huehuetla, en el estado de Hidalgo, así como de Honey, Pahuatlán y Tlacuiltepec, en el estado de Puebla, quienes se han organizado para emprender un proceso colectivo de defensa del territorio frente a la amenaza que representan el gasoducto Tuxpan-Tula y la fractura hidráulica, así como los proyectos mineros y las hidroeléctricas que se incluyen en el paquete de inversiones impulsado por el gobierno.

Como ya dijimos, la obra consiste en un ducto privado de 36 pulgadas de diámetro para transportar diariamente 886 millones de pies cúbicos de gas natural proveniente de Estados Unidos a lo largo de 263 kilómetros. Con un tiempo de vida útil de 25 a 30 años, el gasoducto afectará a más de 260 mil personas de al menos 459 localidades de 34 municipios en Veracruz, Puebla, Hidalgo y el Edomex. No obstante, la Dirección General de Impacto Social y Ocupación Superficial de la Secretaría de Energía (Sener) únicamente consideró 15 localidades como comunidades indígenas susceptibles de ser afectadas por el proyecto y, por tanto, como titulares del derecho a la consulta. Esto excluye a 444 comunidades, que para esta secretaría, según sus criterios, no son indígenas o no resentirán los impactos del gasoducto.



A la espera de la reunión. Foto: Daniela Garrido

La empresa Transportadora de Gas Natural de la Huasteca (TGNH) ganó en 2015, de forma polémica, la licitación para la construcción y operación del proyecto. La Comisión Federal de Electricidad ya ha favorecido a otras filiales de TransCanada adjudicándoles los gasoductos El Encino-Topolobampo, Tula-Villa de Reyes y Sur de Texas-Tuxpan. En dichos casos se han registrado conflictos sociales y disputas judiciales en torno a la afectación del interés legítimo y los derechos colectivos de pueblos indígenas. Por otro lado, TNGH subcontrató a la

empresa Bonatti para llevar a cabo la obra, constructora italiana que al participar en el Proyecto Integral Morelos presionó a los gobiernos de Tlaxcala, Puebla y Morelos para reprimir y criminalizar opositores.

Para lograr sus cometidos, autoridades y empresas han recurrido a todo tipo de mecanismos de persuasión y despojo. La propiedad social campesina y la propiedad ancestral de las comunidades, lo mismo que la propiedad privada en las localidades, están siendo acaparadas directamente por la empresa o bien por intermediarios que posteriormente negocian con ella los terrenos. Además del desplazamiento de decenas de familias, las amenazas derivadas de la ejecución del proyecto implican la destrucción de los entornos vitales y la cultura de los pueblos de la región: sus manantiales y fuentes de agua, su bosque mesófilo de montaña, su biodiversidad, sus cerros sagrados y sus caminos de peregrinación. Por si fuera poco, la vida útil del gasoducto supone un riesgo para la población más cercana a su área núcleo, pues tendrán que acostumbrarse al peligro de vivir durante décadas junto a la tubería, en zonas donde los deslizamientos e incendios son frecuentes.

En un contexto marcado por la marginación y el hostigamiento continuo por parte de las empresas, las autoridades municipales y los representantes de la Sener, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y la Procuraduría Agraria, los consejos indígenas de las comunidades decidieron promover diversas demandas de amparo contra cerca de 100 autoridades municipales, estatales y federales —incluidas la Agencia Nacional de Seguridad Industrial y de Protección al Medio Ambiente del Sector Hidrocarburos y la Comisión Reguladora de Energía—, así como tomar medidas en los pueblos tendientes a fortalecer la organización comunitaria y visibilizar el conflicto.



Zoyatla, Puebla. Foto: Daniela Garrido

El gasoducto debía comenzar a operar en enero de 2018, sin embargo, después de acalorados debates y del trámite de los recursos respectivos, las comunidades de Cuauhtepic y San Pablito, en la Sierra Norte, lograron a finales del año pasado que los jueces segundo y tercero de distrito en Puebla ordenaran la suspensión definitiva de la obra, así como de la vigencia de la autorización de impacto ambiental y la evaluación de impacto social. Igualmente, ordenaron la suspensión de los procedimientos de consulta previa irregulares, por lo que la obra no podrá ser concluida al menos hasta que haya cosa juzgada. Las comunidades de San Antonio el Grande, San Nicolás, Chila de Juárez, Montellano, Zoyatla, Ahuacatitla, Tlalacruz de Libres, Cuauneutla, Cruzanta, San Andrés y Tlacuilotepec han logrado el reconocimiento judicial de sus autoridades tradicionales, punto de partida de la estrategia jurídica para la defensa de sus territorios.

Además de las batallas en tribunales, las comunidades ven la necesidad de reapropiarse de los espacios públicos en sus municipios y de desarrollar redes de articulación social más amplias que les permitan enfrentar el acoso de empresas y gobiernos. Con conciencia, organización y movilización social, estos pueblos trascienden las presentes agresiones hacia un futuro de libertad y justicia.

Lo que siente uno, lo sienten todos. Poco a poco se han ido juntando en regiones y zonas. Las comunidades saben que solas y separadas será más difícil el camino y por eso se organizan en el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo. Se miran en distintas lenguas y en cada una de las luchas y necesidades de las comunidades. En el defender el agua, aire, tierra, tradiciones y ceremonias, enfocan su mirada.

Por ello, el 25 de noviembre de 2017 se reunieron cientos de integrantes del Consejo en la asamblea regional de pueblos y comunidades de la Sierra Norte de Puebla y de la Sierra Otomí-Tepehua de Hidalgo, amenazados por la construcción del gasoducto.

Hicieron ceremonia compartiendo palabras sencillas y la denuncias contra la empresa que pretende arrebatárles el territorio, contra autoridades locales, municipales y federales que se han prestado a las acciones de TransCanada, que para los pueblos es una traición y un atentado contra la vida.

Un violín y una guitarra acompañaron la ceremonia, mientras en la banca de la escuela de la comunidad, mujeres y hombres muestran carteles escritos a mano en protesta contra lo que llaman “proyectos de muerte”.

Sonó la música, pasaron al frente gente a la que invitaron a participar en un ritual de agradecimiento, a quienes consideran sus aliados: les colocaron un collar amarillo, un regalo a periodistas, académicos y a su abogado. Un lento y ritmado paso ordenado por la música acompañaba al caracol que daba forma al baile. Un sahumador y palabras en lengua envolvían a los invitados, frente a una ofrenda a la madre tierra. No era un ritual vacío. La gente de la región es religiosa y sigue manteniendo tradiciones que encarnan en las ocasiones marcadas.

Tomó la palabra Santos Vargas de la comunidad de Montellano y del Consejo Indígena de la Sierra Otomí-Tepehua. De realizarse el gasoducto en su

*Con conciencia,
organización y
movilización social, estos
pueblos trascienden las
presentes agresiones
hacia un futuro de
libertad y justicia*

comunidad afectaría los manantiales que surten de agua a las comunidades de Zoyatla, Xochimilco y Talacruz, entre otras.

El consejo indígena de su comunidad se organizó, relató, “porque ni las autoridades ni los Jueces de Paz nos apoyan”. Que el presidente municipal y sus autoridades mayores trabajan del lado de la empresa y por tal motivo “el consejo está trabajando junto con las demás comunidades en la defensa de todo lo que tenemos”. Los miembros del Consejo Autónomo de Ancianos de la comunidad de Honey insistieron: “nosotros no contamos con las autoridades, contamos con nuestro consejo indígena que estamos fortaleciendo”.

El Consejo Indígena Intercomunitario de la Sierra Norte de Puebla, representado por María de Lourdes Sampayo y Ortencia Reyes, precisó que están reunidos por el aire y el agua que son la vida. “Por la tierra que nos da de comer; por eso estamos todos luchando para que nuestros alimentos no se contaminen”.

Que en Pahuatlán el presidente municipal estaba del lado de las empresas y que ellos retomaban sus autoridades tradicionales. “Nos quieren arrebatar lo que es de las comunidades. Nadie va a venir a defender la tierra y el agua. Nosotros somos los que tenemos que defenderla.”

De la comunidad de San Nicolás un representante señaló con la convicción y la seguridad de sus palabras: “necesitamos tomar nuestro destino del cómo queremos vivir y del cómo queremos que vivan nuestros hijos y nuestros nietos. Nosotros tenemos libre determinación, somos los pueblos autónomos que debemos decidir la manera de cómo queremos vivir, de cómo queremos que produzca el campo. Somos los que tenemos las maneras de cómo proteger el agua que nos da vida”.

Las comunidades denunciaron la presencia de diferentes instancias de gobierno para engañar y manipular a la población de San Nicolás que cuenta con once manantiales. Y mencionó que los de la empresa “ahora ya que la ven difícil quieren convencernos, pero para eso ya se hizo tarde, no vamos a permitir que contaminen a la madre tierra, porque ese día nos vamos a enfermar”.

Los manuales del despojo, explicaron los representantes indígenas, comienzan con la compra de voluntades de las autoridades municipales y sus auxiliares, de vecinos que en la necesidad aceptan prebendas a cambio de sus terrenos o de aceptar colaborar con las empresas. En otros casos es la amenaza de no darles proyectos o simplemente sacarlos de los programas de gobierno.

Las camionetas TransCanada y de la constructora Bonatti comenzaron a transitar en la comunidad de Montellano en 2016, expuso Santos Vargas Rosales, integrante de esta comunidad del municipio de Pahuatlán.

Llegaron a la comunidad con el consentimiento del Juez de Paz, y comenzaron a medir y marcar trazos, hicieron un acuerdo para que les mostraran los predios que son pequeñas propiedades, denuncia Santos, y que “les enseñaran los puntos donde pasaría el gasoducto y les mostraran el territorio con sus manantiales”.

En Montellano, se realizaron trazos por parte de la empresa en la entrada de la comunidad, en el centro donde se encuentra el panteón y la escuela, y otros más en la salida de la población. “Somos una comunidad pacífica y los dejamos andar libres porque no sabíamos.”

Después comenzaron a informarse y a organizarse, formaron un comité para defender la comunidad y, junto con Zoyatla y Acahuitla, comenzaron a comentar con la gente y visitar comunidades.

Ciertas autoridades de Pahuatlán condicionaron el otorgamiento de proyectos a las personas que estuvieran en el movimiento. “Nos decían que nos darían unas casitas de tres por cuatro, casitas con loza de material muy malo, que se goteaba. Con ese apoyo condicionaban a las personas y les decían: ‘te va a llegar esa casita, pero no anden defendiendo la comunidad’. El Juez de Paz una vez les dijo: ‘Pónganle un hule encima si tiene goteras’, como de burla. Nosotros no queremos ese apoyo.”

Se le pidió al Juez de Paz que los apoyara. “Nosotros lo pusimos para que nos apoyara y se negó, se levantó una acta donde decíamos que no queríamos el proyecto Tuxpan-Tula, y no la quiso firmar. Fue aquí que hubo la necesidad de volver a la organización de nuestros antepasados, de formar de nuevo nuestro Consejo de Ancianos para tener una autoridad que nos ayude, que nos apoye”, dijo otra integrante del Consejo.

Lorenzo Vargas, de la comunidad de Cuautepec, explica que representantes de la empresa eran vistos entrar a la presidencia municipal de Tlacuilotepec en muchos momentos, sin embargo “a nosotros no nos respetaba nuestra autodeterminación como pueblo”.

Se juntaron el día 4 de septiembre de 2016, les mostraron videos y rutas del gasoducto, descubrieron que para construir el gasoducto Tuxpan-Tula tenían que cruzar terrenos, tumbar cerros y secar manantiales.

Se realizaron cinco reuniones y protestaron públicamente manifestando su desacuerdo. Para octubre les hablaron de la consulta de las autoridades municipales, y comenzó la etapa de ofrecer obras públicas necesarias para las comunidades.

“Anteriormente no venían con este tipo de apoyos”, relata Hernán Castilla García de la comunidad de Cuaulutla, llegaban los de la empresa y les decían que la tubería era de buena calidad, que no existiría fuga de gas, y prometían pavimentar las calles, arreglar las escuelas o bien lo que la gente les pidiera.

Hernán abundó diciendo que los apoyos siempre se los dan a los que están de acuerdo con la empresa del gasoducto. “El gobierno entregó 30 o 40 viviendas para cada comunidad, pero eran para los que están de la mano con el presidente municipal y del auxiliar.”

Por último, el profesor Diódoro, integrante del Consejo, declaró: “nos hemos organizado para decirles a todos que ya no estamos dispuestos a ser los olvidados, a ser los perdedores de siempre. Estamos decididos a defender nuestros territorios”.

La suspensión definitiva del gasoducto en Pahuatlán anunció otros horizontes, que tal vez ahora, con el expediente archivado, hay que replantear.

Entresijos cotidianos de “hacerle la lucha”

Cuando pensamos en las luchas de resistencia que recorren el continente, en particular en el México que descubrimos levantando las piedras y subiendo los cerros sagrados, es común y necesario pensarlo desde las injusticias y agravios que sufre la gente, buscando las defensas así obvias, grandes, contundentes.

Es menos común que nos metamos a los cuidados más cercanos y profundos. Casi no pensamos la lucha en su devenir en los días, en la cotidianidad que significa la organización, en las zozobras de andar en los caminos, trasnochados, juntando firmas o reuniendo voluntades, con apenas un pambazo o un tamal y un vaso de agua en la panza.

La retórica militante casi no expresa la talacha, los cuatrocientos mil pendientes que se cumplen para que todo esté al punto, para que no se nos escape nada, para entender lo que los enemigos (los particulares, las empresas y la enormidad burocrática que le crece a los gobiernos) ya hicieron y no sabíamos. O lo que pretenden hacer y entrevemos (o de plano descubrimos) al observar las reacciones de la gente, en el lugar de los hechos en bosques, agujajes y quebradas, y en los papeles legales que “legitiman” lo que ocurre.



Cuauneutla, Puebla. Foto: Daniela Garrido

La lucha del Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo

acuerpa por lo menos seis grandes consejos comunitarios e intercomunitarios de la región. Y todas estas reflexiones afloran en su dialogar porque “hacer la lucha” tiene empeños muy microscópicos y busca no dejar nada al azar, aunque la improvisación consciente sea parte de sus modos importantes.

Tan sólo ir de San Pablito Pahuatlán a Puebla, para atender parte de las demandas, o a Pachuca, Hidalgo, para entender lo que ocurre con el resto, implica a alguien que vaya y revise las actualizaciones de un expediente que crece conforme se descargan las evidencias, se suman alegatos, se reviran los amparos o las acusaciones. Los expedientes son un mundo de papel vivo, que resume lo que se va tramando en contra de las comunidades en oficinas y cantinas o comederos, y lo que podría defender el territorio en las reuniones de comunidades dispersas en un vasto entorno.

La gente se juega el futuro en entender qué sigue, cómo darle la vuelta a lo que recién descubrimos en los nuevos legajos agregados. Y eso sin contar con la relación que hay que tejer con los

empleados de los tribunales, con los legajos mismos para fotografiarlos con un celular porque no hay cómo fotocopiarlos.

Otro trabajo crucial es sincronizar los esfuerzos de tantas personas con ocupaciones diversas, con tiempos de participación divididos por la faena: sus labores en el campo, en el comercio, en la albañilería, en la asistencia a la salud o la docencia, en su asistencia a preparatorias y bachilleratos.

Sobre todo porque no es sólo una comunidad la que está empeñada en oponerse a un megaproyecto: en este caso el gasoducto abarca una amplitud tal en su afectación que es extraño escuchar los dichos de los funcionarios de TransCanada y de los funcionarios gubernamentales cuando remachan que el gasoducto es inocuo, que es una bendición, que les dará gas gratis, cuando que todo mundo sabe que el gasoducto se colará a múltiples rincones de una vasta porción de la Sierra Norte de Puebla y su vecindad con municipios de la Sierra Hidalguense, ya propiamente la Huasteca, justo desde Tuxpan en la costa veracruzana hasta Tula, por lo menos. Y en su recorrido tendrá estaciones de bombeo y filtrado, habrá excavaciones para enterrar la tubería y tendrá por lo menos una franja continua de 25 metros de vía libre (12.5 m de cada lado del tubo a lo largo de su trazo) que le serán expropiados a la gente interrumpiendo su territorio, es decir, cruzando las veredas humanas y animales, las rutas de los pájaros, el flujo de aguas de diverso origen.

Una de las tareas urgentes es la recuperación histórica de todas las comunidades que resultarán afectadas. La empresa ha querido poner en duda la presencia ancestral de las comunidades en la región y con eso mellar el filo de lo que los jueces pudieran sentenciar al respecto de la afectación.

Pero la evidencia es contundente de que estamos en un “nudo de caminos históricos” que configuraron este territorio donde conviven nahuas, ñahñú y ñuhú de la gran familia otomí, totonakús y tepehuas o masapigní, y que ahí la lengua franca ha sido el nahua, pero también el otomí.

La gente quiere defender su legado, su historia, pues atesora relatos dispersos de sus orígenes y fragmentos y anécdotas —todos ellos épicos y emocionantes por la vastedad de sus enseñanzas y la luminosidad de sus personajes.

Un punto crucial entonces es resistirse a la denominación de localidades (esa categoría estadística que despoja del tramado de relaciones históricas) y en cambio reivindicar la idea de comunidad, con su densidad temporal y su tejido memorioso.

En Zoyatla, pa'l caso, se rememoran las persecuciones que juntaron a los grupos en las cuevas de tantas y tantas laderas y cómo mucha gente nació en esas cuevas. Habían venido de abajo, de Zacamila, colindante con el río donde sembraban maíz, caña brava, cacahuete, frijol, chile y jitomate, y todo mundo se mantenía de lo que cultivaban. Y el chayote se daba solo, nadie lo sembraba siquiera. La gente hacía piloncillo en los trapiches y los hornos caseros. Pero había patronos abusadores que te aventaban el caballo y te humillaban, sobre todo a quien tuviera ascendencia indígena.

Y la gente huyó, como sigue ocurriendo en tantas zonas del mundo.

Fueron épocas oscuras en las que crecieron sin que ni maestros hubiera. Pero las familias continuaron sobreviviendo de manejar la coa y el machete pues laborar el campo era la vida misma.

Ahora, por la educación deshabilitadora y el entorno donde lo electrónico es omnipresente, “llegan a señoritas las mujeres y a hombres los muchachos y ya no les gusta el campo. Y nosotros los grandes”, comenta uno de los ejidatarios, “nos juntamos a criticarlos, porque a nosotros siempre nos gustaron las labores del cultivo. A esta generación parecería que sólo le importa la letra, pero la reflexión es: ¿será que esto pasa porque el estudio rompe la lógica del campo?, ¿porque se obtiene mejor ropa, mejor comida, porque ya no les llegan pulgas y duermen mejor? Pero otros viejos dicen que cuando no tenemos madera nos abandonamos a lo que sea”. Así se queja don Camerino Hernández.

Otro señor interviene: “igual yo me maravillo de ver cómo es que las personas que no tenían estudios, igual les trabajaba su mente. Y se las ingeniaban para idear los trapiches, para aprovechar al máximo el calor de la leña en sus hornos caseros. Pero claro. Nos han golpeado de muchas maneras. Cuando era niño se daba muy bien el café. Aquí había vereditas entre los arroyos, y muchas variedades de café de almendra grande muy aromática. Pero hoy hay pura enfermedad. Es un rumor a voces que tal enfermedad la trajeron los mismos técnicos. Para implantar otras variedades, más propicias para las empresas”.

El 3 de mayo la gente de la región celebra el día de la Santa Cruz, como algo muy importante, porque si algo hay en la región es agua. Y ese día se pide y se agradece por el agua, para encargarle a lo sagrado que el agua brote y nos cuide y no se nos agote.

La gente cuida el agua atisbando y reviviendo de continuo los manantiales con procesos secretos y ceremonias recurrentes: son las aguas de ambos océanos desplomadas del cielo y rejuntadas en ese territorio entre las Sierras Madres, entre el Atlántico y el Pacífico. Aguas que habrán de brotar como pocitas y en escurrimientos y caídas por la roca hasta hacer crecer los arroyos y los ríos profundos para recomenzar en el mar. De ahí, las comunidades, y el monte mismo, aprovechan para revitalizarlo todo. Estas aguas son algo que ambicionan las corporaciones.

Don Zenón cuenta que los terrenos que cultivan son laderosos. Que ahí no se mete tractor. “El arado deja todo martajado. Pero en la ladera más empinada se utiliza pura coa entre la piedra y las barrancas. A lo sencillo. Cultivamos la planta donde los terrenos son duros, pero fértiles. Y los abonamos de modo natural. En los rellanos cultivamos frutales: naranja, lima, limón, plátano. Nosotros todavía nos fijamos de dónde pisamos pero la gente nueva ya luego la medicina anda pisando, porque aquí camina uno entre el árnica y el malabar, la caña de jabalí, el quelite de puerco, el chicamole y la malva”.

A él toda esta división de los jóvenes que ya no quieren cultivar y los viejos empeñados en cuidar le parece absurda. Y comenta: “Tal vez los jóvenes ya no participen en la agricultura, pero como sí participan en la comida, porque todos comen de lo que cultivamos, tenemos que meterlos a que tengan una claridad de los dos mundos. De la contradicción entre la cultura de la escuela y la cultura del campo”.

Una de las señoras, porque aquí doñitas y dones se comparten la palabra sin aspavientos, comenta: “Al mal le gusta la soledad, el aislamiento. Se apodera de los parajes poco usados por la comunidad y por eso es muy importante

defender todos nuestros rincones. Antes la gente era de una sola fe. Pero ahora las sectas se los quieren repartir, y se los arrebatan en lugar de entre todos cuidar lo que hay que cuidar: eso nos muestra la destrucción social y cultural que hemos sufrido: no es sólo las labores del campo, la danza, la lengua, el vestido, las ‘costumbres’ como tanto les gusta decir a los técnicos de la CDI (ahora el INPI). Son las relaciones entre las personas. Antes, si había enfermo, nos lo sacábamos hasta Villa Juárez cargado en silla. Nomás eso implica un trabajo de coordinación que no queremos que se pierda. Yo pienso que la lucha contra el gasoducto nos hace pensar en esto de nuevo”.

En toda la región bulle la preocupación: en San Pablito y Montellano, Zoyatla, Axtla, Ahuacatitla, Pasiotla, Xolotla y San Andrés Apóstol. San Nicolás y San Antonio el Grande en Hidalgo. Las autoridades casi no están con la gente, pues muy pronto se acercan a la empresa. El entramado que desde las secretarías de Energía, Agricultura, la misma CDI y la del Medio Ambiente va tendiendo con sus coordinaciones de “enlace municipal” y sus direcciones de “ocupación superficial”, en realidad le secuestran a la gente la posibilidad de defenderse porque dichas coordinaciones funcionan como operadores de las empresas en sincronía con el gobierno.

La tarea es mucho más titánica de lo que parece, porque hay que remontar rumores, dimes y diretes, amenazas reales o imaginarias; hay que frenar los intentos por montarse en los procesos de defensa que aprovechando el vuelo lucen a los candidatos de partidos políticos en su “oposición al gasoducto”. Hay que lidiar con la presencia nada afable, y hasta agresiva, de gente que está con la empresa porque les ofrecieron empleos y dinero, sin darse cuenta que todo el asunto del gasoducto los puede expulsar de la zona.

En San Andrés, doña Elidia López, señora esbelta de 96 años, sanadora, dice con gran dulzura en la mirada y en la voz: “Hoy nos traen interrumpidas. Nos ponen citas por todos lados y nomás nos hacen perder el tiempo. Ahora quieren reglamentar hasta la hora en que venga a vivir un bebé, cuando llega desde el quién sabe dónde a este mundo. Antes esperábamos con hierbas toda la sangre que busca salir del vientre y el bebé llegaba a su tiempo”.

Elidia cuenta que aprendió de su mamá todo lo que sabe y que como la gente la busca ella sigue respondiendo. “Yo aprendí nomás de vigilar lo que hacía mi mamá para arreglar una y otra vez a las familias, y se me quedó pegado el trabajo. Aquí les digo lo que hago de quehacer. Curar da trabajo, y peligra una, pero por eso hago siempre mi promesa”.

Un gato dormita sobre el techo de lámina desde donde se domina toda la ladera lejana cubierta de un bosque de niebla bien diverso.

La voz de la sabia Elidia continúa: “Ahora nuestros gobernantes no nos defienden. Cómo va a ser que vengan y promuevan el tubo ése que a todo mundo nos va a perjudicar. Son cobardes. Yo me acuerdo cuando era niña de un presidente municipal que tuvimos, que defendió a los jóvenes que se querían llevar a la guerra. Y él se enojó mucho y no paró hasta que no los libró. Se fue a alegar en ñahñú hasta la capital del estado para que no les hicieran nada. Ahora en cambio esos nuevos tienen miedo”.

En San Nicolás Tolentino la gente también está enojada. Miguel López, ins-
ta a todo mundo a evitar los impactos sociales y ambientales que acarreará
el gasoducto: “Del bosque nacen las nubes que hacen llover y esa lluvia sin duda
impacta las semillas nativas de nuestra producción campesina en la milpa. Eso
es el abastecimiento de nuestras familias. No queremos que se contamine el
agua. El gasoducto contaminará la tierra, las plantas. Si protegemos y defende-
mos el agua, esa agua nos dará la vida, mientras la contaminación propicia va-
rios tipos de cáncer. Nuestra riqueza principal es la salud. Con salud podemos
trabajar y día a día obtener nuestro sustento: eso es hacer el bien; hacer algo
por la misma naturaleza. Otra de nuestras riquezas es la asamblea comunitaria,
que planea, decide y ejecuta todos los trabajos que tenemos en favor de nuestra
comunidad: agua potable, pavimentación, obra pública, sistemas de bombeo.
Todo eso a más de los trabajos agrícolas que aquí son al revés de otros lados
porque se siembra en enero y se cosecha en mayo-junio o hasta julio”.

El comisariado ejidal, don Serafín Cajero Antonio nos insiste: “los gobiernos
federal, estatal y municipal dicen que nos van a cuidar, pero quienes trabajamos
somos los campesinos sembrando maíz, chile, frijol, jitomate, cafetal, bosque y
manantial. Nuestra naturaleza la venden porque los gobiernos no les importa
pisotear nuestros derechos originarios ni el código agrario, las leyes, la Consti-
tución y el Convenio 169 que nos protegen. Este gasoducto es pura destrucción.
Somos más de 469 comunidades entreveradas en los cerros y montañas en este
territorio indígena de muchos pueblos originarios y estamos luchando contra
este proyecto aunque el gobierno se empeñe en convencernos. Pero nosotros
seguiremos fieles en esta lucha”.

Claudio Modesto, cien por ciento hablante del ñuhú, se pronuncia de inme-
diato: “TransCanada y el gobierno pretenden que el gasoducto pase por nuestro
territorio. Pero van a destruir nuestras tierras. Nos dicen que no somos indíge-
nas cuando lo poquito de castellano que hablamos apenas hace poco lo acaba-
mos de aprender. Cuando esas personas [de la empresa] llegaron, ni pidieron
permiso, se metieron por los frijolares, las huertas y las milpas. Si hubieran llega-
do de otra manera tal vez no se hubiera enojado tanto la gente. Pero cuando nos
dimos cuenta de qué clase de personas eran, de ahí surgió que nos andemos
defendiendo. Los de la empresa dicen que no causa daño, pero con esos tubos
no pueden garantizar que no haya explosiones”.

Rebeca López Patricio remata: “Nuestra gente aquí llegó hace muchísimos
años y se refugió en estas montañas. Tenemos muchas tradiciones que se pue-
den perder con esta afectación. Tienen que saber que sí conocemos nuestros
derechos y sabemos de los convenios y los artículos de la Constitución. Y ulti-
madamente, a ellos no les debe importar si bailamos en los cerros o si adoramos
el agua. Ellos deben respetarnos. Estamos orgullosos de estar aquí, en nuestra
tierra, territorio ñuhú”.

Y Miguel López completa: “El hablar otomí trae buenas ideas a la cultura para
la formación de los niños. No queremos dejar de hablarlo porque el ñuhú nos
sigue enriqueciendo el pensamiento”.

[Con información adicional de Raymundo Espinoza y Jaime Quintana]

TC-Energy y sus ductos

Es necesario detallar y explicar la empresa que encabeza este proyecto, la empresa TC-Energy (antes TransCanada). De dónde sale, qué trayectoria de comportamiento tiene, los lugares donde opera, qué tipo de alianzas estratégicas promueve, porque es una empresa que a pesar de que tiene un desempeño muy significativo en nuestro país, está totalmente fuera de foco de la opinión pública y del periodismo de investigación.

TransCanada es la principal empresa en su ramo en Canadá y una de las más importantes en Estados Unidos. Actualmente tiene un ritmo de acumulación excepcional. Sostiene una tasa de crecimiento altísima, de continuo —como ellos mismos explican en su página web— es galardonada tanto en Canadá como en Estados Unidos, por su alta productividad, por sus proyectos de producción de energías limpias: energía solar, eólica, hidráulica. Por su apoyo a medios de conservación, a la educación y la capacitación de los pueblos indios. También en México, la empresa ha construido más de 100 mil kilómetros de ductos. Es una empresa muy, muy poderosa. Es impresionante ver todos los ductos que ha construido en Canadá. Casi todos salen de la región de Alberta, donde están las fuentes de arenas bituminosas, una de las fuentes no-convencionales para conseguir petróleo. Atraviesan el territorio canadiense, de costa a costa, están al sur de los grandes lagos. Están en el gran nacimiento Marcellus, el principal yacimiento de shale que existe en el planeta. También llega TransCanada a la principal zona del sureste de Estados Unidos, a la principal zona de refinación. El ducto más famoso de todos, de los Estados Unidos, es conocido como extra-largo y comienza en un yacimiento muy grande. También hay zonas de yacimiento que se desarrollan en México. Hay un ducto que atraviesa las aguas omegas del Golfo de México, dos yacimientos que se integran en tierra, por Veracruz y San Luis Potosí e Hidalgo, otro que entra por Jalisco, otro que cruza por Chihuahua y atraviesa Sonora y Sinaloa.

Esta empresa, originalmente canadiense, inicia en los años cincuenta. En los años noventa se fusiona con una empresa estadounidense, Nova, y en años más recientes ha recibido premios por sustentabilidad financiera. El

TC-Energy es la principal empresa en su ramo en Canadá y una de las más importantes en Estados Unidos. Actualmente tiene un ritmo de acumulación excepcional



Los oratorios (detalle). *Los Tenangos...*, p. 44

presidente y el director ejecutivo de la empresa de TransCanada es Russ Girling, un amigo muy cercano del presidente Trump. La empresa evidentemente se dedica a mover petróleo que tiene como origen arenas bituminosas, pero sobre todo gas, que es un gas shale. En los últimos diez años Estados Unidos dejó de ser un país dependiente energéticamente e importador neto, y de nuevo se convirtió en exportador, como en los años cincuenta, sesenta, cuando era un exportador neto de hidrocarburos.

Actualmente, la industria de producción energética no-convencional ha tenido que basarse en un agresivísimo programa donde a las empresas que perforan pozos de gas shale y las empresas que perforan pozos de gas y crudo como TransCanada se las apoya con un programa de desregulación, es decir, son industrias subvencionadas

Gracias al desarrollo de diversas tecnologías, las iniciativas de energías fósiles no-convencionales, sus arenas bituminosas o sus capas de metano, se transformaron en productoras de energía fósil. Gracias a eso Estados Unidos volvió a ser exportador. Entonces han tenido que construir infinidad de ductos que atraviesan Estados Unidos, colocando en sus puertos o en sus líneas de frontera su gas metano, su gas no-convencional o su crudo no-convencional en los mercados de exportación.

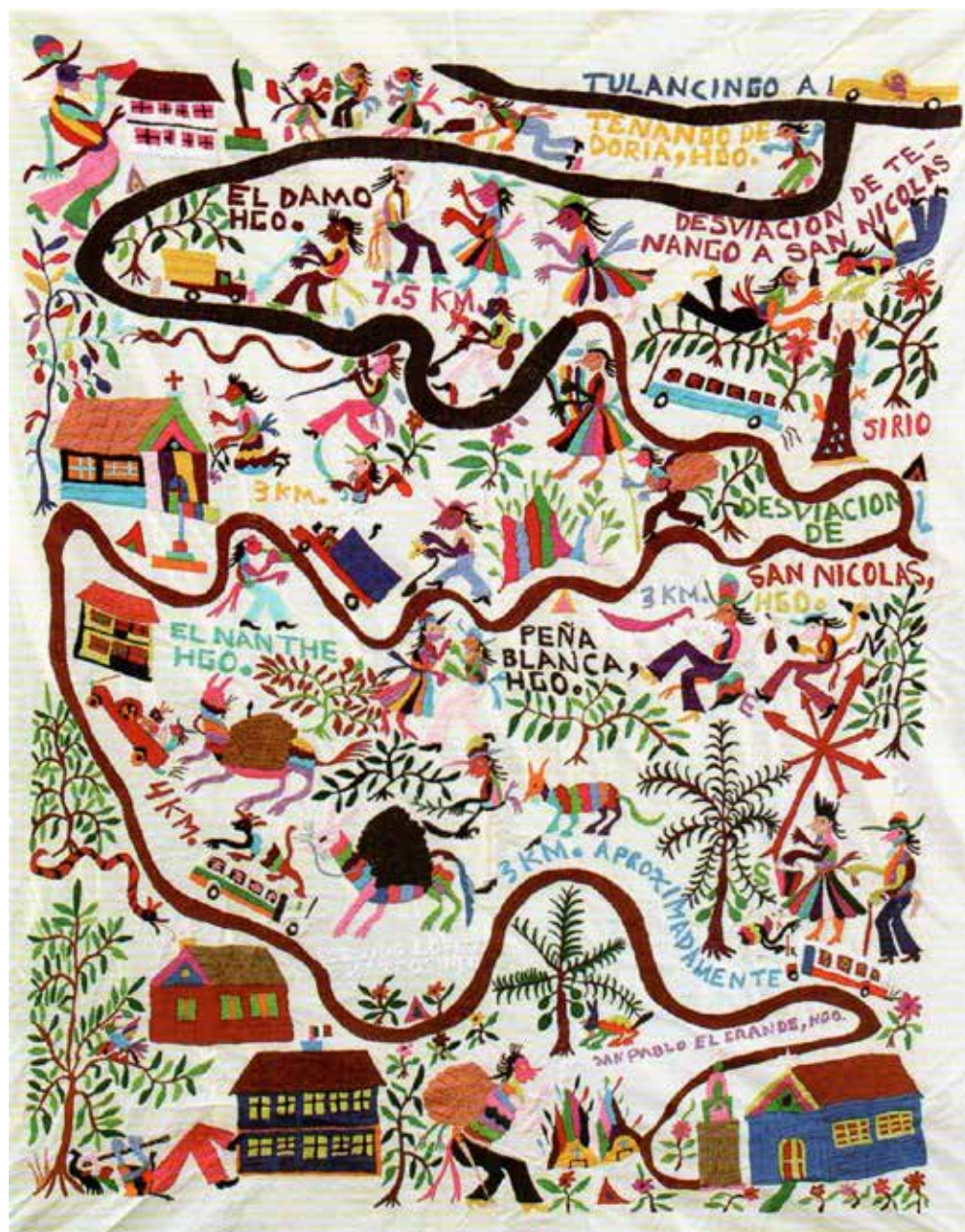
Esto es básico entenderlo porque TC-Energy forma parte central de esta reestructuración del sistema de producción industrial energético de Estados Unidos, y de su sistema de reproducción y comercialización. Es muy sabido que esta energía era cara para la OPEP, que contraatacó en 2014 bajando los precios del petróleo, para evidenciar la incosteabilidad de este tipo de industria. Más de cien empresas de gas shale quebraron en 2014 y los estadounidenses respondieron este ataque. Contraatacaron a la OPEP desarrollando la tecnología de extracción —los pozos shale se perforaban en veinte días, actualmente se perforan en ocho días. Aunque abarcaron mucho la extracción del gas shale, recuperaron a las empresas mediante especulación financiera de Wall Street.

Si recolocaron en el mercado internacional el gas shale, lo sostienen con este papel verde que imprimen en Estados Unidos conocido como dólar, porque la industria de gas shale se sostiene con una serie de instrumentos financieros de Wall Street.

El nuevo problema del costo del gas shale es la gran destrucción ambiental que genera. Entonces, para poder mantener la explotación de gas shale, Estados Unidos ha tenido que adentrarse en un proceso de desregulación ambiental pleno y total (como si fuera México). Actualmente, la industria de producción energética no-convencional ha tenido que basarse en un agresivísimo programa donde a las empresas que perforan pozos de gas shale y las empresas que perforan pozos de gas y crudo como TransCanada se las apoya con un programa de desregulación, es decir, son industrias subvencionadas. La idea fundamental es dismantelar la producción convencional de petróleo en Irán, en Venezuela, en Rusia. Mientras, se busca apoyar a estas empresas con todo el aparato financiero y con toda la desregulación ambiental.

Es bajo esas características que TransCanada se convirtió en una de las empresas de transportación de gas y crudo más importantes de toda Norteamérica. Ellos se movían por todo el mundo en los años cincuenta, sesenta, setenta,

ochenta. A partir de los cambios de los años noventa, TransCanada se centra específicamente en América del Norte: primero en Canadá, luego Estado Unidos, a partir de la empresa Nova, y ya con el Tratado de Libre Comercio y con la reforma de la ley de energía, comienzan a incursionar en México.



El camino de Tenango a San Pablo el Grande, *Los Tenangos, mitos y ritos bordados, arte textil hidalguense*, p 87

Estados Unidos es uno de los territorios más ocupados por ductos: de petróleo, de gas, de refinados. Sólo la vieja Unión Soviética, lo que queda de ella actualmente en Rusia, tiene un sistema de ductos comparable.

La llegada de TransCanada para construir ductos en México es la prolongación de todo este tipo de infraestructuras estadounidenses, tan importantes y tan

inmensas, que conectan sus yacimientos con sus sistemas de ciudades (que son los más importante del planeta) o conectan éstos con sus yacimientos marítimos. En el Golfo de México es un sistema de ductos brutal comparado con lo que anteriormente sacaban de otros lugares del mundo. Todo esto es lo que se está proyectando en México bajo la tutela de empresas como TransCanada, ¿por qué?, porque nos traen la modernidad. Nos traen el progreso. Nos traen el bienestar.

Ésta es una manera engañosa de presentar las cosas. En realidad la industria del shale, como no tiene precios competitivos, recibe un cuarto financiamiento que es la compra que nadie le hace a Estados Unidos de refinado de petróleo y de gas natural. México le compra 30% de sus exportaciones de gas. Esto lo hicieron los gobiernos de Salinas para acá, que desmantelaron la industria de gas de Pemex para comprar gas shale. Treinta por ciento de las exportaciones mundiales de Estados Unidos se colocan en México: para eso es la red de gasoductos que están construyendo en el país. Dominan el Istmo de Tehuantepec para colocar su gas shale en los mercados asiáticos, los ductos que usan son ductos de Pemex en el Istmo de Tehuantepec y están construyendo una serie de ductos en el territorio nacional. Hay uno muy conocido. No es ducto de gas sino de petróleo que atraviesa desde Alberta y viene de las arenas bituminosas, sistema pedregoso que tiene que disolverse para convertirse en petróleo que colocan en centros petroquímicos. Éste es el ducto más conflictivo, ambientalmente hablando, que existe en Estados Unidos, y ha levantado infinidad de luchas.

El ducto se empezó a construir bajo el gobierno de Bush en 2007 y terminó finalmente siendo aprobado. Obama mismo lo dejó avanzar y luego lo detuvo. Finalmente Donald Trump fue quien permitió que el ducto se terminara. Esto es importante. Están todos los problemas y accidentes ambientales propios de las empresas gaseras y en particular de la empresa TransCanada. Tenemos que entender cuál es el comportamiento y la trayectoria ambiental de esta empresa.



San Andrés, Puebla. Foto: Daniela Garrido

En el caso de México, ellos han construido un primer ducto que va de Tamazunchale en San Luis Potosí hacia Querétaro. Éste fue el primer ducto que construyeron en México. Otro es el de Tuxpan-Tula; ambos se dirigen hacia el Bajío a apuntalar la región de Querétaro, que es una región de producción aeroespacial en donde se están produciendo aviones que son de interés directo de la industria militar estadounidense. La región del Bajío, además de vivir ahí Diego Fernández de Cevallos, es la industria particular de producción aeroespacial y se expande por toda la región. Hay otro ducto de TransCanada, que va de Manzanillo a los parques industriales de Jalisco, con lo que ya están muy cerca de terminar un ducto transoceánico de gas, que también permitirá colocar el gas en la costa del Pacífico como ya ocurre en el Istmo de Tehuantepec, gracias a los servicios de Pemex. El otro enclave donde construyen es en Chihuahua, Sonora y Sinaloa.

Sonora y Sinaloa son parte de los territorios favoritos del crimen organizado, es el “triángulo dorado”, en donde han construido. Para abastecer estos dos ductos necesitan acabar de construir en el Golfo de México en aguas omegas. Es una empresa de TransCanada, en convergencia con otra empresa estadounidense ligada directamente a la familia Bush, la que está en proceso de construcción. Éstos son los lugares que ocupa TransCanada. Son los lugares más pacíficos de México: el estado de Tamaulipas, el estado de Veracruz, el estado de Hidalgo, santuario de cárteles, el estado de Jalisco y ni más ni menos que el “triángulo dorado”. La empresa TransCanada ha construido ductos en regiones claramente violentas por la presencia del narcotráfico, sin recibir ningún tipo de agresión.

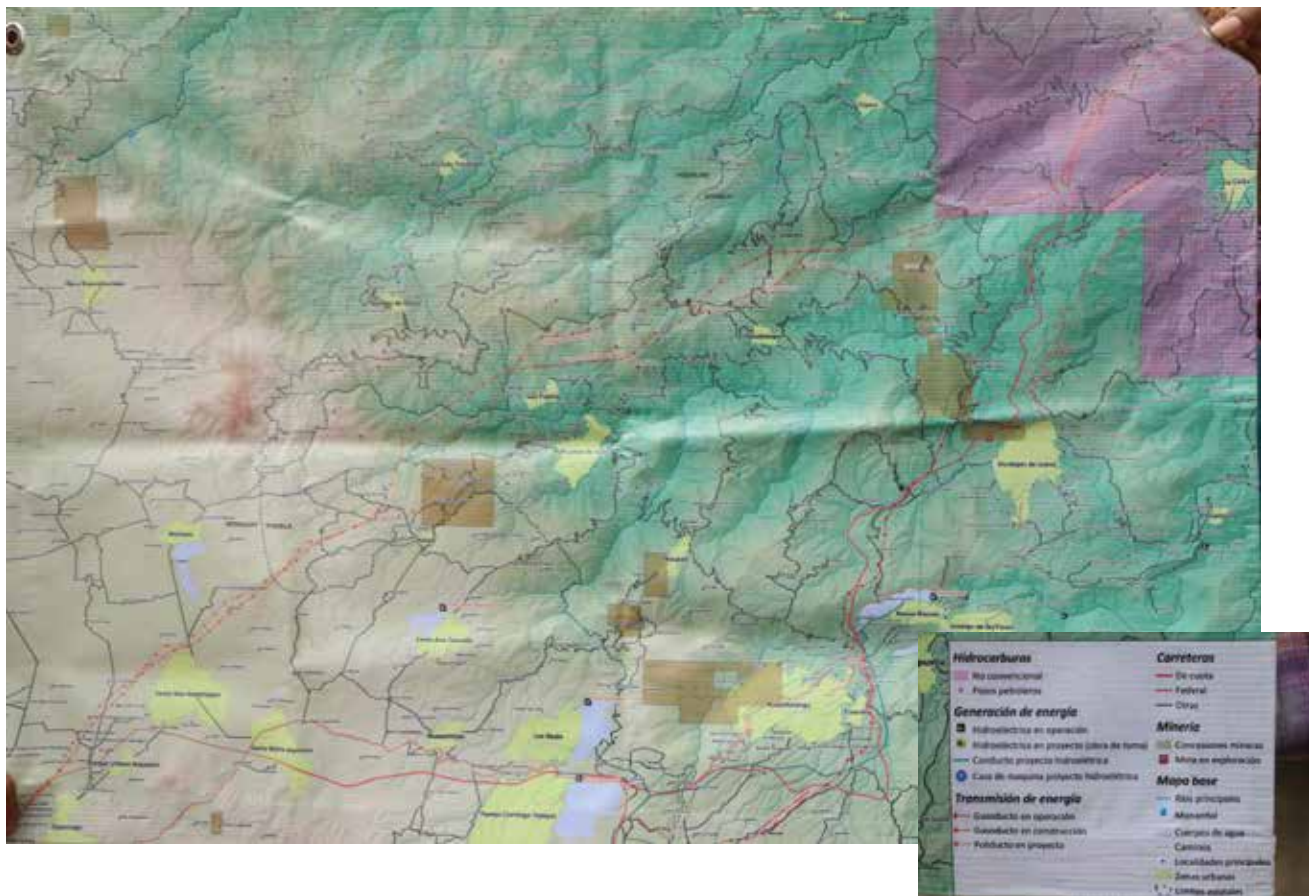
La interrogante es entonces cómo ocupa el espacio del territorio nacional desarrollándose de esta manera. Hasta este momento el paso de la empresa TransCanada ha sido invisible. En Canadá promueve áreas naturales protegidas, protege venados y es una empresa maravillosa. Ya se está viendo. Los equipos de los ductos en el sur de Texas están listos para construir el ducto mexicano. El primer tramo que construyeron fue de Tamazunchale a las instalaciones de Pemex y de la CFE de la región, porque el gas lo utilizan para hacer energía eléctrica. No se trata únicamente de la destrucción de Pemex, sino del rescate de la Comisión Federal de Electricidad. Andrés Manuel López Obrador dijo que se prohíbe la extracción de gas shale en México, y qué vamos a hacer con la transportación de gas shale en México. Ésa es la pregunta. Qué va a pasar con TransCanada.

Los proyectos de TransCanada son parte de toda esta red de ductos que la reforma energética propuso para nuestro país. Hay videos sobre los conflictos que ha generado la construcción del gasoducto en Chihuahua, hay una serie de demandas colectivas que han hecho las comunidades rarámuris en contra de TransCanada. Las irregularidades han ocurrido simultáneamente en Chihuahua y nadie se está dando cuenta de lo que ocurre. La empresa lleva a cabo varios proyectos educativos. Pueden encontrar videos donde está toda la gente que preparó

Hay además toda una historia en torno al manejo de derrames petroleros. Hay quien dice, que cuando se hacen los ductos se requiere de estaciones de bombeo donde se vuelve a impulsar el gas o el petróleo para remontarlo desde la estación de bombeo y entonces pueden ocurrir grandes derrames o fugas

TransCanada en la universidad de Calgary, reunidos con el gobernador de Chihuahua, César Duarte, que estuvo saludando a los estudiantes de dicha empresa.

Hay además toda una historia en torno al manejo de derrames petroleros. Hay quien dice, pero éste es un ducto de gas, que cuando se hacen los ductos se requiere de estaciones de bombeo donde se vuelve a impulsar el gas o el petróleo para remontarlo desde la estación de bombeo y entonces pueden ocurrir grandes derrames.



Mapa de la región Puebla Hidalgo. Foto: Daniela Garrido

Se dice que TransCanada es una empresa de alta tecnología en materia de ductos y que las instalaciones que generan son completamente seguras, pero qué tan seguras pueden ser las instalaciones de ductos de crudo, de gas y de todo tipo de productos fósiles. La sociedad civil estadounidense que es bastante informada coloca a disposición de todos evidencias en video de cómo han crecido los accidentes de 1986 a 2014, cómo se han multiplicado las muertes, los eventos catastróficos, los derrames de líquidos, los accidentes gasíferos. Son miles de millones de dólares el valor de todos los bienes destruidos. La idea de que son instalaciones seguras es un mito, eso no existe, es una mentira. Es un tipo de infraestructura absolutamente incierto, absolutamente peligroso y por eso en Estados Unidos sólo ha podido avanzar desmantelando las regulaciones ambientales. En México lo pueden hacer porque la desregulación ambiental fue una de las terribles condiciones para la firma del Tratado de Libre Comercio. Y es lo que ha caracterizado la destrucción ambiental en todo el país.

El Sistema de Transporte de Gas Natural Tuxpan-Tula

Como parte de la llamada **Reforma Energética** fue proyectada y avanzó enormemente en la administración de Enrique Peña Nieto la construcción de una red completamente nueva de infraestructura para la producción, transporte y comercialización de hidrocarburos, la cual sigue su desarrollo bajo la actual administración de Andrés Manuel López Obrador. Éste es el caso del ducto Tuxpan-Tula, proyecto que si bien ha tenido algunas modificaciones, en lo general sigue su implementación tal y como fue planteado originalmente.

La construcción del gasoducto Tuxpan-Tula —igual que muchos otros proyectos en su tipo— intenta ser presentada como una infraestructura localmente necesaria, cuyo propósito sería abastecer de energía eléctrica y carreteras a las comunidades cercanas que carecen de dichos servicios. Fue así como se promovió en sus inicios y hoy ésa es la misma idea planteada por la actual administración del gobierno federal ante los pueblos que expresan su rechazo a la obra.¹

A través del oficio número ASEA/UGI/DGGTA/0423/2016, el 13 de mayo del 2016 se resolvió autorizar *de manera condicionada* el proyecto denominado Sistema de Transporte de Gas Natural Tuxpan-Tula, otorgando una vigencia de treinta meses para las actividades de preparación del sitio y construcción, así como de veinticinco años para su operación y mantenimiento.

El trazo originalmente definido para este ducto fue de 265.9 kilómetros de longitud, con un diámetro de 36 pulgadas y una capacidad para transportar 886 millones de pies cúbicos por día. A este ducto le acompaña la construcción de una estación de compresión, estaciones de regulación, medición y control, válvulas de seccionamiento y “trampas de diablos” (TD). A su vez, fue previsto que este gasoducto contara con un ramal de 24 km de longitud y 16 pulgadas de diámetro, que parte de la estación de control hacia la comunidad Chile Frío. “La superficie autorizada para la ejecución del proyecto en su conjunto fue de poco más de 891 hectáreas, cuya distribución corresponde a 315.736 ha de afectación permanente y 575.319 ha de afectación temporal.”

El ducto Tuxpan-Tula forma parte de un plan energético integral mucho más ambicioso que intenta potenciar el desarrollo industrial en el centro y sur del país

¹ Video: *AMLO mantiene diálogo con los pueblos otomí y tepehua de Tenango de Doria, Hidalgo*, 4 de enero de 2020. En: www.youtube.com/watch?v=cLfVyojS-s



San Pablito Pahuatlán desde las alturas. Foto: Daniela Garrido

El ducto Tuxpan-Tula forma parte de un plan energético integral mucho más ambicioso. Es una pieza esencial del nuevo andamiaje que intenta potenciar el desarrollo industrial en el centro y sur del país. A su vez, también representa la oportunidad para desarrollar a una escala ampliada la infraestructura destinada a la comercialización de hidrocarburos en zonas mucho más extensas, donde las principales beneficiarias por la importación de gas natural son empresas de energía norteamericanas, específicamente texanas, ubicadas en la zona fronteriza de Tamaulipas.

Junto con el ducto Tamazunchale (también de la empresa TransCanada), el ducto Tuxpan-Tula es una de las dos interconexiones del Ducto Marino Sur de Texas-Tuxpan. Este gasoducto internacional fue anunciado como el proyecto de inversión individual más importante del año 2017, con un monto total anunciado de 2 mil 600 millones de dólares.

El ducto Sur de Texas-Tuxpan de 722 kilómetros y 42 pulgadas de diámetro parte de las zonas petroleras cercanas a Brownsville, Texas, uno de los centros más importantes para la importación y exportación de energéticos entre México y Estados Unidos. El 17 de septiembre de 2019, TC Energy (TransCanada), IMG (Infraestructura Marítima del Golfo) y IENova (Infraestructura Energética Nova, filial de Sempra Energy) anunciaron la entrada en operación a nivel

comercial de dicho ducto marítimo, prometiendo un abasto de los mencionados 2 mil 600 millones de pies cúbicos de gas natural diarios para las regiones centro y sur-sureste de México.²

Al hacer una revisión independiente relacionada con las áreas de afectación del proyecto encontramos el siguiente conjunto de datos:

Población originaria, localidades indígenas, localidades rurales y urbanas

Existen 476 localidades, 459 de ellas rurales y 17 urbanas, las cuales concentran una población total de 188 mil 781 personas.

Existen 308 localidades con presencia indígena otomí, náhuatl y totonaca al interior de las áreas de influencia, con un total de 22 mil 873 personas.

Propiedad social

Más del 41 por ciento del área de influencia del proyecto es propiedad social (60 mil 520 hectáreas del total de 145 mil 327 hectáreas que abarca).

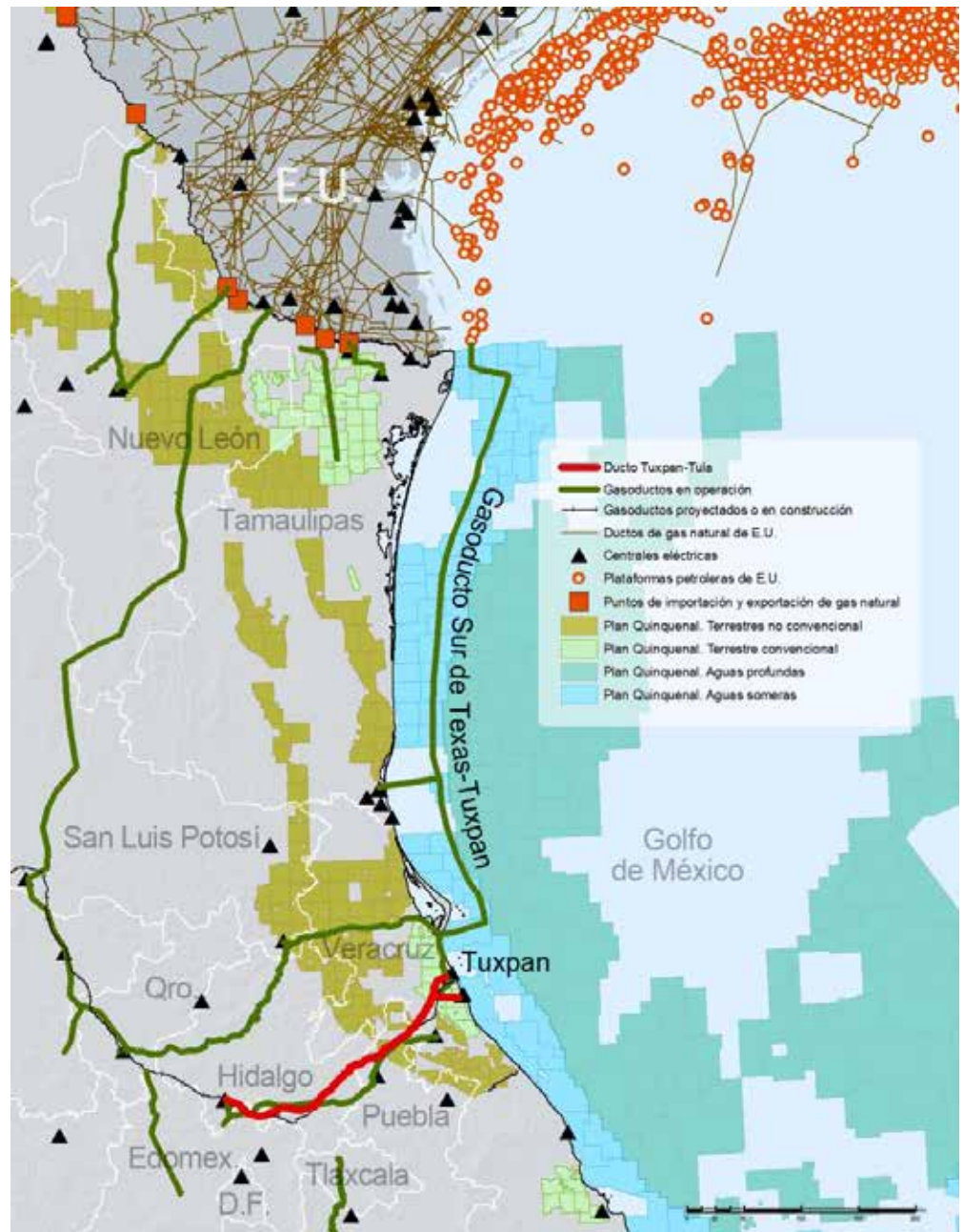
Franja de 25 metros lineales para la instalación del gasoducto

La creación de una franja permanente de 10 metros para el gasoducto más una franja temporal de 15 metros implica afectación directa por actividades de desmonte, nivelación del suelo, desbroce, etcétera, en un superficie de 1,444 hectáreas en las cuáles existen usos previos del suelo y el tipo de vegetación siguiente:

- 3.1 hectáreas de bosques (1.9 ha de bosque de pino-encino y 1.4 de bosque mesófilo de montaña).
 - 20 hectáreas de agricultura de humedad
 - * 106 hectáreas de agricultura de riego
 - 887 hectáreas de agricultura de temporal
 - 308 hectáreas de pastizales y matorrales
 - 3 hectáreas de suelos urbanos
 - 114 hectáreas de vegetación secundaria
-
-

Visto en su contexto, queda constatado que este gasoducto se encuentra estrechamente relacionado con una red de infraestructura energética mucho más amplia, compleja y problemática. El gas que pasaría por el ducto Tuxpan-Tula y que proviene de Brownsville, Texas, Estados Unidos, desde su producción genera ya de por sí graves conflictos ambientales y sociales. Es muy conocida la emblemática lucha de la población de ese país, particularmente aquella puesta en marcha por comunidades indígenas en contra de la empresa TransCanada, encargada de los proyectos en su conjunto.

² “El gasoducto representa una pieza clave para la seguridad energética del país, ya que a través de sus interconexiones podrá abastecer gas natural también a regiones en el centro y sur de México”. Comunicado de Robert Jones, presidente de TransCanada. En: “IEnova y TransCanada terminan el gasoducto marino Texas-Tuxpan”, *Expansión*, 11 de junio de 2019. En: www.expansion.mx/empresas/2019/06/11/ienova-transcanada-terminan-gasoducto-marino-texas-tuxpan



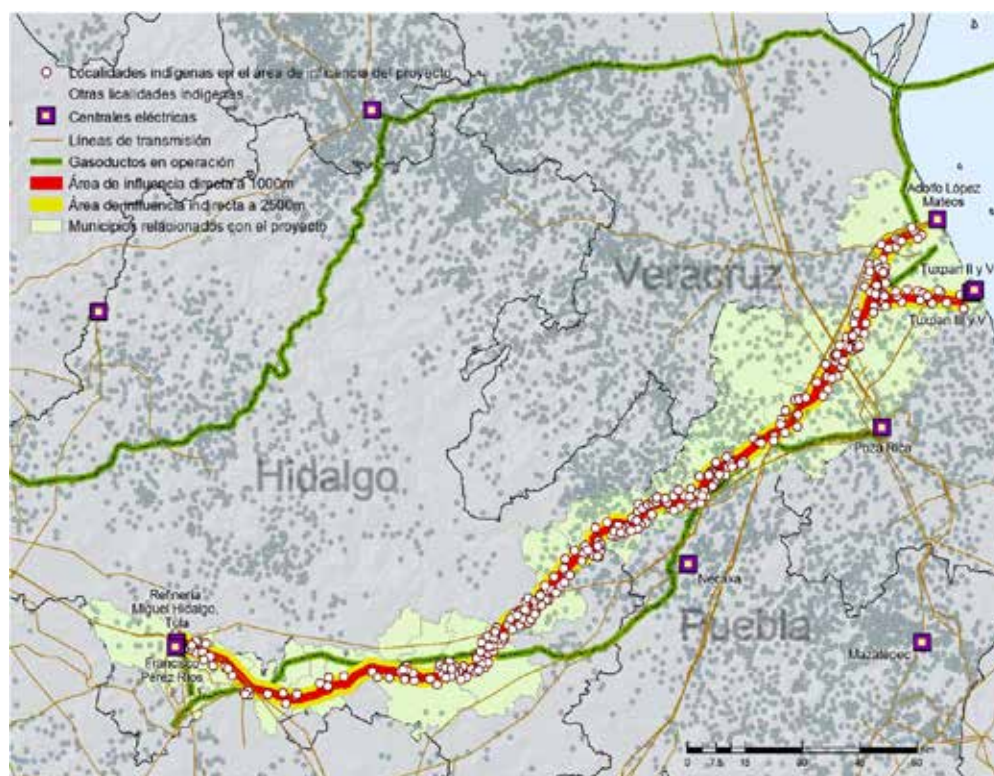
Integración de ductos entre el este de Estados Unidos y México. Mapa: Daniel Sandoval (Ceccam)

Ubicar este tipo de contextos y relacionarlos con otra información complementaria sobre el proceso de producción-consumo al cual verdaderamente responden es muy importante, pues una estrategia muy común del gobierno y las empresas es precisamente aislar los proyectos de todo vínculo problemático, para así hablar solamente, por ejemplo, de beneficios a nivel local, impactos temporales, desarrollo, etcétera. Aun con la escasa información, las comunidades intuyen esta forma tradicional en la que operan los planes de la gran industria.

Aun cuando López Obrador visitó la comunidad de Tenango de Doria para destacar cómo supuestamente con la construcción del gasoducto Tuxpan-Tula tendrán electricidad las comunidades locales, la verdad es que este proyecto forma parte de un plan que excede por mucho el interés de desarrollar a tal

nivel el abasto energético. Se trata de dotar de electricidad a varias de las ciudades más grandes del país, que no frenan el acaparamiento de recursos aunque se encuentren a cientos de kilómetros de distancia. La propia Manifestación de Impacto Social para el Proyecto del Gasoducto Tuxpan-Tula y TransCanada exaltan la posibilidad de llevar energía a la región Sur-Sureste de México, donde se concentran algunos de los planes energéticos más importantes que intenta consolidar el presente gobierno federal.

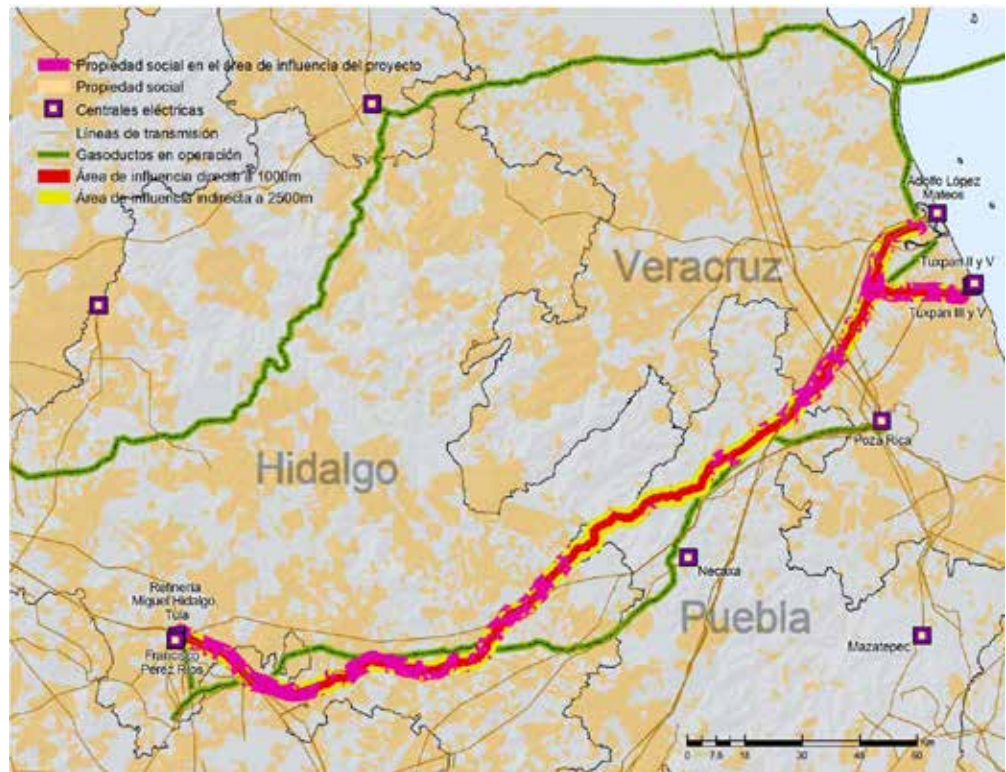
La Ciudad de México, Querétaro, Pachuca y Puebla tienen en común que parte del enorme abasto energético del que dependen proviene de plantas de procesamiento ubicadas en Tula, Hidalgo. Una simple mirada al tendido eléctrico que parte de ese lugar conformará ese hecho. Se hace evidente la perversa regla (moderna) de que el desarrollo de las ciudades sólo puede hacerse efectivo mediante el sometimiento (cada vez más intensivo) de los espacios rurales y de los territorios de las comunidades.



Comunidades indígenas afectadas por el gasoducto Tuxpan-Tula. Mapa: Daniel Sandoval (Ceecam)

Es una obra con supuestos beneficios locales, pero que está conectada con intereses que incluso van más allá de las necesidades del capital a nivel regional. Si retomamos la idea explícita del proyecto del gasoducto Tuxpan-Tula de llevar energía a las regiones centro y sur-sureste de México, debemos pensar en la construcción de la Planta de Refinación en Dos Bocas y en el discutido proyecto del Tren Maya como parte de los planes para desarrollar como nunca antes la producción, distribución y consumo de mercancías en esa región del país. No sólo es un tema de tránsito de mercancías para el mercado mundial, sino que implica abordar la problemática de la intensificación de los procesos de proletarianización en el país, así como de la subvención de recursos, bienes

naturales y fuerza de trabajo barata que la nación mexicana incorpora a la economía global, pero que originariamente pertenecen a las comunidades indígenas y campesinas de México.

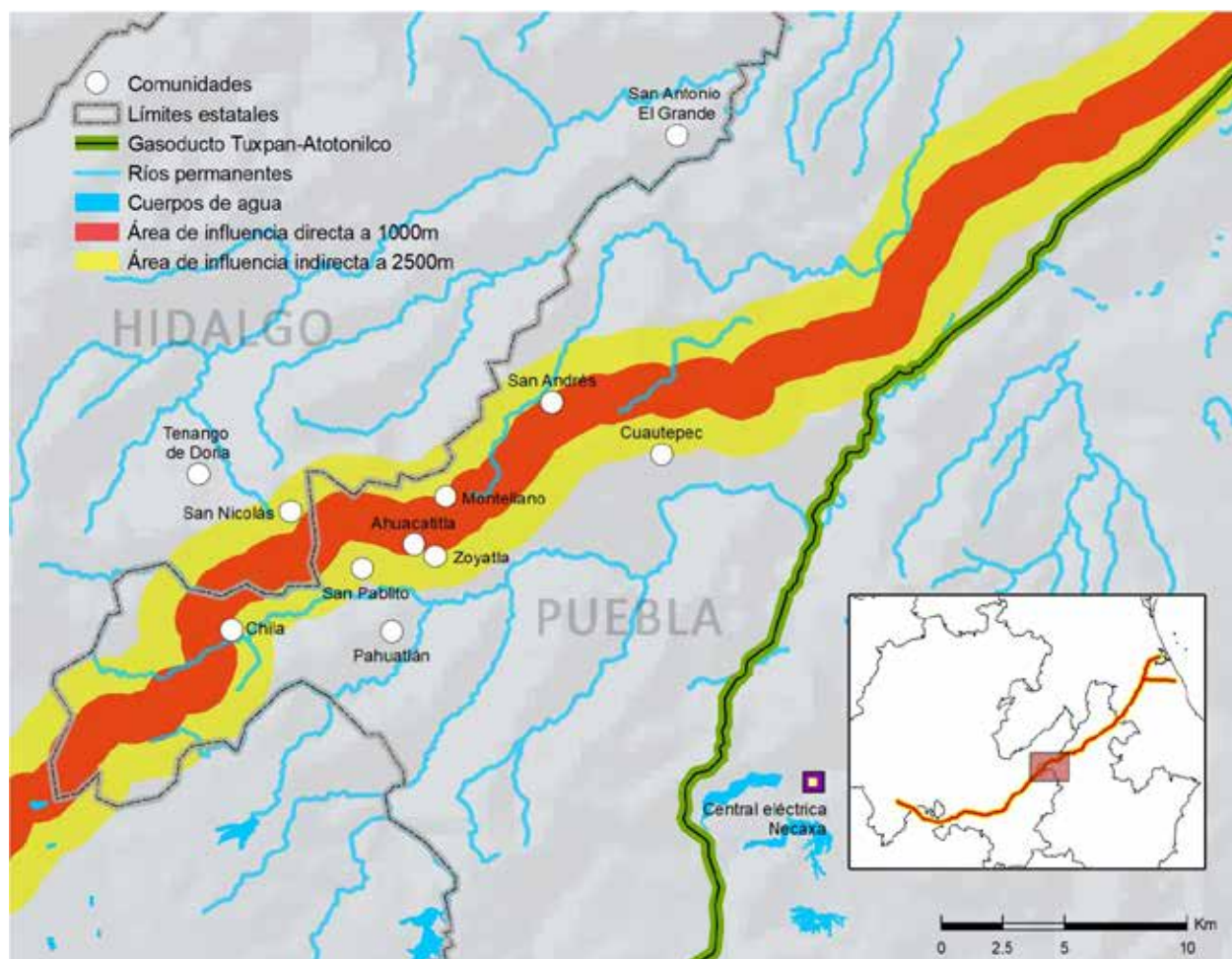


Propiedad social en el área del gasoducto Tuxpan-Tula. Mapa: Daniel Sandoval (Ceccam)

El intento constante del gobierno y de las empresas relacionado con la promoción de megaproyectos es poner al territorio como un elemento abstracto; omitir en lo posible la existencia de cualquier aspecto que pueda ser problemático en el discurso oficial. Tratándose de comunidades indígenas que serán afectadas, los efectos reales (violencia, despojo, agravios) se transmutan en comunidades beneficiarias de empleos, escuelas y caminos; no se especifica si se trata de territorios que forman parte de la propiedad social que serán privatizados formal o realmente y en qué medida ocurrirá; en el discurso actual, se habla por el contrario de comunidades y ejidos que tendrán un papel de socios de los proyectos. Si llega a hablarse de afectaciones a los recursos naturales, aparece la idea de la daños mínimos y de carácter temporal, etcétera. Por lo anterior, resulta decisivo analizar esos datos oficiales y precisarlos en un trabajo de observación integral de las implicaciones inmediatas y de largo alcance que pueda tener cualquier proyecto público o privado.

Esa parte de la labor de análisis territorial es importante también, porque no es sólo que se afecten los usos presentes o futuros del territorio, sino que se trata del desarrollo de un fenómeno inherente al avance industrial específicamente capitalista, donde todos los usos concretos, cualitativamente diversos, usos que otorgan las comunidades, intentan ser subordinados o sometidos a un único uso, un uso abstracto autonomizado relacionado con la generación de beneficios económicos y mercantiles. Es eso a lo que Marx denomina *proceso de valorización del*

valor. En esa oposición de perspectivas se expresa contundentemente la forma de construir y vivir el territorio por parte de las comunidades que, en este caso, han logrado articularse y mantendrán su lucha en contra del proyecto del gasoducto Tuxpan-Tula. La perspectiva comunitaria sobre el territorio es algo que ha quedado muy de relieve en los valiosos testimonios que acompañan este documento; se trata de la exposición de los sentidos que guarda el territorio para las comunidades, sus significados y por qué es para ellas su fundamento.



Área de influencia directa e indirecta del gasoducto Tuxpan-Tula. Mapa: Daniel Sandoval (Ceccam)

Regresando a la cartografía del proyecto y la observación de su contexto, confirmamos cómo algo que intenta hacerse pasar por un plan para generar beneficios supuestamente a nivel local, más bien es una pieza central de la gran industria agazapada en el territorio nacional, la cual favorecerá los intereses de un capital que ha sido señalado en múltiples ocasiones por producir algunos de los ejemplos más agresivos de injusticia ambiental y social en Canadá, en Estados Unidos y también en México, con graves ejemplos previos de afectación como lo ocurrido al interior de la Sierra Tarahumara y la construcción del Gasoducto El Encino-Topolobampo por la empresa TransCanada.³

³ *El Gasoducto El Encino-Topolobampo. El derecho a la consulta a los rarámuri*, Ceccam, 2016, México.

Algunos preguntan: ¿qué tantos problemas puede provocar la construcción de un gasoducto si sólo es un tubo de un metro de diámetro? Sin embargo, se trata de proyectos que están acompañados por un sinnúmero de componentes que consolidan materialmente esa perspectiva abstracta de la que hablábamos sobre el territorio, los cuales hacen efectiva la permanente injusticia hacia las comunidades y los bienes de los que depende su sobrevivencia. Las comunidades lo comprenden y, en medio de esta autocracia industrial en la que los megaproyectos intentan mostrarse como los únicos autores posibles del desarrollo económico y social, también se hacen presentes los procesos de resistencia.



Reunión en San Pablito Pahuatlán, Puebla. Foto: Itzam Pineda

Donde confluyen los pueblos

Presentación. Nunca será suficiente insistir en que México es un país único en el mundo porque su propiedad social agraria (la tierra en posesión de ejidos y comunidades) representa más o menos la mitad del territorio nacional. Tampoco olvidan las comunidades campesinas, sobre todo las originarias, que existe una continuidad histórica —anterior en ocasiones a la invasión europea— desde donde se ha mantenido una posesión de las tierras, montes y aguas, y que vestidas con esa fuerza milenaria las comunidades siguen reivindicando una autonomía funcional que les ha permitido mantener un breve espacio de decisiones propias, de relación con la naturaleza y con la tierra, y una subsistencia que sin ser boyante, sino frugal y restringida, les ha permitido remontar muchas de las adversidades que esta sociedad avasalladora le impone a estas comunidades para despojarlas.

Pese a lo dicho, hay muchos enclaves indígenas, como el que nos ocupa en la región de Puebla-Hidalgo —donde el 59 por ciento de la propiedad es privada y la gente mantiene sus parcelas familiares, pero al mismo tiempo continúa teniendo una organización comunitaria vigente. Nuestro texto intenta develar, en el larguísimo plano del poblamiento de la región, las entretelas que llevan a la situación actual y a esa confluencia de pueblos diversos, otomíes, nahuas, totónakus y tepehuas, principalmente, conviviendo entre sí y con los poblamientos mestizos que también crecieron durante siglos.

Hoy, como en la invasión europea, y después con la disposición de las Cortes españolas de 1812-1813 que terminó concretándose años más tarde con las leyes de desamortización conocidas como Ley Lerdo, el impulso liberal ha insistido en desaparecer la propiedad social privatizando, individualizando lo más posible, en cada acto de gobierno, en cada política pública, en cada programa de asistencia, en cada megaproyecto aprobado sin miramientos.

Que hoy existan diversos tipos de propiedad social de la tierra es algo que se ha ido gestando desde el inicio del periodo colonial. A saber, bienes comunales que cuentan con títulos virreinales (a veces conocidos como Ejidos indígenas, así con mayúscula, porque así se formalizaron desde la Colonia) y ejidos agrarios formados a partir del triunfo revolucionario de 1917 —que se constituyen por predios que les concedieron a núcleos solicitantes de tierras que no contaban con espacios para sembrar o que les fueron reconocidas por el Estado posrevolucionario a comunidades que no poseían títulos de la época colonial que acreditara la propiedad de las mismas, pero que en la praxis operaban y se organizaban bajo las reglas de las tierras comunales. Hoy estos tipos de propiedad operan de acuerdo a la normatividad del artículo 27 actual—y podemos rastrear el conjunto de causas que permitieron

que hoy subsista esa vasta extensión de propiedades sociales agrarias. Se pensaba que con la reforma salinista de 1992 más ejidos y comunidades se habrían transformado de propiedad colectiva a una individual y privada, pero al contrario, los núcleos comunales y ejidales crecieron como efecto de la resistencia.¹



El cerro y el agua, detalle de Los oratorios, *Los Tenangos, mitos y ritos bordados, arte textil hidalguense*, p 74 y p 92

1 Gustavo Gordillo, "El campo: contra-hechos", parte 3, *La Jornada*, 16 de agosto de 2014, p. 19.

Pensando en el país completo, tenemos que entender que el desmantelamiento de las sociedades indias no pudo ser inmediata ni deseable para los invasores. Así, según John Tutino, los invasores buscaron “prosperar y gobernar con una mínima alteración de la estructura social existente”, que fue opresora y caciquil o más o menos equitativa y “horizontal” según la región o la comunidad.

Comenzaron las llamadas encomiendas, donde la Corona le otorgaba un permiso a algún notable o grupo de notables españoles (es decir, una concesión de posesiones, en tierras, recursos para producir y mano de obra) y ellos a su vez le daban a los principales indígenas sometidos la “encomienda” de recaudar tributos de sus poblaciones y lo transferían a los conquistadores. Con este arreglo, no fueron pocas las comunidades campesinas, sobre todo en el centro-sur, que mantuvieron el control sobre su tierra y buena parte de la producción.

Pero hubo un colapso de la población indígena (pasaron de 20 millones a menos de 2 en un periodo muy breve) con lo que, siendo que la riqueza colonial se basaba en la mano de obra indígena, el régimen recién instaurado entró en crisis.

Desde 1550, la decisión fue concentrar “en pueblos compactos”, a los sobrevivientes, que antes vivían dispersos y con gran territorio sin que hubiera ningún tipo de “propiedad social” sino tierras con uso “de antaño” donde la convivencia y su organización comunitaria mantenían la cohesión de los núcleos indígenas de los tantos pueblos diversos y cada dueño de casa tenía su parcela, y siempre se mantuvo un espacio de uso común arbolado de montes, que era el amortiguamiento natural del núcleo de población. Algo parecido a los “comunales” en la Europa medieval.

Este momento de reorganización social-territorial garantizó el asentamiento del aparato colonial y fue la primera “privatización” o “desamortización” de los territorios ocupados por los pueblos originarios y en muchas regiones rompió esta memoria territorial anterior a la Colonia. Dice John Tutino: “Al reducir las tierras dispersas de los campesinos a parcelas contiguas, las autoridades coloniales forzaron el abandono de las grandes extensiones. Éstas pudieron ser otorgadas por el Estado a los españoles de provincia: encomenderos, comerciantes y funcionarios (o sus parientes). Esta concentración de las comunidades campesinas continuó hasta principios del siglo XVII. La concesión de las tierras así desocupadas a los españoles se aceleró en la década de 1570 y continuó hasta aproximadamente 1630”.²

El arrancar a la gente de sus tierras de antaño, sus tierras de usufructo, enajenó a poblaciones enteras de la vida como la conocían y la multidimensionalidad del despojo que entraña dejarles fuera de ella continúa inexorable tras cinco siglos de dominación cambiante.

Acaparar grandes extensiones logró de inmediato el acopio de una mucho mayor fuerza de trabajo, sea porque quedaban como los siervos en sus antiguas

“Desde los primeros años de la Colonia, las autoridades españolas habían temido al poder independiente de las élites mexicanas (criollas). Así, a la vez que les otorgaba extensas tierras y gran riqueza, el régimen colonial maniobró por poner coto a su poder”

2 John Tutino, “Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco”, en el libro compilado por Friedrich Katz: *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*. en Ediciones ERA, México, 1990, pp. 96-97.

tierras de antaño, o sus tierras comunales, o porque —expulsados de ellas— eran enganchados a trabajar en todo tipo de obrajes, monocultivos masivos o la minería, que en el siglo XVII comenzaba un auge que no colapsaría sino hasta la guerra de Independencia. Esto, en el centro-sur de lo que hoy es México, no ocurrió en la medida con que se diezmó a las poblaciones del norte del país, eso que conocemos como Aridoamérica. Ahí la cacería en pos de peones fue brutal.

Pero la reducción de la población y a la vez el repartimiento de jornaleros para los obrajes y las minas fue algo que resistieron las comunidades y terminó permitiendo que, en ciertos enclaves, algunas haciendas y las comunidades aledañas negociaran sus relaciones laborales a nivel local y se mantuvieran comunidades “libres” a las que se les garantizaron títulos comunales primordiales siempre y cuando tributaran a la Corona. Así, en el centro y sur-sureste del país diversas comunidades de varios pueblos originarios siguieron practicando la agricultura de subsistencia de la época prehispánica basada en el maíz y la milpa en sus *altepetl* nahuas o los *an dehe nttoehe* o *anáehe antae hae* otomíes, gozaron de una autonomía relativa en el gobierno de la comunidad, mantuvieron a los principales como intermediarios en el sistema tributario y el manejo de sus tierras comunales, gestionadas por ellas mismas, en alguna medida. Y aunque la autonomía nunca fue total, siguieron detentando su territorialidad y ciertas formas de organización comunitaria que hoy sobreviven y son claves para la resistencia actual, independientemente del régimen de tenencia de la tierra que hayan podido mantener.

“Desde los primeros años de la Colonia, las autoridades españolas habían temido al poder independiente de las élites mexicanas (criollas). Así, a la vez que les otorgaba extensas tierras y gran riqueza, el régimen colonial maniobró por poner coto a su poder. Mantener los recursos de tierras y la independencia política de las comunidades campesinas era un modo de limitar el poder de la élite en el centro de México. La persistencia de esas comunidades negaba a la élite mexicana el poder directo sobre la población agraria de las regiones con más denso asentamiento de la Colonia. Un resultado fue la supervivencia de una considerable autonomía entre las comunidades de las regiones del centro y el sur, autonomía base de las relaciones de explotación en simbiosis que enlazaron a muchas haciendas con las comunidades y sustentaron allí la estabilidad rural. Cuando los conflictos incitaban a las comunidades a pelear contra la élite y sus haciendas, los tribunales coloniales fungían como mediadores aceptados, favoreciendo a veces a las comunidades e imponiendo a menudo a la élite una avenencia”.³

Entonces esto no fue una concesión benévola de la Corona, pero sí fue un gran logro de las comunidades del centro y el sur del país el haber podido mantener ese margen de autonomía que si las enlazó con las haciendas también les permitió defender sus aguas, montes y bosques, sus áreas de uso común —su territorio—, sabiendo que su apuesta era de larguísimo plazo.

Pero la voracidad se mantuvo. “Desde el siglo XVIII los liberales hispánicos habían tenido la visión de las grandes ventajas económicas si se movilizaran las

3 John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México, las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, Ediciones ERA, 1986, pp. 208-209.

tierras ocupadas por comunidades campesinas, es decir, si se las convirtiera en propiedad privada que pudiera ser vendida y comprada, así como hipotecada. Afirmaban que los campesinos, al volverse dueños de sus tierras, tendrían nuevos alicientes para aumentar la producción. Pero en México, los campesinos pobres, atendidos sobre todo a terrenos comunales, ya los estaban explotando con gran intensidad para producir su sustento. El verdadero beneficio de un desplazamiento de la propiedad comunal a la privada sería para quienes pudiesen aprovecharse de una movilización de las tenencias de los campesinos. Las tierras de los pueblos, no enajenadas anteriormente, podrían ser vendidas o perdidas por deudas una vez que se volvieran propiedad privada. Los pobladores perderían así la subyacente garantía de autonomía del sustento que por tanto tiempo había proporcionado la propiedad comunal. Pocos comuneros mexicanos compartían la visión de los liberales de que la privatización de los terrenos comunales les aportaría beneficios”.⁴



Danza del volador, *Los Tenangos...*, p 66

⁴ *Ibid.* pp. 210-211.

Antonio Soto y Gama comentó también esta desamortización paulatina que fue acaparando las tierras campesinas cuando dijo que las Cortes Españolas desde 1813 consideraban que “la reducción de los terrenos comunales a dominio particular es una de las providencias que más imperiosamente reclaman por el bien de los pueblos y el fomento de la agricultura e industria”, ordenando que “todos los terrenos baldíos o realengos, y de propios y arbitrios, con arbolado o sin él [se parcelen] en el concepto de que los terrenos que así se repartan lo serán ‘en plena propiedad y para que los agraciados los disfruten libre y exclusivamente’. Las Cortes españolas suprimieron así, de una plumada la prohibición de enajenar la parcela”.⁵

La pugna prosiguió todo el siglo XIX hasta el momento de las Leyes de Desamortización de 1856, dictadas por Lerdo de Tejada, y desató una serie de rebeliones en algunos rincones del país como en la Sierra Gorda de Querétaro y Guanajuato, en Chalco en las inmediaciones del Edomex y Puebla y en toda la zona del Bajío. John Tutino se preguntaba: “¿Quién podría beneficiarse de la privatización de tierras comunales campesinas? La propiedad de los pueblos caía por lo general en tres tipos: tierras utilizadas para apoyar al gobierno local y para festivales religiosos; tierras utilizadas comunalmente como pastizales y bosques, y tierras ocupadas como parcelas para el sustento de familias campesinas. Las propiedades de ingreso comunal solían darse en arriendo a rancheros mestizos, y la reforma liberal iba a permitir que muchos de ellos se volvieran propietarios de tierras. Los pastizales y bosques comunales podían subastarse, permitiendo tanto a miembros de la élite como a los rancheros ampliar sus posesiones. Las tierras de sustento de posesión comunal pero de tenencia familiar se volverían propiedad de los aldeanos que las cultivaban. También ellos se volverían propietarios, gracias a los liberales”.⁶

En la Sierra Norte de Puebla, la pequeña propiedad y el minifundismo son rasgos distintivos no recientes. Desde inicios del siglo XX se habla de cacicazgos políticos que controlaban las tierras y el comercio local a través de impuestos a los productos y acaparamiento de los territorios de las comunidades indígenas,⁷ pero en los últimos años este despojo se incrementó por un proceso acelerado de cambio de tenencia de la tierra a manos de grandes corporaciones transnacionales, con la llegada de los megaproyectos en minería y los gasoductos.

Llama la atención en esta región la particularidad de la propiedad de la tierra en las comunidades indígenas, ya que la evidencia de la existencia de propiedad colectiva señala tan sólo un 41 por ciento de este tipo de tenencia de la tierra. En muchos casos las comunidades se fundaron sobre tierras que hasta principios del siglo XX se dice que no tenían dueño. Otras fueron resultado de

⁵ Antonio Soto y Gama, *Historia del agrarismo en México*, Ediciones ERA, 2002, p. 329.

⁶ Ver John Tutino según citas 2 y 3; Antonio Soto y Gama, *op.cit.*

⁷ Luisa Paré, “Caciquismo y estructura de poder en la Sierra Norte de Puebla”, disponible en: <https://www.scribd.com/doc/95393093/Luisa-Pare-Caciquismo-y-estructura-de-poder-en-la-Sierra-Norte-de-Puebla>

la escisión de poblaciones más grandes y se establecieron como rancherías en tierras “baldías”, a las que llegaron a asentarse sin más trámite. La mayor parte del territorio de la Sierra Norte de Puebla está constituido de pequeñas propiedades, incluso los cerros sagrados y los ríos se encuentran bajo este régimen. Sin embargo, el uso y cuidado del territorio, que incluye áreas de uso común y sus lugares sagrados, es colectivo.



Foto: Eliana Acosta

Los estudios de Jaques Galinier y Carlos Incháustegui sobre la tenencia de la tierra en la Sierra Norte de Puebla hablan de un tipo de propiedad tradicional con *escrituras individuales* y *títulos de antigua*, por lo que abunda la pequeña propiedad y muchas grandes propiedades con una larga historia de caciques y terratenientes. Esto depende de la calidad de estas tierras, es decir, de la fertilidad y también de la densidad de la población. Galinier afirma que la existencia de la propiedad comunal en la Sierra Norte de Puebla ocurre en comunidades básicamente indígenas, muy pobres y de difícil acceso donde no existe competencia con los mestizos en torno a la tenencia de la tierra.⁸

8 Un ejemplo claro es Veracruz, “...el municipio de Texcatepec y la parte meridional del de Zontecomatlán. Alrededor de Texcatepec, a 1 800 metros de altura, se extiende una vasta zona de colinas pedregosas muy difíciles de cultivar; donde afloran yacimientos de cuarzo, lo que originó el

Incháustegui y Galinier distinguen en general tres zonas: baja, media (o de transición) y alta.⁹ La zona baja de la Sierra es mayormente agrícola y pecuaria con un acaparamiento histórico de la tierra más fértil. En la zona media y alta abunda la pequeña propiedad, con un promedio de dos hectáreas por familia, lo que ha resultado en muchos conflictos entre familias y comunidades, sumados al cacicazgo local.



Camino a San Nicolás Tolentino, Hidalgo. Foto: Daniela Garrido

nombre del pueblo (de “texcatl”, espejo en náhuatl, y “tepec”, cerro). Todas las tierras están sometidas al régimen comunal, incluso aquéllas situadas en el espacio habitado del pueblo. La baja densidad de población y la dureza del suelo, que produce mediocres cosechas de habas, explican la ausencia de conflictos en torno a la tenencia de la tierra. De hecho, todo campesino puede disfrutar de un terreno, cuyas dimensiones dependen de la ayuda de que disponga para cultivarlo. Jacques Galinier, *Pueblos de la sierra madre. Etnografía de la comunidad otomí*. Cap V. “La tenencia de la tierra”.

En otras partes de este municipio sí existió un conflicto agrario, como en Amaxac y sus comunidades colindantes, que sostuvieron una lucha de años (por lo menos desde 1921) por expulsar a los caciques ganaderos que invadieron la región al término de la Revolución. Ver Ramón Vera-Herrera, *Verecadas, historias en los filos del mundo*, Itaca, México 2005

⁹ *Ibidem*. Ver también Carlos Inchaustegui et. al, “Nahuas de la Sierra Negra (Norte) de Puebla”, Proyecto Perfiles Indígenas de México. Documento de Trabajo, Ciesas, Conacyt, 2008

La existencia de *títulos de antigua* como un régimen de tenencia de la tierra de forma comunitaria en la región de la Sierra Norte de Puebla ha permitido que se preserven los derechos ancestrales al libre acceso a las tierras del municipio. Se trata de un sistema *suigeneris* de “propiedad privada” que resguarda el derecho de usufructo de las parcelas de la comunidad y se transmite de generación en generación. Algunos habitantes de la región dicen que los títulos de propiedad “son de antigua”. Se trata de una supervivencia de las tradiciones hispánicas que fueron sancionadas por las concesiones otorgadas por el virreinato a los indígenas de la Huasteca. Por definición, son tierras inalienables y reservadas para las comunidades indígenas.

Este tipo de arreglo agrario, si bien mantiene los derechos antiguos de libre acceso a las tierras del municipio, tiende a favorecer a los más ricos, quienes pueden pagar peones y, por lo tanto, explotar más tierras. También se establece una especie de arrendamiento, pues el usufructo de la tierra no obliga al propietario a trabajar por sí mismo la tierra. Esto permite el libre establecimiento de poblaciones mestizas y blancas, únicamente con el consentimiento de la población que no siempre ha sido por las buenas. Además no siempre hay una asamblea o institución comunitaria que mire por la tenencia y propiedad de la tierra, de modo que recae en las autoridades municipales (jueces de paz, auxiliares, etcétera) que casi siempre son mestizas y tienen intereses políticos y económicos diferentes a la población indígena. Lo anterior ha ocasionado que existan comunidades que cercaron sus tierras a manera de propiedad privada.

En el contexto actual de imposición de megaproyectos del capital como el gasoducto que busca atravesar la Sierra Norte de Puebla, las comunidades indígenas y campesinas de la región han impulsado una lucha legal y política en defensa de su territorio y cultura a través del Consejo Regional de Pueblos Originarios. La lucha apenas inicia, las comunidades se siguen organizando y la reconstitución de la vida comunitaria, las instituciones propias y la capacidad de autodeterminación están en camino. En este contexto, es muy importante la conformación de estos consejos, en principio locales, que abrevan de la tradición autonómica e indígena, que son comunitarios. De estos consejos se ha ido configurando una estructura regional de un consejo de consejos.

La Sierra siempre ha permitido la interacción entre los pueblos del altiplano y los de la costa del Golfo. En esta convivencia se encuentran tradiciones culturales diversas, resultado de migraciones en diferentes épocas

El territorio de la Sierra a vuelo de pájaro desde sus orígenes conocidos. La Sierra Norte de Puebla, que desciende desde el altiplano hacia el sistema de cañadas de Tenango de Doria en Hidalgo, Pahuatlán y Huauchinango en Puebla y que alcanza su declive final en la zona costera del Golfo de México, conforma una gran región cultural que nos remite a un paisaje donde las montañas, las quebradas con sus ríos y el somonte próximo a la región costera son espacios compartidos históricamente por los pueblos otomíes, totonacas, tepehuas y nahuas. Esta región serrana, dice Bernardo García, es el lugar donde confluyeron dos núcleos fundamentales de civilización mesoamericana: el

altiplano y la costa del Golfo. La Sierra fue un área que articulaba los pueblos de las tierras bajas y los pueblos del altiplano dentro del territorio dominado por Teotihuacan, pero a la caída de esta ciudad, el espacio ocupado por esa región se reorientó y adquirió límites diferentes al convertirse El Tajín en un centro hegemónico, propiciando así la formación de un nuevo mapa regional.¹⁰

La Sierra siempre ha permitido la interacción entre los pueblos del altiplano y los de la costa del Golfo. En esta convivencia se encuentran tradiciones culturales diversas que son resultado de muchas migraciones en diferentes épocas históricas. Los pueblos ñahñu, ñuhu, ñhato, ñuhmu (otomíes) tienen un pasado muy antiguo en el Altiplano Central de México junto a sus parientes los mazahuas, matlazincas, tlahuicas y tepehuas. Sus lenguas pertenecen a la familia otomangué (que se extiende desde San Luis Potosí hasta Centroamérica). Sus ancestros poblaban los valles de México, Morelos y Toluca, así como el Mezquital en Hidalgo y partes de Puebla y Tlaxcala desde el cuarto milenio a.C. Estos pueblos, sembradores de maíz, frijol, calabaza y chile, conocedores del policultivo milpa, vivían en las más diversas zonas geográficas, incluyendo zonas lacustres, bosques en las serranías, el semidesierto del pie de monte de la Sierra Madre Oriental y el paisaje quebrado de la montaña; eran grupos autónomos y móviles (Wright, 2010).

Wright apunta que probablemente el poblamiento inicial de Teotihuacan fue otopame y la etapa de esplendor de esta ciudad coincide con el proceso de diferenciación lingüística que culminó con la separación del otomí y sus parientes de la rama madre otopame. No hay certeza de si los teotihuacanos fueron otopames; lo que sí se sabe es que en la época clásica cuando Teotihuacan era un corazón cultural importante en Mesoamérica, los pueblos serranos jugaron un papel fundamental en el abastecimiento e intercambio comercial de la región y giraron en torno a la vida cultural y política teotihuacana. Cuando esta ciudad decayó por el año 900 d.C., el espacio ocupado por esa región se reorientó y adquirió límites diferentes: hacia el norte la ciudad de Tula y hacia el golfo El Tajín se convirtieron en centros religiosos y culturales importantes que propiciaron la formación de un nuevo atlas regional.

Los otomíes fueron pueblos que participaron en la construcción de la hegemonía tolteca (900-1100 d.C.). Durante este periodo ocuparon la provincia de Xilotepec, zona de confluencia entre Tula y los pequeños señoríos del Valle de Toluca, pero más tarde fueron desplazados de las mejores tierras de la región por los grupos nahuas que llegaron al altiplano desde el noroccidente y que se expandieron hasta los valles centrales de la Cuenca de México. Tras el colapso de Tula (1100-1200 d.C.), los otomíes fueron el grupo preponderante en el Valle del Mezquital. En el norte de la Cuenca de México mantuvieron un centro de poder en Xaltocan hasta el 1300, cuando esta población fue sometida por los tepanecas de Azcapotzalco, por ese entonces el centro político más poderoso en la cuenca, fundamentalmente habitada por nahuas.

10 Para García, las regiones son espacios delimitados culturalmente y no áreas naturales demarcadas por sus características fisiográficas o ecológicas. Las regiones son entidades históricas, y por lo mismo sujetas al proceso de formación, cambio y desaparición comunes a toda manifestación humana.

El pueblo totonaca también comparte y habita esta región serrana que desciende del Altiplano Central hacia la zona costera del Golfo de México. Sahagún señala que la denominación totonaca era dada por los nahuas a diferentes pueblos que a sus ojos demostraban poca capacidad o habilidad. Desde la etimología nahua se refiere al vocablo *tona*, “hace calor” o “hace sol”, por lo que el significado del nombre “alude a la población que habita en la costa tropical, con el nombre de ‘los calientes, los de la tierra caliente’”. Desde el totonaco, diferentes autores retoman la explicación de que el nombre proviene de *toto* o *tutú*, que significa tres, y *naco* o *nakú*, que significa corazón o panal, de donde se desprende el significado de “tres corazones” o “tres panales”, aludiendo a tres estados, cacicazgos o centros ceremoniales importantes (Chenaut, 1995).

La región geográfica y cultural del Totonacapan era, antes de la invasión española, un espacio donde convergían la costa del Golfo de México y el altiplano central, de manera que era un lugar de encuentros culturales constantes. El Totonacapan abarca una extensa región que comprende desde el río Cazonnes en el norte hasta el río de la Antigua hacia el sur, delimitado por el este hasta el Golfo de México y hacia el oeste por la Sierra Madre Oriental en tres puntos: Pahuatlán, en el actual estado de Puebla, Jalacingo y Xalapa en el estado de Veracruz, y Atzalan hasta el río de la Antigua. Este territorio fue delimitado por el tipo de lengua que se practicaba, el totonaco, que se continuaba hablando en dicha región hasta 1940 (Kelly y Palerm, 1952).



Jóvenes de la comunidad de Montellano. Foto: Daniela Garrido

La historia mítica del pueblo totonaca se remonta, como la de otros pueblos del centro de México, a una migración que vino del norte de un lugar llamado Chicomostoc. Torquemada se refería a los totonacas como los constructores de Teotihuacan y a la caída de esta ciudad migraron a la región del Tajín en Veracruz, cobrando mayor relevancia por su ubicación geográfica. Algunos especialistas sugieren que la cultura totonaca es originalmente de la sierra.¹¹

La decadencia de Teotihuacan inició un largo periodo en el que hubo muchos reacomodos y migraciones. Algunos investigadores han señalado que tras ese descenso, ligado a la destrucción ritual de la ciudad alrededor de 750 d.C., El Tajín, que vivió entonces su apogeo, se convirtió en una especie de Estado sucesor. Más importante aun, este acontecimiento provocó un reordenamiento espacial a nivel mesoamericano, ya que la Cuenca de México dejó de ser el centro más destacado, aunque varios siglos después volvería a ser el ombligo de la luna.

En este tiempo la Sierra ocupó una posición nuclear en Mesoamérica. Se convirtió en el centro de las redes de comunicación e intercambio entre el altiplano y la costa, y las poblaciones que la habitaban se reordenaron en torno a otros centros, como Xochicalco y El Tajín. Los toltecas de Tula, cuyo mayor esplendor se inició hacia el 950 d.C., llegaron a adquirir el control de una porción importante de la Sierra: Tulancingo, Acaxochitlán y Huauchinango fueron parte integrante del Estado tolteca.¹² Esto favoreció los intercambios culturales con los pueblos de la costa, probablemente se usaron las viejas rutas de comercio teotihuacanas. Sin embargo, mucho cambió en la dinámica social y cultural de la región de la sierra donde hasta entonces predominaban los totonacas y en menor medida los tepahuas. En la zona se comenzó a sentir la influencia y el asentamiento de comunidades nahuas, lo que obligó a los totonacas a migrar hacia el Oriente.

Los pueblos nahuas también comparten un tronco lingüístico que se puede llamar proto-nahua cuya ubicación geográfica probablemente es la región donde se unen los estados de Jalisco, Nayarit, Zacatecas y Durango. Las primeras migraciones de nahuas hacia el sureste, hasta la costa de Oaxaca y la extensa cuenca del río Balsas, parecen haberse llevado a cabo entre el 900 y el 300 a.C. En una segunda migración los nahuas llegaron hasta el noreste de Mesoamérica entre el 600 y 1100 d.C. La última gran migración nahua fue desde Occidente hacia el Altiplano Central y tuvo lugar hacia el 900 y el 1300 d.C. (Wright, 2010).

El dominio nahua del Altiplano Central fue un proceso gradual que fue desplazando a los pueblos otomíes, totonacos y otros grupos de otopames desde los valles del Altiplano Central hacia el Occidente: Michoacán y el sur de Jalisco. Hacia el Oriente, el refugio se encontró en el valle poblano-tlaxcalteca y la Sierra Madre Oriental, en la confluencia de los actuales estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz. Pero la fuerte presencia que estos pueblos tenían en

11 El origen de los totonacas es un largo debate aún no concluido. Bernardo García Martínez plantea que la cultura totonaca es originalmente de la sierra. La historia del área cultural mesoamericana es muy dinámica y compleja. Existen pocas fuentes que den cuenta de las migraciones y cambios sociales y culturales.

12 Algunos investigadores suponen que Tula fue el producto de la unión entre los nonoalcas y los tolteca-chichimecas, llevada a cabo en Tulancingo bajo el aparente liderazgo cultural de los primeros. Véase Bernardo García, 1987.

los núcleos urbanos importantes del Altiplano Central y la costa del Golfo les permitió una continua convivencia cultural y económica, que aun con las inmigraciones nahuas no disminuyó. Las evidencias arqueológicas demuestran que compartían los espacios públicos, los recintos sagrados, los mercados, etcétera. Las relaciones entre estos pueblos han sido amplias y frecuentes, lo que ha permitido que compartan muchos elementos culturales hasta la época contemporánea.



Reunión en Cuauhtepec. Foto: Daniela Garrido

Entre los años 1300-1500 d.C. el territorio, la población y las relaciones culturales en el Altiplano Central cambiaron fuertemente debido a una multitud de migraciones de grupos norteros hacia el centro de México, donde la cuenca y sus ríos hacían más habitable el territorio. La mayor parte de las poblaciones de importancia económica y religiosa estaban compuestas de diversos pueblos y eran plurilingües. Este crecimiento poblacional y la fundación de nuevos pueblos y grandes ciudades como la de Tenochtitlan, hicieron que el Totonacapan y la Sierra fueran espacios estratégicos para el abasto urbano, específicamente para la Triple Alianza. Desde 1428, los mexicas se convirtieron en la potencia dominante de la Cuenca de México tras derrotar a Azcapotzalco en alianza con los acolhuas de Texcoco y los tepanecas de Tlacopan. Para aumentar su zona de control la Triple Alianza aprovechó antiguas estructuras tributarias e incorporó como auxiliares militares a grupos otomíes que estaban habituados a negociar y defender sus territorios de los grupos seminómadas de la Gran Chichimeca, con la que colindaban.

En el siglo XV, la expansión del Estado mexica estableció en el Totonacapan diversas guarniciones para establecer su dominio a través del cobro de tributo. Existen diversas crónicas acerca de la importancia estratégica de la región totonaca en el abasto de maíz durante las hambrunas de 1450 y 1505 registradas por los mexicas: “en ese tiempo todo se volvió totonaca”. Era el Totonacapan el corazón de Mesoamérica, el espacio geográfico que, con sus lomeríos y llanos donde había lagunas y surcaban ríos, dio vida y abasteció a las ciudades y pueblos de la Cuenca de México. Fue un espacio y un tiempo de convergencia cultural y económica.

Las formas de organización política y territorial de los pueblos totonacas, otomíes y nahuas han sido estudiadas con detenimiento y se ha llegado a suponer que la continua convivencia entre estas culturas, así como la expansión tributaria de la Triple Alianza, permitieron que se consolidara a finales del siglo XIV una forma de organización del territorio y su gente que en lengua náhuatl es conocida como *altepetl*.¹³ En su estructura elemental, dice Lockhart, el *altepetl* estaba formado por una población de un mismo origen cultural que contenía en su interior a otros grupos llamados *calpulli* dirigidos por sus respectivos representantes. La unión de estos *calpulli* constituía el *altepetl* y todo *altepetl* estaba asociado a un dios tutelar que era visto como el ancestro más antiguo de su linaje. El *altepetl* era regido por un gobernante llamado *tlatoani* o señor que, según las narraciones locales, descendía de ese linaje divino.¹⁴ Esta forma de organización territorial sobrevivió a la Conquista y en el periodo colonial se le llamó pueblo o señorío indistintamente. Su continuidad en el virreinato fue esencial para el desarrollo de los proyectos colonizadores de los españoles, pero como hemos dicho, abrió un breve espacio de autonomía que logró que perviviera la comunalidad y una importante territorialidad de los pueblos. La encomienda, los cabildos y las tasaciones tributarias coloniales estuvieron siempre referidas a la base que el *altepetl* proporcionaba.

Recientemente esta configuración del territorio y su gente como una unidad indisoluble se ha visto complementada con el concepto ecológico de hábitat, que ha permitido entender la compleja interrelación entre el territorio y su gente, con el aprovechamiento y cuidado de sus recursos o, visto de otro modo, de sus ámbitos de comunidad o bienes comunes, que establecen de inmediato el tejido de relaciones presentes entre la gente y la naturaleza.

Los hábitats montañosos de la Sierra son un ejemplo de ello: las comunidades se asentaron a partir de los cerros que en su experiencia eran los que contenían el agua. Sin agua no era posible sobrevivir y sin cerros tampoco, a los cerros se adhieren las nubes y de ellos escurre el agua por arroyos superficiales, pero sobre todo, por escurrimientos subterráneos hacia manantiales. Fernández

13 Entre los nahuas la palabra *altepetl* está compuesta de *atl* (agua) y *tepetl* (cerro). En el totonaco se expresa con la palabra *chuchutsipi*, formado de *chuchut* (agua) y *sipi* (cerro). Las variantes lingüísticas del totonaco y el tepehua expresaban *xcansipi* o *xcansipej* (de *xcan*, agua, y *sipej*, cerro). En el otomí existía (o se adaptó) la palabra *anáhe antae hae*, ligada a las formas *andehe* (agua) y *noltae hae* (cerro).

14 En ciertos momentos, el *altepetl* podía migrar guiado por sus líderes y su dios tutelar, el cual era transportado en un bulto sagrado o tlaquimilolli, como es el caso de la historia mítica de los mexicas y la fundación de Tenochtitlan.

Christlieb explica que casi siempre el territorio privilegiado por los pueblos mesoamericanos para establecerse implicaba que hubiera un cerro al que le daban mayor importancia y no es extraño que dicho cerro jugara un papel fundamental en la dinámica hidrológica del área. Esa topografía montañosa y esa red de cuerpos de agua subterránea y superficial deben ser tomadas como parte de la definición del *altepetl* y parte fundamental de la construcción de su identidad, pues los componentes físicos del hábitat también se vinculaban con el mítico lugar de origen.

La importancia del *altepetl* en los pueblos del Altiplano y centro de México radica entonces en la configuración real y simbólica del mundo: el origen mítico del pueblo, la forma de organización política de su territorio y las instituciones comunitarias formadas a su paso. El *altepetl* con sus calpullis, cada uno con su tlatoque compartiendo la rotatividad de los cargos. El control del uso y usufructo de la tierra entre los habitantes de un *altepetl*. El tequio, las fiestas y el tianguis, como base de las relaciones comunitarias, donde los cerros, las montañas y el agua son el espacio de vida de cada colectividad. Esta configuración es pieza fundamental en la vida de los pueblos indígenas aún hoy.

*La importancia del
altepetl en los pueblos
del Altiplano y centro de
México radica entonces
en la configuración
real y simbólica del
mundo: el origen
mítico del pueblo, la
forma de organización
política de su territorio
y las instituciones
comunitarias formadas
a su paso*

El refugio de la Sierra. En el momento de la Conquista había numerosos señoríos otomíes en el Altiplano Central interactuando con los demás centros de poder. También había barrios otomíes, mazahuas, matlatzincas y tlahuicas en buena parte de los señoríos plurilingües dentro de la Triple Alianza, sobre todo en Tlacopan, la actual Tacuba. Los otomíes también vivían dentro de las principales confederaciones político-militares del centro de México: la confederación tlaxcalteca y el Estado purépecha, así como los señoríos independientes de Huexotzinco, Tliluhquitepec, Tototepec y Metztitlan. Sin embargo, también había una fuerte estigmatización contra ellos. Los nahuas los comparaban con los grupos nómadas que llamaban chichimecas. Este estereotipo se reafirmó en el periodo colonial sobre todo en los textos de Sahagún y Motolinía.

A principios del siglo XVI el señorío predominante en el oriente del territorio de Tlaxcala era Tecocac, un pueblo otomí que intercambiaba con la confederación tlaxcalteca servicios defensivos por derechos de asentamiento. Aquí se verificó el primer enfrentamiento militar de Cortés en su marcha a Tenochtitlan en septiembre de 1519. Después de combatir contra los españoles en nombre de los tlaxcaltecas, los otomíes se convirtieron, junto con éstos, en sus aliados para derrotar a los mexicas. Cuando Cortés fue expulsado de Tenochtitlan durante la noche del 30 de junio 1520, los otomíes de Teocalhueyacan, a quienes parecen haberse sumado otros del Mezquital, ofrecieron refugio y suministros a sus maltrechas huestes. A cambio de este apoyo el conquistador ofreció dar a su pueblo el título de cabecera, librándolos de la carga tributaria que pagaban a los mexicas (Levin, 2020).

Aparentemente la oferta nunca se cumplió, pero tras la derrota de Tenochtitlan los españoles renovaron sus alianzas con los otomíes, esta vez los del

señorío de Xilotepec, donde pronto se consolidó una élite gobernante indígena. Para 1526 los otomíes que se quedaron en Xilotepec eran tributarios de la Corona por encomienda, otorgada al capitán español Juan Jaramillo, pero seguían gobernados por sus propios “señores principales”. Sin embargo, los otomíes, pueblos de frontera, autónomos y móviles desde mucho antes de la conquista española, evadieron el dominio español en pequeños grupos de familias que dejaron sus asentamientos y migraron hacia la sierra, el Valle del Mezquital y el Bajío. En estas zonas de refugio tuvieron una relativa independencia hasta bien entrado el siglo XVII.

En el siglo XVI con la invasión española sobrevino el despojo de tierras, la guerra y las epidemias. Los gobernantes totonacas, que inicialmente vieron en Cortés un aliado para acabar con el dominio mexica, se enfrentaron junto con sus pueblos a los españoles. Sin embargo, se vieron obligados a abandonar sus tierras y huir a las regiones montañosas apartadas: las fronteras culturales del Totonacapan cambiaron. Los pueblos se refugiaron en la Sierra Norte de Puebla en la zona de Huachinango y en Pahuatlán en menor cantidad. La migración totonaca a lugares poco accesibles para los españoles redujo la extensión de su territorio y lo segmentó en pequeños pueblos sin aparente relación. No obstante, estos pueblos totonacas continuaron reproduciendo su cultura y resistiendo ante la agresión cultural, social, económica y política a lo largo del periodo colonial (Chenaut, 1995).

Estas tierras de la Sierra ocupadas por los totonacas, otomíes, nahuas y Tepehuas no fueron inicialmente de vital importancia para los españoles, que prefirieron la llanura y el somonte para establecer grandes propiedades dedicadas a la agricultura y ganadería colonial. La alta montaña era inhóspita y poco comunicada. En todo el siglo XVI y principios del XVII, según García Martínez, no había en la Sierra prácticamente ningún pedazo de tierra en poder de españoles.

En la región de la Sierra la extracción de tributo quedó a cargo de los calpixques o recaudadores. Sin embargo, en esta época la población descendió notablemente por las epidemias y los encomenderos como Francisco de Montejo, que recibió las encomiendas de Matlatlán y Chila, no se interesó por estos dos lugares cuya población declinó pronto hasta casi desaparecer. No obstante, como hemos dicho, la esclavitud por repartimiento fue una práctica constante en los siglos XVI y XVII. Motolinía decía: se llevaron cincuenta indios por encomienda para laborar en las tierras bajas (García, 1987).

En general, los españoles creían por entonces que las tierras más ricas de la Nueva España eran precisamente las situadas entre las costas y el Altiplano, entre otras razones por su elevada densidad de población, lo que significaba abundancia de servicios y tributos. Éstos consistían generalmente en mantas de algodón, maíz y miel, pero también podían incluir oro aluvial. Pero esta región también fue afectada por las epidemias; algunos de los pueblos de la parte más baja de la Sierra, en su mayoría ubicados dentro de la región totonaca, habían casi desaparecido del mapa, al grado de que “apenas se les volvió a mencionar, como no fuese entre las encomiendas más pobres” (García, 1987).

Los españoles que se establecieron en la Sierra no penetraron mayormente en ella y mucho menos “en sus partes más bajas, calurosas y enfermizas”,



Asamblea en San Nicolás. Foto: Daniela Garrido

sino que se concentraron en las áreas más próximas al altiplano y a las rutas accesibles por los colonizadores, donde el clima era más templado, el terreno menos escabroso, y las condiciones favorecían la agricultura y la ganadería de tipo europeo. Para finales del XVII y principios del XVIII la Sierra también era un lugar de ganado. Inicialmente los encomenderos habían establecido estancias de ganado menor (ovejas y cabras) de manera individual como negocio propio. Pero posteriormente hay evidencias de caciques locales que fueron “favorecidos” con mercedes de estancias para cría de ganado en menor escala. La documentación disponible permite destacar, entre los ganaderos indígenas, a don Andrés de Arellano, cacique de Pahuatlán, a varios principales de Tlatlauquitepec y a la comunidad de este mismo pueblo (García, 1987).

La política colonial de congregaciones fue fundamental para el control y la evangelización de la población dispersa de la Sierra. Los agustinos y los franciscanos construyeron iglesias y capillas en algunos parajes de las montañas y junto con los corregidores españoles obligaron a los grupos de otomíes, totonacas, nahuas y tepehuas que huyeron a la sierra a registrarse en un padrón de tributarios que servía como base para crear pueblos de indios. “La nueva población se concentraba alrededor de la iglesia y el cabildo, y a cada familia se le daba un solar de veinticinco varas en cuadro para hacer una casa de madera enjarrada y zacate, la cual, de acuerdo con las disposiciones oficiales, debía tener treinta pies de frente por doce de fondo”. El pueblo debía estar compuesto de calles y barrios que quizá los españoles imaginaban de otra forma, pero los pueblos indígenas retomaron la forma de organización antigua, el *altepetl*.

Las transformaciones espaciales que los pueblos otomíes, totonacos, nahuas y tepehuas experimentaron como resultado de la invasión española resultó en una multitud de pueblos desaparecidos, lugares sagrados abandonados, rutas comerciales pérdidas o copadas por los españoles con otros objetivos. La política de congregación fundó arbitrariamente nuevos pueblos en lugares ajenos a la población indígena, y aunque intentó que estas nuevas repúblicas de indios se establecieran en antiguos altepeme, esto fue casi imposible en la Sierra, salvo en contadas excepciones como en Pahuatlán, Huauchinango y Tlatlauquitepec. Sin embargo, favorecieron el desarrollo del *pueblo* en su sentido estrecho de caserío o poblado y promovieron la multiplicación de asentamientos con ordenamiento colonial. Esto fragmentó y atomizó la antigua organización del *altepetl* prehispánico.

En cuanto a la propiedad de la tierra, los programas de congregación dieron oportunidad a los funcionarios españoles, corporaciones eclesiásticas y sacerdotes de hacerse de propiedades. La apropiación y la compra de tierras de los pueblos fue muy frecuente. Posteriormente la política colonial de “composición de tierras” legalizaría a buen número de este tipo de propiedades de origen ilegal: haciendas, tierras y aguas conseguidas a través del despojo que pasaron a manos de españoles y mestizos. La legalización de propiedades promovida por la Corona española también benefició a los caciques locales y a algunos indios principales cuyos patrimonios de tierras entraron en las diligencias de composición y recibieron el tratamiento de propiedades privadas. Las composiciones de tierras también fueron útiles a los pueblos sujetos para contar con una base territorial propia y argumentar la separación de sus cabeceras. Pero sobre todo,

fue un argumento jurídico que los pueblos indígenas tuvieron para legalizar sus bienes de comunidad que incluían las tierras del pueblo (fundo legal) y que eran comunales.

Los pueblos otomíes, totonacos, nahuas y tepehuas de la Sierra resistieron a todo este proceso, a pesar de los múltiples embates contra su territorio, identidad y cultura; continuaron viviendo en estrecha relación con el territorio que habitaron y lo reconfiguraron sobre la base del *altepetl* prehispánico. Los cerros y el agua siguieron siendo parte de la vida de los pueblos, la interrelación entre el cuidado a la tierra y los manantiales y el culto a las deidades que dan vida se mantuvo con otras caras y nombres resultado del sincretismo religioso, de los pueblos. La vida comunitaria y el uso colectivo de los recursos de la tierra han permitido la reconstitución de su cultura y su identidad.



Mujeres en la asamblea de San Nicolás. Foto: Daniela Garrido

La Sierra Norte en el Estado-Nación. El siglo XIX en la Sierra inició marcado por un incremento en la producción cafetalera. La propagación del cultivo de café en la región redujo en alguna medida las tierras campesinas dedicadas al maíz y al chile, pero sobre todo diversificó las alternativas de ganancia para los caciques locales. Hasta ese momento, el poder a nivel municipal se ejercía a través del control de la producción cañera en las zonas bajas y de la intervención en la comercialización y la fiscalización de la panela y el aguardiente. El café se convirtió entonces en otro cultivo comercial susceptible de acaparamiento por parte de las élites locales.

Si bien el interés territorial del régimen colonial por la región había disminuido desde finales del siglo XVIII debido a su lejanía de los centros urbanos más prominentes, la importancia geográfica de los pueblos serranos seguía pesando gracias a su posición central en las rutas comerciales que unían al golfo con el Altiplano Central. Ahí, la presencia de un sector criollo y mestizo dominante logró subsistir gracias al control de la producción y el mercadeo de estos dos

monocultivos (café y caña) a través de la arriería.

Las técnicas de cultivo de café de aquel momento exigían inversiones de trabajo difíciles de cubrir para los pequeños propietarios de la región. Una estrategia que las familias adoptaron para enfrentar las agotadoras condiciones de producción del grano fue recurrir a su sentido comunal del territorio, un rasgo profundo que subyace a las formas de tenencia de la tierra impuestas a lo largo de la historia. La organización del trabajo en forma de pequeñas cooperativas que entregaban su producto a los dueños de bodegas regionales fue una importante vía para la expansión económica del café en la Sierra.

El régimen de pequeña propiedad que predomina en la región es producto del proceso de fractura, reubicación y congregación de los pueblos durante la Colonia y su continuidad está vinculada a la agreste topografía regional. La configuración agraria perduró durante todo el siglo XIX y sobrevivió a las sacudidas de la Revolución Mexicana y a los cambios estructurales que implicó la reforma agraria a nivel nacional.

Siglos después, el advenimiento de la economía del café vino acompañado de un aumento de la ganadería bovina, lo que a su vez provocó un descenso importante, por el cambio de uso de suelo, en la producción de caña, panela, dulces y aguardientes. En muy pocos años, la caída de los precios del café desanimó el entramado que se había tejido en las comunidades alrededor de él

Esta estructura agraria en la región, caracterizada por la presencia considerable de pequeña propiedad privada, es particular en la historia rural contemporánea de México, donde muchas comunidades lograron la re-colecti-

vización de la tierra a través de la figura del ejido o la restitución de sus antiguos fundos a partir de los bienes comunales. Pero la singularidad de una región indígena con preeminencia de tenencia privada no se debe sólo a las disposiciones políticas coloniales que, como en muchas otras regiones del continente, significaron un desastre para la vida de los pueblos, pero tampoco se puede atribuir su persistencia únicamente a lo accidentado del terreno montañoso y a la fragmentación territorial que esto promovió, si bien esta fragmentación promovida por la congregación de pueblos “y la formación de la propiedad privada también dio origen a leyes que en teoría protegían también las tierras de los ‘naturales’”.¹⁵

La adopción y persistencia generalizada de la forma agraria llamada pequeña propiedad por parte de las comunidades otomíes, nahuas, totonacas y

¹⁵ Sergio Eduardo Carrera Quezada, “Las composiciones de tierras en los pueblos de indios en dos jurisdicciones de la Huasteca, 1692-1720”, en *Estudios de Historia Novohispana* 52, Instituto de Investigaciones Históricas, 2015.

tepehuas de la sierra seguramente está vinculada a la historia postvirreinal y a las decisiones estratégicas que los pueblos han tenido que tomar a lo largo de ésta.

A la caída del régimen virreinal, los intereses de los distintos grupos políticos mexicanos en disputa fijaron su atención en regiones como la Sierra Norte de Puebla y la Huasteca hidalguense, pues el dominio político de estos territorios representaba el control de las rutas comerciales y de comunicación entre la costa atlántica y el centro del país. No es producto del azar que en la región se haya desarrollado una de las vetas más sólidas del liberalismo radical decimonónico. Desde la lucha guerrillera de Serafín Olarte contra el ejército realista, hasta los movimientos militares operados en la región por Juan N. Méndez, Juan Crisóstomo y Juan Francisco Lucas (Los Tres Juanes de la Sierra Norte) y los operativos del pahuateco Antonio Téllez Vaquier, ocupados primero en el reforzamiento de la defensa contra la invasión francesa y luego en el apuntalamiento del régimen porfirista, el siglo XIX en la sierra poblana está profundamente marcado por la influencia ideológica del liberalismo.

Ya fuera por leva (no hay que olvidar que el sexto batallón de la Guardia Nacional encontró en la cañada del río San Marcos uno de sus principales bastiones de reclutamiento), por convicción o por estrategia, en toda la región se observó una masiva adherencia desde las comunidades al bando liberal que disputaba el poder nacional. Y en el centro de este encuentro que el proceso histórico destiló entre los intereses caciquiles de los patrones que devinieron en jefes militares y los de las comunidades indígenas, se encontraba un choque en la concepción sobre la tenencia de la tierra. Muchos fueron los habitantes que se sumaron a la causa liberal pretendiendo la defensa de la tierra en común y, sin embargo, el grupo político vencedor de la Guerra de Reforma terminó imponiendo en la región su concepción privada de la tenencia.

Escribió el historiador Guy Thomson, no sin cierta arrogancia británica, que otros efectos del proceso liberal del siglo XIX en la Sierra fueron la formación de la Guardia Nacional; la abolición de los impuestos a indígenas; la abolición de la “Dominica” —la doctrina y la educación cristiana— y su cambio por el Chicontepec (un impuesto municipal para pagar la educación pública y secular); la venta forzada de la propiedad corporativa; la subdivisión y privatización de las tierras comunes; la abolición del servicio personal forzoso y gratuito, las faenas de prisión, castigo corporal o muerte por deudas; la prohibición del uso de vestidos religiosos, del uso excesivo de campanas y de los festivales y las procesiones religiosas más allá de los templos; el establecimiento de un Registro Civil universal que controlaba las estadísticas vitales y el cambio de la propiedad agraria a través de la desamortización de las tierras de los indígenas y el surgimiento del individuo.

Con la ley Lerdo y el proceso de desamortización de tierras de las corporaciones que afectó fuertemente a las comunidades indígenas, hubo rebeliones y un descontento generalizado. Sin embargo, también se hizo uso de estrategias legales para la defensa de sus tierras comunales. En el caso de los totonacos de la Huasteca potosina e hidalguense, usaron una modalidad de la propiedad privada a la que también se le conoció como *condueñazgo* y sirvió para simular que se acataban las disposiciones individualizadoras de las

tierras comunales. Esta modalidad jurídica también conocida como sociedad agraria contó con personalidad legal para defender las tierras ante los tribunales, pero lo más importante es que permitió la conservación de la propiedad comunal en manos de los pueblos, pero como copropiedades societarias con personalidad moral.¹⁶

El origen y la persistencia de la liberalización de la tenencia de la tierra es aún hoy una discusión. Lo cierto es que, con el antecedente de la influencia liberal en la Sierra, durante el porfiriato se consolidó la economía mercantil capitalista en la región. Crecieron la producción y el mercado cafecultor al igual que la renta de la hacienda azucarera; se expandió la industria textil, se construyó el complejo hidroeléctrico Necaxa y en 1881 se terminó el tendido de la línea del ferrocarril que llegó hasta Honey y que comunicó a Tulancingo con la capital del país.



Asamblea en San Pablito Pahuatlán. Foto: Daniela Garrido

¹⁶ Ver Cecilia Fandós, “La formación de condueñazgos y copropiedades en las regiones de las Huastecas (México) y las *tierras altas* de Jujuy (Argentina)”, *Revista de Historia Iberoamericana*, agosto de 2017, donde afirma: “Gutiérrez Rivas, analizando situaciones de la Huasteca hidalguense y veracruzana, muestra el condueñazgo como una forma de resistencia al embate desamortizador y como una clara alternativa de las comunidades indígenas en pos de la preservación de su espacio comunal. Esta autora llega a catalogarlo como una ‘propiedad privada manejada de manera comunal’”.

Desde luego, los beneficios del desarrollo económico fueron acumulados por los grupos empresariales y familias de la oligarquía local residentes en los distintos centros urbanos de la región, desde Huayacocotla, en el norte veracruzano, hasta Cuetzalan, al sur del macizo montañoso, e incluyendo a las ciudades de Huauchinango y Xicotepec, pero no alcanzaron nunca a las comunidades que nuevamente vieron fragmentado su territorio, sometida su producción y oprimida u olvidada su presencia.

Así, la participación de los pueblos de la Sierra en el movimiento revolucionario que inició en 1910 tiene que ver, en primera instancia, con los agravios económicos que entrañaba el acaparamiento de la producción y el comercio de la panela por parte de un pequeño grupo radicado en Huauchinango. También es posible encontrar otra vez la relación del sector campesino con ciertos grupos de poder local que, por supuesto, continuaron la tradición liberal poblana a inicios del siglo XX. El control político y económico de la región a través del debilitamiento o desmantelamiento de los poderes centrales, afirman López y Villegas (2017), es nuevamente el trasfondo que involucra a las élites en la conflagración. Por otro lado, los mismos autores descartan la lucha agraria como un motivo fundamental de las comunidades para involucrarse en la guerra.

En medio de un autonomismo promovido por las élites locales y la represión de estos impulsos, primero por las fuerzas huertistas y luego por los federales alineados al carrancismo, la guerra en la sierra se tornó una secuencia de campañas punitivas que pulverizaron la resistencia y motivaron el terror en los pueblos. El proceso revolucionario, como en muchas regiones del país, fue complejo y doloroso y sus resultados inmediatos, conseguidos con pequeños pactos entre jefes políticos y militares, no favorecieron la justicia social reclamada por los pueblos.

Luego del fin de los enfrentamientos armados de la Revolución y ya entrada la segunda década del siglo XX, sobrevinieron en la región una serie de transformaciones radicales en la organización territorial. La función que la zona comenzó a cumplir respondía cada vez más claramente a las necesidades de desarrollo de la industria nacional y la agricultura comercial. Según Korinta Maldonado, la dinámica regional al interior de la Sierra va a cambiar definitivamente a partir de la década de los cuarenta.

En algunos pueblos se ejecutó la reforma agraria a través de la dotación de ejidos, pero el escaso reparto agrario a los pueblos campesinos de la región no fue el motor del cambio en la dinámica socioeconómica, como sí lo serían las consecuencias de la expropiación petrolera y la construcción de un polo de desarrollo industrial en Poza Rica, Veracruz. El inicio de la explotación petrolera en esta ciudad desató la construcción de caminos y carreteras en la región. Así, las ciudades más grandes de la Sierra adquirieron renovada importancia comercial y en ellas comenzaron a desarrollarse empresas agrícolas y pecuarias.

A partir de los años sesenta y durante las siguientes dos décadas, el café se convirtió en el producto central de la región. De 9 mil hectáreas dedicadas a este grano en 1970, se pasó a 14 mil en 1986; el tonelaje del producto de ese año representó el 5% de la producción a nivel nacional. Una enorme dependencia económica respecto al mercado internacional del aromático se desarrolló en la región. Ante la exigencia de productividad para mantenerse en el mercado, nuevamente, los campesinos afrontaron las desventajas que les imponía la

excesiva parcelización mediante la estrategia de la asociación. Ése fue el momento del nacimiento de numerosas cooperativas cafetaleras que luego germinaron en un potente movimiento indígena y campesino, activo en la transición entre los siglos XX y XXI.

El advenimiento de la economía del café vino acompañado de un aumento de la ganadería bovina, lo que a su vez provocó un descenso importante, por el cambio de uso de suelo, en la producción de caña, panela, dulces y aguardientes. En muy pocos años, la caída de los precios del café desanimó el entramado que se había tejido en las comunidades alrededor de él. La migración hacia los Estados Unidos se exacerbó y los contados cafetales que sobrevivieron sufren hoy la plaga de la roya y el intento de las transnacionales y los gobiernos de terminar con la variedad arábica para cambiar a la robusta.

La experiencia comunitaria de la dependencia a los monocultivos de exportación y a la producción para la industria agrícola ha dejado una lección clara. Hoy muchas familias dedican parte de sus jornadas a las huertas de traspatio donde se diversifican las hortalizas, los frutales, y con ellos, las alternativas. Los productos que por centenares de años han sustentado su vida: el maíz, el chile, el frijol y el cacahuate, nuevamente se encuentran en el centro de sus preocupaciones laborales.

El territorio serrano a inicios del siglo XXI. La idea de la cuestión agraria, que comúnmente se entiende en México a partir del ejido, la propiedad privada y los bienes comunales, las tres formas legales enunciadas en el artículo 27 de la Constitución, encuentra en la Sierra dimensiones profundas que nos remiten a los ríos subterráneos de la historia y la cultura de los pueblos. Estas corrientes emergen a la superficie como lo hacen los manantiales y nos permiten sospechar el insondable significado de la resistencia de las comunidades y de la defensa de su territorio.

Así como las campanas prohibidas por los liberales hoy cantan alegres en todas las cañadas y fijan los sentimientos de pertenencia de los habitantes a sus pueblos, la relación comunitaria con la tierra traspasa las formas legales impuestas por el Estado y la propiedad privada es rebasada por el disfrute y el respeto colectivo. Diría Galinier: todo ocurre en el marco de la organización comunal.

La relación con el territorio se acompaña del trabajo en común, de la organización social que éste implica, de la toma de decisiones de forma autónoma y por supuesto de la fiesta y del respeto por lo sagrado, todo protegido por la atmósfera de la lengua materna, como nos enseña Alfredo Zepeda, quien con gran sabiduría opone la convivencia a la idea de la “multiculturalidad”: “hablamos de una convivencia entre quienes están y habitan el territorio común, diferenciado por las atmósferas de sus diferentes idiomas, pero a fin de cuentas una convivencia de mutualidad entre quienes comparten el espacio común”.

Investigadores de lo agrario en México como Soto y Gama, Van Young o John Tutino¹⁷ se daban cuenta que hablar de un acaparamiento agrario o la

17 Además de las obras citadas de John Tutino y Antonio Soto y Gama, hay que consultar la obra de Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, Fondo de Cultura Económica, 2001.

privatización de la tierra no toca solamente el objeto tierra sino que implica de entrada el desmantelamiento del tejido de relaciones que son el sustento principal de la autonomía y la subsistencia, de la cohesión de la comunidad campesina, sea originaria o no. Cualquier acaparamiento, privatización o individualización afecta profundamente la vida de las comunidades y sus horizontes.

Lo crucial (independientemente del régimen agrario del que gocen, sea comunal [con títulos virreinales], ejidal con concesiones revolucionarias o de “propiedad privada”, porque se les individualizó o porque desde siempre mantuvieron su tierra de antaño) sigue siendo haber podido mantener el control y la relación con su territorio, con su binomio agua-cerro, como personas que trabajan sus tierras y además están organizadas comunitariamente en poblados o comunidades.

Así, en un mismo espacio nacional pueden coexistir formas de propiedad y/o de organización social que se permiten o se ignoran, se promueven y se utilizan (más allá de la dominación más amplia que puedan ejercer una sobre otra).

La relación con el territorio es mucho más potente que una acotada forma de tenencia. Hoy, ante el nuevo embate de despojos que se pretende imponer a los pueblos a través de gasoductos, minería y otros proyectos ajenos que en nada benefician a la región, los pueblos abrevan de sus manantiales y se reconstituyen una vez más. Están preparados para defender la Sierra.

Fuentes

- María Buznego y María Pérez, “Aquí en Pahuatlán, el pez gordo se come al chico: migración en la Huasteca poblana”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 2009, disponible en: <https://journals.openedition.org/alhim/3150>.
- Victoria Chenaut, *Aquellos que vuelan: Los totonacos del siglo XIX*, Colección Historia de los pueblos indígenas de México, INI/CIESAS, 1995.
- Federico Fernández y Ángel García, *Territorialidad y paisaje en el Altépetl del siglo XVI*. FCE, 2006.
- Jacques Galinier, *Pueblos de la Sierra Madre. Etnografía de la comunidad otomí*, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto Nacional Indigenista, México, 1987.
- Bernardo García, *Los pueblos de la sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, Colegio de México, 1987.
- Carlos Inchaustegui et. al, “Nahuas de la Sierra Negra (Norte) de Puebla”, Proyecto Perfiles Indígenas de México. Documento de Trabajo, Ciesas, Conacyt, 2008
- Isabel Kelly y Ángel Palerm (1952) en Victoria Chenaut *op. cit.*
- Danna A. Levin, “Los otomíes como conquistadores y colonos de frontera en el periodo virreinal”, *Noticonquista*, 2020, disponible en: <https://noticonquista.unam.mx>.
- James Lockhart, *El Altepétl como formación sociopolítica de la Cuenca de México. Su origen y desarrollo durante el posclásico medio*. FCE, 1999.

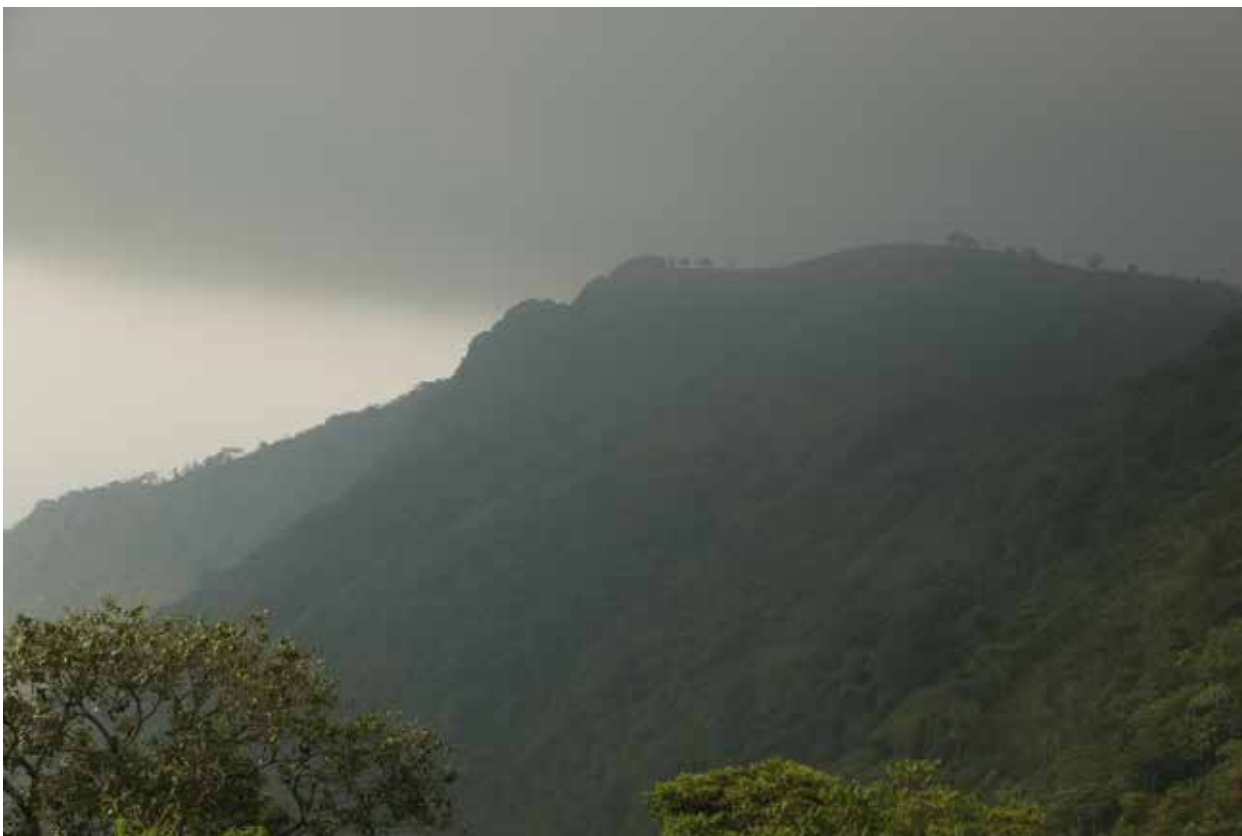


Foto: Daniela Garrido

- Óscar López y Diana Villegas, “Líderes locales, liberalismo y autonomía en la Revolución Mexicana. Pahuatlán, Puebla, 1911-1914”, *HiSTOReLo, Revista de Historia Regional y Local*, vol. 9, núm. 18, Universidad Nacional de Colombia, 2017, disponible en: <https://revistas.unal.edu.co>.
- Korinta Maldonado, *En búsqueda del paraíso perdido del Totonacapan: Imaginarios geográficos totonacas*, Tesis de maestría en desarrollo rural, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002.
- Antonio Soto y Gama, *Historia del agrarismo en México*, Ediciones ERA, 2002, p. 329.
- John Tutino, “Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco”, en el libro compilado por Friedrich Katz: *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*. en Ediciones ERA, México, 1990, pp. 96-97.
- _____, *De la insurrección a la revolución en México, las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, Ediciones ERA, 1986, pp. 208-209.
- Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- David Wright, “El papel de los otomíes en las culturas del altiplano central: 5000 a.C.-1650 d. C”. En *Otopames. Memoria del primer Coloquio*, E. Fernando Nava L. (comp.). México, UNAM-IIA, 2002, pp. 323-336.

Los relatos del agua

Entre la Sierra Noroccidental de Puebla y la Sierra de Tenango, Hidalgo se encuentra uno de los principales núcleos de biodiversidad del país, donde han coexistido históricamente comunidades otomíes (ñah-ñús pero sobre todo ñuhús), totonacas, nahuas y tepehuas. El bosque mesófilo de montaña que alberga esta región se distingue por su riqueza biológica. En este ecosistema se ubica la mayor diversidad de especies de flora y fauna en relación con el área que comprende, con la existencia de cientos de especies endémicas. Entreverado en las montañas se encuentra además un sistema complejo de agua subterránea asociado al bosque y a la presencia de nubes que lo caracterizan. El bosque de niebla, como también se le nombra, se aprecia por sus recursos forestales y sus fuentes hidrológicas, y es reconocido como sistema prioritario para la conservación y restauración (es uno de los más importantes bosques mesófilos de México).

Sierra de Puebla-Hidalgo.
Foto: Daniela Garrido



Hoy es uno de los ecosistemas más amenazados y aun cuando desde la academia e instancias gubernamentales se ha subrayado su importancia ecológica y su relevancia hidrológica, no se pone freno a las múltiples amenazas que podrían conducirlo al borde de su extinción. Es notable el deterioro creciente del bosque y el cambio en la temporalidad de las lluvias, nubosidad, neblina y humedad que nutren los cuerpos de agua, fuente de la vida toda en la región.

Destaca la contaminación de las cuencas de los ríos y la afectación del agua subterránea que fluye entre los cerros y emerge en los manantiales, esto a causa de múltiples procesos con distinto origen temporal pero superpuestos en el presente. Por una parte está la ganadería extensiva, la expansión de monocultivos y la producción y transporte de hidrocarburos. En años recientes se suman a estos factores la intensificación del extractivismo y la propagación de megaproyectos. Aunados al cambio climático, se han incrementado los estragos por la explotación de hidrocarburos, la fracturación hidráulica (*fracking*) y la distribución de petróleo y gas, así como la minería, la tala de bosques y el uso de agrotóxicos, del glifosato en particular, en la producción del café, procesos contaminantes que además de alterar el ciclo hidrológico y deteriorar la biodiversidad, contaminan el agua, envenenan la tierra y enferman a las poblaciones de la región.

En este ecosistema se ubica la mayor diversidad de especies de flora y fauna en relación con el área que comprende, con la existencia de cientos de especies endémicas

Si bien tiene larga data el proceso de afectación de la sierra y la alteración del hábitat de múltiples comunidades, sobre todo vinculado a la explotación y distribución de hidrocarburos, su afectación se aceleró a partir de las reformas estructurales y en particular de la puesta en marcha de la Reforma Energética en 2013, que favoreció la integración y explotación de áreas otrora remotas, la apropiación y control de la distribución del agua, el desvío de sus fuentes y el trasvase de cuencas para llevar a cabo los megaproyectos, desatando a su paso múltiples conflictos sociales por los derechos territoriales y agrarios. La instrumentación de un marco legal para facilitar el despojo a nivel federal tiene su correlato en el ámbito estatal. Es el caso de Puebla, estado donde en 2013 el entonces gobernador Moreno Valle formalizó la privatización del agua al reformar el artículo 12 de la Constitución poblana.

Puebla es paradigmático, no sólo por el despliegue del extractivismo, la implementación de megaproyectos y la privatización de los bienes comunes, sino también por la defensa de los derechos colectivos frente al despojo y la devastación ambiental. En la parte occidental de la sierra, destaca la lucha emprendida en una localidad nahua en el municipio de Pahuatlán en contra de la apropiación del agua. En la comunidad de Atla, por más de una década se libró una lucha por el uso comunitario de los manantiales que tiene como trasfondo múltiples factores: desde la merma de las fuentes hidrológicas por el cambio climático aparejado a un crecimiento demográfico de la población, hasta la ejecución de un programa de reevangelización y la introducción del sistema de partidos. En ese contexto, destaca la contienda entre el Partido Revolucionario Institucional y el Partido de la Revolución Democrática durante el proceso de

entubamiento del agua y la pretensión de obtener un pago en dinero a cambio del suministro en cada vivienda del líquido vital proveniente de los manantiales a través de los recursos hidro-útiles proporcionados por el gobierno municipal.

En este proceso prevaleció el uso común del agua, aun cuando se pretendió por parte de los intereses del gobierno municipal y estatal imponer una lógica mercantil aprovechando las querellas comunitarias y tras varios enfrentamientos y muertes, más el encarcelamiento en 2010 de dos defensores del agua cuando ocupaban el cargo de Presidente Auxiliar y Juez de Paz. José Ramón y Pascual Agustín estuvieron presos dos años y por parte de Amnistía Internacional fueron nombrados “presos de conciencia”. Este organismo declaró que la “acusación contra los activistas fue fabricada como represalia por su trabajo para garantizar el amplio acceso al agua para la comunidad indígena de Atla”.

Paralelo a la privatización del agua, los pueblos de la sierra noroccidental han enfrentado la entrada de megaproyectos en la región, en particular, la instalación de gasoductos como parte de las redes en mar y tierra del complejo petrolero del Golfo de México desde los años setenta del siglo pasado y especialmente a partir de la primera década del 2000.

La integridad del territorio y la salud de los pueblos se ha visto comprometida, sobre todo por la explotación de hidrocarburos y la instalación de ductos. En décadas recientes destaca la implementación del gasoducto Tuxpan-Atotonilco, obra ante la que la población originaria de Huauchinango puso resistencia y fueron expuestas múltiples irregularidades y concedido un amparo. No obstante, se impuso el proyecto aun cuando su trazo se encontraba en el área natural protegida “Cuenca hidrológica del Río Necaxa”, dentro del bosque mesófilo de montaña (considerada región terrestre prioritaria) y con cientos de yacimientos arqueológicos. Desde la construcción de este gasoducto junto con la ampliación de la autopista México-Tuxpan —del inicio de la década de 2010 hasta la fecha— han sucedido accidentes que han impactado en la población y el hábitat de la población. Es el caso de la comunidad nahua de Cuaxicala, donde además de tapan los manantiales y ojos de agua, se profanó su cerro sagrado, el Yelol-tépetl, con la instalación del gasoducto y, desde entonces, han sufrido derrames de petróleo, fugas de gas, deslaves y afectación en sus centros de población al ser cuarteadas las casas, escuelas, la iglesia y la casa de salud.

En 2015 el “manto de vida” de la sierra, *te he* en otomí, se vio amenazado nuevamente por la construcción de otro megaproyecto, el gasoducto Tuxpan-Tula, por la empresa TransCanada, hoy TC-Energy. Con la aprobación de la Secretaría de Energía y como parte de una red mayor de transportación de gas natural desde el sur de Texas, se tiene proyectada su obra en cuatro estados del país, además de Puebla, en Hidalgo, Veracruz y el Estado de México, con el fin de utilizar este combustible para generar energía en centrales de la Comisión Federal de Electricidad ubicadas en estos estados y en el centro y occidente del país.

Aunque la mayor parte de la obra está construida, ante la oposición y lucha organizada en contra de este megaproyecto hasta ahora se ha frenado su conclusión en los municipios de Pahuatlán, Tlacuilotepec, Honey y Tenango.

La resistencia congregada en el Consejo Regional de los Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo, que reúne población nahua, otomí, totonaca y tepehua, ha conjuntado la movilización social con la lucha legal, en particular a partir del recurso de amparo y del litigio participativo enmarcado

en la defensa de la reivindicación de la identidad indígena, la defensa de los bienes comunes, especialmente del agua, y el derecho a otros usos de carácter ritual y sagrado.

Además de frenar la obra, en las últimas elecciones locales de 2018 defensores congregados en el Consejo Regional ganaron varias de las presidencias auxiliares y desde ahí han multiplicado la lucha contra el gasoducto.

Entre las múltiples amenazas de la construcción de este gasoducto destaca la afectación del sistema acuífero de la sierra. En particular, las comunidades subrayan el daño a sus manantiales, que proveen del líquido vital a las poblaciones. Estas aguas que fluyen en el interior de la tierra y brotan a la superficie constituyen complejos y variados ecosistemas, especialmente vulnerables ante la construcción de los ductos, poniendo en peligro su flujo y estructura.

Además de trastocar la integridad ecológica de los ecosistemas de la región, la construcción de gasoductos y otros megaproyectos atenta contra la relación que los pueblos mantienen con el agua y su territorio. Al respecto, es fundamental distinguir esta relación singular como parte de un tejido de prácticas y saberes configurados con su hábitat. El agua, además de ser un recurso para la reproducción de la vida, es parte de un entramado que posibilita la vida comunitaria arraigada a su entorno, fundamento de su memoria histórica y raíz de su identidad cultural.

Siendo un legado comunitario, es también todo un complejo ámbito de comunidad. Habrá que concebir el agua también como un don otorgado por una entidad viva y ancestral, pues es parte de su cuerpo el líquido vital, concepción especialmente generalizada entre los pueblos originarios de México y en particular del estado de Puebla, donde le nombran *Atlanchane* en náhuatl, *Pome T'oho* en otomí, Sirena, María Isabel o Santa Catalina. Para los serranos, ciertamente el líquido vital tiene un valor de uso en cuanto a la obtención de un medio fundamental para la subsistencia material de la comunidad, pero presenta un valor simbólico en cuanto que este bien común se asocia al don de una entidad a la que se le atribuye incluso el carácter de persona.

Tomando en serio el punto de vista de los pueblos, el territorio es parte de los cuerpos de los “señores”, “dueños” o “guardianes” del agua, del monte, de los animales o las semillas; en las comunidades originarias encontramos que buena parte de aquello que vinculamos con el territorio se personifica privilegiando un valor de uso de carácter ritual y cosmológico.

Desde la perspectiva nahua es preciso considerar tanto los manantiales como la figura de *Atlanchane*, identificada también con la Sirena. Para los serranos, el agua de los manantiales si bien se halla en el plano terrestre se prolonga en el interior de la tierra. Estas fuentes de agua, que proveen del líquido vital a la comunidad, que se hallan al interior y fuera del pueblo, son parte de un cuerpo mayor, de manera que se tiene la concepción de que lo que se vislumbra en la superficie sólo es una parte del agua subterránea que se prolonga hasta el mar, razón por la cual se dice que la casa y el origen de la Sirena es el mar. *Atlanchane* va y viene del mar a la sierra, es decir, de *tlatsintla* a *tlakpak* (de “abajo” a “arriba”), por lo que en tiempos de secas se entiende que la Sirena todavía no ha llegado a la comunidad.

En el marco de la concepción del territorio como cuerpo y, en específico, en el caso de los nahuas, es fundamental partir de la relevancia del binomio agua-cerro

*Además de trastocar
la integridad ecológica
de los ecosistemas de la
región, la construcción
de gasoductos y otros
megaproyectos atenta
contra la relación que
los pueblos mantienen
con el agua y su
territorio*

y el reconocimiento de su profundidad histórica, vigencia y actualidad. El *altepetl*, categoría conformada por *atl*, “agua”, y *tepetl*, “cerro”, traducida como pueblo, indica cómo los pueblos indígenas integran tanto el agua como el cerro para concebir a la vez su comunidad y hábitat: su entorno de subsistencia. Los interiores de los cerros, como bien advierten los nahuas, son lugares de abundante “agua y riquezas” y son “semillero de todo cuanto hay”. El agua-cerro constituye el núcleo que provee del líquido vital y es el espacio donde se cultiva la milpa, se cazan animales y se recolectan plantas comestibles, medicinales y propias de otros usos; además de ser morada de los guardianes del territorio, entidades extrahumanas con las que se establecen relaciones que regulan el uso y cuidado de los bienes comunes.



La visita de las nubes es algo casi cotidiano. Foto: Daniela Garrido

Este espacio vital, material y espiritualmente, es fragmentado y son alterados sus ciclos. Muchas veces queda devastado por la implementación de megaproyectos. En el caso de los gasoductos hay una afectación directa por instalar los tubos en los núcleos de población atravesando bosques, manantiales, tierras de cultivo y viviendas, profanando a su paso cerros y ámbitos sagrados, pues desde fuera la gente no entiende la sutileza de los parajes, que para la gente que vive ahí son innumerables enclaves especiales, por razones diversas. Abaratando costos y con múltiples irregularidades, se han logrado imponer estos emprendimientos, sin mayores consecuencias para las empresas y las instituciones de gobierno involucradas,

*Los pueblos integran
el agua y el cerro al
concebir su entorno
de subsistencia*

pero sí con evidentes afectaciones a los territorios de los pueblos originarios, lo que pone en juego la integridad ambiental, la salud y la cultura de los pueblos de la sierra.

Las comunidades organizadas contra el gasoducto, reunidas en el Consejo Regional de los Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla e Hidalgo, tienen muy clara la integralidad del daño y así lo expresan y lo nombran: el bosque, los cerros, los manantiales, las tierras de cultivo, las plantas medicinales, y también los parajes sagrados, las fiestas y tradiciones, todo en su conjunto, está siendo amenazado por la construcción del gasoducto. Este proyecto se suma a otros ya impuestos y abre camino a nuevos emprendimientos en la región, lo cual destacan las personas al hacer su relato, poniendo especial atención en el agua y en el cuidado de sus manantiales.

Sean nahuas o ñuhú, como se nombran a sí mismas muchas comunidades, y siendo una región de barrancas y laderas, de caídas de agua y escurrimientos, su relación con los manantiales en las cuevas, con el agua que anida en arroyos y ojos de agua que van tachonando como estrellas todo el lomerío, remite a la referencia de lo sagrado ancestral, como lo pone la gente de San Antonio el Grande, de origen ñuhú, al decir que “anteriormente, según contaban las abuelas y los abuelos, no tenían esa religión católica o cristiana que hoy prevalece en la comunidad, sino que todo era más cercano, más hacia la tierra”. Hoy entienden que lo sagrado del agua mismo es disputado por las denominaciones religiosas, y su sentido práctico de sobrevivencia lo disputan los partidos políticos. No obstante, en el fondo saben que todo eso pueden irlo gestionando con mayor presencia, lucidez y constancia dentro del mismo territorio, pero que el proyecto del gasoducto, con su lógica exterior al mismo vendrá por el agua en un proceso que puede ser imparable. Saben que quienes están queriendo cruzar el territorio vienen por todo.

Para dimensionar la gravedad de las posibles afectaciones y entrever el contexto del despojo, además del reconocimiento de daños por otros megaproyectos en la región, es central contemplar la perspectiva de la gente afectada en sus propios términos, así como su concepción, práctica y sentir sobre el bosque, los cerros, el agua y los manantiales. Damos paso así a su voz y punto de vista, iniciando por la comunidad de **Chila**, en el municipio de Honey, en casa de Salvador, integrante del Consejo Regional. Andrea se encarga de ir desgranando la historia convulsa de la comunidad y su difícil relación con lo que ha sido la localidad y el municipio de Honey, así como *el costumbre* en los cerros y los rituales asociados a la lluvia y los manantiales.

“Bueno, aquí en la comunidad de Chila, desde que tengo uso de razón, que no son muchos años quizás, siempre hemos compartido con las gentes grandes. Yo siempre he estado más con las personas mayores, porque de ellos he aprendido mucho. Hay una campana de 1711 que está a nombre de Santiago. Aquí en Chila, según, antes, cuando el santo patrono que es el Señor de la Misericordia fue aparecido en el barrio de San Pedro, en un escobal, en un zarcero de mora y allí lo encontraron, le construyeron un oratorio que todavía existe. Es una casa común y corriente, pero ahí era el oratorio, en lugar de iglesia. ‘Oratorio’ porque era lugar de oración, y ahí existen todavía los muros. Ahí fue iglesia mucho

tiempo. Ahí es donde estaban también, incluso, lo que nosotros les llamamos los dioses de la lluvia. Aquí el compañero Valente es quien está a cargo del ritual que se hace en el cerro sagrado del Margarito. El ritual del cerro es muy antiguo. Desde que se sabe, todos hemos seguido, como dicen, esa cultura, y él es quien encabeza el ritual. Éste es el ritual del cerro sagrado del Margarito, como decíamos. Ahí en el cerro nosotros vamos, hacemos el ritual, se hace el sacrificio de animales, se queda una parte y la otra parte se convive con la gente que va, que acompaña. Se habla de que antes fue una iglesia ahí, que desapareció. Mucha gente nos dice que escucha campanas. Mi padre dice que la ha escuchado en Peña Blanca en Año Nuevo. Mi padre se llama Donato Diego Aparicio y dice que ha escuchado la campana en el arroyo.

”Hay una imagen allá arriba. Es una roca, nos dicen que fue un hombre que iba escalando, según la historia, y que le dio flojera, por eso se llama ‘cerro flojo’. Iba subiendo, se llamaba Margarito y se quedó ahí dormido. Y se encantó; es la piedra que está ahí. Pero hasta arriba del cerro, en la corona del cerro, nos cuentan que se hundió una iglesia y que tenían un cristo de oro. Se supone que esto era parejo. Pero en 1955 hubo un diluvio y fue cuando se hundió. Se desbalagaron todos los cerros. Por eso quedó todo eso.

”Ahí es donde los antiguos que tenían sus casas en el cerro, siempre iban en agradecimiento por la lluvia o, cuando no había, para pedirle lluvia. Ahí donde está la roca, al filo del cerro. Está salidita. El manantial está de ese lado, como a cincuenta metros, no está muy lejos. Y abajo hay cascadas. Cerro abajo está la cascada; del lado están los arroyitos. La gente sube los 3 de mayo o entre el 21 y 22 de mayo. Las fechas no son muy definidas. Se hace una junta y participan todos los integrantes que forman parte del ritual. La fecha depende de cómo están las lluvias. Hay años que se viene la sequía. Para que se dé la siembra bien o si no está lloviendo pues para que llueva, más que nada es para que llueva. Cuando llega la seca es cuando la gente se mueve para ir a dejar la ofrenda. Eso se mira más o menos en abril. De hecho en enero le tienen fe, hasta donde yo sé por mi padre, es que se van viendo los días. Cada día nos da un día de cabañuelas, que le nombran. El primer día de enero sería enero, el segundo día sería febrero y entonces van viendo en esos días. Si fuera enero: está haciendo mucho sol, entonces para enero va a hacer mucho sol o mucho aire. Dependiendo de cómo está el clima, es como van viendo. Así lo determina mi papá, por las cabañuelas. Ahí se ve que —supongamos que ahora es junio— ya llovió. Mañana como es julio, hay veces que llueve, hay veces que no. Pero dicen, ¡ah! pues para julio va a llover. En agosto no llueve, y así, dependiendo. Por eso enero es el mes de cabañuelas, para que ellos vean el clima de todo el año. Eso es por lo que ellos se rigen. Entonces empezamos a reunirnos en el comité. Se invita a la gente porque se van a comprar flores y se recolecta una cooperación.

”Se hace una reunión, para darle a conocer al pueblo y se les dice: tal fecha vamos a ir a visitar al cerro. Y la gente dice, yo coopero con esto, yo coopero con lo otro o se les pide el apoyo también. Unos dicen, pues yo doy un pollo, o que otro dice, voy a cooperar con un litro o dos litros, un paquete de cigarros o una caja de refrescos, así. Y aquí va la gente a orar por el pueblo. No para uno solo, se pide para todos. Y llueve parejo para toda la nación, no nada más para nosotros. Llueve parejo la lluvia. Luego interrogamos allá: se busca un adivino, porque es el que habla con el aire, el espíritu del cerro. Así tenemos la costumbre. Ellos hablan

y se entienden. Sabemos que el dueño del cerro está enojado, porque ya la gente no va a visitarlo, y él dice: ya se están olvidando de mí; si ustedes hacen así, yo voy a recoger la cosecha que ustedes siembran. Por eso es que lo expresa. Como en el caso de nosotros, ya no hay cosechas como antes, ya no hay lluvia. O sea, ha cambiado mucho. Nosotros no fertilizábamos. Nada más a limpiarla y cosechábamos. Ahora hay que meter fertilizante y ya casi no se da. Por decir, el maíz, ya muy poquitos siembran. Antes todo era cultivo de maíz. Alrededor de las casas no había un solo sitio que no tuviera siembra.

*Es central la perspectiva
de la gente afectada: su
concepción, práctica y
sentir sobre el bosque,
los cerros,
los manantiales*



Comunidad de San Nicolás. Foto: Daniela Garrido

”Ahora, qué tanta gente sigue esta cultura, la tradición de subir al cerro. Principalmente nosotros los adultos, porque los jóvenes, los niños, ya no quieren. Aquí han influido mucho las religiones, porque los sacerdotes vienen y dicen que esto es cosa de locos. Incluso lo ven malo. Que son cosas ya muy olvidadas, ya muy viejas, que no debe uno seguir haciendo eso. Pero nosotros seguimos esta cultura; bueno, eso es lo que nos dejaron nuestros padres. Nosotros creemos que si llueve es porque hemos hecho el ritual y

Nosotros creemos que si llueve es por el ritual que hicimos. Y parece casualidad pero la lluvia nos alcanza en el camino. Sí resulta la creencia que tenemos nosotros

si nos alcanza la lluvia, parece casualidad, pero nos alcanza la lluvia en el camino y hemos visto que sí resulta la creencia que tenemos nosotros. En la ofrenda se sepultan pollos, borreguitos, toros. Solamente se les da un trago de aguardiente y se sepultan, y quedan muy bien para la ofrenda. A los pollos se les corta, se les hace el sacrificio para regar la sangre. Y aparte lo que se prepara para toda la gente. Sí, para convivir. Ahí el ritual es con violín, guitarra y con flores. Cada persona baila con sus flores, con su cera; los cuetes, el sonador... hay gente que baila con el sonador en la cabeza y bajan el cerro bailando. O sea, sí, todavía, para muchos de nosotros. Y la mujer iba bailando para agradecer y para que con todo gusto se recibiera su ofrenda y que nos dé, de él mismo, lo que cultivamos, y que nos mande el agua. Que no nos

deje que haya sequía. Al otro día bajan y empiezan a visitar los pozos donde están los manantiales.

”Desde el ojo de agua que está más cerquita, así van dejando ofrenda en cada uno de estos manantiales. Son siete manantiales los que están aquí, los que están de paso. Pero en Chila hay muchos más. Son bastantes. Nomás lo que se necesita son los pozos de donde toma agua la gente. Hay mucho agua. Porque se cuenta desde el más chiquito hasta los enormes. Pensamos que por ahí de unos setenta y tantos manantiales. Ya de ahí se va al otro cerro, el de La Juanita, la pareja del Margarito. También se le deja una ofrenda de animalitos. Esto siempre es en mayo y digamos que esto prepara para sembrar.

”Hay tres redes de agua, vamos a decir así, de agua potable. Pero aunque hay comités en cada una de las redes de agua potable, el agua no es controlada como en otros lados: aquí hay suficiente. Cuando no hay agua, hay que ir a hacer la reparación, de manera organizada también, en faenas vamos a reparar la red. Los que no tienen su manantial, tienen su pozo, y de ahí toman, ahí lavan. Hay gentes que todavía están retiradas, no tan en zona urbana y ‘no tienen’ agua. Donde viven, tienen un pocito o se van a buscar donde haya agua. No todos tienen. En cambio aquí, como digamos, sobra en la comunidad, cada quién hace lo que quiere, pero se organizan de todos modos”.

Un punto importante es que así como hay mucha agua también ocurre la fuerza de todas las aguas. Dice la gente: “cuando ha habido temporadas de mucha agua, bajan rocas grandísimas y se quedan atoradas en esa falda del cerro. Es momento en que el pueblo se ha quedado sin agua: ocho, quince días, porque cuando baja, baja con fuerza. Ésa es una de las cuestiones que pasa aquí”.

Pero si pasa por las faldas del cerro, ¿qué ocurrirá cuando toda la región se remueva por el entubamiento?

Y continúa Andrea: “Casi la mayor afectación pasa por aquí, por este cerro. Es donde va a afectar más, pero a lo mejor dicen: pues está lejos, no hay nada que afectar. Pero sí hay afectación, para los manantiales, para los bebederos de los animales, a lo mejor hasta para agarrar riego cuando no llueve mucho. Todo

esto es el agua, lo que la mantiene. ¿Y se imaginan en tiempo de lluvia que el cerro se nos llene a todo lo que da y, si vienen esas construcciones, van a afectar más porque van a remover parte de la sierra, van a mover todo eso y se van a ir las venas del agua por otro lado? Se va a desgajar el cerro al cien. Sí, va a ser un desastre”.



Uno de los varios Cirios sagrados de la región. Foto: Daniela Garrido

Dice don Hipólito Juan Vargas: “veneramos al cerro; son costumbres que los antepasados han hecho y algunos de nosotros todavía hacemos el esfuerzo de que se lleven a cabo. Se hace en el Margarito, ese cerro sagrado. Es un ritual que se hace para pedirle abundancia de cosechas, más agua. Se realiza en los meses de mayo que son los meses más secos. Se hacen sacrificios de pollos, de guajolotes, de borregos y todo lo que es el ritual; se hace música, danza y también nosotros nos organizamos a partir de mayordomías. Nosotros somos quienes organizamos las fiestas patronales. Ahí no lo hacen las autoridades, nada de eso. También se hacen rituales de baile de flores, se hace la fiesta del tres de mayo, se baila con las ollas de tepache. Ya al final se reparte a todos los que nos acompañan ahí en el ritual. El Margarito es sagrado pues es de donde más viene el agua para el pueblo, viene por gravedad, hay manantiales, hay mucho bosque y pues sí tenemos dos ríos que son los que están dividiendo el pueblo, uno se llama el Betancur y el otro es el Salto Colorado. También se está promoviendo mucho el ecoturismo, tenemos cascadas muy importantes, tenemos grutas que nosotros les llamamos Las Cuevas, tenemos lugares muy preciosos y donde pretenden pasar las líneas

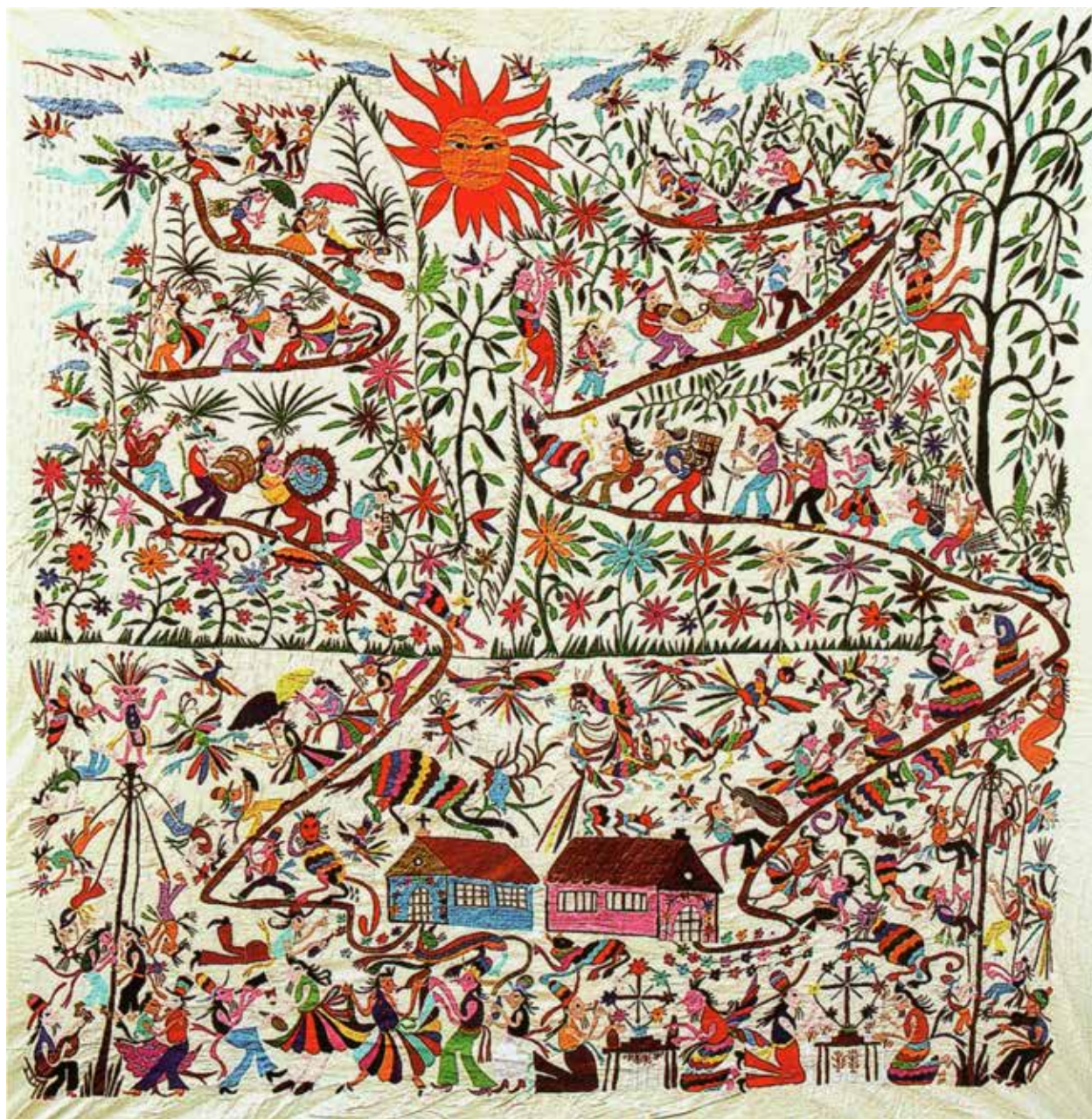
del gasoducto tenemos ése que es el cerro sagrado, lo que nosotros hemos venido defendiendo”.

Y continúa: “En otomí el cerro se dice que es el Cerro Flojo, les digo que tiene un gran historial, pero nosotros lo único que podemos seguir es lo que nos heredan nuestros antepasados, lo hacemos con mucho gusto. Dos noches antes de escalar ese cerro estamos danzando y hacemos el ritual: bailamos con el piloncillo, bailamos con las canastas, con las flores con cohetes. Y si nos llevan aguardiente hay que bailar con el aguardiente y bueno con todo, con la madre tierra. Se convive, se le da un vasito a las personas que acompañan y si no también en el cerro se deja un parte de la ofrenda. Es más a la tierra, el cerro es el cerro sagrado, pero ese cerro se compone casi desde la población hacia arriba, eso es lo más curioso y es donde baja toda el agua, alrededor del cerro, está como si fuera un pulpo, le salen por todos lados hilos de agua”.

Interviene Luis Murcia Aparicio: “Al inicio nosotros no estábamos muy informados, porque la empresa sólo se acercó con el presidente municipal y con el presidente auxiliar y bueno, veíamos que pasaban camionetas, pero como todos los personajes que van a hacer su trabajo, como los del INE o de otra instancia de gobierno. Pero nos empezamos a preguntar y éstos qué, pero ya nos dijeron que ahí viene el gasoducto, que nos viene a dar trabajo, que nos va a dar dinero y empezamos a informarnos, qué tipo de trabajo nos van a dar a nosotros, pues nada, nos iban a dar una ‘obrita’. Realmente eso no viene a cubrir las necesidades de la gente y si nos dicen, ya nos vamos a llevar su agua porque vamos a hacer el gasoducto y les vamos a dar dinero, y luego nos la cambian y que no se iban a llevar el agua, que nada más iban a meter un tubo —y un tubo de un diámetro muy mínimo, pero resulta que no, que era de 96 pulgadas: un gran volumen. Nosotros siempre pensamos que nos decían: les vamos a traer unos videos y fotografías de otros lugares en donde hemos construido estos ductos, y sí, efectivamente pusieron ahí unos videos, pero son en lugares planos donde no se ve realmente la afectación porque está plano, pero en el caso de nosotros son lugares encumbrados, cerro, que si vive alguien debajo de donde van a poner el ducto pues le tienen que tapar su casa y hay agua arriba, se la van a tener que desviar, la van a perder y si tienes cultivo también te lo van a echar a perder.

”Pero ellos dicen que sólo van a afectar la cantidad; que lo que tenga el dueño donde van a pasar, están diciendo que nos pagan afectaciones de todo tipo. Pero bueno, la realidad, los únicos que sabían de este asunto eran el presidente municipal y el presidente auxiliar, son los que se encargaron de darles permiso del uso de suelo y otras cosas, desde luego a espaldas del pueblo. El Consejo no sabía nada, con nuestros propios medios fue que fuimos averiguando lo que estaba ocurriendo. Lo único que dijeron es que ‘lo que diga la mayoría’, pero han estado convenciendo a la gente tratando de decirles que les van a dar una loza, buscando la oportunidad de que pase el gasoducto, pero no sólo eso, con engaños, ‘que no pasa nada, que no hay riesgo’. Se encargaron de poner un transporte para llevarlos a una planta, dicen que fue en Tula, pero la gente que fue realmente llegó con otra información, que no fueron a una planta, sino a un lugar donde los encerraron y hablaron con ellos; les dieron de comer, les dieron de todo para convencerlos que ellos aceptaran una consulta. Al final, la autoridad municipal sigue insistiendo que quieran o no, como quiera van a

pasar, amenazando, pues entonces el que no quiera, ‘que se vaya del pueblo’, hasta con esas amenazas. Dicen que ellos ya dieron el fallo, pero cuando nos reunimos todos no lo hablan así, sino dicen que ‘lo que digamos todos’, entonces pues cambian mucho sus opiniones”.



La petición del agua, *Los Tenangos, mitos y ritos bordados, arte textil hidalguense*, p 88

Los cerros por donde cruzaría el gasoducto, como bien dejan ver los integrantes del Consejo Regional de la comunidad de Chila, son lugares de memoria y enclaves rituales, en sus cumbres, laderas y oquedades los otomíes y otros pueblos originarios de la sierra han configurado su historia, que recrean cíclicamente en sus ceremonias. Más aún, los cerros, junto con otros constituyentes del entorno, son morada de dueños, señores o guardianes

asociados con poderes y dominios específicos, generalmente identificados con los mantenimientos, con los que los serranos establecen diversas formas de intercambio que ponen en movimiento una compleja circulación entre humanos y potencias extrahumanas. Para los pueblos originarios de la región, la constitución de la vida, pero también su deterioro, se juega en el vínculo con los dueños, señores o guardianes y también con los aires, los santos y los ancestros, conformando así una comunidad devenida en el tiempo y en contigüidad con el territorio.

Estamos ante proyectos de despojo que sustraen a los pueblos de sus tierras ancestrales y las reorganizan para subsumirlas al valor de cambio, confrontando dos lógicas diametralmente opuestas. Si desde la lógica del capital todo se cosifica y se torna en mercancía, en contraste, en las comunidades encontramos que buena parte de esto que vinculamos con el territorio se personifica y se privilegia un valor de uso de carácter ritual que siempre implica un cuidado y una temporalidad que se atiende.

Aquí ocurre, por parte de las empresas y el mismo gobierno, un equívoco que podría dar lugar a una discusión antropológica en torno a lo que llamamos naturaleza: lo que entendemos por territorio está constituido por estas entidades —la Dueña del Agua, del Monte, de los Animales o de las Semillas— que desde la perspectiva de los afectados están vivas, tienen agencia y voluntad, y son necesarias para tener la base de la subsistencia, pero también para tener salud y prosperidad.

En cambio, para favorecer la acumulación del capital en diversas regiones del país se está pulverizando el agua-cerro, es decir, se está sustrayendo a las comunidades de todo aquello que se ha nombrado “el semillero de todo cuanto hay”, ya que para los pueblos —lo cual es expresado en múltiples relatos y cosmologías— en el interior de los cerros está el agua, las semillas, los animales. Si se llevan a cabo estos proyectos, además de despojarlos de sus tierras, se rompe su relación con ellas y con todo este entorno de subsistencia, con todo este entorno simbólico. Al romperse esta relación se rompen también los hilos de relación, es decir los saberes, las técnicas, las estrategias, los vínculos encarnados en saberes, y como tal se deshabilita a la población, que queda precarizada y lista para ser sometida al trabajo asalariado como mano de obra explotada. Además, se contaminan los ríos y las fuentes de agua, y se acrecientan y agudizan las enfermedades al estar expuestos a múltiples tóxicos junto con la imposición de condiciones que aceleran la sustitución alimentaria.

Si bien las amenazas son múltiples y se han acumulado en la actualidad, desde una perspectiva histórica es posible seguir un proceso de cambio cultural en la Sierra Noroccidental a partir de tres ejes fundamentales: 1. El capital y su impacto en la economía local a partir de la venta de fuerza de trabajo, que necesita derruir la relación de la gente con su entorno y deshabilitar las técnicas mediante las que resolvía por sus medios propios lo más importante; esto aunado a la producción de cultivos para la comercialización y el consumo de mercancías cada vez más acentuado y variado. 2. La presencia de las instituciones nacionales vinculadas a los programas de gobierno, la fragmentación de las decisiones, la individualización en el trato, una educación ajena, a veces poco pertinente, una salud menospreciativa y que siempre busca, como la religión y el sistema de partidos, trastocar significativamente las formas de organización comunitaria

de los pueblos. 3. La Iglesia y los programas de evangelización durante diversos periodos, la mayoría de las veces con políticas de sustitución religiosa e intolerantes al *costumbre* de las comunidades.

Actualmente la vida económica de los serranos es cada vez más diversificada: a la vez que cultivan milpa o producen café, migran temporalmente para trabajar como jornaleros en plantaciones de Veracruz o trabajadores en la construcción en diversas ciudades del país. Hay quienes han abandonado definitivamente la producción agrícola para migrar a los Estados Unidos o laboran como empleados del gobierno, taxistas o comerciantes. El caso de la comunidad ñahñú de **San Pablito** en el municipio de Pahuatlán es representativo al respecto, sobre todo por el desarrollo de una economía local a partir de la venta de artesanías dentro y fuera de la región. Hoy día el arte en papel amate, los textiles o el trabajo en chaquira son nacional e internacionalmente conocidos.

En una conversación colectiva en el pueblo de San Pablito, la gente expresa sus reflexiones sobre el proceso de cambio vivido en la comunidad y las posibles afectaciones del gasoducto. Comienza Feliciano Soto Laja, nativo de esta comunidad, que él mismo afirma “es ñahñú”.

“En la comunidad siempre ha sido de puro trabajo, artesanía, lo que es el papel amate, los bordados de chaquira igual. La gente siempre se ha mantenido unida. Todos juntos trabajamos en sacar por delante la comunidad. Lo que a San Pablito le da ese espíritu que tiene son sus tradiciones, sus ofrendas que realizamos año con año. La gente se mantiene firme con sus plantas medicinales, con nuestra agua potable, todo lo que tiene a su alrededor de la comunidad: su sembradura que tiene. De eso vive la gente de San Pablito, que tiene sus costumbres y donde 80-85 por ciento de la gente habla el otomí. Quiero recalcar que San Pablito tiene una manera de vivir muy diferente al de otras comunidades. Tiene sus tradiciones y costumbres, pero también San Pablito tiene una amenaza. Hace como tres años que nos enteramos que un proyecto quiere cruzar al territorio. La gente de San Pablito tiene un Consejo donde se defiende este problema para la comunidad. Lo que es el agua potable viene de la parte de arriba del cerro: es ahí donde el gasoducto es una amenaza para San Pablito y, por eso, como ciudadanos, estamos preocupados, porque tenemos miedo por los deslaves; pero lo que más nos preocupa es la fauna, que también es muy importante para nosotros. Y por las plantas medicinales: de eso vivían nuestros abuelos. Por eso estamos preocupados. Lo que da la vida a San Pablito sobre todo son los manantiales. Tiene siete manantiales que están arriba del pueblo y luego éstos son los manantiales que recibe San Pablito: son siete y le dan vida a nuestra comunidad.”

Se presenta el señor González Aparicio y continúa el relato. “Tengo 47 años. El problema que hay es que nunca escuchamos lo que estaba ocurriendo. Cuando tenía yo 37-38 años, casi no había líos. Ese problema que hay ahorita no había. Antes trabajaban bien las gentes; se unía la gente. Pero ahora veo que no está trabajando junta. Los partidos que hay, afectan. Hay cincuenta o sesenta personas que no están juntas con el pueblo. Ahorita, está difícil porque las líneas que quieren pasar por el agua, si es que van a pasar, nos van a afectar a nuestros hijos, nuestros nietos. Y sobre el mero cerro de San Pablito se va a pasar el trazo. Uno estaba proyectado abajito a 500 metros de la comunidad San Pablito y otro, porque según hicieron dos trazos, atrás del cerro. Pero afectando el manantial

que abastece a todo el pueblo. Por eso estamos aquí para luchar. Antes, la siembra que había era maíz, pero ya no. La gente va cambiando. Eso es lo que quiero decir porque yo sé todo, pero se me traba la lengua. Lo que sé es también que los cerros que están aquí derrumbados, son cerros sagrados. La gente viene ahí. Cuando la gente se enfermaba se curaba ahí”.

Y luego aclara, pensando en los cultivos que había: “se sembraba maíz, frijol gordo [ayocote], eso es lo que sembraban ahí. Uno sembraba jitomate de hoja, frijoles, chiles; no, pues hasta cacahuate. Antes había trabajo: uno sembraba caña, ya nada más se cortaba. Es lo que sé”.



Asamblea en San Nicolás. Foto: Daniela Garrido

Luego surge la cuestión del agua, de los ríos, y él responde: “Es que San Pablito tiene sus manantiales. El río pasa por la parte de abajo. Es el río de Santa Mónica y Pahuatlán. No es el río San Marcos. Es el Santa Mónica [aunque le dicen río San Marcos]. Es el que pasa por todo Tlacuilco, hasta Ceiba y Poza Rica. Sí, hasta Veracruz”.

“Yo voy a comentar algo”, dice Ciro Reyes: “Ora sí que San Pablito tendrá una razón por qué está ubicado ahí: tendrá una razón. Zumbite es la comunidad de San Pablito. Cuando tenía corta edad (aunque aquí nací) me llevaron a la Ciudad de México y ahí me crié. Cuando venía, veía todavía el pueblo bien. Inclusive ahorita como está, creo que estamos bien. En vez de que dijéramos: queremos más tecnología, más cosas que innovar al pueblo (porque eso a veces daña), en vez de traer algo mejor, lo que llega es un daño. Entonces, así como está con sus tradiciones, su vestimenta, su comida y con todo lo que tiene, pienso que está

perfecta como está. El paso del gasoducto nos traerá problemas, sobre todo con lo del agua potable. Pienso que es un agua tan pura la que pasa en los manantiales que están arriba de San Pablito. Nos afectaría porque a lo mejor esa agua que nos beneficia se desviaría con el paso de los tubos, la maquinaria, todo eso: se desviaría. Hemos visto casos que, en donde brota agua, en vez de decir vamos a escarbarle para que haya más agua, no. Ahí es todo lo contrario. Se desvía y se va el agua. A lo mejor pasando tanta maquinaria desviaría el agua”.

Entre los cambios económicos y políticos y el proceso de adaptación de las comunidades a las condiciones impuestas por el exterior, es evidente la vigencia de una lógica de las relaciones, cultural, que dista del valor de cambio y el mercado, que se expresa en los saberes, las prácticas rituales en relación con los mantenimientos y sobre todo con el agua y el cuidado de los manantiales. Por eso la preocupación de que sus mantos puedan ser trozados por la construcción de los ductos. Estos cuerpos de agua, además de ser una de las principales fuentes de biodiversidad, salud y de subsistencia de los serranos, son parte constituyente de un complejo ritual y organización comunitaria expresados en especial durante el mes de mayo.

Justamente en este mes, que se distingue por la intensidad de la estación de secas y la carencia de agua, se lleva a cabo la Fiesta de los Manantiales. Coincide con la fiesta de la Santa Cruz el 3 de mayo, entre los diversos pueblos de la Sierra, que despliegan sus tradiciones en torno a los diversos veneros que se encuentran al interior o fuera de los núcleos de población, articulada por una red comunitaria que encabeza el comité de agua y en algunas comunidades por los padrinos de cruz y las parteras. A la vez que se lleva a cabo el ritual católico y se convoca al sacerdote, se realiza también *el costumbre*: la mixtura entre ambas tradiciones es compleja, sin embargo, se debe decir que ya sea que el agua se identifique con Atlanchane o la Sirena, María Isabel o Santa Catalina, desde la lógica de los pueblos originarios es impropio la “fabricación del agua” o pago en dinero a cambio y, por tanto, es impensable que esta fuente no provenga de un don o regalo que requiere a su vez de una reciprocidad, un pago ritual y un agradecimiento como parte de un paradigma del cuidado y una economía ritual legada por los ancestros, como lo explican los ñuhú de San Nicolás, ahondando en una noción que le es ajena al mundo occidental y que refuerza la comunalidad como centro de sus convicciones. Esa noción proviene de observar y entender que los cuidados que la gente realiza son un trabajo conjunto con la madre tierra, la naturaleza, el territorio, con esos dueños o guardianes y guardianas de los parajes sagrados. No se le cuida a la madre tierra (cual si fuera una enferma desvalida), se trabaja en conjunto con ella y con los seres que custodian que todo esté en orden.

“Mi nombre es Miguel López Alejo. Soy originario de esta localidad de **San Nicolás** o **Desní** en idioma ñuhú (lugar de pinos o de muchos árboles). Mi preocupación es evitar que se contamine el medio ambiente; evitar el impacto social. Hace muchísimos años, desde nuestros abuelos y bisabuelos, ellos han intentado cuidar los cerros, los montes que nos rodean, el bosque mesófilo que todavía se encuentra en nuestra región, cerca de nuestro pueblo de San Nicolás, pues hay que seguir conservando las diferentes especies de plantas que existen aquí

en la sierra. La necesidad de conservar el bosque mesófilo es también porque de ahí nacen las nubes que hacen llover a nuestra región. Esa agua que llueve aquí hace que produzca las diferentes semillas que la misma madre naturaleza nos siembra o la semilla que siembran los campesinos para que se den las cosas que nosotros necesitamos, el consumo familiar: llámale maíz, chile, frijol y otras cosas que se dan en la sierra, ya que viene siendo de uso familiar, aunque, cuando hay de sobra, le vendemos a otros pueblos.

”También es cuestión de impacto ambiental, pues no queremos que se contamine el agua, porque el agua es vida. El agua nos da todo lo que necesitamos para nuestra existencia, porque el día que se contamine el agua o supongamos que, si pasa el gasoducto que tanto le interesa al gobierno municipal y estatal que pase, contaminarían a la misma madre naturaleza que es la tierra, contaminarían las mismas plantas. Todo lo que se da en el campo tenemos que cuidarlo pues nos va a dar vida: es la misma naturaleza, porque la protegemos, la defendemos. Defenderla hará que haya menos riesgo de enfermarse la gente, porque según, cuando el agua se contamina con el gas, el aceite o con otras cosas, produce cáncer y el cáncer ya no se cura, si no se controla.

”Si somos pobres y no tenemos riqueza que heredarle a nuestros hijos, cuando menos heredarles el bienestar de que no esté contaminada el agua, que no esté contaminado el aire que van a respirar mañana o pasado, que no se enfermen. Que sea una buena herencia que nosotros le vamos a dejar a nuestros hijos. Pero si le vamos a heredar tanto el agua como el aire contaminados, de qué sirve que quedemos debiéndole a nuestros hijos, que tengan que vivir de pura enfermedad. Entonces, para mí, la riqueza de una persona es la salud. La vida sana que lleva: ésa es la riqueza. Porque, aunque haya dinero, si el niño o el joven está enfermo, ¿de qué sirve que tengan la riqueza de mucho dinero? Pero sí basta con que estén sanos y fuertes el niño, la niña; pueden ganarse el pan de cada día; trabajar luchando para buscar su propia alimentación y la de sus hijos, para ir alimentando las generaciones. Yo le llamo vida o el placer de servir a los demás, hacer el bien para los demás. Así estamos construyendo un buen futuro para nuestros hijos. Educarlos: que hagan algo bueno para la naturaleza, que no se contamine el agua, el aire, la misma tierra que nos da fortaleza para nuestra existencia.

”Ya lleva como 6-7 años que ocupamos el agua potable que nos abastece habitualmente. Se invirtieron como 5 millones de pesos. Fue a través del sistema de bombeo, que, gracias a un presidente municipal que nos ayudó, pero también a la perseverancia de la comunidad que le insistió mucho al gobierno municipal que gestionara para que se aprobara el presupuesto y se realizara la obra. Esas obras son benéficas para el pueblo. Van a durar unos diez, quince o veinte años, pero de cualquier manera son buenas”.

Continúa Serafín Cajero Antonio, también nativo de San Nicolás. Es el comisariado ejidal. Y relata: “muchas veces el gobierno dice que organiza: que vamos a cuidar, que vamos a proteger los bosques, las manantiales, vamos a cuidar nuestra tierra, nos insisten. Adentro del ejido trabajamos todos los campesinos; ahí trabajamos algunos y los mayores siembran maíz, frijoles, chiles, tomate; algunos tienen cafetal. Ahorita, la mayor parte tiene cafetal. Los bosques, las manantiales donde consumen agua todos los campesinos, el gobierno muchas veces dice que cuida, que protege todos éstos, pero en el tiempo presente ellos mismos

destruyen, como ahora que va a pasar el gasoducto, porque es una destrucción lo que hacen, pero gracias a Dios algo tiene que ocurrir. Porque yo sé que existe un Dios, el creador de la naturaleza y nuestra naturaleza. Estos gobernantes, el presidente de la República, el gobernador, el presidente municipal, pues son vende-patria. Nos están pisoteando nuestro derecho indígena”.

Interviene otro señor con gran contundencia: “Mi nombre es Claudio Modesto José. Soy originario y vecino de esta comunidad de San Nicolás, municipio de Tenango de Doria, Hidalgo. Soy cien por ciento indígena, hablante de lengua ñuhú. Mi mayor preocupación es que el gobierno pretende o se ha puesto de acuerdo con la empresa TransCanada a que pase el gasoducto por nuestro territorio, porque nosotros como campesinos nos damos cuenta de que va a destruir, en primer lugar, nuestras tierras, porque son 12 metros los que van ocupar para colocar el tubo, son 12.5 metros de cada lado: en total 25. Los de la empresa dicen que no van a causar daño o que no va a traer ninguna consecuencia mala; pero eso no es cierto, porque, a lo mejor, al pasar esos tubos, de momento puede pasar alguna explosión. Pienso que a través del tiempo pueden explotar los tubos. Ahí es donde se contaminaría el aire y, al contaminar el aire, dañaría la flora, la fauna, contaminaría los manantiales y ahí es donde van a venir las enfermedades”.

Interviene Rebeca López Patricio: “Lo que les puedo decir es que tenemos muchas tradiciones y que no queremos que se pierdan, porque de por sí se han estado perdiendo por la migración que hay, porque no hay trabajo. La mitad de los habitantes de San Nicolás están en Estados Unidos. Por eso es que ha cambiado un poco la cultura, pues traen otras tradiciones, otro tipo de vestimenta. Con este megaproyecto estaríamos peor. No queremos que nos desaparezcan como cultura ñuhú. El gobierno ya conoce todo esto, solamente es que le conviene que pase el gasoducto. No es que no conozcan las leyes: ellos ya lo saben, pero nos quieren pisotear: son indígenas, dicen, no saben nada. Yo les puedo hacer lo que yo quiera, dicen, pero no. Sí conocemos nuestros derechos. Sabemos que existen convenios, artículos constitucionales de los Estados Unidos Mexicanos y también estatales. Sí los conocemos. Que ellos no quieran protegerlos es otra cosa. A ellos no les importa si nosotros bailamos en los cerros, si adoramos el agua. No les importa: ellos sólo quieren dinero. Ojalá podamos lograr esta lucha. Lo único que nosotros queremos es que se cancele el proyecto del gasoducto, porque a nosotros no nos beneficia nada. Bien dicen acá las personas más mayores: somos pobres y a lo mejor ya no vamos a llegar a ser ricos, pero por lo menos queremos estar sanos. No queremos contaminación, ni de agua, ni de aire, ni de suelo. Si comemos quelites, que sean limpios. Si tomamos agua de manantial, que sea limpia, y si respiramos aire, que sea limpio también. Estamos orgullosos de estar aquí. Porque yo he ido a la ciudad y no me gusta estar allá. Se me infecta el ojo; se me irrita la garganta. Entonces aquí, aunque sea con quelites y salsa de molcajete, somos felices aquí en nuestra tierra.

”Y hay muchísimos manantiales. En los pueblos de San Pablo son como trece, pero aquí, por todo, como veinte, veinticinco o más. Hablamos de unos treinta manantiales. Hay manantiales grandes, chicos y medianos. Son varios manantiales de donde jalan agua también los de San Pablito. Tan sólo aquí, mi vivienda ocupa agua de manantial que está aquí como a cincuenta metros. La tenemos entubada, pero antes íbamos con nuestras cubetas al centro a sacar agua fresca

de ella y la gente allá lavaba, pero últimamente ya la entubaron y ya nos llega. La comunidad fue la que entubó, con el comité de agua.

”Es un comité que se forma cada vez que hay que hacer un trabajo: por ejemplo, jalar el agua. De los cobros y las cuotas se encarga el delegado. Si en tiempos de aguacerazos hay derrumbe y todo se destruye, o se rompieron dos o tres pedazos de tubo, la gente coopera o dice: hay un dinerito ahí en la delegación, y ya se compra la tubería y con eso funciona el agua. Se hace trabajo colectivo, que aquí le llamamos faenas.

”Aquí tenemos temazcal. Casi todas las familias tienen. Ahora que tenemos gripa y todo eso, el temazcal nos viene bien y nos curamos. La mayoría tenía puro temazcal y no baño. Ahí nos bañábamos. Ahora ya algunos prefieren el baño. Es curativo para los que padecen de reuma. Tan sólo las hojas que se usan en el temazcal son de un árbol que ya está un poquito en peligro, el encino, que se utiliza como hojeador para jalar el vapor. Todos los jueves y los viernes las personas van a traer sus hojitas para el baño —por lo regular el baño es a la tarde. Para las señoras que se acaban de aliviar, es en el día, o si hay algún enfermo. Cualquiera otra persona que nomás quiera un baño, pues es por la tarde, como a las seis. Se recomienda salir bien tapados, con una cobija; porque como decimos, se pueden bañar ahí mismo en el temazcal. Se meten las cubetas y allí mismo se calientan. Antes de salir, se baña uno ya para acostarse. Muchos como que nos pegamos con el hojeador, pero hay muchos que nada más jalan el puro vapor, pero nunca toca el hojeador la piel: nomás el puro vapor.

”Una de las fiestas grandes es el 3 de mayo, es muy importante, porque, aquí en la comunidad, hay varias religiones, pero en sí la que se conserva es la religión católica. Ahí la gente va a adorar los manantiales. Para eso le llevan música, ofrendas, van a bailar allá. Recorren todos los manantiales para que haya suficiente agua. Incluso, si antes falta el agua, pues ellos van antes. No sé —mucha gente no quiere creer—, pero cuando van, de veras que sí llueve en la tarde. Sí les funciona.

”Hay una cueva sagrada, donde anteriormente, bueno, todavía, en tiempos de sequía, van a pedir el agua allá. Entran en la cueva y llegan a un lugar donde hay agua adentro y empiezan a bailar, llevan música. Al salir de la cueva, se traen un poco de agua, la echan arriba. Hay algunas personas que no creen, pero sí. A esa cueva va gente de otras comunidades circunvecinas. Le dicen Mayónija en otomí. Antigua iglesia. Hay dos: una es Dónija y aquí es Mayónija, más grande, más sagrada, siempre llevan la ofrenda. Le tienen que dar una ofrenda para que se les conceda su petición. A la cueva se va nomás cuando empieza la temporada de calor, la sequía. Pero sí va mucha gente. Pero sobre todo cuando empieza a faltar el agua, cuando no llueve —cuando se escasea el agua”.

Además de la cosmología y el ritual en torno al binomio agua-cerro, es central la vigencia de la gestión comunitaria del agua en la Sierra y en miles de comunidades a lo largo del territorio nacional. Frente al control de la administración del agua por parte del municipio, el estado o el gobierno federal, los pueblos han defendido la gestión comunitaria de las propias redes de distribución locales del líquido vital por medio de diversas figuras jurídicas: comité de bienes comunales, comité de ejidatarios, delegado municipal o asociación

civil. Es claro que para la gente el agua es un ámbito de comunidad, como dijera con gran visión Jean Robert en el título de un importante libro suyo.

Estas redes de distribución locales del agua implican formas de intercambio articuladas por una compleja organización comunitaria y trabajo en común que se expresa en los sistemas de cargos, comités, mayordomías o en los distintos compadrazgos, relaciones de parentesco y alianzas que se actualizan y reproducen en el territorio a través de las fiestas y acciones rituales y, especialmente, por medio *del costumbre*. Estos sistemas giran en torno de un pozo, manantial o pequeña infraestructura a partir de los cuales se organizan para conservar y distribuir el agua y su gestión es regulada por sistemas normativos locales.

El caso de **Montellano** es paradigmático, ya que muestra que las relaciones de alianza que se establecen trascienden a las comunidades y se tejen entre éstas formas de convivencia y ayuda mutua en torno del agua y su flujo donde *confluyen los pueblos* de la región. Montellano es una comunidad campesina, de tradición nahua-ñuhú, del municipio de Pahuatlán, Puebla. “Montellano se asienta en lo alto de la montaña desde donde se divisa la comunidad otomí de San Pablito, tan conocida porque tiene, como un don, el espíritu para elaborar el papel amate. La vida de estas comunidades está entrelazada por el modo de vida campesina, por los símbolos religiosos de la sabiduría ancestral y un sistema de relaciones basado en el intercambio y en el reparto de lo que se tiene. Montellano, San Pablito y muchas otras comunidades están amenazadas en las propias esencias de sus sistemas de vida, por el proyecto del gasoducto Tuxpan-Tula”, dice Alfredo Zepeda, un sacerdote jesuita que ha vivido e investigado en la región ñuhú de la Sierra Norte de Veracruz, pero también de Puebla e Hidalgo, y que ha venido a entender la relevancia de dicha comunidad en el flujo de los veneros del agua en todo el territorio.

Y él dice: “El proyecto del gasoducto Tuxpan-Tula vendría a destruir ese sistema intercomunitario de convivencia, cruzando sin pedir permiso por cerros sagrados de donde nace la vida y el agua. El desconcierto de las comunidades cunde en la medida en que la empresa filial de TransCanada se concentra en comprar supuestos permisos de las autoridades de arriba, en cruzar despiadadamente por los predios y los solares de la gente para señalar la ruta del gasoducto, indiferente ante los manantiales y los espacios de ofrenda y adoración. Montellano es particularmente importante en este tejido intercomunitario de vida, porque de su montaña mana la mayor parte de los nacimientos de agua que luego forman arroyos y más abajo ríos en estas sierras tan hermosas como intrincadas”.

Conversando con Gonzalo Rivera, oriundo del lugar, éste le comenta al padre Alfredo: “Nosotros tenemos el cargo de repartir el agua a todas estas comunidades; eso es un gusto grande para nosotros. Y si el gasoducto cruza por aquí

Estas redes de distribución locales del agua implican formas de intercambio articuladas por una compleja organización comunitaria y trabajo en común que se expresa en los sistemas de cargos, comités, mayordomías o en los distintos compadrazgos, relaciones de parentesco y alianzas que se actualizan y reproducen en el territorio a través de las fiestas y acciones rituales y, especialmente, por medio del costumbre

por Montellano, la empresa nos va a dejar sin agua a nosotros y a comunidades de los tres estados: Puebla, Hidalgo y Veracruz”. Hasta este cargo de repartir el agua les quieren arrebatarse, comenta don Gonzalo. Todo el modo histórico de compartir la vida se va a desbaratar. Por eso aumenta la conciencia, para que el atropello no se consume, dice Alfredo Zepeda.

Los hijos de don Gonzalo Rivera y su esposa Rufina Pérez Carrillo viven en California y mandan cooperación para que ellos se puedan mover entre las comunidades alertando y vinculando los esfuerzos de la gente. Y abundan sobre la amenaza del gasoducto a las tierras, a la gente que vive ahí, y el modo en que se están organizando: “Nosotros anduvimos en comunidades y pueblos por este lado de Tlacuilotepec, de abajo de Jalpan para acá, anduvimos con unos compañeros (una maestra y un maestro y personas que se animaron a acompañarnos), y pues esos lugares ya están informados. Y nosotros estamos informados que si nos dejamos, si nos van a pasar a molestar y no nomás a mí, aquí nos van a molestar a todos, son varias comunidades y por eso nosotros nos hemos estado organizando. Ahorita tenemos reuniones en Zoyatla y cada quince o cada veinte días con los compañeros que estamos, como los de San Nicolás, de San Pablito, de Xochimilco, de Aguacatitla, de Tlalacruz, de Tlacuilotepec, que somos los que estamos acudiendo a esas reuniones para estarnos enterando de lo qué pasa con ese proyecto del gasoducto”.

Don Gonzalo continúa: “Y pues vaya si hay agua. Si usted hace una excavación de aquí a unos 50 u 80 o 100 metros encuentra agua y más adelante hay agua y agua, pues aquí por donde quiera que le busque, le digo, no van a dejar que haya agua, porque según dirían los de la empresa, no, pos donde haya agüita le vamos a dar una vueltecita y no vamos a pasar a destruir su manantial, pero cómo le van a dar su vueltecita al agua si por donde quiera hay agua. Es lo que muchas comunidades que están hacia abajo como San Pablito, Xochimilco, Aguacatitla, Zoyatla, Tlalacruz y Cuaulutla tienen. De aquí baja el agua hacia esos pueblos, incluso los de San Antonio el Grande también agarran agua de aquí hasta para allá —San Antonio el Grande del municipio de Huehuetla, Hidalgo—, o sea que somos de Puebla e Hidalgo exactamente los que nos estamos defendiendo”.

Y Alfredo Zepeda reflexiona panorámicamente la región: “El Gasoducto Tuxpan-Tula no sólo es Puebla e Hidalgo, sino también Veracruz. Sabemos que muchas comunidades del municipio de Ixhuatlán de Madero también se van a ver afectadas por este gasoducto”. Y entonces la pregunta directa a doña Rufina Pérez Jarillo es si esta lucha de la que hablan, es sólo de los hombres o también es de las mujeres. “No, también de nosotras las mujeres”, contesta Rufina, “porque de hecho a todos nos perjudica: en primer lugar perjudica el agua, el medio ambiente y también a las plantas que tenemos nosotras, cuando menos los aguacates, los limones, las limas, las guayabas y luego sembramos chayotes, calabazas, chilacayote y todo eso, y pues a todo le afectaría”, comenta. “Y sí, la idea de que nosotros nos oponemos a este proyecto es porque también a nosotros nos afectaría, porque ahí nos estamos tomando nuestra agüita que no está llegando aquí con manguera, pero el gasoducto pasaría por ese terreno y si pasa ahí nos acabaría todo ese manantial, nos destruiría; bueno, a lo mejor tendríamos agua de otro lado, pero ya tendríamos que ir a acarrearla con botes o con garrafones, qué sé yo. Porque ahorita nos llega el agüita gratis de

ese manantialito que nos abastece aquí en esta familia, de aquí, de los Riveras que estamos aquí. Los de TransCanada tal vez piensan que no vive gente aquí, así lo toman ellos, que como que dijera que aquí no hay personas que puedan salir afectadas. Dicen, pues ahí no hay ningún peligro. Ya dijeron que aquí no hay ningún problema, que pueden pasar, que no hay personas, que no vive nadie”. Y Alfredo Zepeda pregunta sorprendido: “¿O sea, ya declararon que usted no existe?” “Ajá...”, se ríe Rufina, “sí, jejeje, no pos sí, la verdad sí, es lo que dicen: aquí no hay personas, que a ellos les estorbamos, que ellos pueden pasar libremente”.



Historia de animales, *Los Tenangos, mitos y ritos bordados, arte textil hidalguense*, p 89

Don Odilón lo rememora en su recuento de la historia de su comunidad, Montellano, lugar que todos señalan como el más alto (a 1,840 metros de altura) y donde según se dice están los manantiales que alimentan todo el sistema de agua de la Sierra.

“Teníamos un manantial acá abajito. Ésa era el agua que consumían [nuestros abuelos] y aquí también. Ya esta agua que tenemos hoy fue mucho después. Fue después de la luz. Primero fueron las escuelas, luego luchamos porque entrara la carretera. Ya tuvimos la carretera y luego le seguimos con lo de la luz. Luego

luchamos por una casa de salud y ya la tenemos. Después luchamos por el agua a base de bombeo. Estaba abajo. Los manantiales están allá adelante, abajo. Nada más son dos. Es una joyita acá y otra allá; se juntan abajo. Se tomó el agua de acá y de allá y se hizo un depósito grande y la bomba se puso arriba. Se puso un monumento, un edificio, al nivel de la comunidad, para que el agua llegara a todas partes. Aunque agarrara un poco así para arriba, de todos modos llegaba el agua”.

Con el proyecto del gasoducto, la gente como don Odilón sabe que se va a afectar toda la relación con el agua, pero sobre todo los manantiales. “No conocemos mucho, pero pensamos que es una gran contaminación para el agua. Porque como tiene que atravesar los terrenos, tiene que encontrarse con los manantiales. En eso nos van a afectar. Aparte de eso, miren, esta loma de Montellano es la que está manteniendo a todos los pueblos de agua, a todos los pueblos alrededor. Con decirle que toda esta loma, de aquí para San Nicolás, es la misma loma y está manteniendo incluso un pueblo de hasta allá por Hidalgo que se llama San Antonio el Grande. Hasta allá ya metieron el agua, muy lejos. Pasaron cerros. No sé cómo le hicieron, pero metieron el agua. Luego, todos los pueblos de acá, se están llevando el agua. Esta loma de aquí enfrente es la que están manteniendo los pueblos de la región”.

Desde la perspectiva de los serranos el agua va al mar pero viene del mar y alimenta desde lo subterráneo hasta las nubes, y los manantiales y las caídas, los ojos de agua, los arroyos y los ríos son su expresión más contundente. Por eso desde siempre el agua ha sido sagrada. También entonces se invoca la idea de que es una serpiente que sube de las entrañas de la tierra a las nubes, de donde irriga la tierra en plenitud, se filtra a la tierra de nuevo y va surgiendo en manantiales y cascadas a los ríos y enormes torrentes que de nuevo llegan al mar para formar más nubes.

“Tenemos que hablar de las cruces que se llevan a los manantiales cada 3 de mayo. Se trae la cruz, se viste, se pinta y se lleva a los manantiales en agradecimiento por el agua. Se hace una misa, sigue la procesión hasta llegar al manantial y se coloca en su piaña en agradecimiento al agua, el bosque o la naturaleza. También se lleva una cruz a un cirio que tenemos acá enfrente, justamente por donde va a pasar el gasoducto, como a 50 metros.”

Los cirios son dos rocas tipo muros de unos 15 metros más o menos y semejan una especie de templo natural en Montellano. “Me imagino que esas rocas se formaron cuando Dios formó al mundo. Porque no sé si ustedes se han dado cuenta que, cuando a Jesús lo crucificaron, la tierra se partió en gajos. Aquellas rocas se formaron así, porque Dios padre así las formó. Yo así lo veo: que el amor de Dios formó esos peñascos en forma de cirio. Y ahí se pone la cruz hasta arriba. Se viste y luego se vuelve a subir la cruz. Sí. A hoy ya tiene unos años que no lo hemos hecho. Pero estamos viendo ya con Santos [uno de los miembros del Consejo Regional] que se continúe. Pero sí tiene la cruz en la coronita. En el manantial solamente la cruz se pone. Nos cooperamos entre todos y mandamos a arreglar la misa. Las cruces las recoge el comité del agua, las pinta, las llevamos a bendecir saliendo de misa. Ahora sí, vámonos en procesión a dejarla en cada manantial su cruz”.

En Montellano funciona un comité del agua “que lleva a decisión lo que piensan todos los usuarios del agua potable. Ahí se elige quién va a trabajar por cierto tiempo lo del sistema de agua potable. Otra cosa es el comité de la iglesia”.

Habla entonces Felipe Mendoza Castillo: “Últimamente hay comité de agua, porque antes cada quien tenía su pocito de agua, antes cada quien acarreaba de su propio pozo, desde que hay agua potable, se forma el comité de agua. Pero nosotros no estamos en esa red, pues nosotros tenemos nuestros propios pozos en Montellano”.

Al hablar de lo que siembran nos dice: “Ahí sembramos frijol, haba, papa, es lo que se da, eso es para consumo, luego no alcanza para vender, ahí está mi milpa, ahí donde se ve una antena ahí tengo mi milpa, ahí se da frijol, lechuga, rábano, cilantro, epazote, calabaza, chayote, luego ya ni levanto las calabazas son muchas. Ahí tiene como 15 años que compré. Voy sembrando de año con año, nunca se le pone fertilizante, ahí es original, natural. Yo vivo más para arriba, y ésa es mi milpa. Hasta cacahuete tenemos sembrado ahí, todo eso se da. Tenemos gallinas, guajolotes. Eso es lo más importante del territorio, pues de ahí comemos, es lo que nos mantiene y no nada más a nosotros, a la gente de la ciudad. Yo digo, porque he viajado a la ciudad y veo que todos comemos lo mismo. Vivimos del campo y ahora con esto que se viene, sí está feo que nos quieran destruir la vida, porque es la vida, es el agua más que nada, hay manantiales. Montellano es el lugar que tiene más manantiales. Tiene varios: no los he contado, pero tiene muchos. La gente de aquí, ese señor da cuenta, que todos vivían del agua de allá, nosotros proveímos de agua a todas las comunidades. Si afecta este proyecto a Montellano se afecta a todos. Ahorita acá en Hidalgo como a diez comunidades: San Antonio el Grande, San Ambrosio, San Esteban, Santa Úrsula, San Clemente, Cerro Chiquito, San Francisco y otras que no recuerdo. A todas les llega agua de acá arriba de Montellano”.

Los miembros del Consejo Regional de Montellano dejan ver la integralidad del daño en caso de concretarse el gasoducto Tuxpan-Tula. En esta comunidad se encuentran nacimientos de agua y formación de ríos y arroyos que proveen del líquido vital a éste y otros pueblos de la región. Los ductos, como lo expresa Lourdes Hernández Sampayo de la comunidad de **Zoyatla**, también del municipio de Pahuatlán, afectan el flujo del agua y de paso fragmentan los núcleos de población y las tierras de cultivo, poniendo en riesgo la vida de los habitantes que se encuentran en el territorio por donde cruzaría el gasoducto, sumándose a los estragos por el cambio del clima y la merma de la siembra.

Lourdes, integrante del Consejo Regional y presidenta auxiliar de su comunidad al momento de este testimonio, narra su cercanía con el agua: “vimos a un compañero que vino del Valle del Mezquital y bueno, de hecho vino, ahora sí como dicen, para transmitirnos su vivencia, lo que ellos están padeciendo por no haber conocido a tiempo los daños del paso del gasoducto. A ellos se les escondieron sus manantiales, la gente tuvo que vender sus animales, se quedaron sin agua. Ahora la compran, la traen de lejos, pero es muy cara y no les alcanza y sus casas se fracturaron —porque nos comentaba que allá, casi la mayor parte son tierras planas pero hay una partecita que es parecida a lo de aquí que es montaña, que son cerros, entonces dice que cuando dinamitaron el cerro fue cuando afectó los manantiales y afectó sus viviendas. Incluso dice que ahora sus casas están cuarteadas, pasa el agua y las losas quedaron cuarteadas por la dinamita y aparte que se quedaron sin agua. La

vida se hizo muy difícil y ahora lloran de desesperación, pero ya no pueden hacer nada, y el señor nos comenta: ‘ustedes están muy a tiempo porque aún no han vendido sus tierras, porque aún no han construido el tubo’, o sea no lo han enterrado, no han pasado”.

Y continúa, hablando del drama que significa la amenaza del gasoducto. “Si yo me quedo aquí, sé que mis hijos y yo nos vamos a quedar sin agua y dónde nos vamos a ir a vivir, y no nada más yo, toda la población y todas las comunidades que estamos bajo el cerro que nos da agua, que es Montellano, San Nicolás. San Nicolás le da agua a San Pablito, Xochimilco. Ahuacatitla tiene su propia agua porque tiene su cerro también con mucha agua. Zoyatla le da agua a San Nicolás y Montellano y la cuarta sección pues aquí, gracias a Dios también tenemos un manantial acá en el chorro que mantiene la cuarta sección, pero pues eso fue lo que nos llevó a defendernos, ahora sí que defender nuestra vida porque ¿quién puede vivir sin agua? Y nos ponemos a pensar que vivimos mucho tiempo sin energía eléctrica, porque de hecho hasta eso comentaba el presidente y los que estaban a favor de la empresa, que si nosotros seguíamos luchando que nos iban a quitar la energía eléctrica, y le dijimos, no pues que la quiten. Mucho tiempo estuvimos con bombillas y velas, entonces para nosotros es más indispensable el agua que la luz. Bueno, sí es necesaria pero es segundo lugar y pues seguimos firmes”.

Surge entonces la integralidad de la afectación, cuando la gente piensa en los trayectos y en cómo siendo Montellano uno de los orígenes más conocidos del agua, su afectación desembocaría en una cascada de desastres. Dice Lourdes: “nos dimos cuenta por el plan quinquenal que eran las hidroeléctricas, el *fracking*, eran las minas a cielo abierto y el poliducto de pilón, por eso hicieron varios trazos en Montellano, así aquí en el filo del cerro, porque no nada más era el gasoducto. Eran un tubo de gasolina, otro de diésel, otro de cables de internet que van a pasar, y pues prácticamente iban a dividir los pueblos, porque este camino conecta y llega hasta el estado de Hidalgo, sube aquí al cerro de Montellano, llega a una comunidad que se llama El Lindero y baja para El Progreso, Tamizal, El Ocotal, San Francisco, San Isidro, Santa María; hay muchas comunidades del otro lado del cerro que van a ser afectadas, claro. Pues hasta hay una comunidad otomí, San Antonio el Grande, que toma agua de Montellano, veinte kilómetros de distancia se llevan. Está lejísimo pero no tienen otra fuente de agua, sólo la de Montellano. Y también se alimentan de Montellano Cruz Santa, Los Ángeles, Cristo Rey, La Cueva, también de Montellano, de la parte del otro lado, y de este lado pues estamos nosotros: Zoyatla, Tlalacruz, que baja de Cruz Santa que es Montellano, Cuauneutla, Acalapa, Tlayula, Lindavista. Y aquí Zoyatla, Paciotla, Ahuacatitla, Xochimilco, San Pablito, todas estas comunidades quedaríamos sin agua, hasta el propio municipio porque la línea del gasoducto pasa por Chila y por Huehuetlilla que es una comunidad indígena pero que pertenece al municipio de Honey y esa comunidad le da agua a Pahuatlán porque por devastar el cerro se les secó el manantial de Ahila y ya no es. Entonces por eso tuvieron que ir a traerlo desde allá de Huehuetlilla. Entonces si entra el gasoducto pasará por las líneas del agua, pasará por todos los mantos acuíferos. De nuestro manantial que nos surte de San Nicolás pasa a cincuenta metros la medición y por los manantiales de Montellano pasa justo ahí.



Reunión organizativa para las acciones jurídicas en Plan de Ayala. Foto Daniela Garrido

”Los empleados de la empresa se metían a las casas sin permiso para medir porque en Montellano atravesaría viviendas, entonces prácticamente los destruiría como comunidad. Montellano se acabaría y el camino que conduce a Hidalgo —igual que éste también que sale a Tlacuilo, baja por Cruz Santa, llega a Los Ángeles, sube al Saltillo y de ahí conecta con la carretera que viene de Tlaxco, de Tlacuilo, abre otra vía por allá. El gasoducto trocearía nuestras vías de comunicación, de traslado, de todo, también afectaría caminos de herradura, siembras de las personas —porque mucha gente sube a trabajar a Montellano, pues aquí, ahora sí que el clima ya ha cambiado bastante, ya no es como antes. Antes los campesinos sabían que en febrero sembraban y cosechaban en septiembre, octubre, en agosto había elotes —pero ahora no. Ahora el clima está muy raro y cuando hace mucha sequía a veces las milpas no se dan y eso ha sido un motivo para que los campesinos ya no siembren porque su inversión es en vano. Entonces por el cambio de clima, imagínese ya lo estamos viviendo, ahorita ya las matas de café están revistiéndose de hoja pero hubieran venido en marzo o abril hubieran visto una enfermedad que se llama roya, las atacó, las dejó varitas, varitas, varitas y del café no hubo cosecha, no hubo nada de cosecha este año, porque ya la contaminación nos está pegando bastante por la parte de Veracruz —que allá están haciendo sus pozos petroleros. Como dicen, el agua evapora y corre la nube y va a caer a las sembraduras de café, de milpa, las plantas ya no quieren dar; las naranjas, si se dan cuenta ya la patita cuando va a dar ya se pudre y se cae, hasta los chayotes se chiquean”.

Interviene un maestro de Zoyatla que narra la preocupación de las diversas comunidades aledañas: “de aquí de Zoyatla no fuimos nadie, sólo nosotros. Igual la gente sí estaba preocupada. Es que aquí tenemos los nacimientos de agua arriba. Ahí en Tanchitla, en esa parte, pues, les decíamos que por ahí está una mina de oro, es una mina muy grande, o sea la verdad es la que



El proyecto va a afectar lo todo. A plantas medicinales, al agua... todo va a ser contaminado. Ya sabíamos que iba a pasar y ahora lo estamos sufriendo. Se van a perder los manantiales, los ojos de agua, toda esta riqueza que tiene la zona con el agua

hay de oro, ahorita están sacando barita. Inclusive en esa parte el agua ya está contaminada, en Tanchintla, abajo las comunidades dicen que el agua ya no la pueden tomar, sale sucia, sale de un color amarillo, y eso que es barita y es una explotación artesanal, no es a gran escala. Fuimos, como decíamos hace rato, a El Rincón de Tlaxco. Le llaman El Rincón de Tlaxco de Tlacuilotepec y ahí cerca va a haber una hidroeléctrica, en un río. El plan de esa hidroeléctrica les va a dar en la torre a los que siembran ahí, tienen sus frutales, todo eso, en las riberas. Entonces sí nos llevaron a ver e incluso ya no fuimos a dar información (porque querían que fuéramos a dar información sobre las hidroeléctricas) y ellos sí se andan preocupando porque vieron que entraron los ingenieros. Dicen que entraron con unas motos tipo lanchas. Que se sorprendieron mucho porque un día llegaron como unas quince, que así llegaron, se pararon y empezaron a circular en el río. Yo tengo el video que nos mandaron los compañeros porque sí es muy lejos y para llegar a ese río solamente hay que llegar a patín. No hay otra forma de llegar, entonces el río está muy amplio y hay un cañón, se ve que es donde se cierran las montañas y ahí pensaban poner la cortina, y ahí estaban pero ahorita creo que ya no avanzaron. Hace meses perdí la comunicación con ellos. Ellos decían 'no vengan'. Porque les preocupaban esas motos; ellos decían que eran unas motos como tipo lancha que circulaban por el río, que es muy grande y limpio ahí, muy hermoso. Son los límites de Hidalgo (está Tlaxco que va con el río y del otro lado está San Andrés que es Hidalgo), que tenemos con Huehuetla”.

La preocupación se centra en el gasoducto, pero no únicamente, ya que de los 65 municipios que conforman la Sierra Norte de Puebla, 35 de ellos se encuentran afectados por la ejecución o proyección de emprendimientos extractivos. Él, Lourdes y los integrantes del Consejo Regional saben que el bosque mesófilo de montaña y sus

fuentes hidrológicas que constituyen el hábitat de los pueblos originarios, que históricamente han habitado y cuidado la región, están siendo impactados por minería a cielo abierto, pozos petroleros, hidroeléctricas, gasoductos o fractura hidráulica (*fracking*). Y si bien son múltiples las afectaciones, destacan el acaparamiento y contaminación de los cuerpos de agua y la alteración del sistema acuífero de la región.

En la comunidad de **Ahuacatitla**, es la nieta de Antonino Sarmiento la que nos va desgranando su quehacer con plantas medicinales, pero antes su quehacer en la milpa. La situación agraria de Ahuacatitla y su relación con otras de las comunidades de la región.

“Este tipo de proyecto va a afectarlo todo. A la mayoría de los productos, plantas medicinales, al agua... todo va a ser contaminado. Ya sabía que iba a pasar y ahora lo estamos sufriendo. Es una realidad. El agua, los manantiales, los ojos de agua, toda esta riqueza que tiene la zona con el agua. Casi al 100 por ciento va a afectar, porque estamos aquí en un lugar donde todavía nos mantenemos de la naturaleza y vemos a gente que viene contaminando con los alimentos que también compramos nosotros, y lo increíble es que les demos la oportunidad a los que nos vienen a meter cuanta cosa. Pero si queremos nosotros, podemos vivir de nuestras propias tierras. Y sí, nos va a perjudicar bastante el gasoducto.”

Dice Gumercindo Corona Rosales, también de Ahuacatitla: “Soy parte del Consejo en contra de los proyectos de muerte, soy mestizo pero nosotros apoyamos a los compañeros del movimiento porque ellos sí tienen sus costumbres, su idioma; me entristecen esos proyectos porque ocupan gran parte de nuestro territorio, nos vienen a quitar la tranquilidad, el medio ambiente. Nuestras tierras son fértiles y se da todo. Tenemos nuestros manantiales: los queremos conservar siempre. Además de que nosotros nos alimentamos de esas aguas también a otros pueblitos los alimentamos con esos manantiales que tenemos: ésa es la defensa que yo tengo con ellos. A parte de nosotros son tres, abastecemos la comunidad de Pazutla y Xoyoquila, son tres las comunidades junto con nosotros las que dependen de estas aguas.

“Yo pertenezco al comité del agua, nosotros le damos mantenimiento a los depósitos, los limpiamos cada tres meses (dependiendo). El comité de agua se elige entre la gente, yo ya llevo tres años, pero yo ya quiero decirles que ya, no hay un límite de tiempo, los del comité van y si no hay agua va uno y ve qué es lo que pasa; si se tapó una manguera van a revisar. Cada dos o tres años hay que ir cambiando. La gente los propone y ya depende cuánto dure uno. Es cosa de cada quién, aunque sí deben cambiarnos. Hay un presidente, un secretario, yo soy el tesorero y tres vocales. A veces, se hace uno tonto; no lo hace uno como debe de ser, pero sí, ahí vamos. No hay pago, solamente ahí en la colonia de nosotros tenemos unas personas que nos echan el agua cada dos días. Antes era un relajo porque nada más era una persona la que abría y no, a algunos el agua les llegaba y a otros no porque tenían sus mangueras en malas condiciones. Entonces nos organizamos y decidimos que nos íbamos a cooperar cada uno con diez pesos para la persona que iba a abrir y a cerrar, nada más hasta ahí. Está el comité de la fiesta y el de la iglesia, son las mismas seis personas y las elegimos igual y ya va por votos.

“Se supone que el gasoducto va a pasar por donde cruza la línea donde están los manantiales de agua, van a rascar varios metros y eso va generar que el agua se esconda y luego de dónde la voy a traer. Al pasar por el monte, ahorita no ha ardidido porque llueve, pero hay años que no llueve, así que imagínese cuando pase la tubería: al incendiarse el monte se puede generar una explosión. En los cerros hay mucha piedra, mucha roca, entonces al pasar la maquinaria nos va a perjudicar por las piedras que van a rodar. Imagínense: nos van a enterrar, porque va a pasar por arriba. Acá no tenemos cerros sagrados pero en San Pablito sí. Eso les va a pegar en sus costumbres. Yo creo que al tener alguna fuga eso va a contaminar el agua y luego eso se va a las plantas. Entonces como le haríamos.”

La afectación es múltiple, tal cual prevén los miembros del Consejo Regional de Ahuacatitla: a la vida comunitaria, a los núcleos de población y a la salud de sus habitantes y el territorio. Del sistema acuífero de la región nos dejan ver —ellos y los demás integrantes de esta organización— la importancia de reconocer los diferentes elementos que hacen posible la existencia de los manantiales con su ecosistema, flujo y estructura, incluida la composición química del agua, pero también su tramado sociocultural. Elementos que en su interacción nos permiten reconocer los riesgos que implican proyectos como el gasoducto y demás emprendimientos, así como el grado y multidimensionalidad del impacto en la vida de las comunidades y su hábitat: su entorno de subsistencia, el territorio.

Sobre el tramado sociocultural del agua es fundamental identificar tres ejes: los lugares de la memoria, la cosmología y la narrativa, la organización comunitaria. El vínculo entre estos tres ejes nos permite a su vez entrever la correlación entre el tiempo y espacio y la relación entre la acción ritual, las formas simbólicas y la cooperación comunitaria. Los pueblos han encontrado diversas maneras de construir su historia mediante mitos, narraciones, ceremonias, edificación de casas, establos, espacios de trabajo, educación o gestión de gobierno u organización, y también a través de la manufactura de objetos y hasta en sus hábitos corporales. Múltiples han sido las sendas para configurar la memoria y una de ellas es la inscripción de marcas en el territorio entrelazadas con narraciones que instauran tiempos y espacios originarios que se actualizan y recrean a través de las ceremonias, tal cual nos describen los integrantes del Consejo Regional de **Cuautepec** en relación con el nacimiento del agua y su personificación en la imagen de Santa Catalina.



Los caminos sierra abajo. Foto: Daniela Garrido

Rememorando y compartiendo sus historias, habla un señor de 67 años de esta comunidad localizada en el municipio de Tlacuilotepec: “Les enseño una fotografía. El señor era muy creyente. Trabajó harto de mayordomo para estar

dentro de la santa iglesia que está ocupando el joven. Para mí es un joven. A través de su compromiso de mayordomía, estas personas sabían hacer fiesta. En aquel tiempo parecían tontos, pero no lo eran; eran más listos que hoy. Al iniciar una fiesta se unían los mayordomos; eran cuatro o seis personas. Hay mayordomos que eran responsables para echar a andar la fiesta. Como era antes, se le hacía la fiesta a una imagen que fue encontrada por acá atrás del bordo que se llama ese lugar, Acatitla. Ahí es donde yo tengo un error: no sé el significado de Acatitla, porque a un lado de donde estaba la imagen que se le hace la fiesta hasta la fecha, aparecen unos manantiales de agua. A lo mejor eso quiere decir Acatitla, ‘nacimientos de agua’. Más correcto no sé, pero hasta hoy nos venimos acordando de esa imagen de Santa Catalina. Esa imagen la encontraron porque ahí pasa un camino. A los caminos grandes se les llamaba ‘camino real’. Ahora ya no; ahora ya son veredas, pero antes ahí era camino para llegar de El Álamo a Cuextla. Más adelante está Tlaxco. Cuando ahí pasaba la gente, escuchaba un ruido que tocaba una campana y, ya de tantas veces, quisieron ir a visitar el lugar y apareció la imagen de Catalina con su campanita. Pues ya aquí se organizó la gente y la fueron a traer. Según me informó el señor que está en fotografía, la fueron a traer haciéndole su fiesta —ya llevaban su danza y los músicos de viento. Donde descansaba brotaba agua, ya después le agregan”.

Tras hablar de la historia de la comunidad y recrear sus tradiciones y los avatares del paso de los gobiernos y los partidos, sin olvidar la fuerza de las imágenes de las vírgenes, continúa: “Hoy seguimos trabajando con las autoridades, a veces, aunque a veces no estamos bien de acuerdo en todo, pero así se va haciendo el trabajo. Ya tenemos la energía, aunque nos llega a fallar, pero ya tenemos la luz. Tenemos agua; hemos tenido suficiente. ¿Por qué digo suficiente? Ahora dicen que ya no hay; estamos escasos de agua porque las autoridades no saben protegerla. Tenemos un manantial aquí cerca, en el tanque. Va a abastecer el agua; sólo hay que ampliar el depósito. Vamos a tener harta agua, compadre. Tenemos otro puesto aquí cerquita. Tampoco le falta nunca agua y el depósito también les va a servir. Ahora, las aguas que hemos tomado de por allá afuera, de Acatitla —por allá tenemos el manantial—, las desperdiciamos, porque no ha habido una autoridad competente para ver esas obras. Igual tenemos otra toma en Agua Linda, allá en el cerro —también se desperdicia mucha agua. Si quisiéramos ampliar allí también el depósito, tendríamos suficiente agua. Ahorita estamos ocupando cuatro manantiales; dos de concha y dos de tubería. Aparte tenemos más agua: tenemos el agua que vieron en el camino. De esas aguas, para este tiempo, podemos servirnos. Por medio de la energía puede llegar el agua, pero hace falta una autoridad que vea todos estos problemas. Son cuatro los manantiales que son más conocidos, pero también tienen otros ojillos que van saliendo de pronto, que aparecen y desaparecen.

”Tenemos aguas que nunca desaparecen, también. Tenemos por acá abajo, aquí y allá. Ésas son muy aparte. Cuando se acaba una tubería, nos abastecían las conchas que tenemos acá cerca —tenemos que ir al chorro en el zanjón o en el lago de las flores. Aquí hay mucha agua.

”Entonces así fue, así está la historia. Hoy, con lo que se nos viene presentando, con lo de las empresas extranjeras que quieren venir a destruir nuestro territorio, nos quieren dejar sin agua. Y aquí estamos defendiendo. Eso es lo que

estamos haciendo ahorita. Creo que eso es de lo que me acuerdo de nuestros antepasados y le dejo la palabra a don Zenón. Puede decir algo de lo que yo no me acuerdo. Todos tenemos derecho de exponer algo”.

Aquí también la gente nombra a Santa Catalina y la gente insiste en que donde reposa la imagen ahí “brota el agua”.

Y comentan que incluso en los funerales sigue habiendo una relación muy fuerte con el agua.

“Cuando se sepulta a una persona eso también tiene su ritual. Para sepultar a una persona difunta, tenemos que acomodarle las manos, le ponemos su cruz en la mano de palma bendita del domingo de ramos. Se le pone un guaje con sus chacales [su camarón de río] para que al difunto no le falte agua en su camino. También se le hacen siete itacates de ceniza. Decían nuestros antepasados que era para lo que va a pasar en el camino.

”La fiesta de Santa Catalina, la patrona del agua, empezaba el 3 de mayo para terminar ocho días de fiesta de la iglesia. Cuando estaba un sacerdote que se llamaba Rosendo Ortiz, él venía a celebrar. Hacía en honor siempre, aunque empezaba el 3 de mayo, pero todas las misas están invocando a Nuestra Señora de Santa Catalina. Su mero día es el 29, pero empieza un día antes: el 28 de abril. Antes eran ocho días y empezaba el 3 de mayo antes. A mí me tocó del 29 y luego, como ya viene la fiesta de la Santa Cruz, el 3 de mayo.”

La historia de la relación de la gente de la región con el agua se expresa por múltiples cauces; desde luego están las narraciones sobre su origen y nacimiento, su personificación y dones asociados a una entidad ancestral, y otras tantas que se expresan a través de las “palabras de los antiguos”, de aquellos abuelos arraigados a un tiempo originario y a una tradición, pero también por medio de las “palabras ciertas” —*melawatlahtoli*, declararían lo nahuas— de éstas que emergen como “una respuesta activa y creativa al presente”. De modo tal que a la vez se pueden escuchar historias sobre los cerros y los manantiales, sus dueños y ceremonias, como parte del devenir y memoria de los pueblos, la lucha por el agua y las dificultades para obtener el líquido vital, la conformación de los comités de agua y la edificación de infraestructuras para garantizar su mantenimiento y distribución. En ese marco, es enorme la amenaza que representa para las comunidades de la región el gasoducto Tuxpan-Tula y su organización frente a ese megaproyecto.

Así se constata en **San Antonio el Grande**, llamado Ndohyo en ñuhú, otro punto importante para entender la importancia de la diada montes-torrentes. Situado en el otro extremo de la Sierra, mucho más abajo y rumbo al nororiente, ya en lo que hoy es el estado de Hidalgo, San Antonio tiene una relación muy profunda con el agua. En lo sagrado, pero también en lo práctico de contar con un acceso al agua potable que es importante. Como dijera Macario Santiago Altamirano, oriundo de San Antonio: “no queremos pasar eso de convertir el agua potable en agua que están embotellando. La estamos defendiendo, porque cuesta mucho dinero, por eso”.

Tanto él como Bernardo Miranda Santiago, ex-regidor del municipio, han sido pilares en dar inicio al sistema de agua potable de San Antonio y de inmediato declaran el apoyo a la lucha contra el gasoducto porque saben que éste entraña

una afectación a su sistema de agua. Así lo dijo Jaime Romero, también originario de la comunidad y que ha desempeñado cargos en la delegación: “Venimos en apoyo a lo que es nuestro sistema de agua potable”.

Y entre las varias personas comienzan a desgranar la historia de la fundación del pueblo, siempre ligada al agua: “Ahí en San Antonio, como a 15 minutos, tenemos un lugar que se llama Cantarranas. Hay ahí un parejo y que según ahí se establecieron los primeros pobladores, pero no sé exactamente en qué año fue cuando comenzó el pueblo. Según que una viejita con dos chamaquitos, una niña y un niño, fueron quienes llegaron ahí. Dice la leyenda que me contaron que aunque la viejita estaba ciega sacó a esa pareja de niños y los llevó al agua, y la señora (como que le ordenaron) se lavó la cara y empezó a ver. Cuando regresó con la pareja de niños a su lugar original vio que ya se estaba hundiendo donde vivían. Entonces, vinieron a establecerse en San Antonio y, según me platicaron, se asentaron ahí en el pueblo donde están esas escuelas que están construyendo ahorita. Ahí se establecieron, ahí crecieron y empezó a poblarse”.

“La gente decía —los antepasados, los abuelos, los bisabuelos— que en la comunidad de San Antonio, no sé si ustedes han escuchado, que había un cementerio en el centro. Como que era un pueblo de antes y ahí en ese lugar enterraban sus muertitos. Donde está la cancha de básquetbol y la torre se han encontrado restos humanos, que ya habían sido enterrados ahí. Cuando me tocó hacer el drenaje, allí rascando, encontramos muchos huesos y calaveras igualmente, encontramos en todo esa calle. Como a un metro de profundidad se encontraron todos esos restos humanos, sí; había tacitas, ollitas de barro, muñequitos, monedas. Me encontré un arete de oro por ahí y un vaso de cristal, pero bien bonito”.

Y la historia del entierro (y de la fundación del pueblo) la cotejan otros diciendo: “allá en el lugar de Cantarranas hay evidencias de que sí fue un lugar poblado, porque hay dos montones de piedras. Se ve que sí se derrumbaron. Quizá las causas sean las que comentamos, una inundación u otra causa, pero ahí están las evidencias: hay dos montones de piedra que parecen una casa. Son puras piedras, puras lajas, como si fuera una iglesia. Ahí están esas evidencias, pero en sí la fecha cuando ocurrió eso nadie la sabe. De hecho, en el lugar había una como laguna. Es plano y ahora sí que el diluvio, el agua, echó a perder el pueblo. Ahí se estancó, ahí queda y no se seca”.

Algo digno de comentar es que, como en otros rincones de toda esa Sierra, los comuneros y comuneras no toman la palabra con entusiasmo por figurar, sino que dejan que alguien exprese por ellos lo que está en el aire y es el pensamiento común cotejado por ellos al dejar fluir la conversación que esta persona emprende. En el caso de San Antonio, esta persona es Jenet Bernardino Mendoza, quien siendo mujer, muy articulada y consistente en sus saberes y su memoria, va armando el panorama que la comunidad quiere expresar. Tal vez en algún momento alguno de los señores intervenga para precisar o complementar lo dicho por la muchacha, pero ella tiene toda la confianza de los presentes y es ella quien va haciendo fluir el relato. Buena parte de lo volcado fue dicho por ella, pero es la voz colectiva y funge como la narradora. Dice ella: “Otro de los parajes es donde está

*Con las otras
comunidades
vemos que si ponen
el gasoducto, se
apoderarán de la tierra,
y del río además de los
manantiales. No es nada
más el gasoducto, es
también la propiedad*

lo que llamamos el Río Blanco, pero que está de San Antonio más para allá un kilómetro más o menos. Nosotros sabemos porque somos de ahí. Le dicen Agua Nacida. Va la gente a dejar ofrenda allí, desde hace años. Dejan ofrenda allí para pedir que dé fruto el maíz o frijol. Es lo que la gente hacía: va mucha gente. Así llegaba la gente en aquellos tiempos. Ésa es la costumbre. En ñuhú a esa agua nacida se le dice Mbo'té, o lugar donde brota el agua, donde nace el agua, agua nacida, porque ahí hay una naciente de un río. Y es un lugar de ofrendas que todavía se hacen”.

Y llega gente de diferentes comunidades de Puebla y de Hidalgo, porque ese lugar, el río, es lindero, límite de San Antonio al estado de Puebla. Esa tierra pertenece a Puebla, donde emana el agua, pero va gente de Hidalgo y Puebla a dejar la ofrenda en septiembre. Según sus creencias de esa gente, para que sus cosechas den más.

“También la laguna se adora, igual que en el cerro que tenemos. Es el Cerro de San Antonio, denominado la Cumbre del Cerro. Le decimos Terré porque es cerro. Y a la cumbre le decimos Yanté. Pero el proyecto del gasoducto, desde que se metió el amparo de San Pablito Pahuatlán lo quieren mover de su trazo original”. [Por eso que el presidente López Obrador, a principios de 2020, anuncie que para no tocar “sitios sagrados” va a mover el trazo, es por lo menos una grave imprecisión, toda vez que el cambio está planteado desde tal vez 2017.]

Ya en septiembre de 2018 comuneros y comuneras de San Antonio (Ndohyo) contaban que “el trazo de este proyecto, de este tubo que quieren meter, va derecho a la orilla de la carretera, donde ya no es comunal. Podríamos decir que está como en el límite. El terreno comunal es un cerro. Está alto y el agua pasa más abajo. El tubo del gasoducto está lejos: está cerca del manantial, pero del manantial a San Antonio son 27 kilómetros de tubería. O sea, el manantial está a un lado de Tenango, rumbo a Pahuatlán, por Montellano, una comunidad que pertenece al lindero de Puebla y de Hidalgo. Ahí en Montellano hay un lugar donde está el manantial y se llama La Concepción. Y el terreno de la comunidad de nosotros que es comunal está en la comunidad de San Antonio, pero no está cerca. Está retirado.

”El primer trazo del gasoducto —más o menos el primer mapa que manejaba Geocomunes— tocaba un poquito más para allá de Puebla, pero ahorita se sospecha que, con el nuevo trazo debido a las demandas de amparo que emprendió San Pablito y demás comunidades de Puebla, el trazo se cambiará. Entonces se sospecha que vaya a tocar el límite estatal entre Hidalgo y Puebla —cruzando directamente nuestra comunidad— y ahí si estaríamos dentro de la zona de afectación directa, porque estaría tocando esta parte del cerro comunal, de la propiedad comunal. Es muy terrible y muy interesante porque, a partir de las demandas, la empresa está cambiando el trazo y se quiere ir contra San Antonio y sin consulta.

”Estamos aquí como sanantonieros. Estamos en protesta porque nos quieren afectar en nuestra agua que estamos tomando ahorita, que estamos utilizando como pueblo de San Antonio. Donde tenemos nuestro manantial está cerca de donde quieren poner el gasoducto. Aunque son 27-28 kilómetros de distancia más o menos, de todas maneras nos afectaría y por eso estamos aquí. Pero, como dice la compañera, no nada más es nuestra agua: si se hace el proyecto nos afectaría todo el río, todos los manantiales, por cualquier daño que podría surgir posteriormente. Eso se filtraría bajo tierra; entonces, lógico, tiene que salir

más abajo, porque estamos en la parte de abajo: los manantiales están en la parte de arriba y el agua escurre bajo tierra para abajo. Nos quieren afectar nuestra agua, nuestros manantiales de donde estamos tomando. Por eso estamos en esta protesta.

”Lo que hemos estado viendo con las otras comunidades es que si ponen el gasoducto, también se apoderarán de esa parte de la tierra, y por tanto también del río además de los manantiales. No es nada más el gasoducto, es también la propiedad”.

La gente de San Antonio no deja de expresar que aunque ahora el Río Blanco, que considera su río, está muy limpio, “con el tiempo vendrán las consecuencias y entonces los afectados seremos nosotros: nuestras familias y generaciones venideras”.

Y dicen: “lo que llamamos Río Blanco, y linda con Puebla, ahorita está muy buena el agua. Está muy limpio. No digamos que no tiene contaminación, pero no tiene tanta. La comunidad lo ocupa para sus fiestas. En tiempos de calor, como Semana Santa, todos bajan a ese río para festejar la fiesta. Bajan para hacer sus costumbres; bajan a los bautizos y celebraciones. Si el gasoducto pasa en ese lugar, lógico que nos afectaría bastante. Mataría la vida que hay ahí, los peces o todo lo que viva en el agua. Lo más importante es ese río que están ocupando todos los pastores de San Antonio, la gente de por ahí. Por eso estamos aquí, para que no haga lo que quiera el gasoducto, porque todo el año se ocupa ese río. Los pastores cristianos también lo ocupan y la gente que va allá”.

Y otro señor comenta: “La comunidad es grande. Hasta ahorita contamos seis grupos evangélicos, seis templos y una iglesia católica. Entonces para los seis templos de evangélicos, bajar al río a hacer un bautizo, cuando el hermano acepta a Dios, es muy importante. Para ellos, en el agua dejan el pecado que traían en el río. Entonces, imagínate el caso de que llegaran a contaminar el agua. Para ellos, ya no va a servir, porque es sagrada. Porque ellos invocan lo que es la palabra de Dios; por eso estamos en contra del gasoducto, porque nos dañaría el Río Blanco”.

Entre la gente presente, se complementan: “Además están las pescas. Cuando todavía no teníamos el sistema de agua potable, íbamos por agua hasta abajo, hasta el río a lavar la ropa. Y en cualquier falta que podamos tener en nuestro sistema de agua potable por la tubería —porque no falta qué falla podamos tener—, toda la comunidad baja a traer el agua para tomar, lavar la ropa y bañarse. Pero, si llegan a dañarla, ¿dónde vamos ir a dar? ¿Hasta dónde vamos a ir por el agua? La pregunta es ésa. Va a estar contaminada. Para nosotros, como pueblo indígena, ya no nos va a servir esa agua. Contaminada o nada de agua: privatizada. Porque eso, hasta la fecha, por ejemplo, en tiempos de calor —los meses de abril y mayo, por ahí más o menos— es cuando igual la gente acostumbra bajar y lo toma como un lugar recreativo. La familia, convivir allá, nadar. Es un lugar muy usual para la gente, en tiempos de calor. Si se seca o se contaminara, sinceramente no habría espacio donde la gente pueda acudir para la convivencia en esos tiempos de calor. Es muy fundamental ese río”.

Y agrega la vocera narradora: “Hay otro río: son dos en la comunidad. Tanto uno como otro son considerados lugares sagrados donde la gente iba con más frecuencia a dejar ceremonias y ofrendas. A estos lugares no sólo iban en septiembre, también iban el 3 de mayo que es el día de la cruz. También

en esas fechas iban a hacer sus peticiones por las semillas, por el agua, por tener buenas cosechas, tener lluvia, ya que nuestra comunidad, debido al número de población, ha carecido de agua. Tanto este río como el otro nos han servido de sustento y para sobrevivir, pero también los hemos usado como parte de nuestros ritos, nuestras costumbres y ceremonias, para pedir por nuestras cosechas. Estos modos de agradecer a la madre tierra son prácticas que han sido originarias de la comunidad, incluso antes de que apareciera la religión católica. Uno piensa que la comunidad misma fue creciendo. Ya con el tiempo, la religión católica llegó a asentarse ahí, pero anteriormente —contaban las abuelas y los abuelos— no tenían esa religión católica o cristiana que hoy prevalece en la comunidad, sino que todo era más cercano, más hacia la tierra”. Otro señor comenta: “Estos ritos y costumbres para nuestros ríos y nuestros cerros, incluso en el momento de hacer una siembra o de ir a cazar o de entrar a un cerro, son para pedir permiso, porque en el cerro sagrado donde se encuentra la propiedad comunal, si tú entras en la cima de ese cerro hay una parte que le dicen “el sombrero” como referencia, que es un lugar sagrado. En ese lugar se dejaban ofrendas, diferentes utensilios para hacer ceremonias. Ese lugar es sagrado y hoy en día nadie puede entrar ahí sin previo permiso en la cumbre. Y hay otros lugares en el pueblo que no puedes entrar sin permiso. Un permiso ocupa hacer un rito, una ceremonia para que te dejen entrar ahí.

”Hace poco, varias personas se perdieron —por no tener permiso del dueño del cerro. Incluso, cuando hemos estado ahí, nos hemos perdido. Intentamos subir con los amigos cuando íbamos nada más por disfrute y no nos fue bien. El dueño de ese monte es Me'teré. Esa vez que nos perdimos, me acordé de eso y le empecé a pedir que nos dejara salir bien y sí. Tienes que ser humilde y pedirle. Ya no le pedimos que nos dejara entrar, sino que nos dejara salir de ahí. Muchos señores pueden constatar que quienes se han ido a ese lugar nada más por curiosidad se han perdido. Ha habido accidentes, porque dicen que van sin fe o con otras intenciones, sin respeto. No cualquiera puede entrar ahí. Donde tenemos nuestra agua potable, el señor Venancio, que es el presidente de nuestro comité, topó con un señor cuando le tocó buscar el agua. Era un señor alto y le preguntó que dónde trabajaba y le dijo que en el cerro. Que le decían Juan Montero. Hay quien dice que es un señor que a lo mejor tiene su territorio, su parte donde vigila. Don Venancio lo encontró, platicó con él; pero una vez que se apartó y quiso venir, cuando se volteó desapareció. Por eso, cuando vamos a revisar nuestra agua potable, siempre buscamos dos personas, no una, porque así nos pueden contar de lo que ocurre en ese cerro.

”Ya tiene un rato que logramos nuestra agua potable. Empezamos por conseguir un manantial. Duramos como siete u ocho años hasta que en 2005 lo conseguimos. Primero compramos el manantial. Después, se hizo una comisión directamente a México, cuando estaba Fox, y ya nos autorizó que se construyera. Nos iban a apoyar lo de la tubería, porque ya llevábamos licenciado el manantial. El gobierno sí nos ayudó en la colocación del tubo; fue galvanizado. Fuimos al otro día con otros señores. Ya venía Julio, su papá el Fidel Sanjuán, Chucho Mondonio, otros señores, y llegamos con este señor a San Francisco de la Laguna. Estaba el señor, ya lo saludamos, y nos dice: sí tengo agua en el potrero, se lleva agua a la comunidad de El Padhí, pero ahorita no les puedo

decir nada claro, porque falta el tiempo de sequía. Ahorita todavía estamos a marzo; va a entrar abril, pero en tiempos de mayo, que es cuando la planta se seca, ahí es donde quiero ver cuánto baja el agua para decirles cuánto les puedo vender. Quedamos en eso, que en mayo él nos iba a decir. Pero yo le digo al profesor Tomás: pero si vamos a esperar hasta mayo, qué tal que nos dice que no nos va a vender porque bajó bastante el manantial, ¿qué vamos a hacer? Mejor, por qué no pasamos con el señor Sansón de El Padhí y le preguntamos si conoce otros señores que tengan manantiales en esta comunidad. Me dijo: no, sí, sí es buena idea, ¡vamos! Y pasamos a la comunidad de El Padhí. Ahí estaba el señor don Sansón Montes, estaba su cuñado Manuel —es él que se encargó de ayudarnos a buscar el manantial en Montellano. Le dijimos a don Manuel: échennos la mano, nosotros también queremos llevarle agua a la comunidad, pero no conocemos. No sabemos quién nos puede vender; no sabemos dónde hay un manantial. Él nos comentó que le habían dicho que había un manantial más arriba de San Francisco, en una comunidad que se llama Montellano. Le pedimos de favor que fuera a Montellano a ver al dueño del terreno para que nos dijera si se podía vender o no. Lógico que le dimos los gastos de nuestra bolsa para que se trasladara. De igual manera, como nos pasó a nosotros, no lo encontró. El señor se había ido a Pahuatlán, pero también le dijeron que regresara al otro día para ver si el señor llegaba. Y se hizo dos viajes. Nosotros al otro día vinimos a El Padhí a constatar si había encontrado al dueño del terreno y sí lo había encontrado y hasta fueron a visitar el manantial.

”De ahí, en la escuela 18 de Marzo, tuvimos una junta de padres de familia y ya en la reunión general, para dar avance de lo que estaba haciendo el profe en su escuela, yo aproveché para decirle a la gente que se estaba haciendo este tipo de trabajo para conseguir agua. Lógico que no toda la gente te cree o te dice no es cierto, pero les quisimos decir para que nos apoyaran el tercer viaje a visitar el manantial, porque de San Antonio a Montellano nos cobraban 800 pesos del traslado en una camioneta, aparte la comida. Era salir a las cinco de la mañana y llegar a Montellano a las siete. Sí es algo retirado. Entonces, las señoras dijeron: sí es cierto que se están preocupando. Pues no tenemos dinero, pero aquí tenemos cinco o diez pesos, nos dijeron. Estuvieron cooperando las señoras. ¡Las señoras! Porque nosotros como hombres, a veces somos ‘malosentendidos’, pensamos que nos están engañando y se los van a gastar. Pero mis respetos por las señoras, que siempre han estado preocupadas. Igual y así lo hicieron: cooperaron.

”Fuimos a visitar el manantial; grabamos cómo estaba. Llegamos al otro día a una reunión general, donde se le dio a conocer a toda la comunidad qué es lo que se estaba haciendo ya por todos. Aún así unos no nos creían y decían que el agua estaba sucia, que no era para tomar. Buscaban pretextos. Pero ya expuesto más y preocupados, aunque no nos creyeran, les dijimos: vamos a seguir, vamos haciendo el trabajo ya que lo iniciamos porque, si paramos porque no nos crean, lógico que de nada servirá el sacrificio que estamos haciendo. Pero cuando vimos el video de cómo estaba el manantial, algunos creyeron. No todos al cien por ciento. Llevábamos pruebas a todos los lugares a donde íbamos para que conocieran y vieran que sí era cierto lo que se estaba haciendo. Ya de ahí en un tiempo se hizo el comité donde entró el señor Venancio como secretario.

Se hizo otra reunión general. Hay un acta del acuerdo, donde dice que se tiene que dar un año o dos como regalo o como compensación por el sacrificio que se hizo: bastante trabajo que se realizó, que no se les cobrara nada. Pero hasta ahora no se ha hecho un acuerdo para cobrar el agua. La gente tiene el servicio gratis. Hay costos, pero también hay un dinero como fondo donde se cobran las tomas, porque de todas las tomas que se hicieron se cobraron unas cuotas para que ese dinero se fuera en los gastos.



Camino de El Zacatal. Foto: Daniela Garrido

”Ése es el trabajo que se ha hecho. Cuando se formalizó el comité del agua potable ya surgieron gastos. Las personas que sí creyeron en el proyecto fueron 433 hombres y mujeres. Fueron quienes aportaron para comprar el terreno donde instalar el colector. Es casi una hectárea y el predio se llama La Pahuá, localizado en La Concepción, en el municipio de Tenango de Doria. Entonces de ahí parte el trabajo. Ya empezaron a construir, llegaron las tuberías y empezaron a trabajar. Tardamos varios años para que llegara el agua. Esto viene del 26 o 27 de marzo de 2009”. Las personas reunidas toman un respiro. La vocera, la narradora, Jenet, continúa:

”Es muy bonito escuchar el historial del agua potable, pero falta escuchar una parte. Algo que, podríamos decir, es fundamental, porque, antes de que se hiciera todo el trato que explicaron aquí, pasó mucho tiempo para que la gente de la comunidad de San Antonio el Grande consiguiera el líquido. Antes de ese proyecto tuvimos dos fracasos con el agua potable. Primero porque íbamos a sacar agua hasta la comunidad de Río Blanco. Empezó la obra. Nos echaron la mano dos señoritas: una mexicana y otra estadounidense. Empezó el proyecto,

pero ahora sí que como está abajo del lugar y la cuesta arriba, iba a ser un poco difícil, más que nada, lo del pago de la luz eléctrica, el costo de la luz. Para la obra a lo mejor se sacrificara la gente para hacer todo lo posible en aportar para las faenas, pero ora sí que, como los de bajos recursos son los indígenas, pensaron, hicieron sus cálculos que si se hiciera la obra iba a salir caro lo de la luz. De por sí es muy cara. De ahí se vino el primer fracaso. Empezaron a decir que la luz y que el bombeo y muchas cosas. Con el paso del tiempo, siguió sufriendo la gente. Seguimos en busca de agua en los manantiales. Iba la gente al río a lavar la ropa, a traer el agua. Entre tanto y tanto se encontró otra manera: se localizó un manantial en una comunidad, Santa Úrsula. Después se comenzó a meter el proyecto e hicimos faenas. La primera tubería que se compró era de metal. Empezamos a enterrarla —muchas gente aportó su faena como ciudadanos—, enterramos como 2 kilómetros.

”Pero el manantial se secó, se desvió del camino de donde emanaba, cambió de ruta, ¿no?, al secarse ahí se quedó la obra. ¿Sabes qué?, decía la gente. Esto no va a funcionar. Ése fue el segundo fracaso. Seguimos sufriendo, pero gracias a Dios hubo la idea de ir a ver lo de Montellano. Y por eso una parte no les creía a quienes promovían el manantial allá arriba. Porque ya había dos fracasos. La gente decía que estaba muy lejos: no imaginaban. Pensaban que por la distancia nunca iba a llegar a la comunidad. Pero, gracias a la insistencia y que no perdían la esperanza, con este proyecto se logró. Por eso en lo que es el agua tenemos un historial importante, y por eso la gente cuida lo que le costó. Si tiene la oportunidad de ir, la gente va a protestar, protestan de que no tienen por qué destruirlo, dañarle su servicio. Por eso estamos aquí y por eso la gente está dispuesta a defender esta causa: porque el agua es vida, sin ella no tenemos vida y más las generaciones venideras”.

Tercia otro señor: “Como dicen nuestros compañeros: sufrirían más las mujeres, porque antes de que hubiera agua potable iban a los manantiales nuestras señoras. A mí me tocó formarme a la una o dos de la mañana, hasta que te toque, decíamos todos. Ahí, infinidad de señoras, peleando, días y noches. Cuando me dijeron, pues dije: tengo que trabajar y echarle ganas para que le llegue a la gente este tanque. Por eso le echamos muchas ganas. Y ahora para que el gasoducto nos lo destruya de la noche a la mañana... ¡eso no se vale! Somos humanos, necesitamos ese vital líquido y no se vale. Somos ñuhú y tenemos derechos de que nos respeten nuestros recursos naturales, de que nos respeten nuestro derecho: nuestra vida, más que nada.

”Hay comunidades vecinas que no tienen agua. Hay varias comunidades que carecen, pese a tener mucha vegetación. No tenemos mucha agua en todas nuestras comunidades. En toda esta parte de nuestro municipio hay muchas carencias en cuanto al agua. Nuestra comunidad es una de las pocas que cuentan con suficiente líquido. Pensamos que es bastante valiosa y, sobre todo, en ninguna otra comunidad ves que tengan agua como nosotros. Todas llevamos el agua del mismo lugar, de ese mismo cerro. Tan sólo ese mismo cerro alimenta ríos importantes. Los dos ríos importantes son alimentados por ese manantial. Son alimentados

*No sólo importante
para nuestros pueblos,
es un ojo de agua de
suma importancia para
toda la región. Estos ríos
son alimentados por
ese ojo de agua y que
el gasoducto toque este
lugar es un desastre
total*

por esta comunidad. De ahí traen agua muchas comunidades del municipio de Tenango, San Bartolo y Huehuetla. Todos somos alimentados por ese gran ojo de agua que está en ese lugar. Entonces, no sólo es de importancia para nuestros pueblos, sino que es un ojo de agua que traspasa los límites estatales, y es de suma importancia para toda la región. Estos ríos son alimentados por ese ojo de agua y el hecho de que ese gasoducto toque este lugar es un desastre total, porque incluso nuestra comunidad no es una de las comunidades directamente afectadas, siendo que estamos a varios kilómetros, pero, si lo vemos a manera geográfica, solamente unos cuantos cerros nos separan de ese lugar. De mi comunidad se ve el cerro de Montellano; entonces, en realidad, el kilometraje es largo, pero los cerros estamos todos juntos en esto. En el momento que se dañe ese lugar, daña no sólo comunidades que están dentro de los considerados afectados, sino que son miles de comunidades que van a ser afectadas de manera directa e incluso indirecta. Siendo que esto, prácticamente con el hecho de que dañen el ojo de agua que va a ser afectado por el gasoducto, a todos ya nos destruyen”.

La afectación del gasoducto es al agua y a la vida toda, como expresan en San Antonio, y no extraña que, al compartir su perspectiva sobre los posibles daños, preponderen la salud y el don curativo del líquido vital, tal cual sucede en **San Andrés**, donde las mujeres son las que hablan. Cuentan del temazcal y cómo se ha ido perdiendo la tradición. Cuenta una de las sanadoras más famosas de toda la región, doña Elidia López, de 96 años:

“Ya nadie hace temazcal. Pero, ¿para qué quiero temazcal? Yo las curo con pura hierba. Cada tercer tarde, como ahora lo baño, mañana no; pasado mañana, otra cubetada de hierba, lo que aguante de caliente todo el cuerpo y una pasada de hierbas. Con ése, ¿para qué quieren más? Pero es más mejor con el temazcal.

”Los temazcales los hacían de piedra. O si no de bloc también; lo que hubiera. Le echan leña y tienen un fogón por dentro. Cuando ya está bien rojo, al *temamatle*, como le decimos, le echan piedras bien boludas, de ésas de arroyo. Cuando ya está bien rojo rojo, ya está el botesote de agua; todos se meten y se desvisten. Le echan agua en las piedras y sale vapor que se vuelve insoportable, y se echa con un manojo de *jehuite*.

”Por aquí no hay temazcal, pero dos veces pasé por allá abajo en San Pedro. Iba yo para Villa Juárez. Cada casa tiene su temazcal. Le ponen su ventana para la lumbre, la puerta que luego cruza y hace un codo; y lo que era la mera casa para el temazcal, ésa queda así y ahora para entrar o salir tiene un poste atravesado. Está bien escondidita la puerta de temazcal. A lo mejor les gusta bañarse; por eso hacen su temazcal. Pues es que el agua cura. El agua cura siempre. Aquí hay varios manantiales. Tienen su nombre cada uno. Allá arriba se llama Manantial de la Silleta. Ahí agarra la toma del agua que estamos ocupando.

”Es para todo el pueblo pero ahorita ya no sé qué está pasando. A lo mejor se está escaseando, porque ahora ya no tenemos agua: sólo cada tercer día. No abastece el agua para toda la gente, porque no llueve. Cuando es tiempo de lluvias, sí. Pero ahorita, como casi puro frío, se está secando. Lo mismo que con el calor: en abril y mayo se seca bien. Aquí el chorrillo, de donde traemos agua, se llama Manantial del Cerrito. De ahí es de donde ahorita traemos agua que no

tenemos, con cubetas, garrafones. Ahorita allá vamos a lavar la ropa. Cuando no hay agua, va la señora allá”.

“Hay otro manantial allá abajo”, dice otra señora. “El Manantial de La Pahua. Más bajo hay otro manantial que se llama Manantial de La Joya. El trazo del gasoducto pasa cerca de algunos manantiales. Porque el agua viene desde allá arriba, desde la punta del cerro. Desde allá viene toda el agua que hay por acá. Y sí nos va a afectar si llegara a pasar eso. Porque, tan sólo cuando echaron la carretera, también hubo un tiempo que nos faltó el agua. Afecta todo, plantas, animales, de todo. Por eso no estamos de acuerdo. Es un riesgo, porque estamos escasos de agua. Ahorita ya lo estamos viviendo y todavía no hay ninguna construcción de allá donde tomamos el agua y ya estamos sufriendo por escasez. Cada tercer día le abro a la llave para que se junte para toda la gente. Eso es lo que a nosotros nos preocupa. ¿La empresa? Ellos van a venir a destruir y agarran y se van. La gente se queda a vivir aquí, a sufrir las consecuencias. Somos nosotros, no ellos. Siempre les digo a los de la compañía: ‘ustedes no viven aquí para ver lo que nosotros vamos a vivir. Ustedes vienen, agarran, deshacen y se van. ¿Quién es el que sufre? Somos nosotros con nuestros hijos: son los que se van a quedar a sufrir’. Estamos como unos pollitos aquí: que para allá, que para acá. No le debemos a nadie de nada, porque no tenemos un gasoducto, una empresa, una fábrica que vaya a exportar, con equis motivos. Ya en este caso, sería más complicada la vida. Como decía mi tía: si ahorita no se dan bonito las cosas que estamos sembrando —el maíz, frijol, el cacahuete o los chiles no se dan bonito—, si pasara, imagínate cuánta contaminación.

“Ellos dicen que es gas natural. Sí, gas natural, pero ¿qué crees? Que afecta. Afecta el clima. El agua nada más va dando vueltas. Las nubes se van al mar, cargan y vuelve a llover, y luego esa agua ya viene contaminada. Eso no es lo que queremos. Como decimos: desde un principio, aquí la empresa la estaba apoyando el presidente municipal. En vez de que el presidente diga: ¿sabes qué? No. Ésta es mi gente, la que me sigue apoyando. Pero no. El presidente viene y dice: apoyen a cambio de una obra. Dice mi esposo: a lo mejor sí nos dan una obra. Pero, ¿de qué sirve? Tenemos una obra, pero a cambio de la vida de nuestras familias, a cambio de una contaminación. Eso es lo que a nosotros nos preocupa ahora. Nunca habíamos pasado esto. Estamos atemorizados porque ellos dicen que queramos o no, van a pasar. Sí han dicho eso”.

En San Andrés y también en Tlapehuala alertan sobre la alteración del ciclo del agua, y especialmente de su contaminación, lo cual desataría múltiples afectaciones, entre ellas, posibles desplazamientos. En esta comunidad, situada en el municipio de Xicotepec de Juárez, nos comparte su testimonio Saula Gayosso Morales: “Nuestra comunidad es rica en manantiales, es un agua muy rica, muy sabrosa, fresca. Pero sí está en riesgo pues según los mapas que vimos de la Sener están marcados todos los manantiales, pero también incluso los arroyos, los que pasan debajo de las tierras, están marcados. Aquí no hay arroyo, pero no pasan desapercibidos los que hay, los tienen perfectamente ubicados, entonces todo va a correr riesgo si se lo apropian o contaminan. Si nos quedamos sin agua la comunidad se tendrá que salir, que buscar otro lugar, porque todas las actividades que se llevan a cabo aquí se llevan con el agua. No podríamos vivir, definitivamente”.

Bajo esta perspectiva, la afectación por los megaproyectos habrá que verla no sólo como un despojo del territorio sino también como un despojo de la salud. Si partimos de un enfoque integral en el cual “no es posible hablar de salud sin un ambiente sano”, el deterioro de los ecosistemas aunado a la sustracción de los bienes comunes desata procesos contaminantes que deterioran la tierra, el aire, el agua, los cultivos, rompiendo sus ciclos y enfermando el hábitat y las múltiples comunidades que los habitan. A la vez que se afectan los medios de subsistencia se altera la vida comunitaria, las formas de convivencia y de organización comunitaria con sus saberes y prácticas.

Habría que plantear entonces una *multidimensionalidad del despojo*, tal vez incluso la palabra despojo se quede corta, ya que al substraer del territorio y de los bienes comunes y ámbitos de comunidad, se desarticulan todas las otras formas de concebir el entorno y la relación con el mundo que implican formas de organización, lenguas, narrativas, rituales y cosmologías, pero también los saberes y estrategias de la subsistencia, la vida misma, el ser de la tierra, todos esos tramados que desde los orígenes han hecho diversa a la humanidad y la han hecho sobrevivir las comunidades cuidando sus entornos.

En un contexto histórico en el que la actual administración, si bien promueve un desarrollo económico con la rectoría del Estado y el fortalecimiento de las empresas estatales, en específico, de Petróleos Mexicanos (Pemex) y la Comisión Federal de Electricidad (CFE), dando continuidad a obras y contratos con empresas transnacionales para la generación de energía (con presumibles servicios y tarifas más favorables al Estado), para los pueblos de la región no cesa el deterioro y la amenaza de sus territorios tanto de la Sierra de Puebla como de Hidalgo. Al contrario, por ubicarse en una zona estratégica para la producción y distribución de hidrocarburos, no sólo se proyecta darle continuidad a emprendimientos como el gasoducto Tuxpan-Tula como parte de los proyectos actuales de inversión público-privada, sino también proseguir —por más que se declare lo contrario— con el uso de técnicas especialmente nocivas para el ambiente y la salud, como lo es la fractura hidráulica.

Por eso el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio Puebla e Hidalgo, en el contexto de la gira de Andrés Manuel López en la comunidad de San Pablito en enero de 2020, se pronunció: “Queremos dejar en claro que los que hemos luchado somos mujeres, niños, ancianos y hombres valientes de los pueblos originarios de la Sierra Norte de Puebla-Sierra Otomí-Tepehua. Mujeres y hombres que hemos sido perseguidos, reprimidos y algunos compañeros, han pagado con su vida la defensa del territorio, su agua, sus bosques y sus bienes naturales.”

Concluyendo así con las siguientes demandas, entre otras: “El Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio Puebla e Hidalgo continúa con su organización colectiva, porque consideramos que la reforma energética y las llamadas reformas estructurales del periodo neoliberal, en su espíritu y base esencial, se mantienen. Dichas leyes tienen un gran potencial para afectar nuestros recursos, territorios y derechos individuales y colectivos y no previenen y mucho menos reparan los daños del impacto ambiental, social y de salud. Ante lo arriba señalado, le(s) exigimos lo siguiente: señor Presidente, lo decimos alto y fuerte para que se escuche en todo México. No queremos el gasoducto en nuestras tierras, ni ningún otro proyecto de muerte. Frente a los proyectos de muerte, nosotros oponemos el proyecto de vida”.

La ritualidad del territorio

Las comunidades que componen el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla-Hidalgo viven en una región cultural que comparten de forma atávica. En este devenir histórico han contribuido a elaborar toda una gama importante de pautas de convivencia en su estancia en la Sierra Norte de Puebla. Estas prácticas derivan en un proceso de comunicación y socialización entre varios pueblos diferentes con su territorio común. En su mayoría, las relaciones que establecen están encaminadas al respeto, cuidado y conservación del entorno natural que habitan. La convivencia para estos pueblos es algo natural porque ha sido así desde su atmósfera particular de lenguajes diversos.



Uno de los Cirios sagrados de la región. Foto: Daniela Garrido

La socialización entre los pueblos y la naturaleza asume ídoles variadas; puede estar enfocada en la conformación de comités de agua, para el cuidado y uso del recurso, en la organización de mayordomías para la disposición de las festividades, y se puede observar sobre todo en lo importante que es el ciclo agrícola y las ceremonias, fiestas y rituales que se generan en torno a éste.

La correspondencia entre los pueblos y su entorno tiene como vehículo puntual un proceso de ritualización de la cotidianidad que es extensiva y compartida en esta región. Como uno de los resultados, se conforman mecanismos para regular la convivencia con el agua, el cerro, el bosque.¹

La historia de María Isabel (doña Catalina o la Sirena), por ejemplo, la cual escuchamos en Chila de Juárez, nos habla de un proceso de esa cotidianidad ritualizada; es un espíritu femenino al que se acude recurrentemente cuando se trata de explicar y sanar alguna enfermedad, tiene relación directa con el agua, se manifiesta cuando alguna persona está comiendo cerca de un río o un manantial, o cuando alguien se cae al agua, y esa persona ya sea por el susto, por caerse o por la ingesta de algún alimento, se enferma del estómago. “Cuando sus familiares se dan cuenta, se le pregunta si estuvo comiendo algún alimento cerca de un manantial o tal vez fueron testigos de cuando se cayó al río, si es así se le dice que se lo comió el agua, se lo comió María Isabel, el manto del agua. Para sentir alivio de su enfermedad necesita regresar al manantial en el que se enfermó, agarrar una vara y pegarle al agua gritándole ‘no espantes a fulano’, diciendo con fuerza el nombre del enfermo; esto tiene que ser a las doce del día”.

Respecto al entorno que día a día viven los pueblos nahuas de la Sierra Norte de Puebla, Lourdes Báez (2004) plantea que se considera un espacio animado en el que coexisten humanos, animales y plantas, junto a una diversidad de entes *extrahumanos*, la mayor parte de ellos vinculados con el espacio de la naturaleza, como son los cerros, ríos, pozos, bosques y cuevas, y en el ámbito doméstico: el fogón, el temazcal. “Los nahuas, por ejemplo, reconocen en los entes *extrahumanos* una capacidad superior para ayudarlos a resolver toda clase de problemas vinculados con su existencia cotidiana, y además los consideran los responsables directos de la buena marcha del mundo” (Báez, 2004). Por esta razón, se ven obligados a establecer con ellos una constante comunicación a través de la entrega de ofrendas y realización de prácticas rituales.

Las ofrendas tienen que ser continuas y con el procedimiento que les permita seguir el *costumbre*. Entre los nahuas se plantea la idea de satisfacer o tener contentos a los *dueños*: un ejemplo puntual son los *aires*. Báez plantea que para los indígenas de la Sierra Norte de Puebla, los *aires* no son simples corrientes naturales, sino que hay *aires* calientes o fríos que al introducirse en el cuerpo de un individuo pueden

1 Para Turner, el ritual es un *performance* que transforma la realidad, que revela las “principales clasificaciones, categorías y contradicciones de los procesos culturales; en la comunicación del ritual, todo el mundo es un escenario, es decir, el mundo de la interacción social está lleno de actos rituales”. En este orden de ideas, cuando se es puesto en escena un *drama social*, cuando un ritual es compartido en colectivo y se es consciente del acto que se lleva a cabo, se logra develar la forma de comunicarse entre los presentes y el entorno que les rodea. Se hace un escrutinio de lo vivido, se recurre a la memoria para que el rito sea efectivo y cumpla su papel en la forma en que estos pueblos entienden su interacción con el mundo. Realizarlo continuamente tiene la intención central de que permanezca.

ocasionarle enfermedades; también están relacionados con las lluvias y, por ende, se les atribuye un valor positivo y benéfico, además de ser considerados “emanaciones asociadas con lo fétido u otras cualidades similares”, como las emociones de los recién nacidos al llegar al mundo o las de quienes acaban de fallecer. También se denominan “aires” a los lanzados por brujos para dañar a alguien.

A los “aires” se les identifica como los “dueños” de lugares como los cerros, el agua, el bosque, las barrancas, las cuevas, el fuego, la tierra y, obviamente, el viento; se conciben también como entidades malévolas que pululan en el entorno en busca de aquellos que infringen alguna norma, como los borrachos o los que comenten algún delito; es decir, las conductas anómalas se atribuyen a algún “aire” no bueno.

En este orden de ideas, los “dueños” nos permiten entender de forma puntual la ritualización de la vida que hacen los nahuas de esta región, se les designa un poder específico, generalmente al cuidado de sus “ámbitos de comunidad”, bienes comunes o recursos naturales, la producción agrícola o la salud de sus animales. Generalmente a los “dueños” se les asocia con lugares bien ubicados en donde habitan, alguna cueva, el cerro, el río o la milpa.

La mayoría de estas relaciones de sociabilidad que en ocasiones se convierten en entidades, espíritus u otras en rituales o fiestas dedicadas al cerro son parte de lo que Descola (2004) llama un *continuum* animado, que tiene principios y reglas unitarias y ocupadas por un régimen compartido entre los pueblos que ocupan la montaña. “Así, en relación al mundo la humanidad no es una especie dominante que subordina a todas las demás a su propia reproducción, sino que el mundo más bien podría tener un tipo de ecosistema trascendental que sería consciente de la totalidad de las interacciones que se desarrollan en su seno” (Descola et al, 2004). Esto coincide con la idea reiterada por la gente de las comunidades de que “trabajan con el territorio”, porque es un cuidado mutuo, una crianza mutua.

Así con las aves, las cuales constituyen un grupo bastante protegido por los otomíes. Algunas, como el zopilote, no pueden cazarse, pues en el mundo indígena existen prohibiciones muy generalizadas al respecto: “al devorar a los cadáveres, el zopilote purifica al mundo” (Galinier, 1987) y garantiza su continuidad, así como la del humano.

En el mismo orden de ideas, Galinier plantea que las representaciones mitológicas eran el reflejo de una organización de divinidades articuladas en una estructura de varios niveles, con *el Viejo Padre y la Vieja Madre* en la cima, asociados con la imagen de la gruta, matriz del universo, con la cual se busca tener una constante comunicación. El culto a las montañas era y es la expresión directa de un pasado remoto, que nos remite a la idea de agua/cerro o agua/montaña, la noción náhuatl de lo que en la época prehispánica se conocía como *altepetl*, según Bernardo García (2005), los otros idiomas predominantes de la sierra en el momento del contacto poseían un concepto similar:²

*Cada pueblo de esta
región está relacionado
con un cerro cercano,
cuyos manantiales les
proporcionan el agua
necesaria para su
sustento*

² “*Altepetl* es una palabra náhuatl (plural *altepehme*; en el dialecto náhuatl, *altepetl*) de connotación simbólica, compuesta de las palabras *atl* (agua) y *tepetl* (montaña). Fuese por influencia del náhuatl (como parece más probable), o a la inversa, o por algún antecedente común en las lenguas mesoamericanas.”

“En el totonaco se expresaba con la palabra *chuchutsipi* (mismo plural), formado de *chuchut* (agua) y *sipi* (montaña). Los dialectos occidentales del totonaco y el tepehua tenían las variantes *xcansipi* o *xcansipej* (de *xcan*, agua, y *sipej*, montaña; mismo plural). En el otomí existía (o se adaptó) la palabra *andehe antae hae*, ligada a las formas *andehe* (agua) y *noltae hae* (cerro)” (García, 2005).



Cerro del Cuaujolote, San Pablito Pahuatlán. Foto: Itzam Pineda

En esta forma de organizar el territorio, según García, su relación con la sierra o el cerro estaba respaldada por la imagen genealógica del dios tutelar que residía en las montañas, daba origen al agua y era la cabeza de los linajes locales: podía entenderse que el cerro es la tierra de donde nace el agua, que es la vida. Por lo tanto, se mantenía un diálogo constante con estos dioses tutelares, por el bien que traía al colectivo. “El concepto proporcionaba de esa manera una referencia simbólica que englobaba a la tierra y a la fuerza germinal, al territorio y a los recursos, y aun a la historia y a las instituciones políticas formadas a su paso” (García, 2005).

Cada pueblo de esta región está relacionado con un cerro cercano, cuyos manantiales les proporcionan el agua necesaria para su sustento; en el sentido que lo menciona García, en esta relación de subsistencia tiene su fuerza germinal la vida cotidiana y el mismo futuro de estos pueblos.

Por lo tanto, estamos hablando de una región en donde convergen históricamente al menos tres pueblos que comparten una forma de entender la relación con su territorio; es un espacio compartido no sólo por vivir ahí, sino por participar de sus formas de entender la relación del espacio que ocupan; no es un territorio fragmentado para cada pueblo, sino todo lo contrario: comparten formas de interpretar su estancia en la sierra, formas de comunicarse con su entorno, fiestas cíclicas, con rituales puntuales con su propio universo de comunicación. Es un territorio integrado, compartido. Eso, pensamos nosotros, es la convivencia. Algo más cohesionado que la simple y teórica “multiculturalidad”.

En las comunidades que visitamos, Chila, San Andrés, Montellano y Ahuacatitla, esta relación es tangible y se vive de forma diversa. En Chila, el cerro llamado *Margarito* se considera un cerro sagrado; es en este cerro donde se hace un ritual para pedir abundancia de cosechas, más agua. Se realiza el 3 de mayo, que es de los meses más secos, y coincide con el inicio de la siembra: “se hacen sacrificios de pollos, guajolotes, borregos y se hace todo lo que es el ritual, se hace música, danza, atole de maíz para todos los invitados, allá se llevan de todas las semillas, de cacahuete, de maíz, de todas las semillas que nosotros vamos a utilizar, primero se llevan ahí al ritual”.

De esta forma, se llevan a cabo una serie de rituales y festividades diversas, que se concentran en lo que los otomíes llaman *los costumbres*. Principalmente se celebran ciertas etapas determinadas del ciclo agrícola, como las siembras o las cosechas. Tienen lugar en fechas fijas o variables o con relación a circunstancias excepcionales (sequía o hambruna). El objetivo es mantener la fertilidad de la tierra mediante un vasto ciclo de intercambios entre los seres humanos y los dioses para proteger a la comunidad contra los peligros que la acechen, buscan sobre todo generar cierto equilibrio, cierto orden en la relación del humano con la tierra. “El reto es claro: la regeneración de la tierra debe frenar la entropía continua que experimenta el universo al paso del tiempo. Esta ideología vitalista, que predomina en toda la Huasteca indígena, se expresa ritualmente bajo formas muy variadas” (Galinier, 1987).

Algo que es característico para las grandes ceremonias que señala el calendario ritual, y que es muy importante como parte sustancial del evento ritualizado, es la alimentación, pues en ese contexto se esmeran notablemente. La

comida que más se prepara es la carne de pollo o de guajolote con mole (*mai*), que se sirve tanto en los grandes ritos como en las fiestas católicas. Esta costumbre se ha difundido a través de toda la sierra. Otro guiso muy estimado o al que se recurre mucho para estos eventos es el pipián o ajonjolí, llamado “pascal”. Es acompañado de langostas de río (*moi*). A este respecto, el Carnaval y Todos Santos son ocasiones de grandes reuniones gastronómicas. Durante la fiesta de Todos Santos, la tradición exige que el altar sea adornado con figurillas antropomorfas o zoomorfas de pan de azúcar, adornadas con dibujos de azúcar coloreada (Galinier, 1987).

Es así que en este entender el mundo, cuando a la naturaleza se le asigna una personalidad que cuenta con una intención puntual, es central la importancia de la comunicación entre humanos y no humanos. De esta relación depende el curso positivo de la vida humana con su entorno. “De manera que si bien hubo un tiempo en el cual se originó todo, su continuación y permanencia sólo es posible por la necesaria y constante relación entre ambos.” Los rituales o ritualización de la vida es por lo tanto una vía de comunicación permanente y es central para la continuidad de la vida de estos pueblos. Es también, como el caso de otros muchos pueblos, la simbolización de un cuidado, de una relación importante.

La relación que surge de la interacción naturaleza-humano y con la cual se desenvuelven en este espacio nahuas, totonacos y otomíes, se convierte en el hilo con el que por siglos estos pueblos han tejido su territorio, su cultura, en el sentido que lo menciona Descola: hay un *continuum* en estas actividades que les permite seguir existiendo. Desde esta perspectiva el territorio puede ser considerado como zona de refugio, como entorno de subsistencia, y así va tomando forma. “También se le puede dar una dimensión simbólica, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva y, en fin, como ‘geo-símbolo’” (Giménez, 1999).

En otras palabras, el proceso de construcción del territorio recoge las relaciones culturales con el espacio, así como las formas de apropiación y comunicación en ese espacio. “El territorio es, entonces, la proyección del grupo social, de sus necesidades, su organización del trabajo, su cultura y sus relaciones de poder sobre el espacio, que conllevan la defensa de su territorio; es lo que transforma ese espacio de vivencias y producción” (Rodríguez et al, 2010: 23).

En el contexto actual en donde una empresa transnacional como TransCanada proyecta la extensión de su ramal de gasoductos en nuestro país, por la Sierra Norte de Puebla, la forma de vida de estos pueblos, la relación que tienen con el bosque, con los cerros y con el territorio, representan una amenaza para sus intereses.

La perspectiva del territorio que este tipo de empresas tiene es lineal, como espacio a conquistar, de dominación, según Manzano: “Cuando un territorio es concebido como uno solo, o como espacio de gobernanza, y se ignoran los otros que existen dentro del espacio de gobernanza, tenemos entonces una concepción reduccionista, concepción que sirve más como instrumento de dominación por medio de las políticas neoliberales” (Manzano, 2011: 29).

El gasoducto atenta no sólo con los cerros sagrados, sino de forma directa con una red de relaciones culturales, económicas y políticas que se extienden por toda la región, lo que en su conjunto constituye un territorio diverso, amplio, que no sólo se reduce al cuadrante donde la empresa proyecta que pase el tubo que transportará gas, sino que es extensivo en toda la parte de la Sierra Norte.

En la era del neoliberalismo, el territorio de los pueblos indígenas está en constante conflicto o es resultado de éste. Por lo tanto, “sólo así es posible entender que una vez que los pueblos indígenas se han logrado hacer de sus propios territorios, han tenido que defenderlo frente a otros de distintas maneras. Esos otros son, pero no únicamente, el Estado, la Iglesia y el Capital” (Cruz et al, 107: 2010), por lo que no hay un territorio predefinido, sino que lo que expresan los procesos sociales es una constante disputa territorial.

La organización de los pueblos del Consejo Regional Indígena para defender su territorio frente a la empresa TransCanada y las políticas neoliberales que impulsa el Estado mexicano se suman a estas relaciones de sociabilización que los pueblos nahuas, otomíes y totonacas han construido desde hace cientos de años para comunicarse con su entorno natural y entre sí en esta convivencia naturalizada. El ejercer de forma plena estas prácticas es parte sustancial de la defensa de su territorio. Así, un orden de relaciones que se enfoca al ámbito simbólico-cultural cobra fuerza en el ámbito político, dando continuidad a la red de relaciones que intervienen en la construcción del territorio de estos pueblos.

Chila: El cerro sagrado y María Isabel

En el proceso de organización entre los pueblos que conforman el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla-Hidalgo, queda de manifiesto la diversidad de vínculos que se generan entre las comunidades. La defensa de su territorio en contra del gasoducto no sólo muestra un esfuerzo importante por una organización política en pueblos y comunidades. También deja en evidencia una importante red de relaciones, encuentros y trabajo colectivo en torno a la tierra, el cerro, la montaña, el manantial. Justamente uno de los ejes que une a esta variedad de pueblos y que Chila comparte es el binomio agua/cerro.

Las aguas que nacen de la montaña fluyen entre las cañadas y son aprovechadas, configuradas y re-configuradas por la actividad humana. La ritualidad y veneración como parte central de la vida de este pueblo nos muestra que tierra y agua se viven como legado comunitario.

—La organización del día de muertos, la veneración al cerro, son costumbres que los antepasados mantienen y algunos de nosotros todavía hacemos el esfuerzo de que se lleven a cabo. Lo hacemos en un cerro sagrado: es un ritual que se hace para pedirle abundancia de cosechas, más agua.

Se realiza en los meses de mayo, que son los meses más secos, se hacen sacrificios de pollos, de guajolotes, de borregos y se hace todo lo que es el ritual, se hace música, danza y también nosotros nos organizamos a partir de mayordomías.

—Aquí se hace en diferentes lugares. En esta parte de acá arriba hay unas cruces grandes que es donde se festeja, en especial en los pozos o en los manantiales. En las partes altas, en los cerritos había siempre cruces y ahí es donde se adornaban, pero ahorita, bueno para ya no caminar tanto, a veces nosotros hacemos el ritual en la iglesia. Pero en la iglesia se adorna la olla del tepache y se baila, se hace el baile de las flores y se baila la olla, hay que cargar la olla e ir danzando y ya cuando se termina de avanzar con el tepache, que se terminan de bailar las flores, se reparte el tepache, ya hiciste el sacrificio, ya bailó el tepache, ya se acabó.

Nosotros organizamos las fiestas patronales, ahí no lo hacen las autoridades, nada de eso. También se hacen rituales de baile de flores, se hace la fiesta del 3 de mayo, se baila con las ollas de tepache y al final se reparte a todos los que nos acompañan.

Para nosotros las mayordomías no coinciden con la del 10 de febrero, deja uno dos años y ya después a los otros dos años hace uno la fiesta de febrero y deja uno todo el año y otra vez en febrero. El día de Corpus se hacen los siete altares, donde hay que andar en procesión y ahí, por decir, las que se designan como madrinitas de los altares tienen que ser viudas o solteras. Las parejas que están casadas (sean madrinas o mayordomos) pueden participar. Ésa es la tradición que se tiene. Y luego viene el 13 de junio que también es San Antonio, pues también aquí se festeja en otro barrio: es el mismo pueblo, pero es otro barrio o sección, y pues también se celebra; hay arreglos florales como son los rosarios, se hace también un ritual, pero en sí ahí nada más es muy pequeño. Después viene el 29 de junio, que es San Pedro y San Pablo.

Nuestros antepasados, abuelos, nos hablaron del Cerro Sagrado. No sólo se apoyaban con un borrego, con los guajolotes, hacían atole por allá, atole de maíz para todos los invitados. Siempre nos han hablado de esa costumbre; allá se llevan muestras de todas las semillas, de cacahuete, de maíz; todas las semillas que vamos a utilizar y que primero se llevan ahí al ritual; se ofrecen esas semillas y después se regresan y se siembran, se revuelven con otras más como una muestra de que se sigan produciendo las mejores semillas, las de mayor abundancia. El ritual tiene mucho que decir. Muchos de mayor edad se nos están yendo, pero a nosotros siempre nos lo han inculcado, siempre nos dicen: no abandonen, no dejen esto que viene de generación en generación. Para nosotros ésa era la religión, la número uno para nosotros, porque las otras religiones nos las vinieron a imponer. Así nos decían nuestros antepasados, porque los que estaban muy cercanos a las iglesias nos decían: “no, pues éstos están locos, están adorando un cerro”, pero realmente estamos recordando lo que nos vienen enseñando nuestros antepasados y que no es únicamente ir a cansarnos, sino que la semilla, al ir a ofrecerla e ir a pedir por ella, se le está haciendo una atención, un ritual a lo que nosotros producimos.



Día de Muertos, Los Tenangos, mitos y ritos bordados, arte textil hidalguense, p 90

La madre tierra es la que a nosotros nos alimenta, nos da todo eso lo que nosotros vamos a adorar, no como dicen ellos que al cerro, que a la piedra, pues sí efectivamente hay una piedra, pero a mí me decían que era un personaje que se encantó ahí y ahí quedó, se va, lo visten, hay un ritual.

En Otomí el cerro se dice t'öhö, es el cerro flojo, pero le digo que tiene una gran historia, nosotros lo único que podemos seguir es lo que nos heredan nuestros antepasados, lo hacemos con mucho gusto. Dos noches antes de escalar ese cerro estamos danzando, hacemos el ritual, bailamos con el piloncillo, bailamos con las canastas, con las flores con cohetes, y si nos llevan aguardiente hay que bailar con el aguardiente y bueno con todo, con la madre tierra. Se convive con eso, se le da un vasito a las personas que acompañan y si no también en el cerro se deja un parte de esa ofrenda. Es más a la tierra, el cerro es el cerro sagrado, pero el cerro se compone casi desde la población

hacia arriba, eso es lo más curioso y es donde más, donde baja toda el agua, alrededor del cerro, está como si fuera un pulpo, le salen por todos lados hilos de agua.

Desde que se sabe, todos hemos seguido, como dicen, esa cultura, y el cerro sagrado es el que encabeza ese ritual. Éste es el ritual del cerro sagrado, el Cerro del Margarito, como decíamos. Se dice que ahí en el cerro nosotros vamos, hacemos el ritual, se hace el sacrificio de animales, se queda una parte y la otra parte se convive con la gente que va, que acompaña.

—Aparte del muñequito ése que está, hay un cristo de oro.

Sí, bueno, se habla de que antes fue una iglesia ahí, que desapareció. Mucha gente nos habla que escucha campanas.

Mi padre dice que la ha escuchado en Peña Blanca en Año Nuevo. Hay una imagen allá arriba..

Es una roca. Nos dicen que fue un hombre que iba escalando, según la historia, y que le dio flojera, por eso se llama “cerro flojo.” Pero su nombre era Margarito, y así lo conocemos todo.

El que iba subiendo se llamaba Margarito. Se quedó ahí dormido. Y se encantó: es la piedra que está ahí. Pero hasta arriba del cerro, en la corona del cerro. Nos cuentan que se hundió una iglesia y que tenían un cristo de oro.

Será a unos cuantos metros, 50-60 metros. Todavía había canteras cuando nosotros íbamos mucho, pues hay las señas de que sí estaba una iglesia. Se supone que esto era parejo. Pero en el año 1955 hubo un diluvio y fue cuando se hundió. Se desbalagaron todos los cerros. Por eso quedó todo eso. Se desaniveló la tierra.

—Pero eso no fue en ese momento, ¿no?

—No, eso ya es antiquísimo.

—Claro, hubo muchos movimientos en ese momento, pero no eso. Eso fue historia de que nos platicaron que esto se desaniveló, pero de esto que estamos hablando fue mucho más antes. La roca tiene la forma de una persona que ve hacia abajo, sentado y recargado.

No está tallada, es la formación de la tierra. Incluso es una persona ya grande, porque se le ve su barba. Y ese Margarito también tiene su Juanita, como todos que tenemos nuestra pareja.

—Yo tengo una foto. El cerro que está allá se llama Juanita. Es que este Margarito subió el cerro con mucha flojera. Yo creo que de tanto en tanto ha de haber dicho el cerrito: bueno, si vienes siempre con flojera, entonces ya aquí te quedas. Por eso se llama “Cerro Flojo”.

—Ajá, porque aquel subía con flojera y de repente se encantó. Ahí se sentó y se encantó. Es que piensan que es como un castigo que tuvo por subir con flojera.

—Es como cuando uno trabaja con flojera, le sale una bola.

—¡Ah! Los “flojos.” Les dicen “flojos” a las bolas.

—La roca está al filo del cerro. Está salidita. El manantial está de ese lado, como de 50 metros, no está muy lejos.

Y abajo hay cascadas. Abajo del cerro está la cascada; del lado están los arroyitos. Los 3 de mayo o 21-22 de mayo se hace el ritual. Las fechas no son muy definidas. Se hace una junta y participan todos los integrantes que forman parte del ritual.

Los hilos de agua van recorriendo los cerros, las montañas, los ca-
minos, los pueblos, en forma de ríos o cascadas, van comunicando a las
distintas comunidades, van suministrando el vital líquido a todos y todas las
habitantes de la sierra, pero también van anunciando apropiaciones, regu-
laciones, sacralizaciones. Cuando el agua que nace del manantial, del cerro,
llega a cada pueblo que es parte del binomio agua-cerro, hace efectivo cada
uno de los rituales que se llevan a cabo para pedir que la tierra no deje de
ser generosa con quienes conviven con ella, la compartición del alimento, el
sacrificio de animales, el baile, el tomar tepache, mezcal, el compartir en co-
lectivo, en comunidad, genera la idea de abundancia, de
unión por una sola causa, honrar al cerro de donde nace
viniendo desde sus entrañas el líquido vital, el agua de la
vida que posibilita su existencia.

La comunicación hecha por el pueblo de Chila con el
cerro por medio de diversos rituales es parte de un ecosis-
tema que se vuelve trascendental y que va configurando
una totalidad de interacciones que conllevan el cuidado
del cerro, pero también el cuidado entre los habitantes de
Chila, la despedida y el honrar a los muertos, la semilla
benedicida, el ser generosos no sólo con el cerro sino entre
los participantes del ritual y del pueblo, hacen que el ritual

refuerce y fortalezca los lazos colectivos entre pares y entre la gente de Chila y
el cerro. Es pues un ecosistema convertido en un territorio que contiene esfuer-
zos, emociones, peticiones, generosidad. Pero esta relación trasciende el ritual,
la relación con el agua se transforma, se personifica, regularmente en una figura
femenina que ayuda a sanar, a regular su uso o el compartimiento, marca los
tiempos y los modos de vida, pero también se negocia, se discute con ella, se
pide favor y protege el entorno.

—Habemos personas que luego de repente nos enfermamos, que vamos co-
miendo algo y pasamos junto al manantial, y de repente nos agarró diarrea, así
un malestar de estómago, y la gente dice: “lo comió el agua”, ¿quién lo comió?
No, pues que María Isabel —o que alguien.

—Sí. Y si alguien de repente se acercó al lavadero (porque antes lavaban la
ropa junto al manantial), se iba con todo y el lavadero, se iba al agua. Y por lo
mismo la gente le pega al agua con una varita, para que no nos coma el agua.
Ptehe en otomí es el manto de vida.

—Sí, así se llama el agua aquí, María Isabel. Nosotros pensamos que si se cae
alguien, o si yo paso en el agua (así me acostumbraron), en un manantial don-
de nace el agua, decimos que en el agua nos podemos ir. Al agua le llamamos
María Isabel. Si paso por ahí y voy comiendo, si de casualidad algo como, pues
hay mucha fruta, o se me ocurrió comerme algo y no me lo terminé, ahí donde
está el manantial le digo: María Isabel, ahí te va lo que estoy comiendo, pero no
me comas.

—Ella tiene vida, ahí está, ahí nació. Si esa agua va corriendo hasta abajo ya
no es igual al manantial donde nace. Y esto no es igual a si uno la lleva en man-
guera o en un tubo.

*El agua se hace cuerpo,
se hace mujer, se hace
madre, luego el cuerpo
se vuelve agua pero no
deja de ser madre, “el
manto que cubre”, que
da vida*

—Aquí la gente dice que allá en el pozo, donde se estanca un buen de agua ahí sobre la carretera, dicen que la sirena aparecía de repente: veían un pescadito pequeñito y después que no, pues que era grande y se llevaba hasta máquinas grandes, que se las iba llevando para allá y pues tenían que venir a sacarlas con otra máquina. La gente cree que ahí sí hay sirenas.

—Por la historia siempre nos hablaban de eso de María Isabel, que el agua. Pero realmente así que se nos aparezca como una señora, no. Sí existe algo así que cuando uno está comiéndose un taco, y si por ahí pasa uno cerca de donde está el agua, como que de repente sin saber empieza uno con un malestar y dice uno ¿qué pasó? No, pues se lo comió el agua. O que si alguien se cayó con todo y los lavaderos al manantial, si no los ponían bien, de repente se iban con todo y la madera, se iban de cabeza, y se estaban ahogando y después, si se salvaban, empezaban por enflacarse, por empezar a tener esa cuestión de que les agarraba diarrea, una cuestión de espanto y todo eso.

—Aja. Pero para evitar eso uno agarra una varita y después vamos con la persona que se cayó, y le pegamos al agua: “no espantes a fulano”. Tiene que ser a las doce del día, no a cualquier hora. “No lo espantes y déjala”, le decimos. Y se le tiene que hablar por su nombre a la persona. Decirle María Isabel al agua y por su nombre a la persona a la que le estaba causando el daño. Mi mamá me curaba ahí, siempre me curaba ahí en la poza.

—Cuando decimos “me duele mucho el estómago, se me hacen así las tripas y me da mucha sed, mucha, mucha sed, y toma uno agua, no le sabe buena el agua ¿cuándo es el día que no va a saber buena? El agua sabe muy sabrosa, pero cuando nos come el agua, el agua no sabe buena y sigue uno con mucha sed; así pasa cuando lo come a uno el agua. Y para curarnos, comemos ajo y con eso se quita, masticado, y ya entonces ni le duele a uno el estómago, ni tiene uno esa sed y ni ese sabor que es raro.

—No sé si han escuchado de la brujería. Esto no es directamente brujería, es que se le tiene que pagar al agua para que lo deje a uno, nada más una veladora y su ramo de flores y unos cigarros si es que tiene uno, si no nada más unas flores y una veladora, se le prende ahí y se le habla: “déjala, déjala”. Y cuando se cae uno, en ese momento se le tiene que pegar con la varita. A la misma hora en que se cayó uno, a esa hora o a las doce, a esa hora se le debe de pegar siete veces.

—El agua se hace cuerpo, se hace mujer, se hace madre, luego el cuerpo se vuelve agua pero no deja de ser madre, “el manto que cubre”, que da vida, en esas acciones la relación entre uno y otro se fortalece y es parte de un mismo devenir, permite la existencia del pueblo y del cerro. Cura, regaña, enferma para volver a curar.

Las afectaciones por el despojo del territorio que prevé la construcción del gasoducto, no sólo pretenden dañar o afectar al cerro, a la montaña, al río, a la cañada. Sino que atenta contra la “salud y el cuerpo” que se configura en la relación de la gente de Chila con su entorno. Atenta contra la integridad de una vida en comunidad sacralizada, se enfrenta a los guardianes del cerro/agua, a la vinculación y ecosistema que las comunidades indígenas han ido tejiendo desde tiempos remotos.

San Pablito: El centro de un mundo

San Pablito Pahuatlán es uno de los centros importantes del entendimiento de estas comunidades con su territorio.

Si Pahuatlán, la cabecera, ha sido el polo de desarrollo de la región e impulsa la compra-venta de artesanía y el lucimiento de la cultura regional, San Pablito es en verdad el lugar desde donde se siente parte de la región. Su trabajo con el papel amate y la chaquira, pero también el atesoramiento de sus tradiciones originarias, le dan un papel preponderante a esta localidad, centro e irradiación de la cultura otomí en esta Sierra.

La primera vez que fui mayordomo aquí en el pueblo yo tenía mis 18 años, ya estaba casado, recién casado. Como estaba joven, sí me invitaron y lo acepté con gusto, porque quiero participar, quiero aprender qué es ser mayordomo y ahí es donde aprendí, tres años después le entré de nuevo y me gustó y ya la tercera vez ya invité yo a otros compañeros.

La primera vez me invitó una persona mayor de edad (digo yo, un viejito), por eso me gustó, para que me enseñara a ver cómo es ser mayordomo, qué es el mayordomo. Ahora yo a mis hijos les estoy enseñando lo que me enseñaron primero. Ya ellos me preguntan. Ya este niño se está preparando para ir a sahumar, pero si gustan vamos a ver cómo es que se hace y seguimos platicando, ya hasta el sacerdote sabe que ahí va la música. El sacerdote no viene, nos espera allá. Cada quien va con su esposa y llega allá a la iglesia y se les hace una limpia, hacen su oración, llevan su cera, pidiéndole a Dios su vida, su negocio y así.

Eso de las invitaciones es importante. Me buscaba yo a un amigo para ir a apartar el compromiso ahí con la autoridad, entonces la autoridad lo anota a uno. Pues que yo quiero ser mayordomo de San Pablito. El presidente lo anota en una libreta tal día, exactamente el día que vamos a recibir el compromiso en la iglesia para una fecha que es unos 15 días antes de Semana Santa. Voy con mis compañeros que invité y con el presidente, y durante el año hacemos esa promesa, vamos haciendo todo lo que vamos a decir. Se hace una ofrenda en Corpus Cristi, y en Navidad, entonces cuando termina diciembre viene la fiesta grande, para la que estamos en la promesa, el compromiso más grande.

Y desde que recibimos el compromiso, desde un año antes, hay que estar buscando al del castillo. Desde el mes de abril y marzo agarramos el compromiso.

Buscamos los castilleros, la banda, las mesas, todo eso lo hacemos, me voy poniendo de acuerdo con los compañeros, nos unimos para ponernos de acuerdo, ir juntos a hacer una compra durante el año. Un año tiene que trabajar uno para cumplir el compromiso.

Son tres días los pesados, que hay que ir hacer compras y atender a la gente.

Ha habido mayordomías que fallan, pero por falta de economía, por eso tenemos que ir con la autoridad por ese compromiso, ahí está la autoridad, y pues depende de ellos. Es que ya no cumplí, dice alguien; por qué si te comprometiste, yo no te voy a obligar, le contestan. Si no podía no se hubiera comprometido, ¿verdad? Entonces la persona tiene que pagar una multa. Un castigo así ha pasado. La gente piensa, yo voy a entrar, es dentro de un año. Y no cumplen. Hay que valorar, son irresponsables. Yo voy a ahorrar, tengo que ahorrar, pero no hasta que llegue la hora.

Ningún santo se queda sin fiesta. No la verdad no, es un compromiso. La gente grande se junta y dice queremos ayudar, pero no le toca, porque si ayudan mal acostumbran a la gente. Me ayudaron. Pero queremos ayudar porque se siente feo, pero no hay que hacerlo.

Este gasoducto sí llegaría a afectar la comunidad aquí. ¿Por qué? Por el ambiente. Ahí cerca están los árboles de jonote, y se va a escasear el agua con el gasoducto. Es lo que nos preocupa aquí a la gente. Como les dije hace rato, consumo mucha agua para el trabajo con el jonote. Sí nos afectaría mucho, por eso no lo queremos. Es muy importante para nosotros el agua, el ambiente. Los árboles no se van a dar, es como un desierto: no da árboles. No hay agua. Así me imagino yo si puede pasar el gasoducto.

L a chaquira, manos plasmando naturaleza. La herencia de la chaquira, sin saber a ciencia cierta de dónde vino y por qué se empezó a enseñar, es un legado que se ha pasado de generación en generación. El bordado a mano de algunas mujeres que viven en la comunidad cuna del papel amate, San Pablito, representa parte de su identidad, de su región, de su historia, de su cultura y, sobre todo, su relación estrecha con la naturaleza.

Su entorno, desde las flores, las plantas medicinales, los árboles, los animales, las estrellas del cielo, todo en conjunto forma parte esencial de su forma de vida. Es por esta razón que representan a través de bordados con hilos de colores, con las agujas, puntada a puntada y ahora con la chaquira, cada dibujo o figurilla hechas a mano durante semanas o meses, hasta lograr plasmar lo que les es significativo de su región. Esto hace de cada blusa, cada prenda, cada diseño una versión única.

Cuenta una maestra artesanal sobre la labor de bordar, que antes las mamás lo enseñaban a las hijas para tener “el pan de cada día”, para hacer y crear su propia ropa. La necesidad las hacía enseñarse y ella aprendió a bordar desde los doce años, en una familia que sólo se dedicaba a bordar y al papel amate, lo que les permitía comprar lo necesario para comer, aparte de lo que se recogía del monte; estas ocupaciones los tenían alejados de la siembra, pero no de la alimentación típica del lugar, como los frijolitos o los quelites.

La artesana recuerda que antes se acostumbraba que todas las mujeres bordaran; en la actualidad son pocas las mujeres que continúan este arte, alrededor de veinte, solamente. “Se empezaba como juego”, entre un grupo de niñas se reunían y aún se reúnen para aprender y para pasar el tiempo, así se han compartido diseños.



Ceremonia en San Pablito Pahuatlán. Foto: Itzam Pineda

Un juego que ha pasado por la memoria, el saber, el pasatiempo, ha tenido algunos cambios, dice que “antes se bordaba con estambre”, pues era lo que había, además de que sólo se utilizaba uno o dos colores en los bordados de los abuelitos, “la generación más alta”. Después, las generaciones recientes, “los hijos que vienen atrás”, empezaron a bordar con hilos de muchos colores, vistosos y alegres, vivos como las flores y plantas de su alrededor, pero llegó la chaquira y eso permitió que bordaran más rápido y que las blusas y diseños fueran aún más vistosas, alegres. Con sus creaciones ha podido representar no sólo a su población o a su región, sino al trabajo, el ingenio, la historia y sobre todo su variedad natural hecha diseño, por la cual ha sido galardonada en Bellas Artes, en la Ciudad de México. Ahora sus diseños se pueden admirar en blusas que portan con elegancia y admiración muchas mujeres del lugar y de fuera, no sólo mujeres, desde hace una década atrás también se hacen pedidos de hombres con los diferentes diseños.

Estas prendas se han convertido en la ropa “de gala”, de fiestas familiares, eventos importantes para festejar al patrono del pueblo, al Santísimo, las comuniones y otras festividades religiosas. Para el día a día se porta una vestimenta más común, porque entre “pretextos” como el calor y la incomodidad, hay una discriminación que ha llegado a la mentalidad de las más jóvenes y

no tan jóvenes para cambiar la naguas y blusas tradicionales por otra ropa, pero para lo verdaderamente importante, para el momento de la comunidad, ahí salen los trajes de gala, que después se guardan y reservan para momentos especiales.

Aquí en San Pablito, la cosmovisión que se refleja también en las telas, el opalino y el cuadrille, por ejemplo, se han convertido en lienzo de diseños, paisajes y figuras representativas, donde podemos encontrar desde el llamado “mecapal” hasta dioses como la serpiente de dos cabezas, el dios de la semilla o bordados especiales para vestir a los dioses, los que están en “la casa de los dioses”. Diseños e imágenes que significan mucho, que reflejan su relación y la labor en el campo, con la tierra, la naturaleza; que simbolizan

El bordado a mano de algunas mujeres que viven en la comunidad cuna del papel amate, San Pablito, representa parte de su identidad, de su región, de su historia, de su cultura y, sobre todo, su relación estrecha con la naturaleza

o representan con elementos importantes de su entorno, de su forma de vida y de su cultura.

Estos lienzos artesanales plasmados en prendas y accesorios no son sólo vendidos en la comunidad, sus alrededores y algunos estados de la república, como la Ciudad de México, sino también en otros países, por ejemplo, son exportados a Estados Unidos y reconocidos como parte de la cultura de México.

Con el bordado a mano con hilo se realizan diferentes artesanías, muchas se han convertido en pedidos que se exportan, desde bolsas de mano, manteles, cubre manteles, servilletas, toallitas. La artesanía de bordar a mano con chaquira pronto se convirtió en tarea, no sólo de mujeres, los hombres también hacen arte con la chaquira y crean diseños, flores, animales o más; son adornos que se plasman en diademas, pulseras, aretes, anillos, collares.

Por otro lado, comenta que en su tranquilidad se siente amenazada, una de sus preocupaciones es su familia, sus hijos y nietos, así como las generaciones que vienen “atrás”, porque el agua está en riesgo. La artesana dice que le preocupa que el proyecto que ha querido entrar afectaría todo lo relacionado con el agua, porque ahí arriba es donde están “los manantiales y luego es gas... puede causar hasta la muerte”.

San Nicolás: A lo alto de la cañada

Como hemos dicho, Nzesñi, San Nicolás Tolentino, quiere decir lugar donde crece el sabino. Su lugar es lo alto de la cañada que divide a Puebla de Hidalgo, ubicado en medio de dos rincones centrales en la historia serrana otomí: Tenango de Doria, Hidalgo y San Pablito Pahuatlán en Puebla. Desde sus elevadas lomas se percibe, al sureste, la angostura completa que peligra con los megaproyectos en ciernes, el territorio de convivencia de los pueblos serranos, ñuhú, nahua, totonaca. Hay un mundo en cada comunidad que se narra en sus textiles y en su papel amate, en su chaquira y en sus ceremonias y fiestas. Todo corresponde con la labor anual, con el ciclo de la siembra y la cosecha.



San Nicolás, Hidalgo. Foto: Daniela Garrido

Hay una infinidad de cosas que son únicas aquí en la región. Por eso no podemos permitir que se destruya todo eso. Los armadillos, por ejemplo, se comen y su concha se ocupa para sembrar maíz, o los tlacuaches son animales que no se deben perder. Se ocupan cuando se le quiebra o se falsea

algún hueso o si quiere que un niño sea muy fuerte, que aunque se caiga no se asuste, no se rompa un hueso, no se lastime tanto. Dicen que son muy fuertes. Mucha gente lo dice. Entonces hay que atrapar el tlacuache. Se le quita el cuero y todo eso... se entierran los huesos por varios meses. Después van y sacan el polvito y lo juntan con otras hierbas o cigarro y ya. Se lo echan a donde duela.



Foto: Itzam Pineda

Aquí en San Nicolás, llegaba Todos Santos, y no se ocupaba el jitomate como ahora. Recuerdo que nos íbamos a buscar unos tomatillos. Se ocupaban en vez de jitomate para preparar el mole. Todas esas plantas son silvestres. Lo que ocupábamos antes como chayote: el “mushil”. Se hierva. Sabe casi como un chayote, pero adentro tiene como un elotito tierno: sabe rico también. Hay otra planta que se llama “causasa”. Ésa tiene un color como cilantro. Es idéntico al cilantro. También es una planta silvestre y se come. O el palo de rosa, que se ve muy bonito en el campo cuando empieza a florear, las moras, el “huashe”. Tan sólo las hojas que se dan para el temazcal. También es un árbol que ya está un poquito en peligro: el encino que se usa como *hojeador* para jalar el vapor. Todos los jueves y los viernes las personas van a traer sus hojitas para el baño, por lo regular el baño es en la tarde. Para las señoras que se acaban de aliviar o algún enfermo. Casi todas las familias tienen temazcal.

Ahora que tenemos gripa y todo eso, con temazcal, nos viene bien y nos curamos. La mayoría teníamos puro temazcal y no baño. Ahí nos bañábamos. Ahora ya algunos prefieren el baño.

Se aprenden muchas cosas de los abuelos. En mi casa, como somos muchas hermanas, a mí siempre me cuidaba mi abuelita, siempre estaba con ella. Ella sabe hacer ventosas, paladear, sabe muchos remedios, sobar. Entonces como que nada más a mí se me quedó eso. De todas mis hermanas, parece que ninguna sabe, pero yo sí. Luego les pongo ventosas, hago té, bañarse en temazcal, echarse unas hierbas... eso lo sabe una tía que vivió mucho tiempo con mi abuelita. Mi mamá casi no aprendió, pero mi tía sí. Cura en el temazcal para que tengan su bebé las señoras.

El carnaval es febrero o marzo, dependiendo el calendario. Después de ahí a la Semana Santa, por lo regular es en abril. El 3 de mayo es muy importante, porque, aquí en la comunidad, hay varias religiones, pero, en sí, la que se conserva es la religión católica. Van a adorar los manantiales. Para eso le llevan música, ofrendas, van a bailar allá. Recorren todos los manantiales para que haya suficiente agua. Incluso, si antes falta el agua, pues ellos van antes. Cuando van, de veras que sí llueve en la tarde. Sí les funciona.

Hay una cueva sagrada, donde todavía, por ejemplo, en tiempos de sequía, van a pedir el agua allá. Entran en la cueva y llegan a un lugar donde hay agua adentro, empiezan a bailar, llevan música. Al salir de la cueva se traen un poco de agua, la echan arriba y parece que... hay algunas personas que no creen, pero sí. Se dice “mayónija” en otomí. Antigua iglesia.

En El Cirio el festejo es en septiembre: la fiesta del pueblo. San Nicolás Tolentino empieza del 8 al 11 de septiembre, pero el mero día es el 10 de septiembre. Van todos los mayordomos y también lo van a dejar. Con el grupo de danza que tienen de jóvenes y ancianos: la “danza del carrizo”, con sones y todo eso. Se quedan a bailar allá un rato y se regresan.

Montellano: El nacimiento del agua

Al igual que los pueblos vecinos, en Montellano el agradecimiento por el agua y su nacimiento es vasto e importante, la fiesta, el compartir en colectivo para agradecer es central.

La fiesta se hace a base de misas, eventos deportivos, yo mucho tiempo fui capitán del equipo de basquetbol; sí había diversión, bailes tradicionales. Ahora sí, lo que se hace en la sierra, puro Huasteco, pura música huasteca. Duraba una semana, se vendía mole poblano, tamales, gorditas de todo y la cerveza, el aguardiente y vinos de la región, durante una semana. Hasta ahora sigue la tradición, el 13 se pone bueno, hay jaripeo, hay carreras, gallos, bailes, eso dura dos días. Llegan gentes de otros pueblos. Es como aquí, cuando hay fiesta nosotros nos venimos, y cuando es allá en Xolotla, la gente sube.

Montellano, siendo un lugar favorecido por resguardar varios manantiales y por ser el pueblo donde inicia el recorrido del agua que abastece a varias

comunidades, puede ser uno de los lugares más afectados y, en consecuencia, dañarían el ciclo del agua que sigue por las cañadas y arroyos que comunica y vincula a los pueblos en esta parte del territorio serrano.



Foto: Itzam Pineda

El terreno es como una familia, ella es la que nos mantiene a todos, yo digo que todos, no nada más yo, sino todos, todos vivimos del suelo, de la tierra, todos comemos tortillas, tomamos agua

Es lo más importante: de ahí comemos, es lo que nos mantiene. Y no nada más a nosotros, a la gente de la ciudad, yo digo, porque he viajado a la ciudad y veo que todos comemos lo mismo, vivimos del campo y ahora con esto que se viene... sí está feo que nos quieran destruir a nosotros, la vida, porque es la vida, es el agua más que nada, hay manantiales: Montellano es el lugar que tiene más manantiales. No los he contado, pero tiene muchos. La gente de aquí sabe que todos vivían del agua del monte, nosotros proveímos de agua a todas las comunidades. Si afecta este proyecto a Montellano, se afecta a todos.

Antes cada quien tenía su pocito de agua, antes cada quien acarreaba de su propio pozo; desde que hay agua potable, se formó un comité de agua. Nosotros estamos en esa red, pero nosotros tenemos nuestros propios pozos en Montellano. Me parece que acá en el estado de Hidalgo, abastece como a diez comunidades, por allá conozco a San Antonio el Grande, San Ambrosio, San Esteban, Santa Úrsula, San Clemente, Cerro Chiquito, San Francisco y las demás que no me acuerdo, a todos les da agua de allá, pues son los manantiales más grandes.

Veo a mis hijos que viven en México, ahí me ponen a ver esas cosas, ahí y si eso que se ve ahí va a pasar acá, entonces va a ser la destrucción que hizo allá, la va hacer aquí, por eso la gente de aquí es gente que jala y gente que no, así

empecé a participar con ellos, más que uno de edad a dónde va a ir, algunos dicen que me vaya a la ciudad a trabajar, me lo dicen ésos que viven allá abajo, pero nosotros qué, nosotros no. Si no queda nada y no hay agua y no se puede sembrar, pues sí nos vamos. El terreno es como una familia, ella es la que nos mantiene a todos, yo digo que todos, no nada más yo, sino todos, todos vivimos del suelo, de la tierra, todos comemos tortillas, tomamos agua.

Cuautepec: La virgen que no quería estar

Dice un señor de Cuautepec:

—Quiero hablar de la imagen que se encontró por allá en Acatitla. Pues no nada más fue así, que nos tropezamos y ya, sino como todo lo que es allá arriba potrero se trabajaba el maíz, o sea que aquí trabajábamos mucho el maíz, todo el pueblo. Dicen que en ese tiempo estaban trabajando allá dos viejitos. Dicen que escuchaban que cantaba una mujer, pero con la voz bien ladina y se empezaron a preguntar: ¿vino tu señora?, no, ¿y la tuya? No, tampoco.



El trabajo agrícola, Los Tenangos..., p 86

—La buscaban donde se escuchaba y se iba para otro lado, así sucesivamente. No la encontraron. Al otro día vuelven a escuchar la voz que cantaba esa mujer. Dicen, pero vamos a buscar y vamos a encontrarla. Se pusieron a buscar uno para allá y otro para acá y así. Cuando encontraron, vieron que era la imagen de Santa Catalina que es nuestra patrona... dicen que nomás se asomaba de la cara para arriba.

—Esa imagen la encontraron porque ahí pasa un camino. A los caminos grandes se les llamaba “camino real”. Ahí era camino para llegar del Álamo a Cuechtla. Más adelante está Tlaxco. Cuando ahí pasaba la gente, escuchaba un ruido que tocaba una campana y apareció la imagen de Catalina con su campanita.

—Encontraron esta imagen, avisaron, la trajeron acá. Nomás hicieron un tajadito, los cimientos de la iglesia ya existían. Ahí se ve donde le llegaron los primeros muros que enterraron, ya de por sí estaban. Cuauhtepac ya era un pueblo viejo, no es nuevo. Había caminos grandes que iban para el Álamo, otro que iba a Temaxcalapa, Itzatlán; otro que iba para Tlapehuala y otro que iba para el Jericó.

—Bueno, la trajeron, pero ¿qué pasaba? Se iba la imagen. La iban a buscar y no estaba. Iban otra vez adonde la habían encontrado y estaba allá. Buscaron algunas personas adivinas que por medio del Xochijarro preguntaron que por qué se iba. Entonces dijo que la imagen se quería quedar allá, pero que le hicieran su fiesta, que la fueran a recibir con su banda, con sus danzas, ahí se arribaban las cuatro danzas, y que la vistieran porque la imagen es de madera. Nuestra tradición viene hasta ahorita que se sigue vistiendo.

—Entonces, ya la fueron a traer, le hicieron su fiesta que es la del 3 de mayo; su mero día es el 29, pero empieza un día antes: el 28 de abril. Se ponía ofrenda de lo que iban a consumir los visitantes, todo tipo de semillas, el maíz, frijol, todo tipo de planta. Anteriormente ocupaban brujos que les decían “Popochjarrros.” Eran cuatro personas. Luego buscaban otros músicos para que bailaran alrededor del templete. Tocaban no cualquier pieza, sino que era puro “son de flores,” le nombraban antes. Bailaban, tomaban su chocolate, porque en ese tiempo lo acompañaban con pan blanco —como era grande, a veces lo partían para que alcanzara. Les invitaban a tomar su chocolate y su media torta. Seguían bailando. Si tocaba de tarde todos a convivir, a comer. Comían mole, que le llamamos, de guajolote. En ese tiempo mataban de doce a veinticuatro guajolotes para que alcanzara a todos invitados y se les daba de comer y me gustaba mucho lo que hacía mi abuelo. Me acuerdo y fue muy bonito. Me acuerdo y pienso en hacer una fiesta de ésas porque yo todavía cultivo el maíz, el frijol, tomate, toda clase de productos, porque de ahí vivimos. Eso es lo que me contó y me hizo ver mi abuelo.

—Iban las cuatro danzas de Tocotines, Atlacaxtles, los Negritos bien trajeados, los Quetzales. Luego, como ya viene la fiesta de la Santa Cruz, el 3 de mayo, ahí se arribaban las cuatro danzas. Luego, el 5 de mayo. Aquí agarraban ya las fiestas patrias; entonces, salía el desfile, la música de banda, la danza, ya crecía la fiesta. Se hacía en grande. La ofrenda se le hacía a esa imagen de Santa Catalina junto con otras dos que son San Agustín y San Antonio. Tres imágenes que son nuestros patrones.



Foto: Daniela Garrido

–En el ‘99 se le quitó la ropa a Santa Catalina, por eso quince días estuvo lloviendo. Fueron como cuarenta personas con el ministro, lo amontonaron en una esquina y le dijeron que la vistiera; si no, que lo iban a amarrar. Ya los viejitos buscaron a una persona que le hablaba al Xochijarro, que trabajaba con él. Entonces, ya las señoras le hablaron a la imagen y pagaron, dieron una ofrenda al cerro y cambiaron las imágenes. Entonces, ya hasta dentro de la iglesia se había metido el agua, porque entonces era de teja todavía. Al otro día ya amaneció así, bien.

San Andrés: Al cobijo de la ritualidad

El agua se convierte en el cobijo de los pueblos, se derrama por la sierra cubriendo por las cañadas a totonacos, otomíes y nahuas. Del trabajo, del cuidado y aprovechamiento de la tierra y el agua se desprende un lenguaje profundo con el que se hila en el tiempo la convivencia con la sierra. Un momento de comunicación que es puntual en este hilar paciente y hondo de estos pueblos de montaña, y por lo tanto de San Andrés, es la ritualidad. En las ofrendas, fiestas, comidas y baile, en ceremonias en torno al cerro, al agua, al ser colectivo, entretejen un territorio que se ve amenazado, pero que se resiste a desaparecer ante la amenaza del gasoducto. Las historias son varias:



Cuauneutla, Puebla. Foto: Daniela Garrido

—Yo voy a decir lo poquito que sé. Lo que he visto, lo que he estado viviendo. Ahora, ya se está perdiendo eso porque, cuando yo era niña, veía a las personas que hacían costumbres, que bailaban, hacían comida de *pascal*, hacían un poquito de mole, mataban pollos, guajolotes y hacían tamalitos chiquitos que se ponían de ofrenda. Eso es lo que se hacía antes: se ponía la ofrenda, hacían

flores de cempasúchil, así con su patita, rosarios de cempasúchil, es lo que ponían en el altar con la ofrenda. Le ponían su ofrenda en la tierra, en el agua, en la lumbre, en el cerro, en la cueva. Todavía me tocó venir y fuimos a bailar allá. Se llevaron muchas cositas para dejar allá. Aquí también con mi esposo, me tocó esa costumbre; también bailábamos. Se está cambiando la manera de ser de la gente. Creo que estaba bien lo que se hacía antes, porque por medio de eso se daba la milpa, el maicito, picante, jitomate, cosas de verdura, cilantro, quintoniles, pápalo. Nadie fumigaba.

*La correspondencia en este devenir ha sido efectiva,
los rituales funcionan, pues la cosecha es diversa, sigue
permitiendo la vida, es importante seguir el “costumbre”, los
pasos que ya recorrieron los antepasados, la forma de bailar,
la forma de cocinar y de compartir*

—Él hacía costumbre. Vivía un señor que se llamaba José Hernández, él hacía costumbre. Había otras personas. ¡Ah! Allá abajo también vivía un señor que se llamaba Fidencio Mariano, también era curandero y hacía costumbre. Él cuidaba que se hiciera la comida de *pascal*, tamalitos, las flores del campo, se hacía bonito. Allá abajito hacían una cobachita, un cuartito de casa, pero de *papatla*, de hoja de plátano y ahí bailábamos. Se ponía una ofrenda y sí se veía bonito. Como digo, antes sí se daba bonito el maíz, tomate, chile.

Ya en esos días de fiestas hacíamos el *pascal*, es un mole, la pipiana. Es como tipo mole, pero con pollo. Se hace el *pascal* y cuando está asado se muele en la licuadora con dos chiles anchos y dos o tres con chile mora, y ya después se le pone al caldo. Bueno, ahora usan licuadora, pero antes era el metate. El *pascal* es como una calabaza, o sea, es un tipo de calabaza. También el tamal de *papatilla*, es de cacahuate. Ése lo hacemos tradicionalmente en Todos los Santos. Dichoso trabuco que nosotros conocemos por nuestros padres, que nos han dicho qué es el trabuco.

—Sí, sí lo hacemos. Como dice mi tía, la tradición, el costumbre; ahorita yo tengo 46 años. Es el carnaval, las posadas, todos los santos, la fiesta de nuestro pueblo de San Andrés, el baile de las cruces del 3 de mayo. Aquí todavía se les baila a las cruces, a los pozos. A cada cruz se le toca, creo que siete sonos. Cada manantial tiene su cruz y cada 3 de mayo se entregan las cruces y les bailamos a las cruces siete sonos de flores. Todo el baile es huapango, es lo que llamamos “sonos de flores.” Buscamos músicos que toquen especialmente esos sonos.

—Sí, un trío. Es como un tipo de alabanzas. Aquí sí. De lo que yo me acuerdo, por ejemplo, el sol, la tierra, el agua, todo se adoraba. Pero, se fueron muriendo los antepasados y ya, por ejemplo, lo que es la lumbre pues no se dejan mucho, ya es diferente con los jóvenes de ahora. Muchos niños, por ejemplo, cuando hacen son de flores en la iglesia, bailan. Ponen las cruces con sus ramilletes de flores y los niños van, agarran su crucecita y bailan. Se les pone la ofrenda de café, de chocolate, pan, todo lo ofrendamos a las cruces. Y eso se hace también en Todos los Santos. Ahora, en las escuelas nos piden que también que lo

hagamos para que no se pierda la tradición, que los niños vayan aprendiendo a hacerlo también. Que los niños vean qué se hace cada 30 de octubre.»

El cobijo del agua se siente, se vive con alegría, compartiendo, bailando, cantando. En los rituales y sus prácticas, las ofrendas a los manantiales, a las cruces, comunica el agradecimiento al agua, al cerro. El agua responde extendiendo su generosidad, en sus siembras, en sus alimentos, el agua da vida y también cura

—El agua cura. Pues es que el agua cura. El agua cura siempre. Cuando vienen a verme, hasta de noche, cuando se sienten mal, o las criaturas, ya se mueren del golpe, me lo traen de empacho. Si no lo traen, me llevan a curarlos y ahí están, gracias a Dios. Me habla uno, me habla otro. Me dicen: “si vivimos es por usted; si no, ya me hubiera muerto” o “vive mi hija por usted, si no, ya no tuviera hija”. Y ya no me dejan. ¿Para qué voy a decir más de lo que es? Eso es lo que me dicen. Ora cuando voy, o que ya no puedo andar. Me dicen “venga, venga, a darme una checada”. Ahí voy a hacerles el mandado. “Quedé re-bien”, “estoy muy bien”, dicen. “Con el baño de hierbas que me hizo usted y la sobada, siento bien suavcito mi cuerpo”. Ahí está, para que voy a decir más. Digo lo que hago.

Ora, para la disentería, agarra la disentería roja, a veces duele mucho la barriga y puro de ése vas a echar para hacer agua o ir al baño, todo eso vas a echar. Sirve para que se quite esa enfermedad. Se toma un bejuquito que tiene la hojita redonda, le decimos “la redondilla”. Se toma con ese *pegarropa* que dice la señora: tiene las hojitas como hoja de malva, pero las bolitas son como un espinado, bien espinudas las bolitas. Ése con la redondilla: ¿para qué quieren más pastillas? ¿Para qué quieren más hierbas? Con eso tomado o restregado crudo, o si no, se pone a hervir con agua. A veces no les vale la medicina comprada.

Muchas veces funciona más la medicina casera que la comprada. Antes se ocupaba casi puras hierbitas. Antes no había clínica. Cuando nos aliviábamos de la familia, acostumbábamos pura hierbita. Las hierbas y el temazcal y luego una cubetada de hierba al bañarse, pero lo que aguante de caliente: se quema todo el cuerpo. ¿Para qué quiere más? Hasta no sudar. No se alivia una hinchada, no queda uno resfriado, porque se resfría de lo que ya tiró su sangre y está mala, pero anda en el suelo, en el frío o haciendo su quehacer con este frío; por eso se hormiguean los pies y hasta se levanta la hinchazón y dolor de barriga. Pero con la hierba no, porque se baña y tomado. Aquí está mi nuera, gracias a Dios, nunca padece de dolor de barriga o de frío, nunca padece de otras enfermedades.

Las afectaciones del gasoducto se empiezan a sentir, la forma de vida de la sierra se pone en riesgo. Con el cambio de dinámica que promete la empresa, se manifiestan afectaciones inmediatas, es agraviado el ciclo del agua, y su convivencia con los pueblos es amenazada por el gasoducto.

Fuentes

- Lourdes Báez, *Nahuas de la Sierra Norte de Puebla*. CDI. México, 2004.
- Federico Fernández y Ángel García, *Territorialidad y paisaje en el Altepétl del siglo XVI*. FCE, 2006.
- Jacques Galinier, *Pueblos de la Sierra Madre. Etnografía de la comunidad otomí*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto Nacional Indigenista, México, 1987.
- _____, *La mitad del mundo, cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Instituto Nacional Indigenista. México, 1990.
- Bernardo García, *Los pueblos de la sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, Colegio de México, 1987.
- Gilberto Giménez, “Territorio, cultura e identidades: la región socio-cultural”. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* 25. Época II, vol. V, núm. 9, Colima, México, junio de 1999, pp. 25-57.
- Carlos Rodríguez, (coordinador), *Defensa comunitaria del territorio en la zona central de México, enfoques teóricos y análisis de experiencias*. Juan Pablos. México, 2010.
- Alexandre Surrallés y Pedro García (editores), *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. IWGIA. Documento 39, Copenhague, 2004



[TERRUÑOS]





Su historia y los caciques de la región

Les damos la bienvenida al pueblo de Chila de Juárez y les agradecemos que le tomen importancia a este asunto, porque sí nos puede perjudicar bastante el gasoducto. Mi nombre es Andrea Monte Rosales y radico aquí en Chila de Juárez.

–Yo me llamo Emiliano Diego Jiménez, originario de Chila de Juárez, formo parte del Consejo y del comité de danza de culturas.



Taller en Chila, reconstruyendo el espacio territorial. Foto: Itzam Pineda

–Buenos días. Soy Valente Aparicio González, nacido aquí en Chila. He estado conservando el tiempo de la cultura. Me doy cuenta cómo le hacían antes mis abuelitos, mis familiares y lo voy conservando un poco, lo poquito que alcanzo a ver. Organizo para hacer la cultura. Platico con la gente para hacer algo, llevar la ofrenda al cerrito de arriba.

—Yo me llamo Cruz Diego Aparicio. Como decía la compañera, les damos la bienvenida y de antemano les agradecemos que se interesen por nuestro problema y por este pueblo. Ojalá que todo esto nos ayude en el futuro a que los niños se involucren y aprecien lo que es la cultura y la tierra.

—Mi nombre es Salvador Aparicio Olvera y soy integrante del Consejo indígena. Si me permiten, ahí me van apoyando en lo que nos falta.



Don Salvador Aparicio Olvera. Foto: Eliana Acosta

Bueno, aquí en la comunidad de Chila, desde que tengo uso de razón, que no son muchos años quizás, siempre hemos compartido con las gentes grandes. Yo siempre he estado más con las personas mayores, porque de ellos he aprendido mucho. Hasta hace poco, estamos hablando de unos 18 años, yo tenía una abuelita que murió a los 115 años. Siempre hablamos de lo que ella vio, a lo largo de lo que ella vivió. Ella se llamó María Bernal Vargas. Una persona muy activa, siempre muy interesada en todo. Nos platicaba que ella participó en algunas de las tropas —era chamaca cuando la intervención francesa—, cómo derrotaron a los ejércitos que venían.

Una de ellas, hay un libro histórico que se perdió de por acá, que se tenía al alcance: hablaba mucho de Chila. Tenemos dos o tres periódicos, aunque no tienen toda la información. De todo eso, también hay una campana de 1711 que está a nombre de Santiago. Aquí en Chila, según, antes, cuando el santo patrono, el Señor de la Misericordia, no fue aquí en este lugar, sino que fue aparecido en el barrio de San Pedro, en un escobal, un zarcero de mora.

Allí lo encontraron y le construyeron un oratorio que todavía existe. Es una casa común y corriente, pero ahí era el oratorio, no había iglesia, era “oratorio” porque era lugar de oración, y ahí existen todavía los muros. Después fue iglesia mucho tiempo. Ahí es donde estaban también lo que nosotros les llamamos los dioses de la lluvia. Aquí el compañero Valente es el que está a cargo del ritual que se hace en el cerro sagrado del Margarito. Como referencias.

De lo que yo sé, mi abuelo era arriero y él hablaba mucho de Pancho Villa, de los Zapatas. Decía: “ahí viene Zapata”. Era un señor que murió de 109 años, murió como hace cuarenta años. Nos platicaba muchas cosas de lo que él vivió de la Revolución. Yo sé que él decía que este pueblo fue uno de los pueblos más antiguos de todo Puebla, porque decía que aquí vinieron a plantarse antes de que llegaran los españoles. Eso es lo que me platicaba. Y eran muy pocos los españoles que llegaron.

Ya después fueron llegando los ingleses a Honey, porque se plantaron ahí e hicieron una colonia inglesa: por un señor que se llamó “Richard Honey”. Lo hicieron los Honey. Ellos trajeron el ferrocarril y empezaron a sacar las minas de barro que ahora continúan, pero ahora ya las sacan con tráileres. Con ellos llegaron los caciquismos, llegaron de otros pueblos y la gente era mala: aunque mi abuelo sacaba toda su mercancía de aquí, tenía que pagarles a esas gentes para que lo dejaran trabajar, en esa época.

Cuando construyeron el templo donde está el Señor de la Misericordia, ahí se hacían las fiestas y se hacían las comidas y los mayordomos le daban de comer a toda la gente. Se hizo con ayuda de los pocos pobladores. Hasta donde me acuerdo, mi abuelo decía que aquí la gente no podía tumbar un árbol, porque los caciques venían y se los llevaban. Decía que los reportaban, porque el ejército pasaba por aquí —son los caminos— y bajaban los que venían de México, de Pachuca, de Puebla... por aquí pasaban y bajaban a la sierra. Por eso mi abuelo decía que son de los más antiguos los de este pueblo.

Por eso a mí se me hace extraño que el señor juez no nos ubique como un pueblo originario y antiguo. Tenemos creo que la misma antigüedad que Pahuatlán o si se puede más. Nosotros participamos en la guerra de los franceses, en

*Somos el pueblo más
antiguo en cuestión
otomí indígena de por
aquí. Nosotros somos los
más antiguos*

1860, por ahí. Nuestra gente derrotó a los franceses: como nosotros no teníamos armas, se formaron sobre de los cerros unas torres de piedra y los acorralaron. Ésas fueron sus armas, porque ellos no contaban con armas y aun así derrotaron a los franceses. Hay un libro, como comentaba el compañero, de la historia de Chila. Desafortunadamente, nosotros no tenemos ninguna copia, pero ahí nos incluyen. De hecho, uno de nuestros paisanos, uno de nuestros “parientes”, decimos nosotros, luchó con un capitán de los franceses. Aunque él murió, pero sí él ayudó a que esa batalla se ganara y era originario de aquí de Chila. A las autoridades les dije el nombre la vez pasada —no traigo mi documentación—, pero sí es originario de Chila. No sé por qué no se nos reconoce. Yo quisiera que esto llegara al juez y, por lo que nos contaban los abuelos, creo que tenemos derecho que se nos reconozca como pueblo antiguo.

Tan antiguo somos que mi madre decía —en paz descanse— que cuando pasaban aquí las tropas, de repente se llevaban a los niños, a las niñas. Eso hacían los militares que no tenían hijos. Mi mamá me platicaba que a ella se la quisieron llevar varias veces, porque los militares pasaban arrasando con lo que encontraban, pero que la pudo librar.

Algo que quiero agregar tocante al punto de la antigüedad y de la historia. Por el hecho de que el pueblo participara, como dicen, dentro de las tropas, por ello le dieron el grado de municipio aquí. Entonces fungió como municipio, pero ya en ese momento había el grupo caciquil en la cabecera municipal y, con el apoyo de los gobernantes del estado y los diputados, engañaron a la gente diciendo que se iban a llevar el poder adonde estaba el ferrocarril, la mejor vía de comunicación. Y que la gente a gobernar de aquí de Chila iba a ser gobernada por la cabecera municipal, que iba a ser Honey. Así fue como se llevaron por engaños la cabecera municipal de aquí. En ese tiempo era Chila, Chila. Resultó que después le cambiaron el nombre a Chila, Honey, y así se quedó el municipio. Ahora ya no es Chila, Honey. Ya es Honey nada más, con todos los decretos que se han venido dando.

Hasta 1990, estuvieron gobernando los caciques fuertemente: venían y se llevaban el mejor ganado para las fiestas de los gobernantes, las cañas —por eso dejaron de existir. Aquí había molienda y le cobraban a la gente, por cada recipiente de jugo que sacaban les cobraban, y si no pagaban, pues se las tiraban.

—Para todo había impuestos, porque, aunque yo fuera la dueña de este árbol —así ya seco y yo lo quisiera usar para el consumo de mi casa—, tenía que pagarles un impuesto. Y si ellos venían y yo estaba cortando ese árbol, me llevaban con todo y hacha hasta que les pagara a los caciques de Honey. Por eso agarraron y se llevaron el municipio para allá. Ahora resulta que ellos son municipio y nosotros somos una junta auxiliar. Hubo un momento, fue como en 1983, que nosotros nos rebelamos e hicimos y nos autonombramos el municipio libre de Chila.

El caso es que esto ya se venía politizando antes. Desde 1970 decían que había que recuperar el municipio a golpes y violencia. Y la gente comenzó a organizarse. Nosotros éramos pequeños y efectivamente ya casi llegaban a eso, pero, finalmente, como el municipio tenía todo el apoyo del gobierno, pues la gente de entonces no pudo hacer casi nada. Además no era, como dicen, la vía de poder gestionar el municipio —que se reinstalaran nuevamente aquí. Entonces, según, la gente que estaba encabezando el grupo en ese tiempo dijo: bueno,

pues vamos a denominarnos Chila, nada más. Y como vieron que 1972 era el año de Juárez, vieron la posibilidad de agregarle de Juárez. Por eso le pusieron Chila de Juárez.

—En 1984 hubo un accidente aquí, muy fuerte, de un autobús que se fue al barranco. Entonces había, de hecho siempre ha habido, gente un poco más, cómo les diré, ambiciosa. Esa gente aprovechó ese momento. Nos querían cobrar en ese entonces por cada difunto 11 mil pesos por el certificado de defunción —que le iban a hacer la autopsia y no sé qué. Nos querían cobrar esa cantidad. Varios protestamos, incluyéndome a mí, porque incluso estos señores que venían —el perito, el médico legista y todos ellos— a fuerzas querían esa cantidad. Y vino el presidente de ese entonces de Honey, que se llamaba Álvaro Vargas. Vino y nos dijo que no nos preocupáramos, porque él iba a solucionar esto. Pero nosotros, viendo que había gente muy pobre que a veces nada más iba por el maíz a Honey, viendo esa situación yo les dije: “a lo mejor algunos podemos conseguir para pagar esa cantidad, pero hay unos que nada más van por su maíz. ¿De dónde van a sacar para esto?” Y entonces nos dijo el presidente: “no se preocupe; lo vamos a arreglar.” Por ahí alguien dijo que juntáramos firmas para no pagarles. Recuerdo que nos dijo el médico legista y el del ministerio público, que venían en ese entonces: “pues si sepultan a sus muertos sin que nosotros les demos documentación, vamos a venir y los tendrán que sacar”. Entonces alguien dijo por ahí: “pues si ustedes vienen y entran a este panteón y tocan a alguno de nuestros muertos, nosotros los vamos a sacar a ustedes o si no, los vamos a tener que sepultar con ellos.” Las cosas se pusieron muy calientes. Entonces dijo el presidente: “no, esto lo vamos a arreglar”. Cuando se empezaron a recabar las firmas, la mayoría del pueblo tenía, cada quien, tenía su muertito, porque fue bastante gente. Pienso fueron como unas cuarenta y tantas. Porque al instante fueron como 38, pero algunos que se llevaron se morían después. Fueron como unas 48 o 50 gentes, en ese accidente. Había casas que había hasta dos muertos. ¿Pues cuándo iban a juntar 22 mil pesos?

Entonces, por ahí hay un alma “caritativa”, de los abusivos, recabó otras firmas —yo nunca me enteré de ésas. Las juntó, pero para apoyar a Honey. Todavía Honey no se denominaba municipio, estaba en proceso de nombramiento. Las recabó y las dejó en Honey: las vendió y lucró con esas firmas y automáticamente Honey se convirtió en municipio, todavía no se había declarado municipio hasta ese entonces.

Por eso ahora estamos en esta situación. Pero somos un pueblo originario, nosotros somos los fundadores de este pueblo de Chila. De toda esta región, somos los más antiguos. Somos el pueblo más antiguo en cuestión otomí indígena de por aquí. Nosotros somos los más antiguos. Entonces, me pregunto, señor juez, yo sé que tiene mucho trabajo, pero tiene que entender esta parte: que nosotros tenemos historia, de hace muchísimos años, antes de los españoles.

—Yo, recordando los tiempos, como está diciendo la compañera: mi papá tenía muchos cañales grandes para moler. No lo dejaban trabajar. Si no pagaba la multa, venían y le metían lumbre a los cañales. Si cargaba uno leña para cocer el piloncillo, igual se llevaban a mi papá hasta que no pagara la multa de todo lo de monte que cortaba para hacer el piloncillo. Ahí lo tenían hasta que no iba uno a pagar y lo soltaban. Así eran: toda la vida nos traían amarrados, no nos dejaban mover para trabajar.

—No, y el que se ponía rejego, si era el hombre, e iba la mujer a visitarlo, la agarraban ahí, la violaban y casi la mataban. Eso es lo que hacían los caciques. Pese a ser la gente más humilde, de ellas son de las que más se aprovechaban, por no tener estudio, por hablar otomí, porque no entendían español y todo eso ha ido marginando a este pueblo más y más. Porque no sabían salir, nomás de aquí de Chila a Honey. Luego, no había camiones. Había que ir a pie y los animales cargando la verdura y todo eso. Caminando. Unos no vivían por acá por el centro; unos vivían hasta allá por los montes, y de allá se iban caminando hasta Honey. Todo por la necesidad de ir a comprar maicito o lo que hacía falta o vender sus productos, que son verduras. Sobre todo lo que se da aquí, ir a venderlo para comprar maicito. No estaba todo el pueblo junto, era disperso.

—El pueblo se ha de haber formado, yo creo que como en el ‘70, más o menos. Cuando los terrenos que están en el centro del pueblo se urbanizaron, más bien se lotificaron, porque las casas sí estaban lejos.



Taller en Chila, reconstruyendo la historia espacial de su región. Foto: Itzam Pineda

—Todo eso, la gente, a lo mejor, dicen ustedes, los jueces de allá, a ellos no les importa, ¿verdad? Pero creo que, así como ustedes vienen a unirse con nosotros en nuestra causa, ellos deben entender que ahorita ya no estamos cerrados de ojos, que ya ahorita estamos más todavía para unirnos como pueblo, para sacar esta lucha que estamos empezando. Eso es lo que debe entender el juez. De que a lo mejor ahorita todavía hay gente humilde —no digo que no—, hay mucha gente humilde, porque usted llega a una casa y lo reciben con humildad: lo que tengan se

lo comparten a todos, así sea un taco de frijoles, una salsa molcajeteadada, pero comen todos juntos. Y si llegan ustedes, les dicen: “pásele a tomar una taza de café”.

Antes se acostumbraba mucho tomar café. Ibas a una casa y te invitaban a tomar café; a otra, también. Porque ésta es una región donde se da mucho el café también. Ellos mismos lo elaboraban, lo tostaban... eso mismo consumían ellos. Casi prácticamente, aquí, el producto que se consume, aquí se cultiva, se da todos esos productos.

Algunos de los caciques son, eran, ingleses, pero no eran de aquí mismo, de aquí de este pueblo, no. Empezaron a llegar porque se formó la colonia de Honey. La formaron los ingleses, porque llegó el ferrocarril. Pero así, de los pueblos de San Miguel, de Aila, empezaron a llegar de los pueblos circunvecinos a ese pueblito. Y ellos mismos, los que tenían más dinero y trabajaban más con los ingleses, eran los que formaron todo ese caciquismo. Aquí a nosotros nos tenían doblegados. Tan es así, que decía mi abuelo que cuando llegaba con sus cargas para montarlas al tren —porque transportaba a Puebla, a México, a Pachuca—, él decía que le quitaban las cinchas o los avíos a las bestias y se llevaban los bultos. Le regresaban su carga hasta que mi abuelo iba a pagarles el impuesto, por llegar y cargar nada más al tren.

Con el caciquismo, decían: “no, pues con esto nos hacemos ricos”. Y sí, hubo mucha gente que se hizo rica y sigue siendo rica, pero porque aquí querían sacar todo. Aquí se sembraba chile, tomate, cacahuate, café, la caña se sacaba bastante. Mi abuelo era arriero y sacaba mucha carga y la llevaba a lo que es La Merced en México, a Pachuca, a Puebla, o sea, él llevaba bastante. Llevaba de aquí y traía de allá para acá. Entonces, pues esta gente le quitaba la parte.

Mi abuelo terminó siendo jefe de armas en ese entonces, para defenderse. Porque él ya ni siquiera a Honey llegaba a cargar, él se iba más adelante. Tenía que caminar todavía más para cargar en otro lugar y no pagarle a esta gente. Lo metían cada rato a la cárcel para que les pagara. Y él, a pesar de que no sabía hablar español y eso, se fue abriendo paso. Encontró a algunas personas. En una ocasión, él platicaba que llegó a Honey y como no pagó el impuesto, así como llegó lo metieron a la cárcel. Tuvo que ir a ver a unas gentes. Mandó, decía él, un propio, hasta Huachinango, le mandó un escrito. Yo creo que esta persona lo hizo porque mi abuelo no sabía. Lo manda a que se lo llevaran a las autoridades de él y de ahí ya le mandan otro escrito al que era el presidente de Honey y lo sueltan. Él siempre se defendió. Por eso terminó siendo jefe de armas en ese entonces. Pero los caciques eran de allá; ninguno de aquí.

Mi abuelo se llamaba José Diego Escalera.

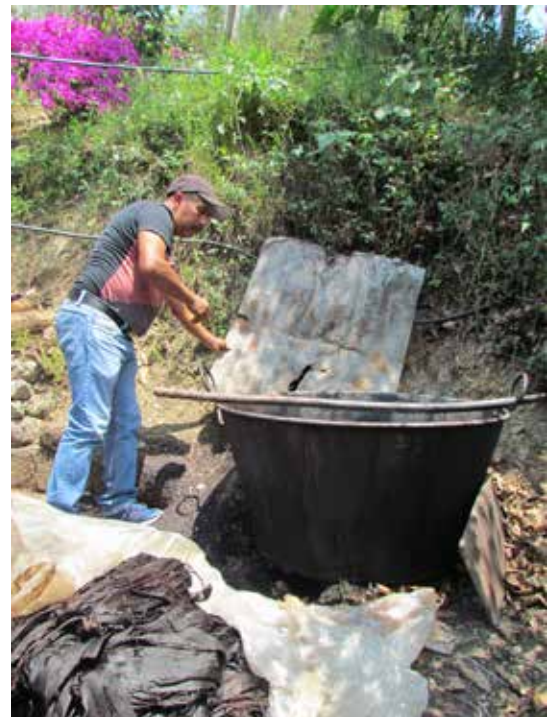
—Estos caciques ya eran mestizos. Pero sí había entre ellos parte de ingleses, de extranjeros, ellos eran los que gobernaban.

El fundador de la estación de Honey sí era inglés, Richard Honey. Pero él únicamente vino y montó su industria y no fue él que impulsó a los caciques, sino que fueron ya las gentes que empezaron a colonizar ahí, a acercarse por lo de la estación. Pero en su mayoría eran de los que venían corriendo, delincuentes, asesinos, que se venían a refugiar a Honey. Luego, como dicen los compañeros, comenzaron a ver que aquí había una minita, que era la que llevaba todos los productos: los robaban en el camino, los asesinaban o de plano allá les cobraban fuertes multas o los impuestos, que le llaman. Porque ellos eran los dueños de la estación.

El papel amate

Un taller de papel amate. La casa está en el ala norte de San Pablito, tras subir una cuesta muy pronunciada y larga, mero arriba del pueblo. La vista desde el patio de la casa de la familia Santos nos permite ver la mayor parte de las cañadas y de los otros pueblos que están metidos en los cerros. Fue un punto vigía muy favorable para la plática.

El agua es el ingrediente que hace posible la transformación de la corteza del jonote a papel amate, pues es necesaria para el cultivo de los árboles y primordial para enjuagar las tiras de corteza después de haber sido hervidas con cal, ceniza o sosa. El agua posibilita que San Pablito sea “la cuna del papel amate”.



Fotos: Itzam Pineda

Comenta Gaspar Santos: “Mis padres y abuelos eran de acá del pueblo, aquí siempre estamos trabajando. Cuando empecé con mi trabajo, tenía yo como quince años. Bueno, tenía yo mi patrón, ahí aprendí, aprendí con mi trabajo, yo sólo nada más viendo. Mi papá se dedicaba al campo, se llamaba José Santos, pero yo aprendí desde chiquito, con personas de aquí de San Pablito; de ahí compré un poco de material, que llamamos jonote, ahí está el árbol, acá tenemos uno chiquito, de aquí se ve. Aquí casi no hay, viene de aquí de la Selva, de La

Unión, de ahí lo trae la gente, viene la gente a vender el material, así ha sido. Ya esta gente pertenece a Veracruz, viene para acá con el material”.

“El jonote es el árbol principal que ocupamos, ése es el que da más en el año. Hay otro material que le decimos mora. Ahorita está dando el jonote y también el árbol mora. El jonote colorado ése sí se da todo el año. Hay dos tipos: uno que se da todo el año y otro cada año. Se encuentra aquí pero muy poquito, no rinde, no da mucho, porque luego compramos 500 kilos o hasta 600 kilos. Ahorita sale caro el jonote, sale como a nueve pesos el kilo, cuando no hay dinero compramos unos 200 kilos.



Fotos: Itzam Pineda

”Para el proceso completo antes se utilizaba ceniza, de la leña, porque la gente usaba mucha la leña, ahí se juntaba la ceniza, la manejábamos antes. Se ocupaba con el jonote, se echaba para que se cociera, le echamos también cal, Calidra, en aquel cazo que esta allá, se usan unos 60 cuartillos, 70 cuartillos, más cuatro cuartillos de cal o hasta cinco para que se cueza bien bonito. Lo dejamos un día; ya como a las cuatro o cinco ya está, con pura leña. La leña la traemos del monte, aunque también ya llegan a venderla por acá; hay veces que yo voy a traerla, pero se cansa uno. Ahora gracias a Dios llega la gente con leña, yo creo que esa gente tiene permiso de cortarla.

”Después de que hirvió lo lavamos, lo echamos en una tina grandota, ahí echamos el agua, le quitamos lo sucio y ya que se ponga blanco lo sacamos, entonces lo volvemos a echar; primero le quitamos los jugos que tiene, se pone blanquito, lo sacamos, lo echamos en cloro, que se ponga blanco. Mire, ahorita lo echo ahí y se pone colorado el jonote, ya después se pone blanco con el cloro. Siempre es el agua la que se utiliza para esto al final.



Fotos: Itzam Pineda

”Ya luego lo agarramos con esta tabla y se empieza a machacar, esto es para que se ponga liso. Te enseñó uno para que veas cómo queda. Se pone blanco. Le echamos agua y se pone limpio. Y ya con eso queda, ya se empieza a vender. Hay personas que lo venden, ahorita incluso ya lo están llevando lejos, a otro país, antes no era así.

”La verdad es que nosotros aquí lo vendemos, la misma gente aquí en el pueblo lo compran y después ellos quién sabe a dónde se lo llevan.

”Nosotros lo vendemos por hoja. Si está a nueve pesos el kilo, entonces a diez pesos la hojita. Pero ya no sale porque lleva mucho material, le echamos sosa y la leña, pero ya no sale.

”Ahorita ya no se prepara igual que antes. Ahora ya se metió la sosa; tiene como unos veinte años que se empezó a usar porque ya no había tanta ceniza porque la gente comenzó a utilizar estufa de gas y ya no ocupaban leña, y así ya no se juntaba ceniza. Antes usaba leña la gente, temprano, en la tarde, todo el día, pura leña. Pero entró el gas y ya no la ocupan.

”Nada más él y otro trabajamos, somos tres. También los nietos nos ayudan. Tenemos que estarle ayudando y enseñando al chamaco, pero ahí va.

”Mis hijos como a los siete años ya trabajaban el papel. Como mis hijos ya saben, los nietos también machacan. Los tenemos aquí todo el día enseñándoles.

”Cuando estaba barato el jonote entonces trabajaba la mayoría de gente, hace como unos 15 años. Estaba barato el material, y así salía barato el papel. Pero no nada más ese trabajo se hacía. La gente hacía la chaquirra también. Cuando yo estaba chavo ya se estaba haciendo la chaquirra aquí —será como unos cincuenta años. El papel tiene más antigüedad. Unos cien o doscientos años. Mi abuelita traía ya su tablita y ahí lo hacía, con su rodillo, uno de 10 por 20 o de 30 por 50 centímetros. Salen cuatro hojitas así en ésta, que es de 60 por 40. Antes ése era el tamaño: de ahí salen cuatro hojitas. Hacíamos puro chiquito. Quién sabe dónde lo llevaban a vender, estaba yo chamaco. Sólo se dedicaban al amate. Aquí en el pueblo había también un curandero que ocupaba también el papel, lo ocupaba para limpiar la enfermedad porque la gente acostumbraba eso. No había médico: con ese papel empezaban la limpieza, cuando estaban enfermos. Ya hecho el papel, lo cortaban, hacían figuras, hacían dioses y con eso curaban. A mí me curaron con el papel, así una enfermedad como ataques. Si le pega el aire a uno, le hacen limpieza o se te pone chueca la boca y con eso lo curan, tiene que estar hecha la figura. Se utiliza el amate, una vela, un pollo, para sacar el mal, lo tiran como ofrenda. Casi ya no lo están haciendo: ahora puro médico.”

*El agua es el ingrediente
que hace posible
transformar la corteza
del jonote en papel
amate. Es necesaria
para cultivar los árboles
y primordial para
enjuagar las tiras de
corteza después de
haber sido hervidas con
cal, ceniza o sosa*

“Yo he escuchado que ese gasoducto sí va a pasar, pero no sé si sea cierto, si pasa aquí por el pueblo quién sabe qué vaya a pasar, porque hay gente que dice que no es peligroso, pero quién sabe.

”Yo creo que sí puede afectar porque tenemos unos manantiales y no sé si vaya afectar el agua. La gente que ya sabe dónde pasará el tubo dice que es peligroso, no se puede hacer trabajo cerca de la línea.

”Hay una persona que es un líder de aquí que quiere que pase el gasoducto, pero la gente no acepta. Martillano dice que si pasa el gasoducto va a haber obras, va a haber escuelas, calles, la iglesia la van a reparar. Para mí no me

convence eso, porque si pasa el gasoducto van a tirar el cerro. Ese cerro si lo quitan, de dónde va a venir el agua.

”El cerro es un milagro, el curandero siempre va a dejar su ofrenda allá. Cuando están enfermos ahí suben a curarse. Viene el curandero a tu casa y la limpia que hicieron la llevan allá a los dioses; y poco a poco nos vamos sintiendo mejor.

”No queremos que pase el gasoducto, porque no queremos que afecte el agua, pues afectará nuestro trabajo. Sin agua no se puede hacer nada. Este material lleva mucha agua, no sé cuántos litros lleva: un chingo. Estamos todo el día, si no lavamos se echa a perder. Si no le quitamos el cloro se desperdicia.

”En tiempo de calor, casi no hay agua. En tiempo de sequía, en la tarde le cierran la llave y en la mañana le vuelven a abrir, porque tenemos depósito. Hay un comité que ve lo del agua, es de acá el comité, el pueblo lo nombra. Aquí San Pablito está dividido por secciones, ésta de acá tiene su propio manantial. Aquí la gente se junta, votan por su comité. Es por secciones. Cada sección tiene su toma. Los mismos productores de papel participamos ahí. El agua se junta cuando abre la llave el comité y entonces se puede trabajar.



Altar casero en San Pablito Pahuatlán. Foto: Daniela Garrido

”Las milpas también, por el campo, la gente sube a sembrar lo que es el maíz, el frijol y todo lo que tiene el pueblo, así que sí afectaría el gasoducto.

”No nos dedicamos sólo al papel, también siembro algo: cacahuates, sale para frijolitos, así para la comida, es para consumo familiar, no para la venta. Hay gente que siembra mucho, comercializan el cacahuate o el maíz. Vamos todos a trabajar el campo, los niños también. Hay que enseñarles a trabajar el campo, para que no se queden después sin comer.

”Regresando al papel amate. Acá nos lo compra la gente, aquí llegan por él. Nosotros queremos salir a vender, pero no sabemos dónde, no conocemos un mercado. Si me voy a vender a México y me piden una factura o así, de dónde

la voy a sacar, no tengo. El temor es que la gente lleva su mercancía e intenta vender afuera y hay veces que la policía o el soldado en donde está el operativo le preguntan, de dónde sacaste, y cuando uno se intimida y no responde bien pues se lo quitan. Es el mayor problema que tenemos y entonces mejor uno no sale porque nos lo quitan por allá, si no tenemos permiso o algún papel.”

“Cuando uno pela un jonote ya no le vuelve a salir la corteza. Se seca hasta la raíz. Mejor tumbar los árboles, los tumbas y queda así el tronco, pero retoña. Si lo tumbas así vuelve a retoñar, y así ya sacas el jonote.

”En un año ya esta así de grande (hace señas de un metro más o menos), si lo dejas tres años ya está listo para trabajar el jonote de vuelta.

”De un árbol apenas salen cuatro tiras, salen unos cuatro o tres kilos, es poquito. Nosotros compramos 200 kilos y los echamos en este cazo, apenas salen unas 350 hojas. Con 200 kilos, necesitas como 12 kilos de sosa. Imaginen. Ahorita sale caro. Vale como 35 o 40 pesos el kilo. Es difícil juntar la ceniza; antes se juntaba rápido. Antes en una semana íbamos a ese pueblo que se ve ahí, Xochimilco y ahí íbamos a juntar ceniza. En un día juntábamos unos 60 cuartillos. En un día. De ceniza le echamos unos 60 cuartillos por cinco de cal y lleva una carga de leña o una bestia cargada, decimos. Unos diez manojos grandes. Traían burros cargados con ceniza. Era cuando hacían piloncillo y de ahí salía la ceniza, pero luego del panadero no quedaba bien la ceniza, tenía que estar bien coladita bien finita. Con los panaderos llevaba mucho carbón, quedaría de otro color, puro papel moradito. El color blanco apenas fue con la sosa, antes era como pintadito con la ceniza y la cal. De varios colores tendrá como veinte años que lo hacemos. El cloro lo traemos de Tulancingo, unos 200 litros; no conviene traer poco porque es mucho gasto.

”Pues si pasa el gasoducto ya no vamos a poder trabajar. Sí es importante porque cuando se metió la sosa, cuando se hizo cambio del proceso, es cuando la gente empezó a emigrar, empezó a faltar la ceniza, es por la emigración porque la gente salió a buscar. Lo mismo que con el campo, la gente ya no lo trabajó, salió a buscar a Estados Unidos o a la ciudad. En un tiempo quisieron que paráramos de producir el papel porque se gastaba mucha madera. Pero la decisión depende de los presidentes municipales, ellos son quienes ponen esa ley de que los indígenas afectan esto o lo otro. Cada vez que veían que pasaban los camiones que traían el jonote o la leña lo detenían.

”Mostrando unas cortezas nos dice: miren, éste es del árbol de la mora y éste es del jonote, el colorado, éste no tiene ningún trabajo. Hay que pelarlo. Son dos capas: una por fuera y la otra empieza, ya lo limpio. Nosotros ocupamos lo de adentro, huele al chiquihuite.

”Pasando este mes de mayo, pasando junio ya empieza a ser el tiempo de sacar corteza, comienza a pegar. Si se cae la hoja ya no da. Eso dura como dos meses para cortar, cuando ya está maduro. Es cuando salió la hoja que es buena para cortar, cuando se le caen las hojas ya no está bueno, ya no sale, ya no sale, como que se amarra. En esos meses de ahorita los árboles están tiernitos, abril, mayo. Lo tumbamos con machete y lo pelamos, ya sale así de limpio. Como en una hora sacamos las cáscaras. Ese árbol de mora tiene esas lagrimitas que son las que pegan y ya no queda bien. También sale del tule, pero el original es el del jonote. Ese material te dura años, no como el tule, que dura como cuatro años, el

jonote dura como veinte años. También es el cuidado que le des. A los dos tipos de árbol se le da el mismo tratamiento. La mora tiene su propio color. Ése si lo echas con un poco de cloro lo blanqueas más, el jonote nada más hirviéndolo. La mora a fuerzas quiere cloro. Y después hay que tirarle todo el cloro; se escurre, al ponerse blanco al ratito o mañana temprano ya lo saco.”



El café es otro cultivo importante en la región. Aquí el café recién pizcado. Foto: Daniela Garrido

Nos enseña una corteza lista para trabajarla: “Éste es el jonote; es el material que utilizamos. A ver, dejen les enseño cómo lo hacemos”. Nos acercamos a un par de mesas que tiene en su patio y pone un par de tablas pequeñas, “primero hay que acomodar bien, te fijas en la orilla que quede bien derechito, es una muestra nada más para que sepan cómo se hace; voy a hacer una hoja chiquita, ahora ya vamos a echarlo y lo aplanamos con esta herramienta (una piedra lisa de metate)”.

Lo aplasta de forma uniforme y lo hace cuadrado. “Es una piedra de metate”, dice. “Ésta dura toda la vida, ésta si me muero me la echan en mi caja porque qué tal si me la piden allá, qué tal si me dicen, ponte a trabajar. Yo llego allá a trabajar aunque no sabemos que vaya a pasar, la gente cuando se muere se lleva su mecapal, su machete con lo que trabajó pues, todo eso se lleva. Así dice la gente del tiempo anterior.

”Éste que acomodamos ya lleva cloro, lo ponemos en tiras y lo vamos aplastando y juntando, éste es una muestra. Lo dejamos secar al sol. Cuando hace fuerte el calor, rápido en una hora ya está listo, toda la tabla la ponemos al sol. Mi abuela lo hacía así porque así lo pedía la gente para la limpia, para

curar. Éste es natural porque no le echamos cloro. (Siguen aplastando las tiras para el papel.) Cuando se abre le echamos agua para que con eso ya lo extiendan bien, hay veces que cuando se hace en hoja grande se seca por un lado y luego se seca por otro y así se le va machacando y se le echa agua y así va quedando, por eso el agua es muy importante. El agua es la materia prima para trabajar el jonote y para que crezca también debe tener mucha agua. Las tablas cuadradas que tenemos aquí son las bases y las redondas son para hacer las figuras. El agua es central para lograr esto, el agua es para toda la vida. Una figura de unos 40 por 60 lo damos en unos 250, lo pintamos con jugo de jonote, también lo usamos. Necesitamos mucha paciencia para hacer esto, tarda uno en aprender. De generación en generación vamos innovando, si uno quiere lo hace. Todo lo ocupamos, no sobra nada, no hay merma”.

El mero día de la fiesta de San Pablito, hablamos con el mayordomo René Trejo Hernández, quien también hace papel amate. Es el padre del mayordomo en turno y nos reunimos en la casa del mayordomo principal. Después que comimos mole y arroz, y bebimos atole de pinole, en ese mismo lugar se sentó con nosotros don René Trejo, mientras al fondo se escuchaba una banda de viento.

“Yo nací en la tercera sección, que es la parte norte del pueblo. Tuve cinco hermanos y tres hermanas. Mis papás se dedicaban al campo, eran campesinos, sembraban maíz, frijol, cacahuate, tomate, jitomate, nosotros trabajamos fuerte en el campo lo que es la caña. Es un trabajo muy fuerte, muy pesado, pero gracias a Dios yo aprendí; sé cómo se hace el piloncillo, viene de la caña, se muele en un *tlapiche*, así se llama el aparato, ése es lo que trabajaban mis padres. Los terrenos están aquí mismo en San Pablito. Ahora ya no se cultiva tanta caña porque se vende más el azúcar que el piloncillo. El atole que acabamos de tomar tiene piloncillo, cacao y canela. Mi papá también hacía papel amate pero él no salía a vender, él vendía aquí con la gente, con los comerciantes. No como yo hago, yo compro y salgo a vender.

“El jonote es el árbol con el que hacemos el papel. Yo así, gracias a Dios, así es mi plática, a mí me gusta trabajar en el campo, en el comercio. Creo que usted ha escuchado lo de los proyectos en la CDI, lo que es de todos los indígenas, ellos me apoyan mucho, ¿por qué me apoyan?, porque yo trabajo. Yo solito sembré 2 mil 500 plantas de jonote y me vino a buscar el delegado del CDI, don René, y me dijo: me enteré que tú trabajas en el campo y que hiciste esto y lo otro y por qué, me dijo. Pues porque es parte de mi trabajo, es mi materia prima, le dije. Yo mismo lo hago, el día que se acaben los árboles yo ya no tengo mi materia prima. Entonces tuve que plantar mis jonotes, todavía tengo allá arriba el terreno de mi difunto papá, es donde voy sacando poco a poco mi materia prima.

“Los sembré hace tres años, a los tres años ya puedes estar sacando materia prima. Crece muy rápido el árbol que conocemos como jonote colorado, jonote xalame, jonote mora.

“El trabajo es muy largo. Voy al campo, ahorita que ya tengo mis propios árboles, llevo a mi gente y los despegamos del propio árbol del jonote. Es la cáscara. La corto. El árbol se queda ahí, lo que es el tronco se queda ahí, lo que usamos

es la cáscara, y ya despegando le quitamos la cáscara, o sea pelamos la penca. Llego aquí a mi casa. Ahí tengo cazos, para que se hierva el jonote hasta que queda bien, le ponemos calidra y sosa de cocina, el trabajo es así. Como le digo un día se coce, otro día lo lavo y al otro ya está listo para preparar en un tablón. Ahí lo voy extendiendo, el jonote ya cocido y así, todo hecho a mano. Ése es mi trabajo que sí me ayuda mucho.

Sí lleva el agua, pero aguanta mucho el sol, ahí está vivo, cuando llueve mucho ahí está, aguanta mucho. Para el proceso sí se ocupa mucha agua, porque pues yo siempre pongo ejemplo, o sea si es una ropa muy sucia sí se ocupa mucha agua, porque cuando está muy cocido sale muy sucio por la cáscara, hay que lavar y lavar, enjuagar y enjuagar.

Antes en tiempos de mi papá la gente tenía que subir mucho para sacar agua. Había un río acá, y ahí iba, allá íbamos por el agua, tenía bestias, las cargaba con un bulto o dos bultos para ir a lavar allá, y ya de regreso se empezaba a hacer la hoja. Ahora todo ya es en los talleres, traemos agua de la montaña.”



San Pablito desde la cumbre de El Cuajolote. Foto: Itzam Pineda

“Yo llegué a comerciar el papel hasta por Veracruz, en Guerrero. A donde iba yo a vender mucho era a Maxela, Guerrero, a Xalitla, pero ahí todo lo que es papel amate es curiosidad, lo pintan con una historia de boda o quinceañera. También son indígenas los pueblitos a los que voy a vender y veo cómo lo pintan, los niños y niñas lo pintan, animales, pájaros. Es ahí a donde me doy cuenta que cada quien hace sus dibujos. Luego me cuentan cómo le hacen los niños que ya saben dibujar. Todo el papel es de aquí.



Diosa del agua. Foto: Eliana Acosta

”Esto de los papeles es cuento de muy antes. Sí. Me platicó uno de mis bisabuelos y a él le platicó su abuela cómo lo pensaron. En aquel tiempo el papel amate no se hizo nada más así, en aquel tiempo no había doctores para curar a algún enfermo, entonces la gente buscaba y buscaba cómo curarlos. Entonces tenían que ir al campo a buscar unas plantitas para que curaran a la gente; aquí los curanderos, los brujos que curaban a la gente, empezaron a hacer medicina con el jonote. Lo cocían, lo hervían y ahí lograban el papel amate. Lo cortaban, hacían muñecos buenos y muñecos malos y bueno agarraban este papel amate porque viene del campo. Es un papel que es bueno, con eso la gente hacía muñecos buenos o malos. Con eso limpiaban a la gente, si usted está enfermo, lo va a limpiar un curandero, un brujo. Pero hacían una oración también. Y qué

crees: sí se curaba la gente. Entonces el papel amate tiene esa importancia, es ahí donde la gente le entró. Y así descubrimos que el papel amate, el jonote, sí es bueno. Nos siguió, porque sí se curaba la gente.

”Hay gente que sólo lo toma como adorno, pero lo que dice la gente, lo que luego nos pregunta la gente, lo que yo he escuchado luego cuando voy a algún negocio, es que de dónde viene el papel amate. No, pues el papel amate viene del pueblo de San Pablito. Ese pueblo es el que lo hace. No hay otros pueblos, es de aquí. Hay otros pueblitos que intentan hacerlo, por ejemplo Xochimilco intenta hacerlo, porque San Pablito está progresando con este negocio, pero no sé por qué pero no funciona y no sé por qué, y le pregunto a unos amigos: tú te enseñaste a hacer papel amate, por qué no seguiste. Pues no sé, me dicen, no me gustó, no me interesó. Ya aquí como le digo, yo ya tengo mi jonotal, como se le diga. Yo voy a traer mi jonote, traigo unos 400 o 500 kilos y ya es una ayuda, 500 kilos de 10 pesos ya son 5 mil pesos en lugar de comprar, si hay tengo.

”Y de ahí salen como 2 mil hojas. De una tonelada salen 4 mil 500 o 5 mil hojas, ya depende la habilidad de cada quien.

”La habilidad la van aprendiendo los jóvenes, lo están aprendiendo algunos, nuestros nietos.

”Aquí que salga y sea rentable depende de uno, de la misma gente. Yo de mi persona si le echa ganas uno, pues sí funciona, pero como usted dice, yo voy a vender y si ya no vendí voya hacer otra cosa. Yo lucho y lucho. Busco otros mercados, otros lugares para poder seguir adelante.”

“Yo desde que nací, mi papá y mi mamá, ellos hablaban esa lengua, el ñahñú. Entonces desde niños aprendimos, es como usted tiene un hijo pues de niño va entendiendo el castellano, así estamos nosotros, uno que es mexicano enseña desde niño y así se va enseñando. Mi niño ya está aprendiendo nuestra lengua porque así la hablamos, por eso así se va aprendiendo, los niños más chiquitos están aprendiendo el ñahñú. Apenas hay dos dialectos, aquí en San Pablito, el de Xochimilco, en Zacapehuaya, en Santa Mónica, es el otomí. También se habla el náhuatl, el mexicano. A mí me gustaría seguir enseñando esta lengua a nuestros hijos y nietos, para que no se pierda. Tanto el trabajo de uno que tampoco se pierda, como usted dice, es importante. No queremos perder la lengua.

”A veces hasta mis hijos me dicen: yo ya no quiero seguir como tú hablas, yo ya tengo estudio. Yo les digo: no por favor, tú sígueme, que no se pierda. Y sí nos obedecen. Yo no me olvido de mi raza, de mi lengua, de mi familia y me da gusto que no se pierda.”

San Nicolás Tolentino

El sabinal donde nacen las nubes

El siguiente texto es una reconstrucción de la plática que nuestro equipo mantuvo con Miguel López Alejo, Claudio Modesto José, Serafín Cajero Antonio y Rebeca López Patricio en enero de 2018. Se consultó también la investigación de Karina Aidé Arriaga Chiapa.



Foto: Daniela Garrido



La petición del agua (detalle), *Los Tenangos...*, p 88

Nzes'ni, San Nicolás Tolentino, lugar donde crece el sabino, se asienta en lo alto de la cañada que divide a los dos estados; se ubica justo en medio de dos rincones centrales en la historia serrana otomí: Tenango de Doria, Hidalgo y San Pablito Pahuatlán en Puebla. Desde sus elevadas lomas se percibe, al sureste, la angostura completa que peligra con los megaproyectos en ciernes, el territorio que comparten tantos pueblos, el águila que dibujan los barrios de San Pablito debajo de las nubes y los ecos del son que suben cada atardecer entremezclados como el vapor y cuyas cadencias confirman, de una manera más, la unidad del territorio.

San Nicolás es la cuna del bordado que afuera se denomina Tenango por su pertenencia a este municipio. La actividad es expresión de hombres y mujeres en comunión con su entorno, aunque la historia de la comunidad no es pura armonía sino más bien lucha constante. Fue lugar de refugio desde la invasión española; su población itinerante en última instancia llegó proveniente de La Concepción y desde El Cirio en el siglo XIX. Las condiciones históricas nacionales permitieron rápidamente un proceso de acaparamiento de tierras, pero durante la Reforma Agraria los campesinos vieron la oportunidad de sacudirse al cacique local. A partir de ese momento, Nzes'ni gestiona su propia vida colectiva; agua, luz, carretera son el fruto del trabajo de su gente que hace décadas también es migrante. Pero al mismo tiempo que el proceso de autogestión se mantiene, esta población ha estado en la mira constante de actores externos como el Instituto Lingüístico de Verano, la delincuencia organizada y la perenne lógica perniciososa de los partidos. La defensa de lo logrado por varias generaciones tiene así un sentido profundo, histórico.

Desde el temazcal, como uno de los núcleos en donde se tejen y se refuerzan los hilos comunitarios, desde los espacios familiares de bordado hasta la escuela y la plaza del pueblo, San Nicolás decidió hace varios años unirse a la lucha por la defensa del territorio compartido con las comunidades hermanas en contra de los nuevos proyectos impulsados desde el poder político y económico, en particular este gasoducto que desarticulará la vida regional y amenaza las fuentes de agua de las comunidades.

Nuestra preocupación es evitar que se contamine el medio ambiente, evitar el impacto social. Hace muchísimos años, nuestros abuelos y bisabuelos han cuidado el bosque mesófilo, los cerros, los montes que nos rodean aquí en San Nicolás y que todavía se encuentran en nuestra región, con la finalidad de seguir conservando las diferentes especies de plantas que existen aquí en la sierra.

Hoy vemos la necesidad de conservar el bosque mesófilo, porque de ahí nacen las nubes que hacen llover en nuestra región. Esa agua que llueve aquí hace que produzcan las diferentes semillas que la misma madre naturaleza nos siembra o la semilla que siembran los campesinos para que se den las cosas que nosotros necesitamos, llámale maíz, chile, frijol y otras cosas que se dan en la sierra, ya que viene siendo como de uso familiar, aunque, cuando hay de sobra, le vendemos a otros pueblos. Llevamos a vender acá en Tenango, cuando hay sobreproducción, pero cuando no, por lo menos que abastezca para la alimentación de la familia. No queremos que se contamine el agua, los manantiales. Es lo que consideramos primordial para nosotros. Son varios, de donde jalan agua también los de San Pablito. Son como treinta manantiales. Hay manantiales grandes, chicos y medianos.



Montellano, Puebla. Foto: Daniela Garrido

Ya que somos pobres y no tenemos riqueza que heredarles a nuestros hijos, cuando menos les vamos a heredar el bienestar de que no esté contaminada el agua, que no esté contaminado el aire que van a respirar mañana o pasado, que no se enfermen. Que sea una buena herencia que nosotros le vamos a dejar a nuestros hijos.



Foto: Daniela Garrido

Bien dicen acá las personas mayores: somos pobres y a lo mejor ya no vamos a llegar a ser ricos, pero por lo menos queremos estar sanos. No queremos contaminación, ni de agua, ni de aire, ni de suelo. Si comemos quelites, que sean limpios. Si tomamos agua de manantial, que sea limpia, y si respiramos aire, que sea limpio también. Estamos orgullosos de estar aquí.

Le llamamos vida o el placer de servir a los demás, hacer el bien para los demás. De esa manera estamos construyendo un buen futuro para nuestros hijos.

La mayor preocupación ahora es que el gobierno se ha puesto de acuerdo con la empresa TransCanada para que pase el gasoducto por nuestro territorio. Porque nosotros como campesinos nos damos cuenta de que va a destruir, en primer lugar, nuestras tierras, porque son 12 metros los que van a ocupar para colocar el tubo, son 12.5 metros de cada lado: en total 25. Ésa es nuestra

preocupación. Nosotros somos pequeños productores de café; entonces, esos 25 metros nos afectarían mucho.

Por otra parte, la empresa TransCanada, en conjunto con el gobierno, han dicho que no somos indígenas: eso es lo que nos da coraje, porque la mera verdad, nosotros, ¿cómo no vamos a ser indígenas? Siempre hemos sido una comunidad netamente indígena. Tenemos muchas tradiciones y no queremos que se pierdan, porque de por sí se han estado perdiendo por la migración que hay, porque no hay trabajo. La mitad de los habitantes de San Nicolás están en Estados Unidos.

Esas personas de la compañía, cuando llegaron aquí, entraron y no pidieron permiso. Cuando nos dimos cuenta, ya andaban por ahí midiendo, entrando por las milpas, las huertas, los frijolares, por los chilares... ¡Sin permiso! Es ese coraje que nosotros tenemos.

Conocemos nuestros derechos, sabemos que existen los convenios, artículos constitucionales, también leyes del estado.

Nosotros, con lo poco que hemos aprendido en las capacitaciones que hemos recibido, aunque los de la empresa digan que no van a causar daño o que no va a traer ninguna consecuencia mala, eso no es cierto, porque, a lo mejor, al pasar esos tubos, de momento puede ocurrir alguna explosión, que con el tiempo puedan explotar los tubos. Además de que se contaminaría el aire y, al contaminar el aire, dañaría la flora, la fauna, contaminaría los manantiales... y ahí es donde van a venir las enfermedades. Esa es nuestra mayor preocupación.

La fundación de nuestro pueblo, a ciencia cierta, en lo particular, no se sabe.

Pero uno de los abuelos que casi vivió 110 años, porque nació por 1830-1840, fue uno de los primeros pobladores de aquí de San Nicolás, así es cuando se funda un pueblo, cuando eran pocos habitantes. Poco a poco se van aumentando. No se sabe en qué año se fundó la comunidad. Pero su creación fue cien por ciento indígena. No había raza mestiza. Después es que ya existió la raza mestiza, un poquito por lo mismo que la educación hace los cambios —lento, pero sí.

La lengua indígena de aquí de San Nicolás es el otomí, el ñuhú, más el español que viene siendo una lengua adicional que se ha aprendido en la escuela y también en la cabecera municipal en Tenango de Doria. Antes los habitantes de Tenango hablaban puro otomí, pero, cuando entró el comercio, llegaron los comerciantes, se establecieron y eran de raza mestiza y ahí es donde se fue mezclando la raza y en casos se fue eliminando o casi. Hubo un cambio en el caso del idioma. Porque quiéramos o no, a fuerza la escuela es la que da el cambio, es el motor del cambio. Sin educación, no hay cambio. O sea, que desapareció la lengua indígena en la cabecera municipal y floreció el español. Aquí en San Nicolás, como vivimos en una comunidad fuera del municipio, pues va habiendo cambios, pero más lento. En Tenango está la primaria, la secundaria, el bachillerato, la universidad intercultural o la UPN. “Ya no quiero hablar otomí” o “me da pena,” cuando no debe ser, porque es parte de la riqueza de nuestra gente nuestra lengua.

Por otra parte, la empresa TransCanada, en conjunto con el gobierno, han dicho que no somos indígenas: eso es lo que nos da coraje, porque la mera verdad, nosotros, ¿cómo no vamos a ser indígenas?

Entonces, no hay que hacer tanto caso de lo que dice la gente y más si se burla de la gente indígena. Vamos a tomar el lado bueno de la cultura. Nosotros seguimos hablando nuestro otomí; estamos contentos: trae buenas ideas, una buena formación cultural también. Porque se sabe inyectarle los valores morales a la niñez y a la juventud, si queremos ver por ese lado.

No hay que hacer caso de lo que dice la gente y más si se burla de la gente indígena. Nosotros seguimos hablando nuestro otomí; estamos contentos: trae buenas ideas, una buena formación cultural

Sinceramente no sabemos muy bien cuántos años tiene la comunidad desde que se originó; sólo que venimos de otros pueblos que, por situaciones de batallas y guerras, nuestros ancestros vinieron hasta acá donde se refugiaron en las montañas, donde no nos encontrarían, donde ellos querían que su cultura permaneciera. Entonces, algunos vinieron de unas montañas de por allá y después se vinieron acá. Hay un lugar, le dicen “Iglesia Vieja”, así le decimos en español; en ñuhú es *Dónija* que es “templo mayor” o “templo sagrado”. Después de allá, de la Iglesia Vieja, se vinieron para acá, donde ahora estamos establecidos, porque allá faltaba agua, casi no había. Entonces, se desplazaron para acá y aquí ya se fundó bien lo que es San Nicolás.

No sabemos cuántos años, pero ésa es la historia. Siempre hemos sido una comunidad netamente indígena. Podemos decir que tenemos muchas tradiciones y que no queremos que se pierdan, porque de por sí se han estado perdiendo por la migración que hay, porque no hay trabajo. Entonces, la mitad de los habitantes de San Nicolás están en Estados Unidos. Por eso ha cambiado un poco la cultura, porque traen otras tradiciones, otro tipo de vestimenta.

Con este megaproyecto, pues estaríamos peor. No queremos que nos desaparezcan como cultura ñuhú. El gobierno ya conoce todo esto, solamente que le conviene que pase el gasoducto. No es que no conozcan las leyes: ellos ya lo saben, pero nos quieren pisotear: “Son indígenas; no saben nada. Yo les puedo hacer lo que yo quiera,” pero no. Sí conocemos nuestros derechos, sabemos que existen los convenios, artículos constitucionales de los Estados Unidos Mexicanos y también estatales. Sí los conocemos. Que ellos no quieran protegerlos es otra cosa.

Aquí tenemos tres clases de tierras: **propiedad, ejido y común.** Cada una de estas tenencias tiene sus características. El trazo del gasoducto pasa por los tres. Pasa por tierras comunales, ejidos y por pequeñas propiedades.

La pequeña propiedad tiene como característica que la puedes vender a la hora que tú quieras o si quieres rentarla a otra persona o si la quieres explotar no hay ningún problema. En cambio, en tierras ejidales, antes se tenían que respetar las leyes ejidales de que, si tú eres dueño de una parcela, dos o tres parcelas, entonces tienes que sembrarlas, porque, si no las siembras o no las ocupas, te las podían quitar y no las podías rentar.

Las tierras comunales son parcelas. Son de 75 por 75, en el ejido son 100 metros cuadrados. Son las medidas que se le dio a cada uno de los que sembraban en aquel entonces. Se dice “comunal,” porque es del pueblo. A la vez, al que le dieron su parcelita, es de su propiedad, pero a la vez también no, porque decimos que es de todos, es del pueblo.

A los que eran los jornaleros que no tenían dónde sembrar, la comunidad les concedió un pedazo. Como bien se dice: “la tierra es de quien la trabaja”. Entonces ellos, porque habían sido siempre jornaleros, no tenían una pequeña propiedad y entonces la comunidad les prestó para sembrar. Pueden sembrar cada año, pero si dejan de sembrar, se la pueden pasar a otra persona, porque ven que no la están utilizando.

Aquí hay ejidos y tierras comunales. No es que sean dos regímenes, sino que les habían dado ejido y, al darles ejido, ellos a su vez, a la gente que no tenía terreno, le dieron tierra comunal. De sus terrenos comunes, que de por sí hay terrenos que son parcelas individuales o familiares en un ejido, que son las “dotaciones” que le dan a cada familia y además un terreno común. De ese terreno común repartieron comunalmente a gente que no tenía tierras. Pero no es que sean dos regímenes diferentes. Son ejido, pero dentro de ese ejido, en su arreglo interno hicieron esto.

Ahora el gobierno federal trata de deshacer los ejidos y las tierras comunales, y las quiere acabar: los quiere convertir en pequeña propiedad para a lo mejor deshacer a las organizaciones, para que sea más fácil para el gobierno después venderlas.

Adentro del ejido ahí trabajan todos los indígenas, todos los campesinos; ahí trabajan algunos o los mayores siembran maíz, frijoles, chiles, tomate. Algunos tienen cafetal. Ahorita, la mayor parte tiene cafetal. Los bosques, los manantiales donde consumen agua todos los campesinos, son los gobiernos los que ellos mismos destruyen, porque es una destrucción lo que hacen, pues son vende-patria. Nos están pisoteando nuestro derecho indígena. Pero dentro de esta lucha, dentro de esta defensa, sabemos que existe, en primer lugar, el Código Agrario, la ley, la Constitución y también el Convenio 169 existe.

Nosotros como mexicanos, nosotros los indígenas de esta localidad, tenemos usos y costumbres: la manera de cómo elegir a nuestro delegado. Existe una organización interna en la que el delegado tiene que colaborar con la asamblea comunitaria para acordar algunas actividades prioritarias que pasan a beneficiar el desarrollo de la comunidad (la educación, la ampliación de la energía eléctrica, a lo mejor el drenaje, la pavimentación de una calle). La asamblea comunitaria hace que se reúnan, recuerden qué trabajo se tiene que hacer para el desarrollo mismo de la comunidad y esa organización nos trae nuestras cosas buenas, porque gracias a esa organización tenemos la carretera de Tenango a San Nicolás. Se invirtió 36 millones de pesos por los 7.5 km de Tenango a San Nicolás y a varios nos tocó ser parte en la gestión de esa obra.

Nuestros derechos ya los conocen desde nuestros bisabuelos, nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros. Ahora estamos siguiendo esta lucha, porque no queremos que pase a destruir nuestro territorio, aunque el gobierno está pisoteando nuestros derechos, nosotros estamos fiel dentro de esta lucha. Son 459 pueblos que son indígenas, afectados; por eso ahorita no queremos dejar pasar el gasoducto, porque es una destrucción para los diferentes pueblos.

San Nicolás viene siendo un ejido, pero con cuatro terrenos diferentes, con cuatro “anexos”. Cuando los campesinos echaron al terrateniente, se organizaron entre tres pueblos: San Nicolás, San Pablo El Verde y la comunidad de El Nante. Se organizaron así en organización tipo militar para derrocar al cacique entre el año 1934 y 1940, cuando recién había llegado al poder el general Lázaro Cárdenas. En esa época fue que entraron los campesinos y tomaron las tierras.

Se armaron los que no tenían armas para derrocar al rico y de esa manera pudieron cumplir el objetivo de recuperar las tierras.

Se llamaba Santos Patricio y había arrebatado algunas tierras o había comprado algunas, pero se volvió malo con la gente y de ahí surgió el rencor, el odio entre el pueblo proletariado. A veces abusaba en la tienda de raya, les pagaba con mercancía pero no les daba dinero. Les otorgaba préstamos, pero casi nunca tenía fin.

Uno de los señores grandes cuenta que él tenía un terreno por acá por el Madoce, que le dicen, “el lugar donde cae el hielo”, que colindaba con su terreno del rico, y como que amenazándolo le decía: “si no me lo vendes, regálame lo o te lo voy a quitar de un tiro”. El terreno de mi abuelito tenía manantial.

Pero la historia es interesante porque los ricos que no eran tan ricos —que eran poco ricos—, se asociaron, financiaron que el campesinado tomara las tierras del mero rico. Y ya con eso crecieron ellos también porque de otra manera los opacaban.

Ahora TransCanada es la que nos va desplazar de nuestra tierra. Hemos participado en varias reuniones en Pahuatlán, Puebla. Fueron citados por el presidente municipal los señores de San Pablito y otras comunidades, donde les informó que les iban a pagar que si 40 o 50 pesos por metro cuadrado. Pero que el presidente municipal “muy buena gente, había negociado y le iban a pagar 70 pesos por metro cuadrado, que porque era bien buena gente”. Entonces, ahí es donde nos trataron de convencer. Nosotros no quisimos hablar, porque a lo mejor podríamos causar un problema a los de Puebla —porque nosotros llegamos de Hidalgo—, pero quisimos saber cómo se protegen o defienden los derechos en ese caso. Fuimos y ya vimos un montón de gente de San Pablito y de otros lugares que fueron a Pahuatlán en contra de la empresa, el gasoducto y el presidente municipal. De esa manera, pues, las comunidades del municipio de Pahuatlán conjuntaron muchas fuerzas para contrarrestar la fuerza del presidente municipal para pasar el gasoducto y de esa manera se fue para abajo. Aquí en San Nicolás, hizo lo mismo el presidente en 2017. Vino aquí y nos quería convencer: “Señores, vengo a verlos, a hablar con ustedes: qué bueno que ya sólo queda San Nicolás y Santa Mónica. Entre los dos se van a dividir 80 millones de pesos; va a haber mucha lana...”, o sea, nos quería convencer. Y le dijimos: “señor presidente, si nos permites opinar: tu papel como presidente municipal es buscar el bien colectivo de las comunidades del municipio, de tu municipio”, y le dijimos: “nosotros te vamos a aplaudir pero cuando pidas al gobierno federal o estatal obras para beneficiar a la comunidad; pero si vienes a negociar que pase el gasoducto, que nos van a dar un dinero y esto que el otro, no te vamos a aplaudir —porque nosotros, los pueblos indígenas, somos autónomos. Somos nosotros los que vamos a ver si pasa o no pasa. Nada tiene que ver que nos vengas a decir, que nos quieras convencer para que pase el gasoducto. En ningún momento. No te vamos a aplaudir. Al contrario, te vamos a contrarrestar, porque nosotros los pueblos indígenas somos autónomos. Si decimos que sí, pues va a pasar. Si decimos que no, no pasa. Así que mejor haz bien tu papel, haz tu gestión para beneficiar a las comunidades del municipio, no para perjudicar”. Entonces, se enojó: “entonces, piensan que estoy haciendo un trabajo que no me corresponde...”. Pues le llevamos la contra al presidente municipal, porque sin falta alguna nos quería convencer y según va

a venir después para tratar de convencernos. Pero, aparte de eso, para culminar un poquito esto: nosotros tenemos una demanda. Por lo tanto, no nos desmoraliza, aunque nos cansamos física o económicamente, pero voluntad existe para seguir adelante en la batalla y va bien. Por lo tanto, pensamos que, aunque venga el presidente de la República, aunque venga el gobierno del estado, no nos hace nada, no nos espanta. ¿Por qué? Porque es un derecho. La Organización de las Naciones Unidas le ha dado a todos los países del mundo donde existen los pueblos indígenas que deben ser protegidos por los gobiernos, no esclavizarlos o explotarlos, como al revés lo quieren hacer aquí en México con relación a las nuevas leyes de Reforma, que en vez de beneficiarnos, nos perjudican.



San Pablo el Grande, *Los Tenangos...*, p 88

La región donde surgen los bordados que la gente conoce como “tenangos” la forman tres municipios. Los habitantes de estos tres municipios están bordando ahorita, ya aprendieron. Aprendieron las gentes de otras comunidades. Hay quienes dicen que los primeros “tenangos” eran de aquí, de San Nicolás Tolentino. Pero como el municipio es Tenango de Doria, por eso le comenzaron a decir “tenangos”.

También fue porque había gente que se iba a México a vender. Don Serafín es el que nos ha contado. Se iban a vender y allá les preguntaban de dónde eran y no decían: “nosotros venimos de una comunidad que se llama San Nicolás”. Decían: “venimos de Tenango de Doria”. De ahí surgió. Pero nunca dijeron: “venimos de una comunidad que se llama San Nicolás”, sino que dijeron “venimos de Tenango de Doria”.

A estos bordados se les llama EdidesnÍ: “Edi” es bordado; “DesnÍ” es San Nicolás. Pero ya no tenemos el nombre originario de aquí: es “desnÍ”: el lugar donde crecen los pinos. Más que pinos, sabinos, porque es bosque mesófilo. Había antes, son árboles muy antiguos. En realidad hay poco pino. Estos bordados son la representación de la biodiversidad que tenemos, tanto de la fauna y la flora. Ésa es la inspiración de los que empezaron a hacer todo eso: empezaron a plasmar figuras de la comunidad o de su ambiente —de lo que veían, de las plantas y todo eso.

Hay dos versiones de cómo surgió: una es que en El Cirio, donde habitaron antes nuestros antepasados, hay pinturas rupestres y dicen que de ahí nació eso de plasmarlo en una tela y luego bordarlo; y dos: que una señora, que la abandonó su esposo, la abandonó porque ella tenía puras hijas y él quería un varón. La señora se quedó en la calle sin casa —la corrieron, más bien— y empezó a dibujar, a bordar. Se fue creó que a Pahuatlán a venderlos. Como vio que sí vendió, sí le pagaron, empezó a hacer más y ya con el tiempo otras señoras fueron viendo y comenzaron. Esto es originario de aquí, de San Nicolás, nada más las de aquí lo hacíamos; pero como comenzaron a hacer más pedidos, los de aquí comenzaron a darle a los de San Pablo, Peña Blanca y ahorita casi todo el estado de Hidalgo lo hace.

¿Qué pasó con el gobierno de México? Que quiere hacer una destrucción adentro de nuestro territorio, pero nosotros como campesinos, como indígenas no nos desmoraliza, aunque nos cansamos física o económicamente, la voluntad existe para seguir adelante en la batalla.

Pero a ellos no les importa si nosotros bailamos en los cerros, si adoramos el agua. No les importa: ellos sólo quieren dinero.

Nosotros tenemos una demanda. Lo que nosotros queremos es que se cancele el proyecto del gasoducto, porque a nosotros no nos beneficia nada. Bien dicen acá las personas más mayores: somos pobres y a lo mejor ya no vamos a llegar a ser ricos, pero por lo menos queremos estar sanos. No queremos contaminación, ni de agua, ni de aire, ni de suelo. Si comemos quelites, pero que sean limpios. Si tomamos agua de manantial, que sea limpia, y si respiramos aire, que sea limpio también. Estamos orgullosos de estar aquí.

La cumbre de las aguas profundas

–Se puede decir que no tenemos nada oculto, ni tenemos por qué negar, ¿verdad? Uno se defiende, está defendiendo sus derechos. Una historia muy exacta —¿cómo qué puedo decir?— muy exacta no muy bien la tengo. De todos modos, si se vale decir lo que recuerdo, les cuento. Porque lo que yo sé, casi nadie lo sabe. Había personas que sabían las cosas, nada más que ya no viven. Ahí sí como dice el dicho: de los viejos nada más yo estoy quedando. De la edad que yo tengo ya no hay. Me llamo Odilón Castillo Galindo. Voy a cumplir noventa años ahora en abril. Soy del 1 de abril de 1928.

Nací aquí en Montellano. El lugar donde yo nací, en la lomita de allá, allí nacimos todos. Pero ya enseguida nos venimos para acá.

Fuimos diez hermanos. Dos medios hermanos; son los primeros. Luego ocho de mamá y papá. Mi papá trabajaba, sembraba milpa y cuidaba algunos animalitos. Sembraba maíz, frijol, tomate y chile poco, pero sí. Papas. Tenía unas vaquitas. Daban leche; queso no. Se ordeñaban las vacas pero nada más para el consumo.



Santos Vargas de la comunidad de Montellano. Foto: Daniela Garrido

No había escuela. Las escuelas ya fueron 'ora hace poco. Me tocó a mí, a mis hermanos y a mis primos luchar para que tuviéramos un maestro, porque no

había maestros, ni en Zoyatla. Donde había era en Tlalcruz, Cuauneutla, en Pahuatlán, pero en las demás comunidades no había. Como no íbamos a la escuela, desde que empezamos a poder a hacer algo, comenzamos a ayudar a mi papá. Tenía de doce años arriba.

Lo primero fue cuidar a los animalitos; pastoreábamos las vaquitas y así crecimos. Después, ya tenía 14 años cuando empecé a trabajar en el campo. Como mi papá ya estaba grande, ya no podía trabajar. La cosa fue que todos mis hermanos se casaron, se apartaron y nada más yo quedé con mis papás; porque yo soy el último de los hermanos y me quedé con los viejos. Entonces sí está largo, porque tenía catorce años cuando mi mamá murió. Nos quedamos solos mi papá y yo. Éramos tres hermanos que estábamos todavía con mi papá. Todos los demás ya se habían casado; pero tan pronto mi mamá murió, los otros dos

trataron de casarse y se apartaron. Nos dejaron solitos.

El terreno es todo. Era un terreno grande. Ultimadamente sí fue de mi papá, porque antes era de mi abuelito y murió mi abuelito y se lo quedó mi papá. Sólo fueron dos hermanos hombres, y hubo también mujeres. Aquí eran propiedades, nunca supe que fueran ejidos. Eran propiedad, pequeñas hasta eso. Apenas había poca gente; de por sí no somos muchos. Porque todas las generaciones —se puede decir que los jóvenes nomás—, en estos tiempos, salen de la escuela y se van a otro lado: a México, hay varios en Estados Unidos.

Ni en Pahuatlán había doctor pero había un señor, un médico que, hasta eso, era de Japón: se llamaba Sasuke Miyano. Era el único que funcionaba como doctor. Sí, en Pahuatlán. Él daba puras agüitas, cucharadas. Él preparaba

las medicinas. Había estado en Honduras. Yo era niño, crecí y doctores no había. Todavía cuando yo ya era casado no había doctores.

La gente nos curábamos con remedios del campo; al menos mi mamá, cosas que, verdaderamente... Dios le da a uno la advertencia de cómo hacer las cosas, porque aquí mi mamá curaba a mucha gente. Con puras hierbas. La verdad, no me acuerdo de todas. Había, por ejemplo, unas que les decían “hierbas del golpe”, yerbabuena, yerba del pastor, Santa María, Simonillo. Ése lo ocupamos cuando la gente se enferma del estómago o cuando se enferman por algún coraje. Le ponían Simonillo, canela y quién sabe cuánto, la verdad; muchas cosas que ya no me acuerdo. Ella curaba muchas personas y sí se aliviaban. Creo que no había enfermedades como las que hay ahora. Antes, las enfermedades eran más fáciles de curar; porque mucha gente vivió muchos años. No se enfermaba la gente mucho. Unos duraron 60-70 años, otros duraron más. Así se curaban.

Venía la gente a buscar a mi mamá aquí a la casa y a veces ella salía. A veces nada más hacía las medicinas y se las daba. Pero ella nunca cobró. Nada. Ella no. Lo hacía por amistad, por ver que las personas la buscaban; ella con gusto les daba la medicina. A veces, cuando estaba cerca, iba a ver a las personas y les hacía remedios. Les preguntaba cómo se sentían.

No me acuerdo bien cuánto tardó mi mamá; pero ella todavía estaba fuerte, podía andar, todavía trabajaba bien. Se ha de haber muerto como de unos cincuenta o sesenta años. Ella murió de una hernia. Ahora me acuerdo y digo: si en

Me empezó a interesar la historia del pueblo porque nos encargó la comunidad; le encargó a mi papá y a mi papá se la encargó mi abuelito, porque mi abuelito fue el que fundó esta comunidad

ese tiempo hubiera habido la facilidad que hay ahora, mi mamá hubiera vivido mucho tiempo más. Porque ahora las hernias fácil las curan: las operan y la persona sigue viviendo. Pero ella no, ella de eso se murió.

Me empezó a interesar la historia del pueblo porque nos encargó la comunidad; le encargó a mi papá y a mi papá se la encargó mi abuelito, porque mi abuelito fue el que fundó esta comunidad.

Ya tiene tiempo este lugar. Mi papá sí duró. Él duró 105 años. Nunca se enfermaba de nada. Por fin, que cuando murió, todavía andaba caminando y no murió de enfermedad. Murió de viejito. Él me platicó de cómo se vinieron, porque eran de Pahuatlán —vivían allá. Mi abuelito nació en Pahuatlán. Nos platicó que en Pahuatlán apenas había unas casas. No estaba el pueblo como ahorita. El centro, decía que era un campo. Era jehuitero. De la cancha para abajo, dice que era un escobal. Puro zacate.

Nos platicó mi papá que estaban pobres, bien pobres. Se vinieron porque mi abuelito tenía un compadre y ese compadre le pidió favor: que quedara de fiador por él, por un dinero. El compadre consiguió un dinero prestado y le pidió de favor que quedara por él mi abuelito —y mi abuelito quedó por él. Pero sucedió que, como mi abuelito también era pobre, no pudieron pagar. El compadre no pudo pagar; al contrario, se rebeló contra mi abuelito. Y a mi abuelito le embargaron su casa con todo lo que había, con todo lo que le dejó mi bisabuelito. Le quitaron todo: nomás lo echaron para afuera como ahorita estamos. Fue la policía a sacarlos de noche y de noche se vinieron. Llegaron y lo bueno es que ya tenían el terreno: ya sabían, ya habían venido por acá, venían en veces.

Acamparon debajo de un arbolote. Dice mi papá que era un encino muy grande y muy cerrado de rama y hojas. Allí vivieron hasta que pudo hacer una casa mi abuelito. Cuando se vinieron ellos, no había casas. Había montañas. Era una sola montaña, pero el camino ya estaba. Aquí pasaba el camino. Era camino que se iba por San Francisco para abajo. Era un camino real, grande. Desde Pahuatlán era el camino. Nada más había un viejito que vivía hasta por allá en la orilla de la comunidad, para abajo. Según que había otro, hasta por allá igualmente, por medio monte. Ya eran abuelitos, quién sabe cómo era que vivían. Ya no alcancé a saber cómo vivían esas personas. Luego, a mi abuelito lo empezaron a jalar los pueblos cercanos; Tlalacruz, Zoyatla ya estaba... —no estaba como tal, pero ya era Zoyatla. Lo jalaban: se lo llevaban en la noche y se lo llevaban preso, porque querían que diera servicio. Uno lo jalaba y el otro también, se lo andaban quitando. Él no quiso jalar con nadie. Se sostuvo aquí y nunca lo pudieron obligar. Él lo que hizo, cuando llegó acá, empezó a trabajar. Su trabajo de él fue hacer carbón. Empezó a desmontar y a hacer carbón.

Sí, y ése fue su trabajo. Así terminó: haciendo carbón. Ya después él ya necesitaba que le ayudaran: empezó a invitar gente de otro lado para que vinieran a ayudarlo a trabajar. Les prestó tierra adonde vivieran y se los trajo. Todos sus peones vinieron a vivir ahí con él. Hay un montón de sitios; en parte todavía hay algunas plantitas de las que sembraban. Todavía no tiene mucho tiempo que donde quiera había esas plantitas espinudas rosas, de las grandes y de las chiquitas. Todavía las conocí. Así fue.

Llegó el día en que él pensó luchar para hacer la comunidad, para que no les anduvieran molestando. Yo creo que sí tenía palancas, porque en Pahuatlán fue correo de la valija, de Pahuatlán a Huachinango. Ése era su trabajo en Pahuatlán.

Y andaba a pie de Pahuatlán a Huachinango. Caminaba por Xolotla y pasaba por Naupan. Ése era su camino. Lo hacía a pie y traía y llevaba encargos. Entonces, la gente lo conocía.

En Pahuatlán tenía a todos los políticos, porque ya había políticos. Sí lo conocían. Por eso es que los pueblos no le podían hacer nada. Él, ya con su gente, empezó a trabajar para independizarse y sí lo logró. Nada más que nos platicó que le pedían cuarenta ciudadanos, para poder independizarla. Porque aquí no tiene nombre de pueblo, tiene nombre de ranchería. Esto creo que tiene más de 200 años, porque mi papá estaba chiquito. Mi papá, cuando salieron de allá, dice que se daban mucho los chilacayotes y que ya habían desmontado por ahí la cruz. Que había sembrado y había muchos chilacayotes, pero grandes, y que con trabajos se aguantaba uno de aquí a Pahuatlán cargando: estaba chico, chamaco. Imagínense. Y él duró 105 años, mi papá. Mi abuelito duró como setenta años.



Mujeres de Zoyatla. Foto: Daniela Garrido

Él supo de la revolución y todo, pero de eso no doy fe. Sí nos platicaba. Así pasó. Y llegó el día en que sí logró mi abuelito independizar este lugar. Le dieron el título de ranchería, porque aquí tenía un título, tenía un documento: los linderos, hasta donde llegaba Montellano. Hasta la fecha están lindados, pero el título lo guardó mi papá todo el tiempo que él vivió y cuando murió nos lo dejó a nosotros. Pero como la comunidad creció, ya se trataba de que se nombrara un juez. Pasaba uno y luego otro. Llegó el día en que empezaron a echar bronca; empezaron a pelear: que por qué el título tenía que estar en nuestras manos. Que el título tenía que estar en manos de la autoridad. Y como nos echaron montón —bueno, yo estaba chamaco—, lo entregamos. Llegó una época... ya estaba yo casado, cuando llegó una época en que empezó a llegar gente. Aquí tenemos nosotros de los que llegaron después: se apellidan Rivera; Gonzalo, su papá de Santos, todos ellos. Entonces, llegaron ellos por acá y se fueron a vivir por la colonia. Llegó una época en que un señor de acá del Carrizal, del estado de Hidalgo, empezó a querer llevar

a esas personas a trabajar, y pertenecían aquí. Sí; y como ese señor tenía dinero, les pagaba a los políticos. La hicieron pesada. La cosa es que el juez se descuidó, le pidieron prestado el título en Pahuatlán y se lo hicieron perdedizo. Ese título de aquí ya no se recuperó. Desde luego que no hubo una persona que se hubiera interesado por recuperarlo o por volver a hacer otro. Se quedó así.

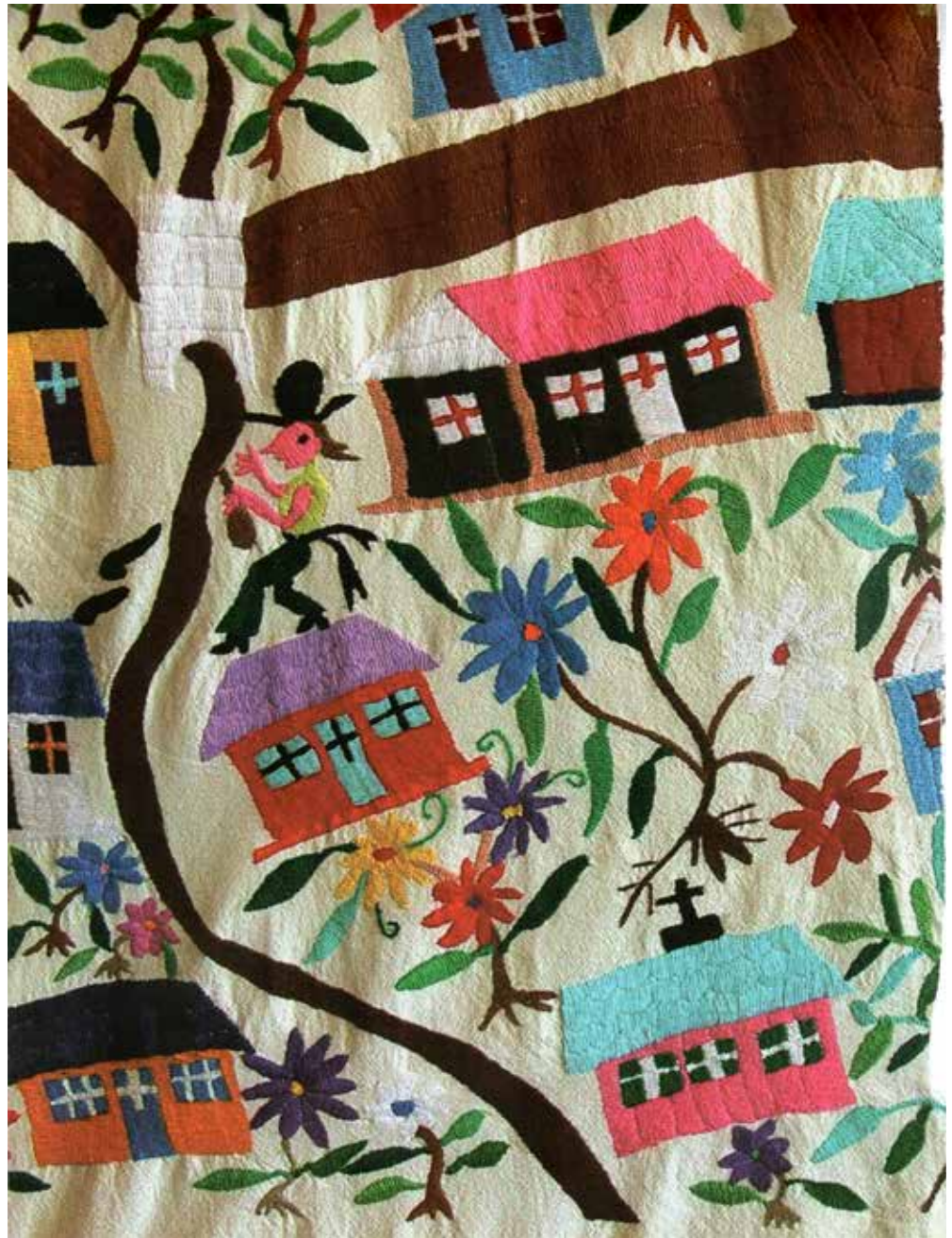
Cada persona tiene su título de propiedad. Todos tienen esos papeles. Pero ése era un papel de lo que era la comunidad. Dónde colindaba con un pueblo y con otro y así. Se puede decir que tenía ayer nombre; estaba registrada la comunidad. Se perdió. Y los presidentes municipales nos ayudaron para sacar todos los servicios que tenemos.

No teníamos escuelas, no teníamos maestros y ya había niños. Aquí el que daba clases era un alfabetizante. A mí al menos me tocó llevar a mis hijos afuera de aquí. Cuatro hijos estuvieron estudiando en Tlacuilo: allá hicieron su primaria. Primero los llevé a Pahuatlán; luego salimos de allá y los metí en Tlacuilo, porque me cobraban la renta y sentía que yo no daba para pagar la renta. Tenía un compadre en Tlacuilo y me dijo: “mire, compadre, ¿por qué no los lleva a Tlacuilo? Llévelos a la casa, allí que estén y que vayan a la escuela”. Me convenció y los llevé. Después salieron de ahí. Conseguí una casa. Por cierto, una señora me prestó una casita, como ésta, así de grande. En la llegada de aquí para allá, en una esquina. Allí vivieron cuatro años mis hijos. Allí estudiaron su primaria. Yo he sufrido mucho. Luego sucedió que se enfermó su mamá. La llevamos a Pachuca. Estuvimos seis meses allá con ella y dinero y dinero viendo a los especialistas, a ver si se podía liberar y no. Gasté mucho dinero. Quedé muy endrogado. Mi vida es una historia, pero pesada. Es muy larga. Sucedió que no se pudo aliviar y mis hijos allá en la escuela. Después ya me la traje. Murió en Pahuatlán. Ya había doctores, ya estaba el centro de salud. Eran los primeros doctores que había. Me la traje, y no me la quise traer para acá, porque aquí no había quien la cuidara, quien la atendiera. De Pachuca les pedí que me la recomendaran al centro de salud de Pahuatlán, para que me la atendieran. Porque no me la quise traer para acá; no la quise dejar sin atención. Ya nada más tardó 15 días. Murió en el centro de salud. Pues ya sucedió que murió y me quedé solo. Me sucedió lo mismo que le sucedió a mi papá. Tenía hijos ya grandes. Mis hijos ya nada más salieron de la escuela primaria y se fueron para México. Me dejaron solito.

Ya no quisieron seguir estudiando.

Cuando ellos salieron, ya había escuela acá. Eran las primeras escuelas que estaban. Pero como ya se habían ido para allá, ya no les tocó. Estudiaron aquí su primaria nada más mis hijas.

En cuanto al agua, como la tenemos ahorita, sí teníamos desde el principio, desde mi papá. Teníamos un manantial acá abajo. Ésa era el agua que consumían y aquí también. Ya esta agua que tenemos hoy fue mucho después. Fue después de la luz. Primero fueron las escuelas, luego luchamos porque entrara la carretera. Ya tuvimos la carretera y luego le seguimos con lo de la luz. Luego luchamos por una casa de salud y ya la tenemos. Después luchamos por el agua a base de bombeo. Estaba abajo. Los manantiales están allá adelante, abajo. Nada más son dos. Es una joyita acá y otra allá; se juntan abajo. Se tomó el agua de acá y de allá y se hizo un depósito grande y la bomba se puso arriba. Se puso un monumento, un edificio, al nivel de la comunidad, para que el agua llegara a todas partes del poblado. Aunque agarrara un poco así para arriba, de todos modos llegaba el agua.



Ya con todos, hemos de ser más o menos unos cien cabezas de familia.

Aunque fuera un pueblo grande, se van las familias. Yo tengo nueve hijos en México. Mujeres y hombres. Los señores Rivera también. Sus hijos se fueron unos; de los demás también algunos se han ido. Todos los jóvenes se van.

Este proyecto nos va a afectar mucho. Nos afecta, primeramente, el agua, los manantiales. No conocemos mucho, pero pensamos que es una gran contaminación para el agua. Principalmente para el agua, porque, como tiene que atravesar los terrenos, tiene que encontrarse con los manantiales. En eso nos van a afectar. Aparte de eso, miren, esta loma de Montellano es la que está manteniendo a todos los pueblos de agua, a todos los pueblos alrededor. Con decirle que toda esta loma, de aquí para San Nicolás, es la misma loma y está manteniendo hasta un pueblo de hasta allá por Hidalgo que se llama San Antonio el Grande.

Hasta allá ya metieron el agua, muy lejos. Pasaron cerros. No sé cómo le hicieron, pero metieron el agua. Luego, todos los pueblos acá, se están llevando el agua. Esta loma de aquí enfrente es la que están manteniendo los pueblos de acá. Aquí iba a pasar el trazo, a media casa.

Todavía no hay quién les venda a la empresa, su terreno. Ya andaban metiendo las patas algunos, pero a tiempo se reconoció que estaba mal el asunto y ya se detuvieron. Aquí toda la gente está puesta en que no. Se puede decir que aquí estamos organizados con todas las comunidades, todos los pueblos. Todo lo que pertenece a Puebla, donde colinda con Veracruz, para acá.

Hay personas que se interesan por la comunidad, la gente. Porque no solamente nosotros podemos ser afectados. La contaminación agarra mucho. Pero hubo personas de otro lado que vinieron a ver todo eso y nos empezaron a platicar que las cosas estaban un poco mal, por la contaminación. Empezamos a darnos cuenta; de por sí ya lo entendíamos que estaba mal. Nada más que, vamos a suponer, que como no nos habíamos unido para nada, todos estábamos sintiendo nada más. Comentábamos entre nosotros que nos iban a amolar, pero no sabíamos cómo hacerle. Ya digo que no faltaron personas que nos orientaron. Hubo personas que empezaron a convocar al pueblo. Nosotros, cuando nos dimos cuenta, ya los pueblos estaban puestos. No sabemos cómo ni cuándo, pero ya sólo nos vinieron a convocar. Se reunieron con nosotros y nos dijeron que tratáramos de no dar permiso que pasara. Ya nos dijeron los resultados y ya todos nos pusimos.

Aquí ya me iban a amolar a mí también. Bueno, todavía quién sabe, pero aquí iban a tumbar la casa. Porque vino el ingeniero y me dijo que iban a tumbar la casa, y que aquí va pasar. Ya tenía su trazo. Le digo: “¿Pero cómo es posible? ¿Cómo van a tirar mi casa?” “No,” dice, “la casa se la vamos a hacer de nuevo.” “¿Pero cómo me la van hacer?” “¿No tiene usted a dónde?”, me dice. Le digo: “pues me supongo que tengo adónde, pero de aquí que me la hacen o no me la hacen, ¿dónde me voy a meter? Yo no tengo dónde”. Después me dijo que si les daba permiso de meterse al monte para ver cómo estaba. Yo les dije que no, que necesito ponerme de acuerdo con mi familia. Yo solito no puedo resolver esto. Ya les dije a mi familia y tampoco quisieron. Entonces, por ahí había dos o tres personas que ya lo estaban dando por hecho. Al menos el juez de aquí. Ahorita ya no tenemos autoridad aquí, porque está en contra de nosotros.

Lo desconocimos como autoridad porque él andaba con la gente esa. Él creo sí estaba de acuerdo. Toda la gente se enojó con él, porque queríamos que nos firmara algunos papeles y no quiso firmarlos. Yo creo que le dieron tantito.

Ahí vive, pero yo sé que ya tiene casa en otro lado, porque no hay ninguna autoridad que apoye. Andamos solos.

Aquí somos de varios. Los señores Rivera son otomíes, son de Chila. También hablaban en idioma mis abuelos. Toda la gente de Pahuatlán es familiar. Bueno, la idioma que había de nuestra descendencia es la idioma que tiene Xolotla; ahora no me acuerdo cómo le llaman. Mi papá podía hablar algo en la idioma. Luego se pone a platicar con los amigos y platicaban así. Náhuatl.

Yo no aprendí. Mi papá nunca nos enseñó nada de algunas idiomas o algo así. Él nos hablaba de trabajo, de todo, pero no. Nos enseñó a trabajar y a respetar lo ajeno y toda esa cosa, porque mi papá era muy delicado. Antes había mucha caña acá por Zoyatla. Todos esos lugares, empezando de media subida para

abajo. Había muchos cañales y aquí no se da la caña. Nos decía que nunca nos metiéramos a un cañal a cortar una caña. Me acuerdo que una vez uno de mis hermanos se le ocurrió, porque fuimos a Pahuatlán y de regreso se le antojó y se metió a un cañal y cortó la caña. Mi papá agarraba a una vereda y nosotros todo el camino real, y nos cuidaba. Cuando descubrió que se había metido al cañal, le puso una tunda pero buena. No, nos dijo, eso sí que no. Ni una fruta. Nos decía: “cuando quieran, pídanme; no agarren. Si les dan, bien; y si tienen para comprar, compren, pero no agarren”.

Gracias a Dios, todos fuimos personas que respetamos mucho los derechos ajenos. También nos enseñó que, por ejemplo, si tienes animales, no los dejes que se anden metiendo a propiedad ajena. ¿Para qué andas haciendo enojar a los demás? Todo eso nos enseñó y realmente yo le agradezco mucho a mi papá, porque yo creo que, por eso, ya viví los años que vivo.

Por otro lado están las fiestas. Aquí tenemos la fiesta el 13 de junio: el día de San Antonio. Hay jaripeo, carrera de caballos. A veces hasta juego de gallos. Juego de pelota. Son los eventos que se hacen en la fiesta. La misma gente la organiza, la misma comunidad. Un grupo se junta para organizar todos los eventos y luego hay misa toda la semana. Viene mucha gente. El mero 13 se llena de carros. Ahora

Este proyecto nos va a afectar mucho. Nos afecta, primeramente, el agua, los manantiales. No conocemos mucho, pero pensamos que es una gran contaminación

en febrero, hay otra pero ésa no se hace muy en grande. Es el día de la Virgen de Candelaria, el 2 de febrero. Se hace la fiesta porque mi papá, con la gente que había, fue la primera imagen que empezó a festejar. Y se empezó a festejar porque mi abuelito se llamaba Candelario y ya él tenía un compadre que, el día de su santo, lo visitaba. En una de ésas le trajo una imagen de la virgen de Candelaria, grande, de bulto. De ahí, cada año le hacían fiesta. El señor venía y se llevaba la imagen. Le mandaba a celebrar la misa allá en Pahuatlán. Lo traía y hacían baile y todas esas cosas. El día de su santo de mi abuelito. Murió mi abuelito y se quedó la imagen y como él fue el que fundó la comunidad, todos trataron que la imagen se quedara en el pueblo. Él se llamaba Candelario Castillo.

Algo que faltó fue lo de las cruces que se llevan a los manantiales cada 3 de mayo. Se trae la cruz, se viste, se pinta y se lleva a los manantiales en agradecimiento por el agua. Se hace una misa, sigue la procesión hasta llegar al manantial y se coloca en su piaña en agradecimiento al agua, el bosque o la naturaleza. Otra cosa es que se lleva una cruz a un cirio que tenemos acá enfrente, justamente por donde va a pasar el gasoducto, como a 50 metros. Son dos rocas tipo muros. Como de 15 metros.

Me imagino que esas rocas se formaron cuando Dios formó al mundo. Porque no sé si ustedes han dado cuenta que, cuando a Jesús lo crucificaron, la tierra se partió en gajos. Aquellas rocas se formaron así, porque Dios padre así las formó. Yo así lo veo: que el amor de Dios formó esos peñascos en forma de cirio. Y ahí se pone la cruz hasta arriba.

Ponemos solamente la cruz. Nos cooperamos entre todos y mandamos a arreglar la misa. Las recoge el comité del agua, las pinta, las llevamos a bendecir saliendo de misa. Ahora sí, vámonos en procesión a dejarla en cada manantial su cruz. Cantamos, pero no hemos pensado llevarla con música.

El gasoducto pasaría al lado del cirio.

De lo natural a lo reglamentado, y sigue la incertidumbre

Aquí hay una red de trabajo y cooperación entre comunidades y localidades, pese a que se hablen distintas lenguas o se adscriban a ciertos pueblos. La mayoría coincide en muchas de sus narraciones y formas de leer el mundo. El caso de Ahuacatitla no es la excepción. Al registrar en sus memorias narraciones en torno a su relación con la naturaleza, nos enseñan la utilidad de éstas en la gestión y cuidado de sus propios recursos naturales. Un ejemplo nos lo cuentan algunas personas de la comunidad.

-Les quiero comentar algo que mi papá me contó y según fue verídico, eso de lo del Montero. Yo no creo en eso ni de Dios ni del Diablo. No soy una persona creyente. Mi papá tenía un peón de aquí de Zoyatla que se llamaba don Cruz. Era un aserrador, con la sierra voladora, que trabajaba con el señor Esteban



Foto: Daniela Garrido

Santos. Mi papá iba a hacer una casa y tenía ocotes y le dijo: “¿sabes qué? Tumbate ese árbol” y le mandó a tirar el árbol para que se tapeche y no se apolille. Con su hacha después lo tiró y se fue. Ya venía para acá, ya venía de regreso. Pasó por un arroyo oscuro, feo, cuando ve, según, al mismo que plantó los árboles. Y entonces le contó a mi papá: “ya no fui a trabajar, porque me espantó el dueño del bosque”. Dice que vio un señor con un sombrero redondo lleno de pachtle, de eso que tienen los árboles, aquí todo verde, pero bien grandote y harto de pachtle que se pega en los árboles. Vestido de eso le dijo: “Bueno, ¿y quién te dio permiso de tirar ese árbol?”. “Don Jacinto” [así se llamaba mi papá]. “Él no es el dueño, el dueño soy yo, no debes andar tumbando árboles”. Y él, como tenía un burro del otro lado, a fuerza tenía que pasar, si no tenía que dar una vuelta como de tres kilómetros hacia arriba o hacia abajo para poder cruzar. Entonces se regresa y se vuelve a asomar y lo vio que se fue para abajo. Y entonces comenzó enfermo el señor y ya nunca se alivió. De eso se murió, del susto. Ésa es la historia de la superstición del dueño del bosque.

—Como Serafín del monte.

—Como el “sombrerón”.

—No, pero la historia del sombrerón es una figura que asalta y, en cambio, el dueño del monte es quien cuida el bosque.

—Yo pienso que como hay poca gente que habite los lugares, como que más se adueña de los ciclos de los lugares, porque antes decían que había muchos lugares donde decían que asaltaban; por ejemplo, que de aquí al arroyo decían que veían algo o a alguien o un señor, cosas de esas. Ahora como hay más casas, más gente, ya no se oye tanto de espantos. Creo que al mal le gusta la soledad y se adueña de los lugares solitarios. Puede ser.



Foto: Daniela Garrido

El diálogo con la sierra ordena y regula la vida y la muerte, da paso a una convivencia que busca equilibrios, armonías, entre madres e hijas, entre padres e hijos, entre el cerro y el pueblo. Esta visión y cuidado que se tiene de la naturaleza favorecen también la organización de la misma comunidad, el saber que ellos son responsables de los recursos permite que los cargos y representaciones sean pensados en función del beneficio colectivo y de su entorno, mas no en favor de un bien personal. Lo reflexionan cuando dicen:

—Yo pertenezco al comité de agua. Nosotros le damos mantenimiento a los depósitos, los limpiamos cada tres meses, dependiendo. El comité de agua se elige entre la gente, yo ya llevo tres años, pero yo ya quiero decirles que ya, no hay un límite de tiempo, los del comité van y si no hay agua va uno y ve qué es lo que pasa, si se tapó una manguera, van a ver eso. Cada dos o tres años hay que ir cambiando. La gente los propone, ya depende cuánto dure, es de cada quien, aunque sí deben de cambiarlo. Hay un presidente, un secretario y yo soy el tesorero y tres vocales. A veces, se hace uno tonto, no lo hace uno como debe de ser, pero sí, ahí vamos. No hay pago, solamente ahí en la colonia de nosotros tenemos una personas que nos echan el agua cada dos días, antes era un relajo porque nada más era una persona la que abría, a algunos el agua les llegaba y a otros no, porque tenían sus mangueras en malas condiciones, entonces nos organizamos y decidimos que nos íbamos a cooperar cada quien de a diez pesos para la persona que iba a abrir y a cerrar, nada más hasta ahí.

—Nos vienen a quitar la tranquilidad. Yo soy del Consejo en contra de los proyectos de muerte, soy mestizo pero nosotros apoyamos a los compañeros del movimiento que ellos sí tienen sus costumbres, su idioma, me entristecen esos proyectos porque ocupan gran parte de nuestro territorio, nos vienen a quitar la tranquilidad, el medio ambiente. Nuestras tierras son fértiles y se da todo, tenemos nuestros manantiales los queremos conservar siempre, además de que nosotros nos alimentamos de esas aguas, también a otros pueblitos los alimenta con esos manantiales que tenemos, entonces ésa es la defensa que yo tengo con ellos. También los animales que existen, la flora y la fauna silvestre, ya empieza a haber venaditos, jabalís, siempre ha habido tejones, ardillas, mapaches, tla-cuaches, zorros, todos los animales, hay mucha vegetación, está la pesma [un helecho muy buscado en la zona] que se supone está en peligro de extinción, es una planta grande, es de los tiempos de los dinosaurios, según, ésa se da por acá, entonces no estamos de acuerdo con que esos proyectos se realicen.

Con el gasoducto puede haber una afectación de casi 100 por ciento porque estamos aquí en un lugar donde todavía nos mantenemos de la naturaleza y vemos a gente que viene contaminando con los alimentos que también

Con el gasoducto puede haber una afectación de casi 100 por ciento porque estamos aquí en un lugar donde todavía nos mantenemos de la naturaleza y vemos a gente que viene contaminando con los alimentos que también compramos nosotros, y siempre les damos la oportunidad a los que nos vienen a meter de cuanta cosa. Pero si queremos nosotros, podemos vivir de nuestras propias tierras. Y sí, nos van a perjudicar bastante.

compramos nosotros, y siempre les damos la oportunidad a los que nos vienen a meter de cuanta cosa. Pero si queremos, podemos vivir de nuestras propias tierras. Y sí, nos van a perjudicar bastante.

-Él nos comentó que estos tiempos iban a llegar. Tengo 54 años y nací aquí en Ahuacatitla. Mi papá fue campesino que trabajaba la tierra. Labraba la tierra con la coa. Cortaba leña y la vendía para mantenernos. Leña de San Pablito para cocer colote, con lo que se hacía el papel amate. De ahí sacaba para los chiles, las cebollas y las cosas que se ocupaban para la cocina. La tierra la amagaba para la siembra de maíz y frijol gordo que, como dicen, era para el sustento de la familia. De ahí yo también le comencé a ayudar a los doce. De diez años, salien-

La visión y el cuidado de la naturaleza favorecen la organización de la misma comunidad, el saber que somos responsables de los recursos permite que los cargos y representaciones sean pensados en función del beneficio colectivo y su entorno, mas no en favor de un bien personal

do de la escuela, me iba a cuidar borregos, chivos, una que otra vaca por ahí, ¿verdad? Una o dos que teníamos. Ora sí que le ayudamos al trabajo doméstico tanto de la mamá como del papá. Para eso, nosotros le ayudábamos con el trabajo. Aquí había mucho monte. Antes entubábamos las montañas y dejábamos un tronco especialmente para que se enredara el frijol. En la patita del tronco se enredaba y ahí daba los “choles”, los ejotes. Ahí se colgaban y de la mata del maíz se sostenían. Sembrábamos maíz, frijol, los animales: chivo, borregos y una que otra vaca.

Ahora cambié de trabajo: ahora cultivo el café. Me bajé a un nivel donde se da el café. Y ya no hago milpa. Mi hermano y papá sí. Tienen su milpita, cultivan frijol y lo que siempre se daba. Todavía viven de lo mismo. Nosotros lo sembramos en el mes de febrero, marzo y parte de abril. Son tres meses de siembra. Y los sembramos juntos, al mismo tiempo. Se revuelve: le siembras aquí o le “cuatrapeas” o le brincas dos matas más, porque el frijol se extiende mucho. Entonces, para que no se haga una plancha arriba, se le siembra lejos, se revuelve. También con coa y yunta le revuelves, ahí donde está medio parejón se mete yunta.

El frijol sí se vende una parte, pero el maíz es para el consumo de la familia y todo naturalito. Ahorita ya no hay fertilizante. El señor que surtía la química falleció: ya no hubo quien trajera los carros de abono. Por eso comenzamos a cultivar con otras... bueno, ellos siguen cultivando con excremento de algunos animales: borregos y chivos.

El café lo vendemos solidariamente nada más. Cada quién conforme lo pueda cultivar y vender. No hay un mercado así que nos paguen totalmente en un precio valorado en el costo que nos corresponde. Ahora sí que trabajamos más y recibimos poco. Cuando estaba Salinas de Gortari nos convirtió los terrenos en pequeñas propiedades y nos dieron títulos de propiedad. Supuestamente nos sirve como si tuviéramos una escritura notariada.

Mi abuelo, papá de mi mamá, era muy accesible a leer, no como yo que no me gusta leer; salí flojo. Él sí era muy lector. Tenía cajones llenos de periódicos. En aquel entonces había un periódico se denominaba *Amigo de la Verdad*; el otro se llamaba *Periódico de Cruz*. Él estaba relacionado con la prensa, y le llegaban

los periódicos como ahora llegan las noticias. Entonces, él le comentaba a su familia y a mi mamá, que ahora tiene 94 años —es de 1923.

Ella me comenta que su papá les decía muchas historias. Y dice que su papá le platicaba que en estos pueblos, los más pequeños, como en el que yo vivo, las pequeñas propiedades se fundaron donde los terrenos no tenían dueño. Ahí nomás se agarraban lo que querían. O sea, que no había dueños en esta zona. Aquí los pobladores que llegaron se tomaron su tierra y la daban a su hijo, nieto, bisnieto, en fin. Por eso se dividieron en pequeñas propiedades, porque el que llegaba, se aposentaba: allí en mi comunidad, la ranchería que primero se fundó fue como hace unos doscientos o doscientos cincuenta años. No le puedo decir la fecha, pero el primero que llegó se llamaba Miguel Aparicio: llegó, como luego dicen, “por su gusto y por su honor de llegar”. Las pequeñas propiedades, decía mi abuelo, se originaron desde que llegaron las personas y no había dueños de los terrenos. Nada más llegaron y se le repartieron a las familias. Pero ya de ahí se fueron abundando más familias, se fueron repartiendo y ya fueron más pequeños cada vez.



Foto: Daniela Garrido

Y algo más: él nos comentó que estos tiempos iban a llegar. Nos dijo de este tiempo que estamos luchando, por las cosas que están pasando y falta más: porque él nos comentó que el gobierno nos tendría que tener sujetos y las tierras se van a convertir en un chicharrón. Como chicharrón de marrano, que lo rallas y lo hacen pedacitos. Él nos comentaba que no iba a haber ningún lugar de la tierra que no tuviera comunicación y carretera, comunicaciones de energía, que no tuviera servicios, pero que ahí esos servicios los iban a

cobrar por medio de los grandes ricos y con participación del gobierno, que íbamos a pagar un impuesto; que vamos hasta a pagar por dormir en cama. Quizá ya lo pagamos —por tener un piso en la ciudad se paga— pero que eso iba a llegar hasta acá.

Otra historia que él leía era que iba a venir un capataz: donde entra el carro, va a entrar el carro; donde no entra el carro, el caballo; donde no entra el caballo, lo tienes que cargar tú al capataz, que va por parte del gobierno, para que rectifique lo que tú siembras y lo que tú cultivas, dónde están tus tierras y cómo las trabajas. Eso es lo que nos comenta mi mamá: que vamos a volver a los tiempos de esclavitud y parece que ya estamos empezando a vivirlos.

Él nos comentó que estos tiempos iban a llegar. Nos dijo de este tiempo que estamos luchando, por las cosas que están pasando y falta más: porque el gobierno nos iba a tener sujetos y las tierras se iban a convertir en un chicharrón de marrano, que lo rallas y lo hacen pedacitos

—Ahora cultivo café. El proceso de cultura del café, en esta región, es que cada quien se rasca como puede. Nosotros aquí cultivamos nuestro café, lo sembramos, lo hacemos crecer y cada quien lo recolecta y lo vende como puede a los coyotes. No tenemos un mercado donde, digamos, vamos a entregar todo y a un precio nivelado; siempre tiene que haber intermediarios. Entonces, no tenemos esa facilidad de tener un medio de cómo nos paguen mejor; siempre tenemos que tener intermediarios. Entonces, cada quién: no tenemos organización.

El gobierno nunca ha hecho nada. Cuando nos manda algún ingeniero agrónomo, lo manda, así como dicen por ahí, para que nos chingue, porque nos lava el coco y finalmente no nos da nada. ¿Por qué? Porque nosotros estábamos recibiendo un recurso de la Secretaría de Agricultura para chapeo, ¿cuánto nos daba? 650 pesos por hectárea, y había que ir hasta Villa Juárez. ¿Cuánto me gasto en pasaje, comida y tiempo? Pues casi me lo acabo. Era anual y

después lo fueron recortando. Después ya mejor dijimos que no nos convenía, porque era más el gasto que lo que nos daban.

Supuestamente viene sanidad vegetal para que nos den un líquido, pero nada más nos vienen a perjudicar, a engañar.

Hace dos años y medio —a veces no duermo por estar pensando cosas—, escuchaba a media noche, dos de la mañana, que andaba una avioneta rondando. ¿Qué cosa hace a media noche? Da vueltas para acá y para allá y se va, se pierde el zumbido y otra vez. Desde entonces para acá comenzó a notarse esa enfermedad de la roya del café. Pensamos que rociaban el hongo. Y fue la época en que empezó a ubicarse la roya en la región... Soy testigo de esas cosas. Otra historia: un día que fueron a traer borregos de Sagarpa, que depende del gobierno, traían infección en las pezuñas. Los borregos de aquí comenzaron a enfermarse, ¿para qué traíamos entonces ese ganado? Supuestamente el gobierno participa en ese daño. “¡Ah, sí; pero te dan la medicina!”. Es entonces un es un negocio amañado. Es como ahorita lo de la roya: es un negocio redondo. Te lo enfermo, le aplicas la medicina y no te sirve y, como dicen: lo que pretenden es acabar nuestro café para que ellos tengan venta, y el café que ahora nos están metiendo, al rato salen con que no sirve.

Ellos buscan por donde filtrarse. Yo no uso químicos. Aunque mis plantas estén medio feas, no les hecho ninguna química.

Ya tiene como 18 años que sembré una variedad diferente.

Sí; es planta baja, de bajo nivel. No es un árbol muy grande. Ya se mantuvo como 18 hasta 20 años. Fue de los primeros que llegaron de diferente especie.

Es un árbol que da una frutita muy parecida al café y que es el que utilizan los de Nestlé. Es el que quieren meter en todo el país. Incluso lo ponen como plan de gobierno...

Sí se sabe quién utiliza fertilizante, quiénes fumigan y quiénes no. Sí se sabe. Ya son poquitos los que cultivan. Así como vamos, de aquí a diez años va a desaparecer el café. O hasta menos.

Aquí vienen de un proyecto que llaman Sierras Verdes. Es una corporación de varias organizaciones, hasta de una corporación que fabrica helicópteros también, y tienen nexos con otras religiones. En fin, es Televisa y Sierras Verdes, pero está Agricultura, son cinco organizaciones. Antes vinieron a algunos proyectos, pero ahora se metieron a los de la agricultura. Primero entraron con lo de las estufas ecológicas y luego siguieron con los invernaderos, viveros, gallineros, hortalizas, también con plantas de aguacate. Y vienen también aliados con Agricultura.



Foto: Daniela Garrido

—Ya no están interesados. Pero eso que están diciendo, que los jóvenes ya no están interesados en sembrar, que ya no están interesados en el campo... No

están interesados, pero sí se dedican a comer, porque viven con nosotros. Así que no se interesan por sembrar, pero sí por comer. Quiere decir que sí lo necesitan, pero como decían, ya se volvieron flojos. Ya no quieren sembrar. Mientras están aquí comen de lo que se produce, gracias a los viejos, a los troncos de arábigo, a las ramas secas que ya están quedando por la contaminación. Entonces, están participando en la alimentación, nada más que no en la cultura.

Van a la escuela, lavan los trastes un poquito, barren la casa... pero el que se tuerce es el papá, la mamá o el viejito que todavía por ahí anda, sustentándolos. No tienen tiempo, porque supuestamente a las ocho están en la casa, llegan a las dos o dos y media de la tarde, hacen su tarea, un ratito que se distraen y ya llegó la tarde y hay que dormir y al otro día desayunar e irse a la escuela.

En cambio, cuando nosotros estábamos chicos, llegábamos y a estas horas con nuestro candil estábamos haciendo la tarea. No había que el celular, la tablet, la televisión, la bicicleta. Yo los veía, pero ni siquiera pensaba en comprar una, ni sabía cómo se lograba la bicicleta.

Teníamos carros de tabla. Y mi hermano hizo llantas de lodo con cocoshal, mezcla de ocote y cal y lodo... Y todo era diferente.

*Lo que quiere
el gobierno es
enfermarnos,
complicarnos,
destruirnos de una y
otra manera. Entonces
yo les digo a mis
chamacos: aquí se dan
los quelites, lechugas,
verdolagas, rábanos,
cañas, limas, naranjas;
finalmente, si quieres
compras en el mercado,
si no, no los compras.
Hay que sembrar no
para vender, sino para
comer*

Yo le platico a mis chamacos: ¿quién no vive de la tierra? Hasta el malvado gobierno de Peña Nieto está tragando de lo que cultiva la tierra. ¿Acaso no se tragan unas galletas que vienen del trigo? ¿No se está tragando unas frutas? Pero no lo valoran. “Ése que se friegue, a ése hay que ponerle más impuestos, más trabas”. Los de Michoacán que cultivan el aguacate tenían que pagar no sé cuánto por kilo de aguacate para poderlo vender en un mercado. En vez de que les den preferencia, les ponen más trabas. ¿Por qué? Porque el rico más rico y el pobre más pobre. ¿Por qué nos quieren dejar pobres? ¿Por qué nos quieren dejar en la miseria? Para que no nos podamos mover. Porque, ya débiles, ¿qué fuerza vamos a tener? Mal pasados, mal tragados, maltratados, atemorizados. Si te pones exigente, te mandan la policía, te intimidan, y más que no estamos organizados para defendernos. Así es.

Anteriormente había mucha cortadora de café, como dice el señor Camerino, que se sembraba el café con huizotle; no se sembraba con cepa. Pegaba y daba de montón —rojeaba la huerta. Pero también había mucha mujer, hombre, que se dedicaban a cortar. Ahora que les dan apoyo del gobierno dicen: “¡ya para qué trabajo!”. Había diez, quince cortadoras pizcando café y al despulparlo salía y había precio. Como dice aquí el compañero: ¿de dónde vamos a sacar para pagarle

bien a una persona? No, pues si ya mero no ganas ni para comer. Ya es una cultura. Yo, porque le ando cascaneando por otro lado. Si me dedicara completamente a la huerta, pues no, no te da. Yo lo hago, como dicen, por diversión y cultura, pero de ahí no sale. Eso es en cuanto ya no hay apoyo. Tu parcela, nomás para que se te caiga el café, ya no hay cortadoras. Tampoco mercado. Además, en la limpia, sales poniendo. Y eso sin corte. Ahora, el tiempo que tardas en sembrar, hacerla crecer, limpiarla: eso no lo pagan. Ahí es donde nosotros no podemos pagar al peón.

A ver si no pasa, pero creo que en diez años, al paso que vamos, va a desaparecer el café. ¿Quién quiebra? El compañero, dos, tres por allá. Gente joven ya no sabe sembrar. Yo aprendí a conducir una yunta de bueyes, sé cuidar un borrego, un chivo, una vaca, plantar café, maíz, frijol, las plantas que quieras, pero la gente joven de quince o veinte años no sabe ni agarrar el arado, menos hacerlo, un “yuco”, un “timón”, ni amarrarlo; la mera neta que no saben ni amarrar un toro. Ni saben cuántos nudos hay y cómo se les nombra. Aquí don Juventino sí sabe porque es uno de los viejos que le enseñó su papá el nudo de manzana, el ciego, el de toro, el de gasa, en fin... sabemos cómo se hacen las cosas, pero un joven ya no. A duras penas sabe...

Y en zonas donde son más indígenas, secuestran a la familia, los llevan a internados. Las familias se empiezan a mover de sus rancherías hasta cerca de sus niños. Es tremendo. El gobierno hace eso. En Oaxaca también.

Y aquí todas las escuelitas van a ser los “centros escolares”. Aquí Zoyatla, por ejemplo, va a acaparar los alumnos. En la reforma educativa, dicen que van a crear esos centros escolares, poniéndoles transporte, a Ahuacatitla, y los van a concentrar en una comunidad, como dicen, con tiempo completo, donde los maestros van a ganar el mismo sueldo, pero van a quitar a ese maestro de las comunidades más pequeñas. Ahí es un ahorro otra vez del gobierno, porque en vez de pagar esas plazas, dos, tres plazas de las comunidades, con uno, dos o tres maestros, van a llegar a una sola. Por eso, la reforma está planteada con 40 alumnos o más.

Es una manera de jalar a la gente a la ciudad, pero al mismo tiempo separar a las familias. Lo que no quieren es que los papás sigan enseñando a los niños todo lo que hay en el campo, porque podría haber una nueva generación, como hay en otros lugares en México, donde los jóvenes, aunque vayan a la escuela, regresan a su comunidad a trabajar en el campo y también sabiendo todo lo de afuera, como pasa en las comunidades mixes, en Oaxaca. Sí son gente que se fue a estudiar, pueden ser ingenieros incluso, pero que regresan a trabajar otra vez al campo y entonces se potencia todo lo que es el campo con todo lo que es de afuera, pero eso es por decisión de la gente, por organización de la gente, porque el gobierno hace todo lo contrario.

Es lo que nosotros deberíamos de hacer. Yo tengo un niño y una niña y sí les estoy enseñando la cultura del café, le echan ganas. Les digo una cosa y luego otra. “Se siembra así, porque mínimo la tierra no los va a dejar sin comer. Aun cuando el gobierno nos quiera atacar. Si ustedes siembran, la tierra no los va a dejar sin comer, y van a comer mejor que los que están en la ciudad”, porque, si se dan cuenta, creo que la pretensión de la existencia es estar mejor aunque no tengamos mucho dinero; pero estar sanos, creo que ésa es la felicidad. Para qué quiero dinero si no tengo salud —no sirvo para nada. Lo que quiere el gobierno es enfermarnos, complicarnos, destruirnos de una y otra manera. Entonces yo les digo a mis chamacos: aquí se dan los quelites, lechugas, verdolagas, rábanos, cañas, limas, naranjas; finalmente, si quieres compras en el mercado, si no, no los compras. Hay que sembrar no para vender, sino para comer. Es lo único que yo les puedo inculcar porque de esa manera viví, crecí y, gracias a eso, no me enfermo tanto hasta ahorita de alguna enfermedad muy complicada. Ahí andamos, como dicen también. Creo que no comiendo a llenar también puede ser una salud, porque si no luego vamos a comer y nos vamos a empachar; creo

que nos vamos a enfermar. A veces por no tener para una Coca-cola, pues me tomo un trago de agua y me va a hacer mejor: por no tener. A veces, por tener, te enfermas. “¿Sabes qué? Tráeme una Coca-cola o un kilo de bistec de esos que están ahí del establo”; sin en cambio, acá me compro un hueso de esos que hay por acá.

—El venado-chivo. En los tiempos en que mi mamá estaba chiquilla, había venado, porque ella dice que cuidaba chivos y, en una ocasión, dice que un venado se apareó con una chiva y produjo un venadito. Se desapareció la cabra como por quince días y ya luego vieron que andaba con el venado y produjo un venadito-chivo. Sí había venados todavía en esos tiempos. Había “temazate”: es un venado pero más pequeño que tiene nada más dos cuernos.

Es un venado más pequeñito, digamos más parecido a un chivo. Acá varias veces se han escapado de los perros. Lo han ido persiguiendo y yo los veo y regreso a los perros, dejo que se vaya el temazatito. En una ocasión estaba como a doce metros, estaba chiquito, ahí estuvo un rato, y yo dije: “creo que está muy mansito, creo que lo voy a cercar”. Que agarro y que voy a querer agarrarlo. Yo quería abrazarlo, porque estaba bien bonito, pero a unos ocho metros que agarra y se va. Se fue para arriba, despacito. Pero mientras estaba yo trabajando ahí estaba acompañándome.

Hay aquemazate, tlacuache, tejón, mapache, cacomixtle, zorros. En el año 58, había coyotes: venían a comer a los animales: las aves, gallinas, guajolotes, chivos, borregos... en la noche. Animales que no sé qué tenían que a los perros les gustaban mucho. Tlacuache, piztlacuache, tejón, armadillo, zorra, cacomixtle, onsa —es una especie de ardilla, pero es más ágil—, tuza arrial, tuza terrera... Jaguar no hay. Hay tigrillo, gato montés pinto.

Víboras hay varias: dormilona, coralillo, bejuquillo, petatillo, mahuaquique. El coralillo sí es venenosa. El mahuaquique es totalmente venenoso; creo que más que el coralillo. Hay de tres especies: de dos, cuatro y siete narices. El de dos narices es venenoso, el de cuatro narices es doblemente venenoso y el de siete, súper-venenoso. Ése nada más te muerde y te mueres. El otro todavía te deja caminar unos cien o doscientos metros, pero éste no. Hay víboras con lanceta también aquí, es un tipo coralillo pero tiene su lancetita, como una avispa. Muerde y adiós. Insectos hay algunos: avispa roja que le decimos “el caballo”, avispa negra, avispa ceniza, abejas de campo...

La que hace el panal le decimos inquilina. Y las que pican son “tlamizates”, bueno, las que pican pésimo, que duele, las rojas... también los jicotes. Hay variedad de jicotes. Les gustan las milpas. Hay muchas plantas medicinales. Todavía existen los murciélagos, pero ya bajaron bastante. No, antes en las tardes, nomás de verlos, una revoloteadera de allá para acá, por todos lados. Pájaros hay muchos: clarines, jilgueros, palomas, perdices, codornices, perdices. Hay quebrantahuesos, que son como una aguililla, pero más chiquito y con sus alitas blancas, medio cafecito, no negro. Ése perjudica, porque se come el ombligo de los becerros y los desombliga. Es carroñero.

Acá vivió el señor del tiempo

Dicen que hace mucho tiempo llegó un hombre que venía de por aquí abajo y que se subió todo el río y se instaló donde está la cruz arriba y que, según en su idioma, tal vez totonaco o náhuatl, significaba “dios del tiempo” a como lo nombraban. Este señor llegó y le gustó, porque echó cuatro bolas y le gustó cómo retumbó el cerro. Echó para abajo, retumbó; echó para el norte y retumbó, y así... por eso es que allí se quedó.



Foto: Daniela Garrido

A él le tenían que sacrificar doce niños y doce niñas. Dicen que cada año los iban a traer; incluso allá hay paredón. No los he visto, pero dicen que sí están. Son parecidos a los de la iglesia. Esta persona no venía sola, sino con dos águilas. Cuautepec significa cerro del águila. Dicen que ahí estaba. Mientras le daban culto, sus águilas no hacían daño. Entonces cada año le iban a traer maíz, el que decían, y con la sangre de los niños rociaban toda la semilla, y la semilla blanca, como le tocaba la sangre, entonces se pintaba y luego salía de otro color.

En un tiempo, decidieron que mejor le iban a matar guajolotes: doce hembras y doce machos; pero él se enojó y ya no lo cargaron y se fue. Entonces, dicen que mandó una epidemia y a sus águilas las mandó a que se comieran la gente. Entonces la gente se empezó a enfermar y los que iban sobreviviendo, cuando pasaban para Tlacuilo, los agarraba el águila. Entonces, se mandaron hacer un como chiquihuite que se embonaba a la cabeza. Cuando venía el águila, se paraba y se llevaba el chiquihuite y no a la persona.

Pasó una vez que se llevó a un señor y no lo mató bien. Se lo llevó a sus polluelos, pero el señor llevaba su machete y los mató. Fue cuando se enojó el dios que estaba ahí, pero la gente se seguía enfermando. Decidieron irse al lugar donde estaba la cruz y allí hicieron el pueblo, y se quedó la costumbre que tenía el señor de la fiesta del maíz.

En la fiesta, a los animales que mataban les abrían el cerebro y empezaban a rociar el maicito, todas las semillas, la tierra también. Entonces en esa sangre se quedó escrito hasta la fecha por qué cultivamos y cuándo guardamos la mazorca y abrimos, la deshojamos para sembrar de nuevo, llegamos a encontrar las mazorcas pintadas con color de sangre. Es la sangre de aquella época. Porque sembramos semilla de puro maíz blanco, pero cuando vamos a cosechar, porque tenemos fe de lo que hacían antes, el costumbre, tenemos fe muy bonita, aunque siembre uno pura mazorca blanca, tiene que salir pintita de sangre, sale bonita.

Hoy tenemos la costumbre de que, cuando vamos a sembrar, se le mata un pollo al maíz, para que coman los que están sembrando. El maíz se pone a medio terreno, se le prende su veladora, se le pone su refino y se le pone la cabeza del pollo, gallo o gallina que mate uno para ofrecerle al maíz. Al maíz también se le pone la cabeza del animal. Come uno, como nosotros estamos acá, pero el maíz está con su refino, con su veladora. Uno se sienta alrededor, pero el maíz es el centro. Primero el maíz.

Cuando iban a hacer ese costumbre del maíz empezaba el 20 de noviembre. Ocho días andan los mayordomos preguntando: ¿nn qué nos vas a ayudar? Se necesitan los animales, el guajolote. Aunque no tenga yo, algunos dicen, yo te voy a llevar maíz, yo voy a llevar frijol, un kilo de chile ancho, algo. No, pues toda la semana estábamos de fiesta.

Todo esto me lo contó mi abuelito que se llamaba José Martín López. Él hablaba en náhuatl, pero podía contestarle a cualquier persona que le hablara en totonaco. Él entendía totonaco y contestaba en su lengua y otro en español. Hablaban bien bonito pero con respeto, nada de que se van a estar burlando. Así hablaban en aquel tiempo.

Ese señor duró más de cien años. Él no murió de enfermedad; tardó harto viviendo, trabajando. Iba con su bastoncito, por allá donde se encontró la virgen. Por allá me enseñó a trabajar. Él me enseñó y me dijo muchas cosas. Pero me está faltando que a él lo trajeron de arriba, de Atla, frente de Pahuatlán, lo trajo cargando su papá por allá en los tiempos de la Revolución. Aquí creció, se puso a trabajar y me contó historias muy bonitas. Que los cimientos de la iglesia ya existían: ahí se ve dónde le llegaron los primeros muros que enterraron, ya de por sí estaban. Cuautepec ya era un pueblo viejo, nada más que se vino a reconstruir después. Me contó que allá sucedió lo que aquí con la imagen de Catalina: también oían un ruido de campana. Pero no terminé de la imagen de Catalina. La campana existía aquí, pero lo que pasó: como Tlacuilo fue municipio,

ellos lo solicitaban; pedían prestado para llevarlo allá. Las primeras veces lo llevaban y lo traían y así, cada fiesta que hacían allí; pero en una de tantas ya se lo quedaron allá. Allá está la campana y tenía su nombre con el nombre de la imagen de Catalina, pero lo que hicieron allá, son listos, fue que le borraron las letras. Para cualquier cosa: “ya no tiene las letras”; entonces, la campana ya no la tenemos. Mucha gente se acuerda y la quiere ir a recoger. Cuando estaba de presidente don Maximino, nos quisimos unir para ir a bajarla.

Antes no había otro tipo de comunicación. Si teníamos un enfermo, había que caminar cinco o seis horas de aquí a Villa Juárez o a Pahuatlán. No teníamos clínica, todos los enfermos se tenían que sacar para Villa Juárez en una silla, pero estaba duro porque le metía uno un mecate y a cargarlo solito —había personas que tenían harto peso. A mí me tocó cargar enfermos, pero así caminamos; un rato uno y luego otro. Así fue ese tiempo.

Cuautepec siempre ha trabajado para beneficio de su comunidad. Entonces, trataron los señores y se solicitó campo de aterrizaje para avioneta. Se logró. El aterrizaje quedó ahí abajo, cerca de la casa de don Lorenzo. Pero, sabiendo que era una comunicación, la quisieron utilizar para otra cosa que no era permitido. Lo evitó el gobierno y se suspendió. Después volvieron a hacer otra solicitud, para hacer otro campo de aterrizaje acá arriba y se logró. Mucha gente lo estuvo ocupando de aquí a La Ceiba. Porque en esos tiempos no había otro tipo de transporte. Si teníamos un enfermo, había que caminar 5 o 6 horas de aquí a Villa Juárez o a Pahuatlán cargando esas sillas —también era mucho tiempo. Eso era lo que tenía Cuautepec.

El servicio se suspendió porque empezó a haber accidentes: se cayeron varias avionetas y el campo se lo apropiaron. Harto después, ha habido autoridades que se acuerden de hacer algo, se acordaron de abrir una brecha. Pero había peritos en el municipio: siempre la gente de allá nos odiaba y no quería que hubiera comunicación por carretera. Hasta que hubo uno que se llevó bien con autoridad de aquí, se hizo la brecha, pero no se hizo de Tlacuilo para acá, sino que fuimos a empezar con otros señores. No podemos hablar tanto contra el señor de allá arriba, porque sí apoyaba a la comunidad. Pedía ayuda con las autoridades para que nos echaran la mano, porque en la brecha se necesita también la mano de obra, ayudándole a la maquinaria que viene trabajando. Tardamos, le fuimos a echar la mano hasta por allá del otro lado del río, con algunos compañeros, pero tardó y a nosotros ya nos andaba para que llegara hasta este lado del río. Vino trabajando la máquina hasta llegar a Temascalapa y luego a Tanchitla, que se le nombra también Buenavista, y subió hasta llegar acá a Cuautepec. Luego, en su periodo del presidente, siguió trabajando, empezamos a echar la brecha para Tlacuilo.

Hoy tenemos la costumbre de que, cuando vamos a sembrar, se le mata un pollo al maíz, para que coman los que están sembrando. El maíz se pone a medio terreno, se le prende su veladora, se le pone su refino y se le pone la cabeza del pollo, gallo o gallina que mate uno para ofrecerle al maíz. Come uno, como nosotros estamos acá, pero el maíz está con su refino, con su veladora. Uno se sienta alrededor, pero el maíz es el centro.

Primero el maíz



La boda, *Los Tenangos...*, p 91

Las autoridades nunca dicen que hay dinero, si no, ya desde qué tiempo tuviéramos la autopista —por lo menos el camino estuviera mejor. Por eso ahora ya tenemos la terracería; ya es más fácil llegar acá. Antes estaba muy crítico.

Hoy seguimos trabajando. Ya tenemos la energía, aunque nos llega a fallar a veces. En la brecha se necesita también la mano de obra, vamos ayudándole a la maquinaria que viene trabajando. Tardamos, le fuimos a echar la mano hasta por allá del otro lado del río, con algunos compañeros. Vino trabajando la máquina hasta llegar a Temascalapa y luego a Tanchitla, que se le nombra también Buenavista, y subió hasta llegar acá a Cuautepec.

Tenemos agua. Tenemos un manantial aquí cerca, en el tanque. Va a abastecer el agua; sólo hay que ampliar el depósito de agua. Ahora las aguas que hemos tomado de por allá afuera, de Acatitla; por allá tenemos el manantial. Igual tenemos otra toma de Agua Linda, allá en el cerro. Si quisiéramos ampliar allí también el depósito, vamos a tener suficiente agua. Tenemos que ir al chorro en el zanjón o en el lago de las flores. Hoy, con lo que se nos viene presentando, con lo de las empresas extranjeras que quieren venir a destruir nuestras aguas nos quieren dejar sin agua: las autoridades no saben proteger el agua. Es lo que estamos haciendo ahorita.

Historial ñuhú de montes, tierra y agua

Separadas por más de veinte kilómetros de distancia, mil metros de altitud y una línea interestatal, pero unidas por el relieve territorial y el sentido regional, dos comunidades otomíes mantienen hace años una profunda relación de convivencia serrana. San Antonio el Grande en Huehuetla, Hidalgo y Montellano en Pahuatlán, Puebla se encuentran unidas por una vena de agua entubada que surte a la primera desde el manantial ubicado en lo alto del territorio de la segunda. El tendido del ducto de vida que serpentea sobre el lomo de una de las cuencas que tributan al río Pantepec es una gesta que relatan con orgullo los sanantonieros: “Tenemos un historial importante y por eso la gente cuida lo que le costó”. Pero ese historial no comienza por supuesto con la llegada del agua entubada, sino que se remonta más allá del tiempo.



—Tenemos un lugar que se llama “Cantarranas” donde hay un parejo. Ahí se establecieron los primeros pobladores. No sé exactamente en qué año se hundió el pueblo, pero según la leyenda que me contaron había una viejita con dos chamaquitos, una niña y un niño, la viejita estaba ciega. En ese lugar escuchó que salieron esa pareja de niños y la llevaron al agua a la señora; como que le ordenaron: se lavó la cara y al lavarse la cara empezó a ver. Esa pareja de niños, cuando regresó, vio que ya se estaba hundiendo donde vivían. Entonces vinieron a establecerse en San Antonio, vinieron ahí en el pueblo donde está la escuela inicial de ahorita. Ahí se establecieron, ahí crecieron y empezó a poblarse.

Allá en el lugar de Cantarranas hay evidencias de que sí fue un lugar poblado, porque hay dos montones de piedras, como si fuera una iglesia. Se ve que sí se derrumbaron. Quizá las causas sean las que comentamos de una inundación. De hecho, en el lugar era como una laguna. Es plano y ahora sí que el diluvio, el agua, echó a perder el antiguo pueblo. Ahí se estancó, ahí se quedó y no se seca. Ahí le dicen Mbo'té (Agua nacida) porque ahí hay una naciente de un río, el agua es cristalina. Va la gente a dejar ofrenda allí, desde hace años. Dejan ofrenda allí para que ellos pidan que dé fruto el maíz o frijol. Va mucha gente tanto de Puebla como de Hidalgo en septiembre. En el cerro que tenemos, el Cerro de San Antonio, en la cumbre del cerro, Yanté como le denominamos, también van a dejar ofrendas.

Nuestra comunidad cuenta con festividades tradicionales, el Día de Muertos y además el Carnaval, pero siempre tienen una esencia: esta parte del ritual. No nada más es el Carnaval, por disfrazarse y ya, sino que es todo un ritual religioso.

Nos comentaron nuestros abuelos, nuestros antepasados, que su territorio de esa comunidad tenía mucha extensión. Abarcaba muchos hectareajes: hasta agarraba una parte del estado de Puebla. Cuando hacían sus limpias —porque ellos limpiaban hasta donde llegaba el lindero— iba toda la comunidad a remarcar los límites de su territorio. Participaba toda la comunidad y ellos nos dijeron que abarcaba mucho; pero como construyeron la iglesia y la torre, se vendió esa parte del terreno. Los que tenían dinero aprovecharon esa oferta y acapararon los terrenos. Entonces, el territorio de la comunidad se redujo mucho. Esos territorios, esos límites, abarcaban una parte de Puebla y un municipio, porque pasó donde le decimos Tlaxco, Puebla, por ahí pasa el lindero. Por eso es que el nombre de la comunidad era San Antonio el Grande, por lo mismo de su territorio.

Esa gente que acaparó esos terrenos tenía dinero y le daba trabajo a la gente de ahí como peón. Ocupaba como peones a la gente de San Antonio. Me acuerdo porque mi papá iba a trabajar hasta Tlaxco. La gente primero se dedicaba a la caña, al chile, al frijol, a la pipiana. Un poquito después, conocieron el café.

Los abuelos nos contaban que ocupaban tres plazas para llevar sus panelas, después del trabajo de la caña. Iban a Huehuetla un domingo, iban a Tlaxco y a Pahuatlán. Son los tres municipios en donde recorrían los abuelos para vender sus productos. Ahí también compraban carne y queso para toda la familia. Tenían peones todo el año, permanente, pero todo lo compraban.

En esa época había un señor que no sabía leer, ni el español. Tenía mucha caña. Ese señor llegaba de San Bartolo, traía panela. Ese señor acomodaba las panelas, una la ponía acá y vendía, ponía un maíz por acá; cuando llegaba

otro, ponía otro maíz por acá, para hacer su cuenta. Cuando terminaba de contar las panelas, de cuánto se iba a llevar la gente, estaba contando el maíz. “Cuánto llevaba ese señor: llevaba 100 o 200”, pero él estaba contando maíz... así le hacía. No sabía leer, ni hablar español.

—El pueblo de San Antonio en otomí significa Ndohyo, “lugar de tres piedras”. En el centro de la comunidad, donde actualmente está la torre, ahí había tres piedras grandes, enormes, que no se pudieron quitar fácilmente al momento de empezar a poblar la comunidad, porque eran unas piedras muy grandes. Pero, debido a que estaban en el centro de la comunidad, siempre eran el lugar de reunión. Siempre, para cualquier cosa, la gente se reunía ahí para encontrarse. Probablemente, debido a eso, nace el nombre del lugar de tres piedras.

Me dijo el difunto de mi papá, era joven en aquel tiempo, que se cooperó la gente de San Antonio. Mi papá me dijo: “me tocó un peso de cooperación para la compra del terreno. La demás gente mayor cooperó dos pesos”. Así me dijo mi papá. Aquel tiempo cuando compró terreno comunal del cerro no era de San Antonio el que vendió, sino uno de afuera. Así me dijo mi papá. Ahorita son como 200 comuneros que están registrados.

Estamos aquí como sanantonieros en protesta porque nos quieren afectar nuestra agua que estamos tomando ahorita, que estamos utilizando como pueblo de San Antonio. Donde tenemos nuestro manantial está cerca de donde quieren poner el gasoducto. El lugar donde está el manantial se llama “La Concepción” en Montellano. Del manantial a San Antonio hay una distancia de 28 kilómetros más o



Este río y el otro nos han servido de sustento y sobrevivencia. Los hemos usado en nuestros ritos, costumbres y ceremonias, y pedir por nuestras cosechas

menos. Pero de todas maneras nos afectaría y por eso estamos aquí. Si se hace el proyecto nos afectaría todo el río, todos los manantiales, no nada más nuestra agua. El daño se filtraría bajo tierra; entonces, lógico, tiene que salir más abajo, porque estamos en la parte de abajo: los manantiales están en la parte de arriba y el agua escurre bajo tierra para abajo. Nos quieren afectar nuestra agua, nuestros manantiales donde estamos tomando. Por eso estamos en esta protesta.

El primer trazo tocaba un poquito más para allá de Puebla, pero ahorita se sospecha que, con el nuevo trazo debido a las demandas de amparo que emprendió San Pablito y demás comunidades de Puebla, el trazo cambia. Entonces, se sospecha que vaya a tocar el límite estatal entre Hidalgo y Puebla —que tocaría directamente nuestra comunidad— y ahí si estaríamos dentro de la zona de afectación directa, porque estaría tocando esta parte del cerro comunal, de la propiedad comunal. Con el tiempo, vendrán las consecuencias, y entonces los afectados somos nosotros: nuestras familias y generaciones venideras.



Foto: Daniela Garrido

De hecho, en nuestro río, que llamamos Río Blanco, que linda con Puebla, ahorita está muy buena el agua. Está muy limpio. No digamos que no tiene contaminación, pero no tiene bastante. La comunidad lo ocupa para sus fiestas. En tiempos de calor como Semana Santa, todos bajan a ese río para celebrar. Muchos bajan para hacer sus costumbres como bautizos. La comunidad es grande. Hasta ahorita contamos seis grupos evangélicos, seis templos y uno católico. Entonces los seis templos evangélicos, para ellos bajar al río a hacer un bautizo es importante y si el gasoducto pasa en ese lugar, lógico que nos afectaría bastante. Mataría la vida que hay ahí, como los peces, o algo que viva en el agua. Nos afectaría mucho, bastante el agua para tomar —cuando todavía no teníamos el sistema de agua potable, íbamos por agua hasta abajo, hasta el río—, para lavar la ropa... porque cualquier falta que podamos tener en nuestro sistema de agua potable por la tubería, toda la comunidad baja a traer el agua para tomar, lavar

la ropa y bañarse. Pero, si llegan a dañar, ¿dónde vamos ir a dar? ¿Hasta dónde vamos a ir por el agua? La pregunta es ésa. Va a estar contaminado. Para nosotros, como pueblo indígena, ya no nos va a servir esa agua. Estará contaminada o no habrá nada de agua, o será privatizada.

Cabe mencionar que hay otro río: son dos en la comunidad. Tanto uno como otro son considerados lugares sagrados donde la gente iba con más frecuencia a dejar ceremonias y ofrendas. A estos lugares no sólo iban en septiembre, también iban el 3 de mayo que es el día de la Cruz. También en esas fechas iban a hacer sus peticiones por las semillas, por el agua, por tener buenas cosechas, tener lluvia... ya que nuestra comunidad, debido al número de población, ha carecido de agua. Tanto este río como el otro nos han servido de sustento y para sobrevivencia y también los hemos usado como parte de nuestros ritos, nuestras costumbres y ceremonias, para pedir por nuestras cosechas.

Esta manera de agradecer a la madre tierra han sido prácticas que han sido originarias de la comunidad, incluso antes de que apareciera la religión católica. Uno piensa que la comunidad misma fue creciendo. Ya con el tiempo, la religión católica llegó a asentarse ahí, pero anteriormente (me contaban mis abuelas y los abuelos cuentan) no tenían esa religión católica o cristiana que hoy prevalece en la comunidad, sino que todo era más cercano, más hacia la tierra. Estos ritos y costumbres para nuestros ríos y nuestros cerros, incluso para el momento de hacer una siembra o de ir a cazar o de entrar a un cerro, hay que hacer un rito para pedir permiso, porque en el cerro sagrado donde se encuentra la propiedad comunal, si tú entras en la cima de ese cerro, hay una parte en la cima del cerro que es un lugar sagrado, y que le dicen “el sombrero” como referencia.

En ese lugar se dejaban ofrendas, diferentes utensilios para hacer sus ceremonias. Ese lugar es sagrado y hoy en día nadie puede entrar ahí sin previo permiso. En la cumbre. Hay lugares en el pueblo que no puedes entrar sin permiso. Un permiso es hacer un rito, una ceremonia para que te dejen entrar ahí. Hace poco, varias personas se perdieron por entrar sin permiso; sin el permiso del dueño del cerro, Met'eré. Incluso, cuando hemos estado ahí, nos hemos perdido. Intentamos subir con los amigos e íbamos nada más por disfrute y nos perdimos. Me acordé de eso y le empezaba a pedir que nos dejara salir bien y sí. Tienes que ser humilde y pedirle. Ya no le pedimos que nos dejara entrar, sino que nos dejara salir de ahí.

Muchas personas pueden constatar que varios se han ido a ese lugar nada más por curiosidad y se han perdido. Incluso ha habido accidentes, porque dicen que van sin fe o con otras intenciones, sin respeto. No cualquiera puede entrar ahí. No sé exactamente cómo es ahí.

Al presidente de nuestro comité lo topó un señor donde tenemos nuestra agua potable. Él nos platicó cómo era el señor, que era alto y le preguntó que dónde trabajaba y decía que en el cerro. Que le decían Juan Montero. Es un señor que tiene su territorio, su parte donde vigila. Don Venancio lo encontró, platicó con él; pero ya una vez que se apartó y quiso regresar, ya cuando se volteó, desapareció. Por eso, cuando vamos a revisar nuestra agua potable, siempre buscamos dos personas, no una, porque así nos cuentan de ese cerro.

En 2005 estábamos discutiendo eso. Entonces, nació lo de buscar un manantial. Los candidatos de auxiliar en la comunidad lo único que dicen es que “si ustedes me apoyan, yo les voy a apoyar a buscar un manantial para hacer el

sistema de agua potable en la comunidad”. Pero pasa que ganan los candidatos y se les olvida todo. Le digo al profe: “¿Por qué en las elecciones dices eso y por qué no lo hacemos ahorita?”

–Buscando manantial. Siempre se ha hablado de una comunidad que se llama Ocotal. Primero nos fuimos aquí a San Francisco La Laguna. Fernando Montiel es el dueño del manantial donde jala agua la comunidad de El Pahdí. Ahí estaba el señor, estaba don Sansón Montes, estaba su cuñado Manuel —es el que se encargó de ayudarnos a buscar el manantial en Montellano.

Regresando teníamos una reunión de padres de familia para dar avances de lo que estaba haciendo el profe en su escuela, yo aproveché para decirle a la gente lo del manantial.

¡Y las señoras! Porque nosotros como hombres, a veces somos “malosentendidos”, pensamos que nos están engañando y que el dinero se lo van a gastar. Pero las señoras, que siempre han estado preocupadas, nos dejaron hablar. Ahí vimos en video cómo estaba el manantial, algunos creyeron. No todos al cien por ciento. Y no creían porque ya había dos fracasos. Antes de este proyecto tuvimos dos fracasos del proyecto de agua potable. Primero traerla de allá abajo pero como está abajo del lugar y está la cuesta arriba, iba a ser un poco difícil, más que nada lo del pago de la luz eléctrica. Ya después, entre tanto y tanto, se encontró otra manera: se localizó otro manantial en una comunidad que se llama Santa Úrsula. Después, se comenzó a meter el proyecto e hicimos faenas. La primera tubería que se compró era de metal. Enterramos como 2 km, pero el manantial se secó.

Sufrían más las mujeres, porque antes de que hubiera agua potable iban a los manantiales nuestras señoras. A mí me tocó formarme a la una o dos de la mañana y hasta que te toque. Ahí infinidad de señoras, peleando, días y noches. Íbamos al pozo, íbamos a traer agua y a amanecer ahí. Y nuestras familias, las señoras, nuestras esposas, iban a traer agua con dos tinajas en la cabeza para traer el agua y dos garrafones en la espalda con sus hijos.

Luego que encontramos “La Concepción” ya empezaron a construir, llegaron las tuberías y empezaron a trabajar. Como comité tuvimos que negociar con los pueblos o los terrenos donde se hizo la línea de conexión del agua. Tardamos varios años para que ya llegara el agua por ahí del 26 o 27 de marzo de 2009. Tenemos un historial importante, y por eso la gente cuida lo que le costó.

–Hay que complementar lo del agua potable, porque sí es muy preocupante que el gasoducto vaya a pasar o vaya afectar nuestro sistema de agua potable, porque lleva bastante trabajo. Bastante costó que se llevó y de que vengan a destruir: es algo preocupante. Nosotros estamos aquí no porque quisimos, sino porque la gente nos confía que somos unas personas que nos preocupa el bienestar de las familias de la comunidad, de las familias de San Antonio. Por eso estamos aquí y quiero decir también que toda la línea de conducción que se hizo, que se trazó, no se trazó gratuitamente. Nosotros como comité tuvimos que negociar con los pueblos o los terrenos donde se hizo la línea de conexión del agua. Tuvimos que pagar un costo a los dueños de los terrenos, que nos

pidieron ya sea un material o lo que nos hayan pedido, pero sí tuvimos que dar algo a cambio. Por eso no estamos de acuerdo que venga una empresa que ni si quiera es del país, extranjera, que nos venga a perjudicar lo que ya tenemos ganado. Más que nada porque fue un costo que se llevó, un costo elevado: costo humano, económico, fuerza, todo... creo que es muy preocupante.



Foto: Itzam Pineda

Es importante el sufrimiento que padeció la gente de la comunidad. Podemos hacer una pregunta, por decirlo así: ¿por qué San Antonio trajo su agua a 28 km? ¿Por qué no a la orilla del pueblo o por qué no cerca de la comunidad? Pues porque carecemos de manantiales, mucho agua o grande que pueda abastecer a la comunidad. Si nosotros tuviéramos a la mano el pozo, el agua, ahora sí que no iríamos a otro lugar más lejano, no hiciéramos un gasto enorme. Pero, así como estamos explicando el historial de este tema, nos ha costado mucho dinero. Todos los que estamos aquí y nuestros padres o abuelos sufrieron para conseguir un poco de agua. Íbamos al pozo, todos los que estamos aquí, íbamos a traer agua y a amanecer ahí. Y nuestras familias, las señoras, nuestras esposas, iban a traer agua con dos tinajas en la cabeza para traer el agua y dos garrafones en la espalda con sus hijos, icon sus hijos a traer el agua!

*Es muy preocupante
que el gasoducto vaya a
pasar y afectar nuestro
sistema de agua potable,
porque lleva bastante
trabajo. Bastante costo
que se llevó y que
vengan a destruir
no se vale*

Con trabajo tenemos unos manantiales de los que mana muy poca agua. Muy poquita agua sale; por eso sufrimos mucho para poder conseguirla. Conforme van llegando, se van formando para sacar un poquito de agua. Por eso para nosotros ese sistema es muy valioso.

Por eso es que estamos aquí organizando la resistencia pacífica. Creo que no vamos a permitir que pase el gasoducto, porque, si esto pasa, no vamos a estar tranquilos por las consecuencias que lleva. Ésa es la causa de que estemos aquí protestando.

El impacto no sería nada más en la comunidad de San Antonio, es toda la región. Porque los cerros donde están los manantiales o que alimentan todo eso, incluso aquí creo que en San Nicolás, el agua fluye de allá: baja de esos cerros. Entonces, el proyecto del gobierno, extranjero o del gasoducto, si llega a ejecutarse, prácticamente nos estarían matando a toda la región, porque sabemos la importancia del agua, pues es la vida. Entonces, si se llega a dar eso, obviamente pues nada más el impacto sería en toda la región. De ahí la importancia, por eso estamos en protesta contra ese proyecto. Porque queremos seguir viviendo, queremos ser considerados como humanos, porque hasta el momento, al parecer, nos consideran como insignificantes. Sobre todo si nos ven como indígenas. Dicen: “no, pues éstos no sirven.” Para el gobierno, así nos consideran. Por eso ellos desarrollan, ejecutan proyectos independientemente, como que no toman en cuenta el impacto o las consecuencias posteriores a esos proyectos que ellos pretenden hacer.

—Además la comunidad tiene una autoridad que es el delegado comunitario y se elige cada año. La forma como nos organizamos como pueblo, como buscamos representantes, es a través de asambleas o reuniones generales don-

Si llega a ejecutarse el proyecto del gasoducto, prácticamente nos estarían matando a toda la región. Sabemos la importancia del agua: es la vida

de nos convocamos como comunidad para concentrarnos en un lugar abierto. De manera democrática, así se ha venido trabajando el pueblo, organizándonos y buscando elegir a nuestros representantes. Los delegados cada año se van cambiando de manera democrática. El pueblo, la gente, busca quién prefiere que los represente por un año.

El delegado representa al pueblo. Toma decisiones de manera personal cuando es necesario, claro, viendo siempre el bien común, y si es permitible en cuestión de tiempo, le dan chance como para decir sí o no a alguna propuesta que llevan las personas de afuera, siempre consulta con su asamblea local, siempre el delegado elige gente quien lo apoye. Podríamos llamarlo la “administración” en el año

que le corresponde. Siempre busca su apoyo, diríamos nosotros, como asamblea local, su “gabinete” podríamos decir. Entonces, a través de eso hacen consenso y se toma una decisión. Pero el delegado siempre ve por los intereses de la comunidad. Siempre.

Este delegado es reconocido por el Ayuntamiento.

Es como la representación, digamos, del pueblo ante el municipio. Es el delegado municipal. y lo acompañan unos secretarios. El delegado los busca. Este delegado se elige a través de la asamblea, de la reunión general. Anteriormente

se hacía levantando la mano. Quien lograra la mayoría de votos, quedaba como representante de la comunidad, como delegado. Ahora se hace con padrón, pero igual al aire libre. Nada más se cuentan los votos. En un papel bond se marcan los votos —nada más—, pero es a la vista de todos. Todos están viendo por quién votas. Digamos que se hace de esa manera. Ya el delegado que queda invita a quienes van a formar parte de su comitiva, que casi siempre son las personas que están participando. De hecho, todos los que están aquí han sido parte de la asamblea. Es una asamblea comunitaria que se forma por unas veinte o treinta personas, dependiendo de las personas que se vayan adhiriendo al delegado. Este comité comunitario es quien toma las decisiones más fuertes dentro de la comunidad. Cuando hay que tomar medición, hay una nueva obra, hay que hacer una nueva gestión, quizás ir a hacer una visita al municipio, al gobernador o hacer otro tipo de gestiones o tomar decisiones dentro de la comunidad. Este comité toma las decisiones junto con el delegado. Ésta es la manera como se trabaja. Este comité funciona en coordinación con el delegado y tiene su organización también. Siempre ha existido. Siempre ha estado funcionando este comité y siempre ellos son las personas que han sido partícipes, que siempre han trabajado en el bien de la comunidad.

Existe un comité que fueron electos de manera democrática, de manera abierta, donde los beneficiarios, en este caso, el pueblo, buscaron quién los representara. El comité siempre consulta con su asamblea local, se cuentan los votos. Hasta ahora no se ha hecho un acuerdo para cobrar el agua. La gente tiene el servicio gratis. Hay costos, pero también hay un dinero como fondo donde se cobraron las tomas.



Asamblea en Plan de Ayala. Foto: Daniela Garrido

Ahorita estamos construyendo un consejo indígena. De hecho tenemos la institución, pero nos falta el sello. Estamos viendo tramitarlo para tener mayor validez. Pero sí: el consejo se está formando a raíz de la necesidad que tenemos de ampararnos.

Como parte de la asamblea, digamos.

De hecho, el consejo ya se vino haciendo desde 2004. Ahorita se está ratificando a raíz de este problema que se está generando del gasoducto, que estamos mencionando. Pero el consejo viene funcionando desde el 2004. Lo único que nos falta es la documentación o el sello.

Y por eso le echamos muchas ganas. Para que no nos lo destruyan de la noche a la mañana... ¡eso no se puede! Somos humanos, necesitamos ese vital líquido y no se puede. Somos indígenas y tenemos derechos de que nos respeten nuestros recursos naturales, de que nos respeten nuestro derecho: nuestra vida, más que nada. Hay comunidades vecinas que no tienen agua. Todas llevamos el agua del mismo lugar, de ese mismo cerro. Tan sólo ese mismo cerro alimenta ríos importantes. Los dos ríos importantes son alimentados por ese manantial. Son alimentados por esta comunidad. De ahí traen agua muchas comunidades del municipio de Tenango, San Bartolo y Huehuetla.

Es un ojo de agua que traspasa los límites estatales, y es de suma importancia para toda la región. Estos ríos son alimentados por ese ojo de agua y el hecho de que ese gasoducto toque este lugar es un desastre total.

En la comunidad han participado niños, señoras, ancianos, de todas las edades. Las comunidades siempre han participado, poniendo el trabajo a través de las faenas y siempre ha habido esa organización mutua, porque es un bien común.

*Desde Nodhyo, canta la campana en lo alto de su torre.
El sonido fluye como agua entre los cerros, las cañadas y los pueblos; sube, baja y rebota más lejos, más allá del horizonte.
Y los hijos regresan. Las piedras de su templo fueron montadas con el valor de su propio territorio y con el trabajo campesino.
En éste, uno de los confines de la sierra, una salida, una entrada para el mar, para el agua que sopla y que sube desde golfo, los pueblos de distintas madres han tejido su relación en paz por siglos y defienden su territorio porque como dicen, cuidan lo que les costó y porque es un bien común.*

San Andrés

La medicina propia es un modo de permanecer

Las afectaciones del gasoducto se empiezan a sentir, la forma de vida de la sierra se pone en riesgo. Con el cambio de dinámica que promete la empresa, se manifiestan afectaciones inmediatas, es agraviado el ciclo del agua y su convivencia con los pueblos es amenazada por el gasoducto.

El agua se convierte en el cobijo de los pueblos, se derrama por la sierra cubriendo por las cañadas a totonacos, otomíes y nahuas. Del trabajo, del cuidado y aprovechamiento de la tierra y el agua se desprende un lenguaje profundo con el que se hila en el tiempo la convivencia con la sierra. Hay historias varias en torno al cerro, al agua, al ser colectivo, y entretejen un territorio que se ve amenazado, pero que se resiste a desaparecer ante la amenaza del gasoducto. La medicina propia es un modo de resistir y al mismo tiempo permanecer. Dice doña Elidia López:

Doña Elidia López, curandera y partera de la región.
Foto: Daniela Garrido

—La medicina propia es un modo de permanecer—



—**Muchas veces funciona más la medicina casera que la comprada.** Antes se ocupaba casi puras hierbitas. Antes no había clínica. Cuando nos aliviábamos de la familia, acostumbábamos pura hierbita. Las hierbas y el temazcal y luego una cubetada de hierba al bañarse, pero lo que aguante de caliente: se quema todo el cuerpo. ¿Para qué quiere más? Hasta no sudar. No se alivia una hinchada, no queda uno resfriado, porque se resfría de lo que ya tiró su sangre y está mala, pero anda en el suelo, en el frío o haciendo su quehacer con este frío; por eso se hormiguan los pies y hasta se levanta la hinchazón y dolor de barriga. Pero con la hierba no, porque se baña y tomado. Aquí está mi nuera, gracias a Dios, nunca padece de dolor de barriga o de frío, nunca padece de otras enfermedades.

—Ahora está cambiando todo con los programas de gobierno. Ahora nos mandan llamar, no, pues tienes que ir a tal parte,” “tienes cita en tal parte” y así. Desgraciadamente, esas tradiciones de los partos o de las parteras están cambiando también. El caso aquí de mi suegra que es era partera, es curandera, que soba a las señoras, te da hierbas. Ahora, si se pone mala alguna señora, si está por abortar aquella sangre —porque es sangre lo que tenemos en la barriga—, si le duele la cintura, le duele la barriga porque ya la va a aventar, hay hierbas para que se le calme el dolor y ya no caiga nada con eso. Es bebido y caldeadito.

Hasta que llegue la hora de que ya va a vivir el bebé, ella ya está libre, ya no le pasa nada. Hasta ahora ella es la única de los mayores, que tiene más de 95 años. Mucha gente viene y la busca. Cuando de plano ven que van con doctores y ven que no les hace, vienen a verla o la llevan en carro. Como ya tiene su edad la llevan en carro.

—Me llevan y me traen. La difunta de mi mamá sabía mucho de hierbas. Hasta la llevaron a Villa Juárez y trabajó con un doctor de allá. Esas hierbas hasta allá las llevaba mi mamá para hacer ese trabajo; ya luego iba yo. Estaba vigilando cómo lo hacía. Ahora, para arreglar la familia, cuando está atravesado un niño, tiene uno que sobar y sobar hasta que no se mueva a su lado. Si viene de pie la cría, dar vuelta, una malteada y luego voltearlo despacio, despacio, hasta que no quede en su lugar. Nada más ponía cuidado cómo hacía mi mamá y se me quedó el trabajo. [Ríe.] Le puse afición.

Y me llevan y me traen de la Cueva, de Cuautla, de Saltillo, pueblitos de por aquí. He ido a curar las enfermas. De Loma Bonita, de Tlapa, ya fui a andar por allá. Me llevan. Ahora, cuando se ruedan las personas, se caen, se les descomponen la matriz y les duele, no los dejan andar. Voy, les doy una manteada, las empiezo a sobar, a rodarlas en su cama y una sacudida. Quedan bien las personas. Muchas veces se sienten mal y se van al doctor, y para ellos la solución es una operación, cuando se requiere de una persona que los sepa curar así; pero tienen que tener reposo para que se establezca el dolor que tienen.

Cuando vienen a verme, hasta de noche, cuando se sienten mal, o las criaturas, que se mueren del golpe si no los atendemos, me lo traen de empacho. Si no lo traen, me llevan a curarlos y ahí están, gracias a Dios. Me habla uno, me habla otro. Me dicen: “si vivimos es por usted; si no, ya me hubiera muerto” o “vive mi hija por usted, si no, ya no tuviera hija”. Y ya no me dejan. ¿Para qué voy a decir más de lo que es? Eso es lo que me dicen. Ora cuando voy, o que ya no puedo andar. Me dicen: “venga, venga, a darme una checada”. Ahí voy a hacerles el mandado. “Quedé re-bien”, o “estoy muy bien,” me dicen. “Con el baño de hierbas que me hizo usted y la sobada, siento bien suavecito mi cuerpo.” Ahí está, para que voy a decir más. Digo lo que hago.



Foto: Daniela Garrido

Pero nadie aprende de mí. Nadie pone afición. Yo les digo. Ahora tengo a mis nietas que me dicen: “cúrame abuelita, que me cayí”, “me golpeé, cúrame”. Ahí la estoy curando y les digo: “¡Prende mi’ja! Alguien de ustedes, prendan —hace falta. Sea para ustedes o para otra gente”, les digo, “prendan, uno de ustedes prenda cómo hago: no nada más a sobar, mi’ja; hay que buscar dónde está la enfermedad. Si es torcido de tripa tienes que conocer: si te da la tripa aquí en la

*El trazo del gasoducto
pasa cerca del
manantial. Sí, porque el
agua viene desde allá
arriba, desde el cerro,
la punta del cerro.
Desde allá viene toda el
agua que hay por acá.
Y sí nos va a afectar si
llegara a pasar eso*

boca del estómago, igualmente se siente dónde está la enfermedad y no te deja comer. Ahora te caes de sentón o pa'atrás y te duele de este lado: ahí está la enfermedad. Por eso te duele todo esto. Por eso. ¡Enseñese mi'ja! No es malo lo que le digo". Pero ninguno quiere aprender. Ahí ya no puedo hacer nada, ¿verdad? Dicen: "para eso hay dotor", dicen. "No es cierto, mi'ja. Ya ves, van al dotor, luego me vienen a ver." El dotor de los ovarios: estás mala, quiere operación. Que te cayiste y se te está viniendo lo demás: "pues le vamos a mochar", "lo vamos a operar". Y no es cierto. Hay modo para que se vaya eso. Allá en Altamira he ido. Cuatro viejas, con perdón de ustedes lo que voy a decir, ya tenía cuatro meses enferma la señora, se dio de sentón; luego se le vino la cosa, andaba escurriendo la pobre señora y tenía colgado lo que se le bajó. Luego, que me llevan. La sacudí con la cabeza pa' abajo, luego la manteamos, que le pongo un culequilla,

y clavada de cabeza y luego que envuelvo mi mano con un trapo y luego un "nailo". Saco un manojo de hierbas —que ya estaba cocido y bien caliente—, que le pongo la plancha de hierbas y le digo: "ora", con perdón de ustedes lo que voy a decir, "ábrete de los pies y yo te voy a ver cómo está". Mira, cuando se le fue pa' dentro aquella cosa, vaciando una botella de agua, que se le fue pa' dentro esa cosa, hasta se privó la señora. Pero con el favor de Dios, Diosito tan grande que me acompaña, no le pasó nada: ahí anda la señora, hasta gordita ya está de que se compuso. Pero sí da trabajo y peligra uno; pero yo primero hago mi promesa. Le enciendo una veladora a la Virgen de los Remedios, luego a la Virgen de Natividad le pido que me 'yude, que me 'yude a curar a ese enfermo. Así hago. Y aquí estoy. Ninguno me viene a molestar, que porque no salga bien lo que hago; no. Gracias a Dios, no.

Ahorita ya no sé qué está pasando. A lo mejor se está escaseando el agua porque ahora ya no tenemos: sólo cada tercer día. No abastecen el agua para toda la gente, porque no llueve. Cuando es tiempo de lluvias, sí. Pero ahorita, como casi puro frío, se está secando. Lo mismo que con el calor, en abril y mayo se seca bien. Aquí el chorrillo, de donde traemos agua, se llama Manantial del Cerrito. De ahí es de donde ahorita traemos agua que no tenemos. La acarreamos con cubetas, garrafones. Ahorita allá vamos a lavar la ropa. Cuando no hay agua, va la señora allá. Hay otro manantial allá abajo: Manantial de La Puhua. Abajo hay otro manantial que se llama Manantial de La Joya.

El trazo del gasoducto pasa cerca del manantial. Sí, porque el agua viene desde allá arriba, desde el cerro, la punta del cerro. Desde allá viene toda el agua que hay por acá. Y sí nos va a afectar si llegara a pasar eso. Porque tan sólo cuando echaron la carretera, también hubo un tiempo que nos faltó el agua, cuando apenas echaron la carretera.

Porque, por ejemplo, estamos escasos de agua. Ahorita lo estamos viviendo y todavía no hay ninguna construcción allá donde tomamos el agua y ya estamos sufriendo de agua. Cada tercer día le abro a la llave para que se junte para toda la gente. Eso es lo que a nosotros nos preocupa. La empresa: ellos van a venir a destruir y agarran y se van. La gente se queda a vivir aquí, a sufrir las consecuencias. Somos nosotros, no ellos. Siempre les digo: ustedes no viven aquí para

ver lo que nosotros vamos a vivir. Ustedes vienen, agarran, deshacen y se van. ¿Quién es el que sufre? Somos nosotros con nuestros hijos: son los que se van a quedar a sufrir. Estamos como unos pollitos aquí: que para allá, que para acá. No le debemos a nadie de nada, porque no tenemos un gasoducto, una empresa, una fábrica que vaya exportar.

Ya en este caso, sería más complicada la vida. Como decía mi tía: si ahorita no se da bonito las cosas que estamos sembrando: el maíz, frijol, el cacahuate o los chiles, no se da bonito, y si pasara, imagínate cuánta contaminación. Ellos dicen que es gas natural. Sí, gas natural, pero ¿qué crees? Que afecta. Afecta el clima. Por ejemplo, el agua nada más va dando vueltas. Las nubes se van al mar, cargan y vuelve a llover, y luego esa agua ya viene contaminada. Eso no es lo que queremos. Como decimos desde un principio, aquí la empresa la estaba apoyando el presidente. En vez de que el presidente diga: ¿Sabes qué? No; ésta es mi gente, la que me sigue apoyando. Pero no. El presidente viene y dice: Apoyen a cambio de una obra. Dice mi esposo: “a lo mejor sí nos dan una obra”. Pero, ¿de qué sirve? Tenemos una obra, pero a cambio de la vida de nuestras familias, a cambio de una contaminación. Eso es lo que a nosotros nos preocupa ahora. Nunca habíamos pasado esto. Estamos atemorizados porque ellos dicen que “queramos o no, van a pasar”. Sí han dicho eso.

Nosotros somos originarios de esta comunidad de San Andrés. No queremos este proyecto, porque nosotros no somos beneficiados de nada. Nos pueden dar una obra, pero ¿para qué? Esta obra a cambio de que el pueblo esté contaminado. Ellos nos dicen de mil maneras que no y nos quieren convencer, pero nosotros decimos que no. Nosotros estamos aquí con la maestra Ortensia y gracias a ella, sí nos ha abierto los ojos, para poder luchar y salir adelante.

Pero insisten en que el gasoducto va a pasar. Tan sólo el 30 vinieron a una votación. “Que sí va a pasar, quieran o no quieran, va a pasar. Ahora sí que va pasar, pero se van a quedar sin obra”. El 30 de diciembre [de 2017] vinieron y se hizo la votación.

Ya habían venido antes y se hizo una reunión. Se acordó que se sometería a votación. Si la mayoría decía sí, pues ni modo. Pero, si la gente apoyaba el no, ya jamás ellos iban a regresar. Pero la empresa sí ha regresado. Desconozco el motivo por qué ha regresado. Si ya está el acta y la tiene el juez. Entonces, en este caso sabemos, por ejemplo, que el presidente no está conforme con el resultado de la votación. Según ha pedido que se haga una reunión, para que la gente que está de acuerdo firme. Están violando el acta ya existente. Están violando los derechos de las personas que dijeron que no. Hasta este momento el juez no ha hecho reunión. El presidente no ha venido. Pero cuando la empresa venía, siempre venía acompañada del presidente. En una ocasión, también se armó un lío, porque el presidente y su gente no nos permitía que la gente que venía de fuera o que estábamos en contra entráramos a esa reunión. Después entramos a esa reunión y le dijimos: “si no quieres que venga gente de aquí, entonces ¿qué haces tú aquí? Tú eres de aquí y nosotros somos de aquí y con todo derecho podemos estar en esta reunión. Si dice usted que no esté nadie de aquí, entonces en ese momento váyase”. Hasta ahorita, el presidente ha dejado de venir. Viene la empresa y le marca el juez. Ya hasta el juez sabe cuándo va a venir la empresa, porque le está marcando la empresa cada que va a venir.



Notas para las conclusiones de un trabajo colectivo

Apuntes para una noción de complejidad en la Sierra Norte poblana

La porción noroccidental de la Sierra Norte de Puebla constituye una de las regiones con mayor biodiversidad en el país. El bosque mesófilo de montaña o bosque de niebla contiene una riqueza biológica sostenida fundamentalmente por un sistema complejo de agua subterránea. Esta red hídrica oculta es prioritaria para la conservación del ecosistema.



Cerro sagrado de San Pablito. Foto: Daniela Garrido

Al mismo tiempo, el equilibrio ambiental de esta sierra es uno de los más amenazados en México. El acelerado deterioro del entorno obedece a la imposición

de un complejo entramado de elementos que se configuran bajo la lógica del extractivismo y la privatización de los bienes comunes. Entre los nudos más evidentes de este tejido de intereses económicos encontramos la contaminación por el crecimiento de la ganadería, la imposición y el predominio actual de los agrosistemas basados en la producción de monocultivos, que a su vez generan dependencia de los agrotóxicos, la extracción y transporte de hidrocarburos, que operan incluso bajo esquemas tan destructivos como la fracturación hidráulica, los múltiples proyectos mineros y la continuidad de las políticas de trasvase de las cuencas.

Pero el vasto paisaje conformado por una larga serie de cañadas que devuelven las aguas desde el altiplano central hasta el Golfo no es un desierto. Se trata más bien del escenario de lo que se puede mirar como un nudo de caminos históricos de larga duración. En él han confluído a lo largo de los siglos nahuas, otomíes, totonakús y tepehuas intercambiando su experiencia ancestral para reproducir un espacio identitario común serrano. Algo que los observadores de la zona, con muchos años de intentar desentrañarla, le llaman la convivencia de los pueblos: algo que es mucho más entretejido y sobre todo natural que la idea de una “multiculturalidad”. La importancia económica y cultural de la región desde la historia antigua hasta la actualidad ha sido bien registrada por muchos estudiosos, pero su diversidad cultural no ha dejado de ampliarse. Con el tiempo también se han incorporado a este territorio muchas comunidades que en la lógica del Estado nacional mexicano son concebidas como mestizas y que, sin embargo, comparten un modo de estar y vivir con sus hermanas y vecinas.

Las relaciones entre los pueblos campesinos asentados en la región han construido una sabiduría enfocada en los cuidados mutuos y los del hábitat. Las comunidades tienen un profundo conocimiento de la importancia del mantenimiento del ciclo del agua y por ende de los bosques. La gente cuida el agua de muchos modos: uno de los primordiales es el cultivo en las laderas, porque este trabajo revitaliza cíclicamente la interacción virtuosa entre las nubes, el bosque y las semillas. Así, cada año el manto de vida es retejido.

El alma, pues, de este enorme cuerpo territorial del que participan las comunidades es el agua, entidad viva, que está ahí por supuesto, antes de que llegaran las personas. Ella es nombrada de muchos modos, pero lo importante es el carácter de su papel. Fundamento físico y simbólico de la vida, se encuentra en todos lados y establece una relación de reciprocidad también con la gente. Guardianas sobrenaturales de los montes y medio de subsistencia física, a ellas hay que devolverle, no sólo pedirle. Por eso el trabajo y la fiesta son el corazón de la vida serrana. La unidad que guardan el ciclo ritual y el agrícola sólo puede ser entendida por quien forma parte de este cuerpo. Lo sagrado implica sobre todo formas de relación y los rituales simbolizan, materializan y reinauguran los cuidados de tales relaciones.

La gestión comunitaria de esos cuidados abarca múltiples ámbitos de vida. El tejido social que mantiene con vida al común en la sierra adopta por lo tanto muchas formas: comités de agua, ejidales, comunales, de salud, escuelas, delegaciones auxiliares de las municipalidades, asambleas comunitarias, sistemas de cargos, compadrazgos, organizaciones productivas y de defensa

de derechos colectivos. De algún modo cada una de estas instituciones propias guarda una relación vital con el territorio y facilita también las decisiones colectivas para su disfrute colectivo.



Foto: Daniela Garrido

El diálogo y las discusiones sobre el destino de los bienes comunes, de los ámbitos de comunidad (muchas veces tejidos muy complejos de relaciones), no siempre son armoniosos pero sí poseen un rasgo igualitario al estar resguardados en “la atmósfera” de uso de las lenguas maternas locales. El empleo cotidiano del náhuatl, el otomí, el totonaco y en menor grado el tepehua en la región garantizan la participación desde el espacio doméstico hasta el asambleario de hombres y mujeres, jóvenes y mayores. Mercados, escuelas, caminos, milpas, cafetales, plazas públicas y sitios sagrados se llenan a diario de las formas particulares en que la memoria y las narraciones se cruzan usando los lenguajes propios y permiten valorar, diagnosticar y proyectar mejor los problemas y posibles usos futuros de los legados naturales y culturales.

La importancia estratégica de la región del Totonacapan y la Sierra Norte deriva de las características del entorno y la gente. A pesar de las dificultades topográficas, desde aquí se aseguró el abasto urbano de alimentos y algunas materias primas como el algodón y la caña a buena parte del altiplano central en distintos momentos críticos de la historia. A través de los siglos la apertura de rutas de acceso se constituyó en un fenómeno ambivalente para los habitantes. Los beneficios sociales llegaron acompañados de formas desconocidas de explotación.

Sin embargo, los efectos del largo proceso colonial nunca alcanzaron el nivel de transformación que para la vida de los pueblos significó la construcción de la infraestructura hidroeléctrica en Necaxa y la intensificación de la extracción petrolera en Poza Rica durante la primera mitad del siglo XX.

La construcción de autopistas por toda la región, el crecimiento de varias ciudades y la instauración franca del desarrollismo cambió radicalmente la vida de los pueblos. Sus prácticas autogestionarias y comunitarias son sistemáticamente agredidas desde entonces. La ruptura acelerada de los tejidos sociales incrementó la migración y en consecuencia el descuido involuntario de los territorios. Involuntario porque es provocado por la erosión de los saberes, de la deshabilitación destructora de los vínculos más directos de las comunidades con la tierra, con su entorno, con la naturaleza y entre ellas como cuerpos sociales.

La historicidad del agravio

La pretensión de perpetrar el despojo territorial, esta vez a través de un gasoducto, representa la continuidad de esta lógica expoliadora. Sin embargo, el contexto global en que hoy se da y la multi-dimensionalidad de su sentido debe alertar no sólo a los habitantes de la región sino a los de todo el país (aunque por cierto ocurre en todo el mundo).

Producto de la reforma energética aprobada durante el sexenio peñanietista, el proyecto del gasoducto Tuxpan-Tula, con sus 365 kilómetros de longitud afecta 150 mil hectáreas pertenecientes a medio millar de comunidades ubicadas en 34 municipios pertenecientes a los estados de Veracruz, Puebla, Hidalgo y Estado de México. Más de 300 de estas comunidades son indígenas, aunque el Estado por supuesto niegue su historia, su pertenencia cultural y los derechos colectivos a sus cerca de 20 mil habitantes.

La llegada de una administración federal que representaba la esperanza de cambio para muchos mexicanos no ha significado, sin embargo, una política distinta en torno a estos megaproyectos. Lejos de eso, la situación hoy es más crítica para las comunidades y su entorno. La fragmentación que ha logrado el gobierno de López Obrador con los programas asistenciales busca borrar la voluntad política de resistencia que han mantenido los pueblos. El engaño como el de la supuesta relocalización del trazo, la circulación de dinero, los falsos beneficios de la nueva infraestructura creada que son comprometidos a nivel local, las prebendas políticas o la concesión de pequeños puestos burocráticos en la política local, más la amenaza abierta, constituyen la continuidad de la pretensión de despojo para volver mercancía tanto la herencia ancestral de los pueblos como a su fuerza de trabajo.

Por esa razón, apuntamos que la idea de despojo tal como se ha planteado y usado en las últimas décadas tal vez ya no es suficiente. Afirmamos que al substraer de la atmósfera comunitaria las decisiones sobre el territorio y los bienes comunes para subsumirlos a la lógica del mercado, se desarticulan todas las otras formas de concebir el entorno y la relación con el mundo que implican formas de organización, lenguas, narrativas, rituales y cosmologías, pero también

los saberes y estrategias de la subsistencia, la vida misma, el ser de la tierra, todos esos tramados que desde los orígenes han hecho diversa a la humanidad, y la han hecho sobrevivir las comunidades cuidando sus entornos. El proyecto del capital necesita con urgencia la deshabilitación de las comunidades, y así, yendo más al fondo de la cuestión, romper la relación de la gente con la tierra, con la naturaleza, con el entorno, el territorio: busca lastimar los medios con que se articula dicha relación, erosionando, menospreciando y hasta prohibiendo los saberes mediante los cuales la gente se relaciona con la naturaleza. El objetivo es que no puedan resolver lo que más les importa, lo cual les deja frágiles ante las exigencias de corporaciones, empresas y gobierno que llegan a invadir, imponer, someter, trastocar, fragmentar y reordenar el espacio vital donde lo que imperaba era la convivencia.

La lucha es maestra

En ese contexto desventajoso, el Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla-Hidalgo ha mantenido la resistencia cuidando su propia organización y vigilando los procesos jurídicos. Los pobladores organizados han ganado algunas batallas legales. Un juez ha determinado por ejemplo el riesgo que viven los derechos culturales y patrimoniales de la población afectada por el gasoducto. Los daños fueron clasificados en siete apartados: 1) pérdidas de territorio o tierra tradicional, 2) el desalojo de sus tierras, 3) el posible reasentamiento, 4) el agotamiento de recursos necesarios para la subsistencia física y cultural, 5) la destrucción y contaminación del ambiente tradicional, 6) la desorganización social y comunitaria, y 7) los impactos negativos sanitarios y nutricionales.

Lamentablemente las comunidades se han dado cuenta que la organización no sólo es necesaria contra un gasoducto. En proyecto también hay un ducto de gasolina, otro de diésel y otro de cables. La región es además amenazada por la minería a cielo abierto, pozos petroleros, hidroeléctricas y fractura hidráulica (*fracking*). Estas intervenciones fragmentan los territorios, devastan los cerros, perjudican los manantiales, desplazan pobladores y lo hacen mermando la calidad de vida de las personas, dañando su salud, arriesgándolas a accidentes y rompiendo el entramado comunitario.

Uno de los primeros logros de la resistencia contra el gasoducto fue tejer órganos tradicionales de consejo a nivel comunitario y municipal. Estos órganos, recuperados de la herencia cultural e histórica propia, junto con las autoridades comunitarias y agrarias, lograron acuerpar la regionalización de la lucha. Siguiendo los caminos de las relaciones comunitarias, las solidaridades dentro del consejo suben y bajan la empinada topografía y pasan de una cuenca a otra, como en el caso del vínculo entubado con el que Montellano surte de agua a San Antonio el Grande. La cuenca es hídrica y social y el ciclo del agua incorpora el componente humano. El Consejo trasciende los límites estatales y se extiende entre las cañadas de una vasta región.

Pero este lienzo de lealtades mutuas no está dado de por sí. El día a día de la lucha es una ruta difícil de la que pocas veces se habla. Organizarse significa

llenarse de pendientes que les roban a las personas su tiempo familiar y de descanso. Recorrer en carro o a pie las brechas de la sierra, llegar bajo la lluvia, de noche, apenas comidos, para informar, discutir, tomar acuerdos, establecer tareas, construye compromisos y sacrificios, pero también aprendizajes y pequeñas victorias que reconfortan y animan a seguir. Los miembros del Consejo a lo largo de estos años de lucha han tejido alianzas con muchos sectores, como otros pueblos afectados por gasoductos que alertan sobre los peligros, comparten errores y orientan determinadas rutas. Hay periodistas, académicos, estudiantes y organizaciones civiles que se han convertido en acompañantes de esta defensa territorial. La solidaridad, como el capital y sus ductos, traspasa las fronteras.



Cirios sagrados en la sierra. Foto: Daniela Garrido

La lucha es un espejo para mirar la historia y la cultura propias. La razón se profundiza y abarca la memoria, la sabiduría, el trabajo, el futuro. Los cambios necesarios para legar una sierra sana y comunitaria a las próximas generaciones son vislumbrados por quienes defienden el territorio en cada aspecto de su vida.



Foto: Daniela Garrido

Contexto global

La construcción de gasoductos en nuestro país no obedece a las necesidades energéticas nacionales sino a la reconversión de la producción de hidrocarburos en Estados Unidos. Esta reconversión volvió a colocar al *hegemón* estadounidense y canadiense a la cabeza de la



Foto: Daniela Garrido

exportación a nivel mundial. Este proceso fundamental para el capital se logró a base de métodos muy sucios tanto en términos tecnológicos como financieros. La explotación en yacimientos de arenas bituminosas y de gas *shale* producto de la fractura hidráulica pertenecen a una industria cara, adicta a subvenciones que son conseguidas en México y Estados Unidos a través de contratos que significan grandes rentas para las empresas aun antes de entrar en funciones. En ese sentido, TransCanada (hoy TC Energy), la empresa que opera la construcción del gasoducto Tuxpan-Tula y que en nuestro país ya ha construido más de 100 mil kilómetros de ductos, es parte de la columna vertebral de este proceso.

La desregulación del sector energético en nuestro país inició con el TLCAN, hoy T-MEC, que para ser firmado requirió a su vez el desmantelamiento de los candados jurídicos que suponía la legislación ambiental previa. Hoy el andamiaje jurídico que garantiza el despojo se sostiene a través de la reforma energética y esta reforma ya ha significado la imposición de 13 gasoductos, fractura hidráulica, destrucción de entornos y hostigamiento a las comunidades de diversas regiones del país.

En el largo proceso de ya más de tres décadas de políticas neoliberales, México sufrió además el desmantelamiento de la infraestructura de producción de gas. Hoy los planes de desarrollo con los nuevos gasoductos involucran la alimentación de parques industriales en el altiplano y occidente de México y el uso del Istmo de Tehuantepec, a través del cual los capitales transnacionales accederán al mercado asiático.

Si la reforma energética es cancelada sólo nominativamente, pero en el territorio sigue operando a través del despojo y la destrucción de los ecosistemas y la vida de las comunidades, es evidente que se trata de un engaño histórico que debe ser develado y confrontado. La destrucción de la Sierra Norte de Puebla implicada por el gasoducto Tuxpan-Tula forma parte de una decisión política más amplia que no debe entenderse como un elemento aislado sino como un nodo de un sistema. La política antimigratoria, el proyecto transistmico, el complejo de intereses representado por el Tren Maya, la continuidad de la extracción minera a cielo abierto y de los proyectos de monocultivo son la territorialización de la quimera neoliberal en México.

Por supuesto el T-MEC será parte crucial del futuro de la región para nuestra desgracia, y se avizora la posibilidad de una integración geopolítica cada vez más clara en el espacio que se delinea en el Golfo de México, con los megaproyectos del Tren Maya, el Corredor Transistmico y los corredores multimodales, ductos de gas, petróleo y gasolina cruzando el territorio nacional y tramando las aguas del Golfo.

La resistencia local

El Consejo Regional de Pueblos Originarios en Defensa del Territorio de Puebla-Hidalgo enfrenta la incertidumbre sobre el futuro con los modos propios procurados por la memoria. Si el liberalismo ha insistido en desaparecer la propiedad social de la tierra, ésta se trabaja en colectivo; si los partidos políticos provocan con trampas el debilitamiento del sujeto comunitario, el consejo encarna las decisiones en las asambleas; si las condiciones que impone la modernidad comprometen las formas propias de ser y estar en el mundo, los pueblos celebran con más fuerza su unidad con el entorno; si el Estado se empeña en desconocer su origen, su cultura y su historia, los jóvenes los exploran, revaloran y actualizan. La Sierra Norte de Puebla cobija actualmente una pieza fundamental para entender las razones profundas de los pueblos y su lucha por la autonomía, que no es una lucha nueva. Desde tiempos inmemoriales las comunidades, los pueblos, buscan no ser sometidos a designios ajenos, buscan poder emprender su propio camino, resolver lo que más les importa por medios creativos y propios, convivir con quien les parezca mejor y proponer modos propios para ser y estar en el mundo. En esa pugna, en esa dialéctica de imposición y resistencia en busca de autonomía, se han mantenido desde antes de la invasión española, en las luchas y rejugos de la Independencia y la búsqueda de poder de liberales y conservadores, y luego en el México contemporáneo surgido de una revolución que le recuperó la memoria a muchas comunidades de todo lo que sigue siendo el tejido de pertinencia que reivindican: permanecer, seguir siendo, seguir entendiendo quiénes son y por qué viven y por qué vale la pena luchar.







*Centro de Estudios
para el Cambio en
el Campo Mexicano*

